



Anthony Trollope

El Custodio

E LEJANDRIA



Anthony Trollope

El Custodio

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CUSTODIO

ANTONY TROLLOPE

PUBLICADO: 1855

**FUENTE: PUBLISHED AT THE ANTI-SLAVERY OFFICE, NO. 25
CORNHILL, 1845, BOSTON
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

El custodio - Antony Trollope

<https://www.gutenberg.org/cache/epub/23/pg23-images.html>

Traducción: Elejandría

TERMINAR DE PONER HEADINGS

CAPÍTULO I

EL HOSPITAL DE HIRAM

El reverendo Septimus Harding era, hace pocos años, un clérigo beneficiado que residía en la ciudad catedralicia de —; llamémosla Barchester. Si nombráramos Wells o Salisbury, Exeter, Hereford o Gloucester, podría presumirse que se pretende algo personal; y como este relato se referirá principalmente a las dignidades catedralicias de la ciudad en cuestión, estamos ansiosos de que no se sospeche de ninguna alusión personal. Presumamos que Barchester es una ciudad tranquila en el oeste de Inglaterra, más notable por la belleza de su catedral y la antigüedad de sus monumentos que por cualquier prosperidad comercial; que el extremo oeste de Barchester es el recinto de la catedral, y que la

aristocracia de Barchester son el obispo, el deán y los canónigos, con sus respectivas esposas e hijas.

A temprana edad, el señor Harding se encontró situado en Barchester. Una voz fina y el gusto por la música sacra habían decidido la posición en la que debía ejercer su vocación, y durante muchos años desempeñó las tareas fáciles, pero no muy bien remuneradas, de un canónigo menor. A los cuarenta años, un pequeño beneficio en las inmediaciones de la ciudad aumentó tanto su trabajo como sus ingresos, y a los cincuenta se convirtió en precentor de la catedral.

El señor Harding se había casado joven y era padre de dos hijas. La mayor, Susan, nació poco después de su matrimonio; la otra, Eleanor, no llegó hasta diez años más tarde. En el momento en que lo presentamos a nuestros lectores, vivía como precentor en Barchester con su hija menor, que entonces tenía veinticuatro años; habiendo sido viudo durante muchos años y habiendo casado a su hija mayor con un hijo del obispo muy poco tiempo antes de su toma de posesión del cargo de precentor.

La maledicencia en Barchester afirmaba que, de no haber sido por la belleza de su hija, el señor Harding habría seguido siendo un canónigo menor; pero aquí probablemente la Maledicencia mentía, como suele hacer tan a menudo; pues incluso como canónigo menor, nadie había sido más popular entre sus reverendos hermanos del recinto que el señor Harding; y la Maledicencia, antes de reprobar al señor Harding por haber sido nombrado precentor por su amigo el obispo, había culpado ruidosamente al obispo por haber omitido durante tanto tiempo hacer algo por su amigo el señor Harding. Sea como fuere, Susan Harding, hace unos doce años, se había casado con el reverendo doctor Theophilus Grantly, hijo del obispo, arcediano de Barchester y rector de Plumstead Episcopi, y su padre se convirtió, pocos meses después, en precentor de la catedral de Barchester, cargo que, como no es inusual, era de libre designación del obispo.

Ahora bien, existen circunstancias peculiares relacionadas con la precentoría que deben ser explicadas. En el año 1434 murió en Barchester un tal John Hiram, que había ganado dinero en la ciudad como comerciante de lana, y en su testamento dejó la casa en la que murió y ciertos prados y cercados cerca de la ciudad, todavía llamados Hiram's Butts e Hiram's Patch, para el sustento de doce cardadores de lana jubilados, todos los cuales debían haber nacido, haberse criado y haber pasado sus días en Barchester; también dispuso que se construyera un asilo para su morada, con una residencia adecuada para un custodio, el cual debía recibir también una cierta suma anual de las rentas de dichos terrenos y parcelas. Además, dispuso, por haber tenido un alma sensible a la armonía, que el precentor de la catedral tuviera la opción de ser también custodio del asilo, si el obispo lo aprobaba en cada caso.

Desde aquel día hasta hoy, la institución benéfica ha continuado y prosperado; al menos, la institución ha continuado y las fincas han prosperado. En Barchester ya no quedaba cardado de lana alguno; de modo que el obispo, el deán y el custodio, que se turnaban para proponer a los ancianos, generalmente nombraban a algunos allegados propios: jardineros agotados, sepultureros decrépitos o sacristanes octogenarios, que recibían agradecidos un alojamiento confortable y un chelín con cuatro peniques al día, tal era el estipendio al que, según el testamento de John Hiram, se declaraba que tenían derecho. Antiguamente, en efecto —es decir, hasta hace unos cincuenta años del tiempo presente—, recibían solo seis peniques al día, y el custodio les proporcionaba el desayuno y la comida en una mesa común, siendo tal disposición más conforme con el texto literal del antiguo testamento de Hiram; pero se pensó que esto resultaba inconveniente y no se ajustaba a los gustos ni del custodio ni de los asilados, y el chelín con cuatro peniques diarios fue sustituido con el consentimiento común de todas las partes, incluidos el obispo y la corporación municipal de Barchester.

Tal era la condición de los doce ancianos de Hiram cuando el señor Harding fue nombrado custodio; pero si ellos podían considerarse acomodados según su condición, el afortunado

custodio lo estaba mucho más. Las parcelas y terrenos que, en tiempos de John Hiram, producían heno o alimentaban vacas, estaban ahora cubiertos de hileras de casas; el valor de la propiedad había aumentado gradualmente de año en año y de siglo en siglo, y ahora se presumía, por parte de quienes sabían algo del asunto, que reportaba unos ingresos muy sustanciosos; y por parte de algunos que no sabían nada, que se habían incrementado hasta un extremo casi fabuloso.

La propiedad era administrada por un caballero de Barchester, que también actuaba como administrador del obispo; un hombre cuyo padre y abuelo habían sido administradores de los obispos de Barchester y arrendatarios de la finca de John Hiram. Los Chadwick se habían ganado un buen nombre en Barchester; habían vivido respetados por obispos, deanes, canónigos y precentores; habían sido enterrados en los recintos de la catedral; nunca se les había conocido como hombres codiciosos o duros, sino que siempre habían vivido cómodamente, mantenido una buena casa y ocupado una alta posición en la sociedad de Barchester. El actual señor Chadwick era un digno vástago de una digna estirpe, y los inquilinos que vivían en los terrenos de Hiram, así como los de los amplios dominios episcopales de la sede, estaban muy satisfechos de tener que tratar con un administrador tan digno y liberal.

Durante muchos, muchos años —los registros apenas dicen cuántos, probablemente desde que los deseos de Hiram se cumplieron plenamente por primera vez—, el administrador o arrendatario pagaba los beneficios de la finca al custodio, y este los repartía entre los asilados; tras dicho reparto, se pagaba a sí mismo las sumas que le correspondían. Hubo tiempos en que el pobre custodio no obtenía nada más que su nuda casa, pues las parcelas habían sufrido inundaciones y se decía que la tierra de los cercados de Barchester era improductiva; y en esos tiempos difíciles, el custodio apenas podía reunir la limosna diaria para sus doce dependientes. Pero, poco a poco, las cosas mejoraron; se drenaron las parcelas, empezaron a levantarse casitas en los terrenos y los custodios, con bastante justicia, se resarcieron de los malos días

pasados. En los tiempos malos, los pobres hombres habían recibido lo que les correspondía y, por lo tanto, en los tiempos buenos no podían esperar más. De esta manera, los ingresos del custodio habían aumentado; la pintoresca casa aneja al hospital había sido ampliada y adornada, y el cargo se había convertido en una de las sinecuras eclesiásticas más codiciadas de nuestra Iglesia. Ahora dependía totalmente de la voluntad del obispo y, aunque el deán y el cabildo, en tiempos pasados, se mantuvieron firmes en el asunto, habían pensado que conducía más a su honor tener un precentor rico nombrado por el obispo que uno pobre nombrado por ellos mismos. El estipendio del precentor de Barchester era de ochenta libras al año. Los ingresos derivados de la custodia del hospital eran de ochocientas, además del valor de la casa.

Se habían oído murmullos, murmullos muy leves, en Barchester — pocos, a decir verdad, y muy espaciados— sobre que los beneficios de la propiedad de John Hiram no se habían repartido equitativamente; pero difícilmente podría decirse que fueran de tal naturaleza como para causar inquietud a nadie; aun así, el asunto se había susurrado, y el señor Harding lo había oído. Tal era su carácter en Barchester, tan universal su popularidad, que el mero hecho de su nombramiento habría acallado susurros más fuertes que los que se habían oído; pero el señor Harding era un hombre generoso y de mente justa y, sintiendo que podía haber algo de verdad en lo que se decía, al tomar posesión había declarado su intención de añadir dos peniques diarios a la asignación de cada hombre, lo que sumaba sesenta y dos libras, once chelines y cuatro peniques, que debía pagar de su propio bolsillo. Al hacerlo, sin embargo, advirtió clara y repetidamente a los hombres que, aunque se comprometía por sí mismo, no podía prometer por sus sucesores, y que los dos peniques extra solo podían considerarse como un regalo de su parte, y no del fideicomiso. Los asilados, sin embargo, eran en su mayoría mayores que el señor Harding y estaban perfectamente satisfechos con la garantía en la que se basaba su ingreso extra.

Esta munificencia por parte del señor Harding no careció de oposición. El señor Chadwick le había disuadido de ello suave pero

seriamente; y su yerno de carácter fuerte, el arcediano, el único hombre ante quien el señor Harding sentía temor, se había opuesto urgente, e incluso vehementemente, a una concesión tan impolítica; pero el custodio había comunicado su intención al hospital antes de que el arcediano pudiera intervenir, y el hecho estaba consumado.

El Hospital de Hiram, como se llama al retiro, es un edificio bastante pintoresco y muestra el gusto correcto del que estaban imbuidos los arquitectos eclesiásticos de aquellos días. Se alza a orillas del riachuelo que fluye casi rodeando el recinto de la catedral, en el lado más alejado de la ciudad. La carretera de Londres cruza el río por un bonito puente de un solo arco y, mirando desde este puente, el forastero verá las ventanas de las habitaciones de los ancianos, cada par de ventanas separadas por un pequeño contrafuerte. Un ancho paseo de grava corre entre el edificio y el río, siempre impecable y cuidado; y al final del paseo, bajo el parapeto del acceso al puente, hay un asiento grande y muy desgastado, en el que, cuando el tiempo es suave, es seguro ver sentados a tres o cuatro de los asilados de Hiram. Más allá de esta hilera de contrafuertes, y más lejos del puente, y también más lejos del agua, que aquí hace un giro repentino, se encuentran las bonitas ventanas ajimezadas de la casa del señor Harding y su césped bien segado. La entrada al hospital se efectúa desde la carretera de Londres a través de un ponderoso portal bajo un pesado arco de piedra, innecesario, cabría suponer, en cualquier época para la protección de doce ancianos, pero que contribuía grandemente al buen aspecto de la obra benéfica de Hiram. Al cruzar este portal, nunca cerrado para nadie desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, y nunca abierto después, salvo si se solicita mediante una enorme e intrincadamente colgada campana medieval, cuyo tirador ningún intruso no iniciado puede encontrar de ninguna manera, se ven las seis puertas de las moradas de los ancianos, y más allá de ellas hay una ligera reja de hierro, a través de la cual la parte más afortunada de la élite de Barchester pasa al Elíseo de la vivienda del señor Harding.

El señor Harding es un hombre pequeño, que frisa ahora los sesenta años, pero que muestra pocos signos de vejez; su pelo es más bien entrecano, aunque no gris; su mirada es muy suave, pero clara y brillante, aunque las gafas dobles que penden balanceándose de su mano, salvo cuando están fijadas sobre su nariz, muestran que el tiempo ha hecho mella en su vista; sus manos son delicadamente blancas, y tanto las manos como los pies son pequeños; siempre viste una levita negra, calzones negros hasta la rodilla y polainas negras, y escandaliza un poco a algunos de sus hermanos más hipercristianos con un pañuelo negro al cuello.

Ni los más fervientes admiradores del señor Harding pueden decir que fuera nunca un hombre laborioso; las circunstancias de su vida no le han exigido serlo; y, sin embargo, difícilmente puede llamarse ocioso. Desde su nombramiento como precentor, ha publicado, con todos los aditamentos posibles de vitela, tipografía y dorados, una colección de nuestra antigua música eclesiástica, con algunas disertaciones correctas sobre Purcell, Crotch y Nares. Ha mejorado enormemente el coro de Barchester, que, bajo su mando, rivaliza ahora con el de cualquier catedral de Inglaterra. Ha asumido algo más que su parte justa en los servicios de la catedral y ha tocado el violonchelo a diario ante el público que ha podido reunir o, *faute de mieux*, ante ningún público en absoluto.

Debemos mencionar otra peculiaridad del señor Harding. Como hemos dicho antes, tiene unos ingresos de ochocientas libras al año y no tiene más familia que su única hija; y, sin embargo, nunca está del todo tranquilo en asuntos de dinero. La vitela y los dorados de la «Música eclesiástica de Harding» costaron más de lo que nadie sabe, excepto el autor, el editor y el reverendo Theophilus Grantly, a quien no se le escapa ninguna de las extravagancias de su suegro. Además, es generoso con su hija, para cuyo servicio mantiene un pequeño carruaje y una pareja de ponis. Es, en efecto, generoso con todos, pero especialmente con los doce ancianos que están de manera peculiar bajo su cuidado. No hay duda de que con tales ingresos el señor Harding debería estar por encima del mundo, como suele decirse; pero, en cualquier caso, no está por encima del

arcediano Theophilus Grantly, pues siempre está más o menos en deuda con su yerno, quien ha asumido, hasta cierto punto, la gestión de los asuntos pecuniarios del precentor.

CAPÍTULO II

EL REFORMADOR DE BARCHESTER

El señor Harding es precentor de Barchester desde hace diez años; y, por desgracia, los murmulos respecto a los beneficios de la finca de Hiram vuelven a ser audibles. No es que nadie envidie al señor Harding los ingresos de los que disfruta ni el cómodo lugar que tan bien le sienta; pero de tales asuntos se ha empezado a hablar en varias partes de Inglaterra. Políticos ansiosos y emprendedores han afirmado en la Cámara de los Comunes, con una indignación muy efectiva, que los codiciosos sacerdotes de la Iglesia de Inglaterra están atiborrados de la riqueza que la caridad de otros tiempos dejó para el consuelo de los ancianos o la educación de los jóvenes. El conocido caso del Hospital de Santa Cruz ha llegado incluso ante los tribunales de justicia del país, y las luchas del señor Whiston en Rochester han encontrado simpatía y apoyo. Los hombres están empezando a decir que hay que investigar estas cosas.

El señor Harding, cuya conciencia en el asunto está limpia y que nunca ha sentido haber recibido una libra del testamento de Hiram a la que no tuviera derecho, ha tomado naturalmente partido por la

Iglesia al comentar estos asuntos con su amigo el obispo y su yerno el arcediano. El arcediano, en efecto, el doctor Grantly, se ha mostrado algo ruidoso en el asunto. Es amigo personal de las dignidades del cabildo de Rochester y ha escrito cartas en la prensa pública sobre el tema de ese turbulento doctor Whiston, las cuales, según sus admiradores, casi deben dar por zanjada la cuestión. También se sabe en Oxford que es el autor del panfleto firmado como «Sacerdos» sobre el tema del conde de Guildford y Santa Cruz, en el que se argumenta con tanta claridad que las costumbres de los tiempos actuales no permiten una adhesión literal a las mismísimas palabras del testamento del fundador, sino que los intereses de la Iglesia, por la que el fundador estaba tan profundamente preocupado, se consultan mejor permitiendo que sus obispos recompensen a aquellas luces brillantes cuyos servicios han sido más señaladamente útiles para la cristiandad.

En respuesta a esto, se afirma que Henry de Blois, fundador de Santa Cruz, no estaba muy interesado en el bienestar de la iglesia reformada, y que los directores de Santa Cruz, durante muchos años atrás, no pueden ser llamados luces brillantes al servicio de la cristiandad; sin embargo, todos los amigos del arcediano mantienen firmemente, y sin duda sienten, que su lógica es concluyente y que, de hecho, no ha sido respondida.

Con tal torre de fortaleza para respaldar tanto sus argumentos como su conciencia, puede imaginarse que el señor Harding nunca ha sentido remordimiento alguno por recibir su suma trimestral de doscientas libras. De hecho, el tema nunca se ha presentado a su mente de esa forma. Ha hablado no pocas veces, y oído mucho sobre los testamentos de antiguos fundadores y los ingresos derivados de sus fincas durante el último año o dos; incluso llegó, en un momento dado, a sentir una duda (expulsada desde entonces por la lógica de su yerno) sobre si lord Guildford tenía derecho evidente a recibir unos ingresos tan enormes como los que recibe de las rentas de Santa Cruz; pero que él mismo estuviera excesivamente pagado con sus modestas ochocientas libras —él que, de eso, entregaba voluntariamente sesenta y dos libras, once chelines y

cuatro peniques al año a sus doce ancianos vecinos; él que, por ese dinero, hace su trabajo de precentor como ningún precentor lo ha hecho antes, desde que se construyó la catedral de Barchester—, tal idea nunca ha manchado su quietud ni perturbado su conciencia.

No obstante, el señor Harding empieza a inquietarse por el rumor que sabe que prevalece en Barchester sobre el tema. Es consciente de que, al menos, se ha oído decir a dos de sus ancianos que, si cada uno tuviera lo suyo, podrían tener cien libras al año cada uno y vivir como caballeros, en lugar de con un miserable chelín y seis peniques al día; y que tenían escasos motivos para estar agradecidos por una limosna de dos peniques, cuando el señor Harding y el señor Chadwick, entre los dos, se escapaban con miles de libras que el bueno de John Hiram nunca destinó para gente como ellos. Es la ingratitud de esto lo que hiera al señor Harding. Uno de los miembros de esta pareja descontenta, Abel Handy, fue puesto en el hospital por él mismo; había sido cantero en Barchester y se había roto el muslo por una caída desde un andamio mientras trabajaba en la catedral; y el señor Harding le dio la primera vacante en el hospital tras el suceso, a pesar de que el doctor Grantly había estado muy ansioso por poner en ella a un insufrible dependiente suyo de Plumstead Episcopi que había perdido todos los dientes y de quien el arcediano apenas sabía cómo deshacerse por otros medios. El doctor Grantly no ha olvidado recordar al señor Harding lo satisfecho que habría estado el viejo Joe Mutters con su chelín y seis peniques al día, y lo imprudente que fue por parte del señor Harding permitir que un radical de la ciudad entrara en la institución. Probablemente el doctor Grantly olvidó, en ese momento, que la obra benéfica estaba destinada a jornaleros arruinados de Barchester.

Vive en Barchester un joven cirujano llamado John Bold, y tanto el señor Harding como el doctor Grantly son muy conscientes de que a él se debe el pestilente sentimiento de rebelión que se ha mostrado en el hospital; sí, y también la renovación de esa desagradable charla sobre las fincas de Hiram que ahora prevalece de nuevo en Barchester. No obstante, el señor Harding y el señor Bold se

conocen; podríamos decir que son amigos, considerando la gran disparidad de sus edades. El doctor Grantly, sin embargo, siente un santo horror por el impío demagogo, como en una ocasión llamó a Bold al hablar de él con el precentor; y siendo un hombre más prudente y previsor que el señor Harding, y poseedor de una cabeza más firme, ya percibe que este John Bold causará grandes problemas en Barchester. Considera que debe ser tenido por un enemigo y piensa que no se le debe admitir en el campamento en términos de amistad. Como John Bold ocupará mucho de nuestra atención, debemos tratar de explicar quién es y por qué toma partido por los asilados de John Hiram.

John Bold es un joven cirujano que pasó muchos de sus años de infancia en Barchester. Su padre era médico en la ciudad de Londres, donde amasó una fortuna moderada que invirtió en casas de esa ciudad. El mesón y casa de postas The Dragon of Wantly le pertenecía, así como cuatro tiendas en la High Street y la mitad de la nueva hilera de villas distinguidas (así llamadas en los anuncios) construidas a las afueras de la ciudad, justo después del Hospital de Hiram. A una de estas se retiró el doctor Bold para pasar el ocaso de su vida y morir; y aquí su hijo John pasó sus vacaciones escolares y, más tarde, sus vacaciones de Navidad cuando se fue del colegio para estudiar cirugía en los hospitales de Londres. Justo cuando John Bold tuvo derecho a firmar como cirujano y boticario, el viejo doctor Bold murió, dejando su propiedad de Barchester a su hijo y una cierta suma en fondos públicos al tres por ciento a su hija Mary, que es unos cuatro o cinco años mayor que su hermano.

John Bold decidió establecerse en Barchester y ocuparse de su propia propiedad, así como de los huesos y cuerpos de aquellos de sus vecinos que solicitaran su ayuda en sus tribulaciones. Por lo tanto, colocó una gran placa de latón con el nombre de «John Bold, Cirujano», para gran disgusto de los nueve profesionales que ya intentaban ganarse la vida a costa del obispo, el deán y los canónigos; y comenzó a llevar su casa con la ayuda de su hermana. En ese momento no tenía más de veinticuatro años; y aunque lleva ya tres años en Barchester, no hemos oído que haya hecho mucho

daño a los nueve dignos profesionales. De hecho, el temor que le tenían se ha desvanecido; pues en tres años no ha cobrado ni tres honorarios. No obstante, John Bold es un hombre inteligente y sería, con la práctica, un cirujano hábil; pero se ha metido en una línea de vida completamente distinta. Al tener lo suficiente para vivir, no se ha visto obligado a trabajar por el pan; se ha negado a someterse a lo que él llama la esclavitud de la profesión, con lo que creo que se refiere al trabajo general de un cirujano en ejercicio; y ha encontrado otro empleo. Con frecuencia vanda los moretones y recompone los miembros de las clases más pobres que profesan su forma de pensar, pero esto lo hace por amor al arte.

Ahora bien, no diré que el arcediano esté estrictamente en lo cierto al estigmatizar a John Bold como un demagogo, pues apenas sé cuán extremas deben ser las opiniones de un hombre para que pueda ser llamado así con justicia; pero Bold es un reformador convencido. Su pasión es la reforma de todos los abusos: abusos del Estado, de la Iglesia, de las corporaciones municipales (ha conseguido hacerse elegir concejal de Barchester y ha importunado tanto a tres alcaldes consecutivos que resultó algo difícil encontrar a un cuarto), abusos en la práctica médica y abusos generales en el mundo en su conjunto. Bold es totalmente sincero en sus esfuerzos patrióticos por enmendar a la humanidad, y hay algo admirable en la energía con que se dedica a remediar el mal y detener la injusticia; pero temo que está demasiado imbuido de la idea de que tiene una misión especial para reformar. Sería bueno que alguien tan joven tuviera un poco más de desconfianza en sí mismo y más confianza en los propósitos honestos de los demás; si pudiera ser llevado a creer que las viejas costumbres no tienen por qué ser necesariamente malas y que los cambios pueden ser posiblemente peligrosos; pero no, Bold tiene todo el ardor y toda la seguridad en sí mismo de un Danton, y lanza sus anatemas contra prácticas consagradas por el tiempo con la violencia de un jacobino francés.

No es de extrañar que el doctor Grantly considere a Bold como una tea encendida, que ha caído, como así ha sido, casi en el centro del tranquilo y antiguo recinto de la catedral de Barchester. El doctor

Grantly preferiría que se le evitara como a la peste; pero el viejo doctor y el señor Harding eran amigos íntimos. El joven Johnny Bold solía jugar de niño en el césped del señor Harding; muchas veces se ha ganado el corazón del precentor escuchando con absorta atención sus melodías sagradas; y desde aquellos días, para decir la verdad de una vez, casi se ha ganado otro corazón dentro de esos mismos muros.

Eleanor Harding no ha comprometido su palabra con John Bold, ni tampoco, tal vez, se ha confesado a sí misma cuán querido le es el joven reformador; pero no puede soportar que nadie hable con dureza de él. No se atreve a defenderlo cuando su cuñado clama tan ruidosamente contra él; pues ella, como su padre, tiene cierto miedo al doctor Grantly; pero está empezando a desagradarle mucho el arcediano. Persuade a su padre de que sería tanto injusto como imprudente desterrar a su joven amigo a causa de su política; le importa poco ir a casas donde no vaya a encontrarse con él y, de hecho, está enamorada.

Ni hay ninguna buena razón por la que Eleanor Harding no deba amar a John Bold. Él posee todas esas cualidades que suelen conmover el corazón de una muchacha. Es valiente, entusiasta y ameno; bien parecido y de buena planta; joven y emprendedor; su carácter es bueno en todos los aspectos; tiene ingresos suficientes para mantener a una esposa; es amigo de su padre y, por encima de todo, está enamorado de ella; entonces, ¿por qué no habría de estar Eleanor Harding prendada de John Bold?

El doctor Grantly, que tiene tantos ojos como Argos y hace tiempo que ve por dónde sopla el viento en esa dirección, piensa que hay varias razones de peso por las que esto no debería ser así. No ha considerado prudente hasta ahora hablar con su suegro sobre el tema, pues sabe cuán neciamente indulgente es el señor Harding en todo lo que concierne a su hija; pero ha discutido el asunto con su confidente y colaboradora, dentro de ese sagrado receso formado por las cortinas de la cama clerical en Plumstead Episcopi. ¡Cuánto dulce consuelo, cuánto valioso consejo ha recibido nuestro arcediano

dentro de ese recinto santificado! Es allí el único lugar donde se relaja y baja de su alto pedestal eclesiástico al nivel de un hombre mortal. En el mundo, el doctor Grantly nunca deja de lado ese comportamiento que tan bien le sienta. Tiene toda la dignidad de un santo antiguo con la pulcritud de un obispo moderno; siempre es el mismo; siempre es el arcediano; a diferencia de Homero, él nunca dormita. Incluso con su suegro, incluso con el obispo y el deán, mantiene ese tono sonoro y ese porte elevado que infunde pavor en los jóvenes corazones de Barchester y acobarda absolutamente a toda la parroquia de Plumstead Episcopi. Solo cuando ha cambiado ese sombrero apuntado siempre nuevo por un gorro de dormir con borla, y esas relucientes vestiduras negras por su acostumbrado camisón, el doctor Grantly habla, mira y piensa como un hombre ordinario.

Muchos de nosotros hemos pensado a menudo cuán dura prueba para la fe debe ser esto para las esposas de nuestras grandes dignidades eclesiásticas. Para nosotros, estos hombres son personificaciones de san Pablo; su mismo andar es un sermón elocuente; sus vestiduras limpias y sombrías nos exigen fe y sumisión, y las virtudes cardinales parecen revolotear alrededor de sus sagrados sombreros. Un deán o un arzobispo, con el hábito de su orden, tiene asegurada nuestra reverencia, y un obispo bien trajeado llena nuestras mismas almas de pavor. Pero, ¿cómo puede perpetuarse este sentimiento en los pechos de quienes ven a los obispos sin sus delantales, y a los arcedianos incluso en un estado de desaliño mayor? ¿No conocemos todos a algún personaje reverendo, casi sagrado, ante quien nuestra lengua deja de ser ruidosa y nuestro paso de ser elástico? Pero si una vez le viéramos estirarse bajo las mantas, bostezar ampliamente y hundir la cara en la almohada, charlaríamos ante él con tanta fluidez como ante un médico o un abogado. Por alguna causa similar, sin duda, sucedió que nuestro arcediano escuchó los consejos de su esposa, aunque se consideraba con derecho a dar consejos a cualquier otro ser con quien se encontrara.

—Querida —dijo él, mientras se ajustaba los copiosos pliegues de su gorro de dormir—, ese John Bold ha estado hoy otra vez en casa de tu padre. Debo decir que tu padre es muy imprudente.

—Es imprudente; siempre lo fue —respondió la señora Grantly, hablando desde debajo de las cómodas mantas—. No hay nada nuevo en eso.

—No, querida, no hay nada nuevo; ya lo sé; pero, en la actual coyuntura de los asuntos, tal imprudencia es... es... Te diré una cosa, querida, si no tiene cuidado con lo que hace, John Bold se fugará con Eleanor.

—Creo que lo hará, tenga papá cuidado o no; ¿y por qué no?

—¡Por qué no! —casi gritó el arcediano, dando un tirón tan brusco a su gorro de dormir que casi se lo echó sobre la nariz—. ¡Por qué no! Ese advenedizo pestilente e intrigante, John Bold; ¡la persona joven más vulgar que he conocido! ¿Sabes que se está entrometiendo en los asuntos de tu padre de una manera de lo más injustificada, de lo más...? —Y al no encontrar un epíteto lo suficientemente injurioso, terminó sus expresiones de horror murmurando—: ¡Santo Dios! —de una manera que había resultado muy eficaz en las reuniones clericales de la diócesis. Debió de olvidar por un momento dónde se encontraba.

—En cuanto a su vulgaridad, arcediano —la señora Grantly nunca había empleado un término más familiar que este al dirigirse a su marido—, no estoy de acuerdo contigo. No es que me guste el señor Bold; es demasiado engreído para mi gusto; pero a Eleanor sí le gusta, y sería lo mejor del mundo para papá si se casaran. Bold nunca se molestaría por el Hospital de Hiram si fuera yerno de papá. —Y la dama se dio la vuelta bajo las mantas, de una manera a la que el doctor estaba bien acostumbrado y que le decía, tan claramente como las palabras, que por lo que a ella respectaba el tema había terminado por esa noche.

—¡Santo Dios! —murmuró el doctor de nuevo; estaba evidentemente muy fuera de sí.

El doctor Grantly no es de ninguna manera un mal hombre; es exactamente el hombre que una educación como la suya tenía más probabilidades de formar; siendo su intelecto suficiente para tal lugar en el mundo, pero no suficiente para ponerle por delante de él. Desempeña con una constancia rígida aquellas tareas de un clérigo de parroquia que están, a su modo de ver, por encima de la esfera de su coadjutor, pero es como arcediano donde brilla.

Creemos, como regla general, que o bien un obispo o sus arcedianos tienen sinecuras: donde un obispo trabaja, los arcedianos tienen poco que hacer, y viceversa. En la diócesis de Barchester, el arcediano de Barchester hace el trabajo. En esa capacidad es diligente, autoritario y, como sus amigos presumen particularmente, juicioso. Su gran falta es una seguridad avasalladora en las virtudes y derechos de su orden, y su gran debilidad es una confianza igualmente fuerte en la dignidad de su propio comportamiento y la elocuencia de sus propias palabras. Es un hombre moral, que cree en los preceptos que enseña y cree también que actúa conforme a ellos; aunque no podemos decir que daría su capa a quien le quitara la túnica, o que esté preparado para perdonar a su hermano incluso siete veces. Es bastante severo a la hora de exigir lo que se le debe, considerando que cualquier laxitud a este respecto pondría en peligro la seguridad de la Iglesia; y, si pudiera salirse con la suya, enviaría a las tinieblas y a la perdición no solo a cada reformador individual, sino a cada comité y cada comisión que se atreviera siquiera a hacer una pregunta respecto a la apropiación de las rentas eclesiásticas.

«Son rentas de la Iglesia: los laicos lo admiten. Seguramente la Iglesia es capaz de administrar sus propias rentas». Así solía argumentar cuando se discutían las acciones sacrílegas de lord John Russell y otros, ya fuera en Barchester o en Oxford.

No era de extrañar que al doctor Grantly no le gustara John Bold, y que la sugerencia de su esposa de que llegara a estar estrechamente vinculado con tal hombre le consternara. Para hacerle justicia, al arcediano nunca le faltó valor; estaba

perfectamente dispuesto a enfrentarse a su enemigo en cualquier campo y con cualquier arma. Tenía tal fe en sus propios argumentos que se sentía seguro del éxito, siempre que pudiera estar seguro de una lucha justa por parte de su adversario. No tenía ni idea de que John Bold pudiera realmente probar que los ingresos del hospital estaban mal asignados; ¿por qué, entonces, debía buscarse la paz en términos tan viles? ¡Cómo! ¡Sobornar a un enemigo incrédulo de la Iglesia con la cuñada de una dignidad y la hija de otra; con una joven cuyas conexiones con la diócesis y el cabildo de Barchester eran tan estrechas como para darle un derecho innegable a un marido dotado con parte de su sagrada riqueza! Cuando el doctor Grantly habla de enemigos incrédulos, no pretende dar a entender falta de creencia en las doctrinas de la Iglesia, sino un escepticismo igualmente peligroso en cuanto a su pureza en asuntos de dinero.

La señora Grantly no suele ser sorda a los derechos de la alta orden a la que pertenece. Ella y su marido rara vez discrepan en cuanto al tono con que debe defenderse a la Iglesia; ¡qué singular, pues, que en un caso como este ella estuviera dispuesta a sucumbir! El arcediano murmura de nuevo «¡Santo Dios!» mientras se acuesta a su lado, pero lo hace en una voz audible solo para sí mismo, y lo repite hasta que el sueño le libera de sus profundos pensamientos.

El propio señor Harding no ha visto ninguna razón por la que su hija no deba amar a John Bold. No ha sido ajeno a los sentimientos de ella, y tal vez su pesar más profundo por la parte que teme que Bold va a tomar respecto al hospital surge del temor de que pueda verse separado de su hija, o de que ella se vea separada del hombre que ama. Nunca ha hablado con Eleanor sobre su pretendiente; es el último hombre en el mundo que aludiría a tal tema sin ser consultado, incluso con su propia hija; y si hubiera considerado que tenía motivos para desaprobado a Bold, la habría alejado de él o le habría prohibido la entrada en su casa; pero no vio tales motivos. Probablemente habría preferido un segundo yerno clérigo, pues el señor Harding también está apegado a su orden; y, a falta de eso, al menos habría deseado que una conexión tan cercana hubiera pensado igual que él en asuntos de la Iglesia. No rechazaría, sin

embargo, al hombre que su hija amaba porque difiriera con él en tales temas.

Hasta ahora, Bold no había dado ningún paso en el asunto que resultara molesto para el señor Harding personalmente. Hace algunos meses, tras una dura batalla que le costó no poco dinero, obtuvo una victoria sobre una cierta anciana encargada de un portazgo en los alrededores, de cuyos cobros se le había quejado otra anciana. Consiguió la Ley del Parlamento relativa al fideicomiso, descubrió que su protegida había sido mal gravada, cruzó él mismo el portazgo pagando el peaje, luego interpuso una demanda contra el guardián del portazgo y demostró que todas las personas que subían por un cierto callejón y bajaban por otro estaban exentas de peaje. La fama de su éxito se extendió ampliamente, y empezó a ser visto como el defensor de los derechos de los pobres de Barchester. Poco después de este éxito, oyó por diferentes conductos que los asilados de Hiram eran tratados como indigentes, cuando la propiedad de la que eran, en efecto, herederos era muy cuantiosa; y fue instigado por el abogado al que había empleado en el caso del portazgo a solicitar al señor Chadwick un estado de cuentas de los fondos de la finca.

Bold había expresado a menudo su indignación por la malversación de los fondos de la Iglesia en general ante su amigo el precentor; pero la conversación nunca se había referido a nada en Barchester; y cuando Finney, el procurador, le indujo a interferir en los asuntos del hospital, era contra el señor Chadwick contra quien debían dirigirse sus esfuerzos. Bold pronto descubrió que, si interfería con el señor Chadwick como administrador, también debía interferir con el señor Harding como custodio; y aunque lamentaba la situación en que esto le colocaría, no era hombre que se amilanara ante su empresa por motivos personales.

Tan pronto como decidió tomar el asunto en sus manos, se puso manos a la obra con su energía habitual. Obtuvo una copia del testamento de John Hiram, de cuyo texto se hizo perfectamente dueño. Comprobó la extensión de la propiedad y, lo más

aproximadamente que pudo, el valor de la misma; y elaboró una lista de lo que se le informó que era la distribución actual de sus ingresos. Armado con estos datos, visitó al señor Chadwick, habiendo avisado previamente a dicho caballero de su visita, y le pidió un estado de ingresos y gastos del hospital de los últimos veinticinco años.

Esto fue, por supuesto, denegado, alegando el señor Chadwick que no tenía autoridad para hacer públicos los asuntos de una propiedad en cuya gestión no era más que un servidor pagado.

—¿Y quién es competente para darle esa autoridad, señor Chadwick? —preguntó Bold.

—Solo aquellos que me emplean, señor Bold —dijo el administrador.

—¿Y quiénes son esos, señor Chadwick? —demandó Bold.

El señor Chadwick rogó decir que, si estas indagaciones se hacían simplemente por curiosidad, debía negarse a contestarlas; si el señor Bold tenía en vista algún procedimiento ulterior, tal vez sería deseable que cualquier información necesaria fuera buscada de manera profesional por un hombre de leyes. Los abogados del señor Chadwick eran los señores Cox y Cummins, de Lincoln's Inn. El señor Bold tomó nota de la dirección de Cox y Cummins, comentó que el tiempo era frío para la época del año y deseó los buenos días al señor Chadwick. El señor Chadwick dijo que hacía frío para ser junio y le despidió con una inclinación de cabeza.

Se fue de inmediato a ver a su abogado, Finney. Ahora bien, Bold no sentía mucha simpatía por su procurador, pero, como él decía, simplemente quería un hombre que conociera las formas de la ley y que hiciera lo que se le dijera por su dinero. No tenía ninguna intención de ponerse en manos de un abogado. Quería leyes de un abogado como quería un abrigo de un sastre, porque él mismo no podía hacérselo tan bien; y pensó que Finney era el hombre más adecuado en Barchester para su propósito. En un aspecto, al menos, tenía razón: Finney era la humildad personificada.

Finney aconsejó una carta inmediata a Cox y Cummins, pensando en sus honorarios.

—Atáquelos de inmediato, señor Bold. Exija categórica y explícitamente un estado completo de los asuntos del hospital.

—Tal vez debería ver primero al señor Harding —sugirió Bold.

—Sí, sí, por supuesto —dijo el complaciente Finney—; aunque, tal vez, como el señor Harding no es hombre de negocios, eso pueda llevar... llevar a algunas pequeñas dificultades; pero tal vez tenga usted razón. Señor Bold, no creo que ver al señor Harding pueda hacer ningún daño.

Finney vio por la expresión de la cara de su cliente que este tenía la intención de salirse con la suya.

CAPÍTULO III

EL OBISPO DE BARCHESTER

Bold se dirigió de inmediato al hospital. El día estaba ya muy avanzado, pero sabía que el señor Harding cenaba en verano a las cuatro, que Eleanor solía salir a pasear en coche al atardecer y que, por lo tanto, probablemente encontraría al señor Harding solo. Eran entre las siete y las ocho cuando llegó a la ligera verja de hierro que conducía al jardín del precentor y, aunque, como observó el señor Chadwick, el día había sido frío para junio, la tarde era suave, dulce y apacible. La puertecita estaba abierta. Al levantar el pestillo, oyó las notas del violonchelo del señor Harding desde el fondo del jardín y, avanzando ante la casa y a través del césped, lo encontró tocando; y no sin público. El músico estaba sentado en una silla de jardín justo dentro de la glorieta, de modo que el violonchelo que sostenía entre las rodillas descansaba sobre el suelo de piedra seca; ante él había un rústico atril de música, en el cual estaba abierta una página de aquel querido libro sagrado, aquel volumen de música eclesiástica tan trabajado y amado que tantos guineas había costado; y alrededor estaban sentados, tumbados, de pie o apoyados, diez de los doce ancianos que moraban con él bajo el

techo del viejo John Hiram. Los dos reformadores no estaban allí. No diré que en sus corazones fueran conscientes de ningún mal hecho o por hacer a su apacible custodio, pero últimamente se habían mantenido alejados de él, y su música ya no era de su agrado.

Resultaba divertido ver las posiciones y las caras de absorta atención de estos ancianos acomodados. No diré que todos apreciaran la música que oían, pero se esforzaban por parecer que lo hacían; satisfechos de estar donde estaban, estaban decididos, en la medida de sus posibilidades, a devolver el placer recibido; y no dejaron de conseguirlo. Alegraba el corazón del precentor pensar que los viejos asilados a los que tanto amaba admiraban las melodías que para él estaban tan llenas de un gozo casi extático; y solía jactarse de que tal era el aire del hospital, que lo convertía en un recinto especialmente apto para el culto a santa Cecilia.

Inmediatamente ante él, en el extremo del banco que rodeaba la glorieta, estaba sentado un anciano, con el pañuelo pulcramente extendido sobre las rodillas, que disfrutaba de aquel momento o fingía muy bien disfrutarlo. Era alguien en cuyo gran armazón los muchos años —pues pasaba de los ochenta— habían causado pocos estragos; seguía siendo una figura erguida, robusta y hermosa, con una frente abierta y ponderosa, alrededor de la cual se aferraban unos pocos, aunque muy pocos, mechones grises y finos. El tosco hábito negro del hospital, los calzones y los zapatos con hebilla le sentaban bien; y mientras estaba sentado con las manos cruzadas sobre su bastón y la barbilla apoyada en las manos, era un oyente como el que a la mayoría de los músicos les gustaría recibir.

Este hombre era, sin duda, el orgullo del hospital. Siempre había sido costumbre seleccionar a uno como poseedor de cierta autoridad sobre los demás; y aunque el señor Bunce —pues tal era su nombre, y así era siempre designado por sus hermanos inferiores— no tenía mayores emolumentos que ellos, había asumido, y sabía muy bien mantener, la dignidad de su elevación. El precentor se deleitaba en llamarle su subcustodio y no se avergonzaba, ocasionalmente, cuando no había ningún otro invitado, de invitarle a sentarse junto al

mismo fuego del salón y beber la copa llena de oporto que se colocaba cerca de él. Bunce nunca se iba sin la segunda copa, pero ningún ruego le hizo tomar jamás una tercera.

—Bueno, bueno, señor Harding; es usted demasiado bueno, mucho demasiado bueno —decía siempre mientras se llenaba la segunda copa; pero cuando esta se había bebido y había pasado la media hora, Bunce se ponía firme y, con una bendición que su patrón valoraba, se retiraba a su propia morada. Conocía el mundo demasiado bien como para arriesgar la comodidad de tales momentos de calma prolongándolos hasta que resultaran desagradables.

El señor Bunce, como puede imaginarse, se oponía firmemente a la innovación. Ni siquiera el doctor Grantly sentía un horror más santo por aquellos que se entrometían en los asuntos del hospital; era un hombre de Iglesia de los pies a la cabeza y, aunque no sentía mucha simpatía personal por el doctor Grantly, eso se debía a que no había sitio en el hospital para dos personas tan parecidas como el doctor y él mismo, más que a cualquier diferencia de sentimiento. El señor Bunce se inclinaba a pensar que el custodio y él mismo podían gestionar el hospital sin más ayuda; y que, aunque el obispo era el visitador constitucional y, como tal, acreedor de una reverencia especial de todos los relacionados con el testamento de John Hiram, John Hiram nunca pretendió que un arcediano interfiriera en sus asuntos.

En aquel momento, sin embargo, estas preocupaciones estaban fuera de su mente, y miraba a su custodio como si pensara que la música era celestial, y el músico apenas menos.

Mientras Bold caminaba silenciosamente por el césped, el señor Harding no le percibió al principio y continuó pasando el arco lentamente por las cuerdas quejumbrosas; pero pronto advirtió por su público que había algún extraño allí y, levantando la vista, comenzó a dar la bienvenida a su joven amigo con franca hospitalidad.

—Le ruego, señor Harding... le ruego que no deje que le interrumpa —dijo Bold—; ya sabe cuánto me gusta la música sacra.

—¡Oh, no es nada! —dijo el precentor, cerrando el libro y volviendo a abrirlo al ver la mirada deliciosamente suplicante de su viejo amigo Bunce. ¡Oh, Bunce, Bunce, Bunce, temo que, después de todo, no eres más que un lisonjero!—. Bueno, lo terminaré entonces; es una pequeña pieza favorita de Bishop; y luego, señor Bold, daremos un paseo y charlaremos hasta que Eleanor venga y nos dé el té. —Y así Bold se sentó en el suave césped para escuchar o, más bien, para pensar cómo, después de tan dulce armonía, podría introducir mejor un tema de tanta discordia para perturbar la paz de quien estaba tan dispuesto a recibirle amablemente.

A Bold le pareció que la interpretación terminó pronto, pues sentía que tenía una tarea algo difícil, y casi lamentó la despedida final del último de los ancianos, lentos como eran en sus adioses.

Bold tenía el corazón en un puño cuando el precentor hizo algún comentario ordinario pero amable sobre lo agradable de la visita.

—Una visita al atardecer —dijo él— vale por diez por la mañana. Por la mañana todo es formalidad; la verdadera charla social no empieza hasta después de cenar. Por eso ceno temprano, para tener todo el tiempo posible para ella.

—Muy cierto, señor Harding —dijo el otro—; pero temo haber invertido el orden de las cosas, y le debo muchas disculpas por molestarle con negocios a esta hora; pero es por negocios por lo que he venido ahora.

El señor Harding se quedó serio y molesto; había algo en el tono de voz del joven que le decía que la entrevista pretendía ser desagradable, y se retrajo al ver su amable saludo tan rechazado.

—Deseo hablarle sobre el hospital —continuó Bold.

—Bueno, bueno, cualquier cosa que pueda decirle, estaré encantado...

—Es sobre las cuentas.

—Entonces, mi querido amigo, no puedo decirle nada, porque soy tan ignorante como un niño. Todo lo que sé es que me pagan ochocientas libras al año. Vaya a ver a Chadwick, él lo sabe todo sobre las cuentas; y ahora dígame, ¿volverá la pobre Mary Jones a recuperar el uso de su pierna?

—Bueno, creo que sí, si tiene cuidado; pero, señor Harding, espero que no se oponga a discutir conmigo lo que tengo que decir sobre el hospital.

El señor Harding dio un profundo y prolongado suspiro. Se oponía, se oponía muy fuertemente a discutir cualquier tema de ese tipo con John Bold; pero no tenía el tacto para los negocios del señor Chadwick y no sabía cómo librarse del mal que se avecinaba; suspiró tristemente, pero no respondió.

—Siento el mayor aprecio por usted, señor Harding —continuó Bold—; el respeto más sincero, el más...

—Gracias, gracias, señor Bold —interrumpió el precentor con cierta impaciencia—; le estoy muy agradecido, pero no importa eso; tengo tantas probabilidades de estar equivocado como cualquier otro hombre, tantas probabilidades como el que más.

—Pero, señor Harding, debo expresar lo que siento, no sea que piense que hay enemistad personal en lo que voy a hacer.

—¡Enemistad personal! ¡En lo que va a hacer! ¡Vaya, no va usted a degollarme ni a llevarme ante el Tribunal Eclesiástico!

Bold intentó reírse, pero no pudo. Estaba muy serio y decidido en su camino, y no podía bromear sobre ello. Caminó un rato en silencio antes de reanudar su ataque, durante el cual el señor Harding, que todavía tenía el arco en la mano, tocó rápidamente en un violonchelo imaginario.

—Temo que hay razones para pensar que el testamento de John Hiram no se cumple a la letra, señor Harding —dijo el joven al fin—; y se me ha pedido que lo investigue.

—Muy bien, no tengo la menor objeción; y ahora no necesitamos decir ni una palabra más sobre ello.

—Solo una palabra más, señor Harding. Chadwick me ha remitido a Cox y Cummins, y creo que es mi deber solicitarles un estado de cuentas sobre el hospital. En lo que haga, puede parecer que estoy interfiriendo con usted, y espero que me perdone por hacerlo.

—Señor Bold —dijo el otro, deteniéndose y hablando con cierta solemnidad—, si actúa con justicia, no dice en este asunto más que la verdad y no usa armas desleales para llevar a cabo sus propósitos, no tendré nada que perdonar. Presumo que piensa que no tengo derecho a los ingresos que recibo del hospital y que otros tienen derecho a ellos. Haga lo que haga el resto, yo nunca le atribuiré motivos rastreros porque sostenga una opinión opuesta a la mía y contraria a mis intereses: le ruego que haga lo que considere su deber; yo no puedo darle ninguna ayuda, ni tampoco le ofreceré ningún obstáculo. Permítame, sin embargo, sugerirle que usted no puede adelantar sus puntos de vista ni yo los míos en absoluto mediante ninguna discusión entre nosotros. Aquí vienen Eleanor y los ponis, y entraremos a tomar el té.

Bold, sin embargo, sintió que no podía sentarse a gusto con el señor Harding y su hija después de lo que había pasado, por lo que se excusó con muchas y torpes disculpas; y limitándose a levantarse el sombrero e inclinarse al pasar junto a Eleanor y el coche de los ponis, la dejó en un asombro decepcionado ante su partida.

El comportamiento del señor Harding ciertamente impresionó a Bold con la plena convicción de que el custodio sentía que pisaba terreno firme, y casi le hizo pensar que estaba a punto de interferir sin la debida justificación en los asuntos privados de un hombre justo y honorable; pero el propio señor Harding estaba de todo menos satisfecho con su propia visión del caso.

En primer lugar, deseaba por el bien de Eleanor pensar bien de Bold y que le gustara, y sin embargo no podía sino sentirse disgustado ante la arrogancia de su conducta. ¿Qué derecho tenía él

a decir que el testamento de John Hiram no se cumplía equitativamente? Pero entonces la pregunta surgía en su corazón: «¿Se actuaba justamente según ese testamento? ¿Pretendía John Hiram que el custodio de su hospital recibiera considerablemente más del legado que todos los doce ancianos juntos por cuyo beneficio se construyó el hospital? ¿Podría ser posible que John Bold tuviera razón y que el reverendo custodio del hospital hubiera sido durante los últimos diez años y más el injusto receptor de unos ingresos que legal y equitativamente pertenecían a otros? ¿Y si se demostrara ante la luz del día que él, cuya vida había sido tan feliz, tan tranquila, tan respetada, había absorbido ocho mil libras a las que no tenía derecho y que nunca podría devolver?». No digo que temiera que tal fuera realmente el caso; pero la primera sombra de duda cayó ahora sobre su mente, y desde esta tarde, durante muchos, muchos largos días, nuestro bueno, amable y cariñoso custodio no fue ni feliz ni estuvo tranquilo.

Pensamientos de esta clase, estos primeros momentos de gran desdicha, oprimieron al señor Harding mientras estaba sentado tomando su té a sorbos, ausente y desasosegado. La pobre Eleanor sintió que algo no iba bien, pero sus ideas sobre la causa del malestar de la tarde no iban más allá de su amante y su repentina y descortés partida. Pensó que debía de haber habido alguna riña entre Bold y su padre, y estaba medio enfadada con ambos, aunque no intentaba explicarse a sí misma por qué lo estaba.

El señor Harding pensó larga y profundamente sobre estas cosas, tanto antes de irse a la cama como después, mientras yacía despierto, cuestionándose a sí mismo la validez de su derecho a los ingresos de los que disfrutaba. Parecía claro en cualquier caso que, por muy desafortunado que fuera por haber sido colocado en tal posición, nadie podía decir que debiera haber rechazado el nombramiento primero, o rechazado los ingresos después. Todo el mundo —refiriéndose al mundo eclesiástico circunscrito a la Iglesia de Inglaterra— sabía que la custodia del Hospital de Barchester era una cómoda sinecura, pero nunca se había culpado a nadie por aceptarla. ¡A cuánta censura, sin embargo, se habría expuesto de

haberla rechazado! ¡Cuán loco le habrían considerado si hubiera declarado, cuando el puesto estaba vacante y se le ofreció, que tenía escrúpulos en cuanto a recibir ochocientas libras al año de la propiedad de John Hiram, y que prefería que algún extraño las poseyera! ¡Cómo habría sacudido el doctor Grantly su sabia cabeza y consultado con sus amigos del recinto sobre algún retiro decente para la incipiente locura del pobre canónigo menor! Si tenía razón al aceptar el puesto, también le resultaba claro que obraría mal al rechazar cualquier parte de los ingresos anejos a él. El patronazgo era un valioso complemento del obispado; y seguramente no sería su deber disminuir el valor de ese beneficio que se le había otorgado; seguramente estaba obligado a defender a su orden.

Pero, de alguna manera, estos argumentos, aunque parecían lógicos, no resultaban satisfactorios. ¿Se cumplía equitativamente el testamento de John Hiram? Esa era la verdadera cuestión: y si no era así, ¿no era su especial deber velar por que se hiciera; su especial deber, fuera cual fuese el daño que pudiera causar a su orden, por muy mal que tal deber pudiera ser recibido por su patrón y sus amigos? Ante la idea de sus amigos, su mente se volvió infelizmente hacia su yerno. Sabía bien cuán fuertemente sería apoyado por el doctor Grantly si pudiera decidirse a poner su caso en manos del arcediano y permitirle librar la batalla; pero sabía también que allí no encontraría simpatía alguna para sus dudas, ni sentimiento amistoso, ni consuelo interior. El doctor Grantly estaría bastante dispuesto a empuñar su garrote contra todo el que viniera en nombre de la Iglesia militante, pero lo haría sobre el desagradable terreno de la infalibilidad de la Iglesia. Tal contienda no daría consuelo a las dudas del señor Harding. No estaba tan ansioso por demostrar que tenía razón como por tenerla verdaderamente.

He dicho antes que el doctor Grantly era el hombre que trabajaba en la diócesis y que su padre el obispo se inclinaba algo a una vida ociosa. Así era; pero el obispo, aunque nunca había sido un hombre activo, era alguien cuyas cualidades le habían hecho querido para todos los que le conocían. Era el polo opuesto a su hijo; era un

anciano suave y amable, opuesto por todo sentimiento a las demostraciones de autoridad y a la ostentación episcopal. Tal vez fue bueno para él, en su situación, que su hijo hubiera sido capaz desde joven de hacer aquello que él no pudo hacer bien cuando era más joven, y que no habría podido hacer en absoluto ahora que pasaba de los setenta. El obispo sabía cómo agasajar al clero de su diócesis, cómo charlar trivialmente con las esposas de los rectores y cómo poner a gusto a los coadjutores; pero se requería la mano firme del arcediano para tratar con aquellos que eran refractarios ya fuera en sus doctrinas o en sus vidas.

El obispo y el señor Harding se querían calurosamente. Habían envejecido juntos y habían pasado juntos muchos, muchos años en ocupaciones y conversaciones clericales. Cuando uno de ellos era obispo y el otro solo un canónigo menor, incluso entonces estaban mucho tiempo juntos; pero desde que sus hijos se habían casado y el señor Harding se había convertido en custodio y precentor, lo eran todo el uno para el otro. No diré que gestionaran la diócesis entre los dos, pero pasaban mucho tiempo discutiendo sobre el hombre que lo hacía y urdiendo pequeños planes para mitigar su ira contra los delincuentes de la Iglesia y suavizar sus aspiraciones de dominio eclesiástico.

El señor Harding decidió abrir su corazón y confesar sus dudas a su viejo amigo; y a él acudió la mañana siguiente a la descortés visita de John Bold.

Hasta ese momento, ningún rumor de estos crueles procedimientos contra el hospital había llegado a oídos del obispo. Sin duda había oído que existían hombres que cuestionaban su derecho a otorgar una sinecura de ochocientas libras al año, como había oído de vez en cuando sobre alguna inmoralidad especial o disturbio vergonzoso en la ciudad de Barchester, habitualmente decente y tranquila; pero todo lo que hacía, y todo lo que se le pedía hacer en tales ocasiones, era sacudir la cabeza y rogar a su hijo, el gran dictador, que velara por que no le ocurriera ningún daño a la Iglesia.

Fue una larga historia la que el señor Harding tuvo que contar antes de que el obispo comprendiera su propio punto de vista sobre el caso; pero no necesitamos seguirle a través del relato. Al principio, el obispo no aconsejó más que un paso, no recomendó más que un remedio, no tenía más que una medicina en toda su farmacopea lo suficientemente fuerte como para tratar un trastorno tan grave: recetó al arcediano.

—Remítalo al arcediano —repitió, mientras el señor Harding hablaba de Bold y su visita—. El arcediano le pondrá a usted perfectamente al corriente de eso —dijo amablemente, cuando su amigo habló con vacilación de la justicia de su causa—. Nadie ha estudiado todo eso tan bien como el arcediano.

Pero la dosis, aunque grande, no logró calmar al paciente; de hecho, casi le produjo náuseas.

—Pero, obispo —dijo él—, ¿leyó usted alguna vez el testamento de John Hiram?

El obispo pensó que probablemente lo había hecho, hacía treinta y cinco años, cuando fue instituido por primera vez en su sede, pero no podía afirmarlo con seguridad; sin embargo, sabía muy bien que tenía el derecho absoluto de otorgar la custodia y que los ingresos del custodio habían sido fijados regularmente.

—Pero, obispo, la cuestión es: ¿quién tiene el poder de fijarlos? Si, como dice este joven, el testamento dispone que los beneficios de la propiedad deben dividirse en partes, ¿quién tiene el poder de alterar estas disposiciones?

El obispo tenía la vaga idea de que se alteraban solas por el transcurso de los años; que una especie de estatuto eclesiástico de prescripción anulaba los derechos de los doce asilados a cualquier aumento de ingresos derivado del aumento del valor de la propiedad. Dijo algo sobre la tradición; más sobre los muchos hombres doctos que con su práctica habían confirmado la disposición actual; luego se extendió un poco sobre la conveniencia de mantener la debida diferencia de rango e ingresos entre un

clérigo beneficiado y ciertos pobres ancianos que dependían de la caridad; y concluyó su argumento con otra referencia al arcediano.

El precentor permanecía sentado mirando pensativamente al fuego y escuchando el razonamiento bondadoso de su amigo. Lo que decía el obispo tenía una especie de consuelo, pero no era un consuelo que diera fuerzas. Hacía que el señor Harding sintiera que muchos otros —de hecho, todos los demás de su propia orden— pensarían que tenía razón; pero no conseguía demostrarle que verdaderamente la tuviera.

—Obispo —dijo al fin, después de que ambos hubieran permanecido sentados en silencio un rato—, me engañaría a usted y a mí mismo si no le dijera que estoy muy infeliz por esto. Supongamos que no puedo llegar a estar de acuerdo con el doctor Grantly. Que descubro, tras investigar, que el joven tiene razón y que yo estoy equivocado, ¿qué entonces?

Los dos ancianos estaban sentados uno cerca del otro; tan cerca que el obispo pudo poner su mano sobre la rodilla del otro, y lo hizo con una suave presión. El señor Harding sabía bien lo que significaba esa presión. El obispo no tenía más argumentos que aducir; no podía luchar por la causa como lo haría su hijo; no podía demostrar que todas las dudas del precentor carecían de fundamento; pero podía simpatizar con su amigo, y así lo hizo; y el señor Harding sintió que había recibido aquello por lo que había venido.

Hubo otro periodo de silencio, tras el cual el obispo preguntó, con un grado de energía irritable muy inusual en él, si ese «intruso pestilente» (refiriéndose a John Bold) tenía amigos en Barchester.

El señor Harding estaba totalmente decidido a contárselo todo al obispo; a hablar del amor de su hija así como de sus propias tribulaciones; a hablar de John Bold en su doble capacidad de futuro yerno y presente enemigo; y aunque sentía que resultaba suficientemente desagradable, ahora era el momento de hacerlo.

—Es muy íntimo en mi propia casa, obispo.

El obispo se quedó mirando fijamente. No estaba tan avanzado en ortodoxia y militancia eclesiástica como su hijo pero, aun así, no podía llegar a comprender cómo un enemigo tan declarado de la institución podía ser admitido en términos de intimidad en la casa, no solo de un pilar tan firme como el señor Harding, sino de alguien tan perjudicado como el custodio del hospital.

—De hecho, el señor Bold me gusta mucho, personalmente — continuó la víctima desinteresada—; y para decirle la «verdad» — vaciló al soltar las terribles noticias—, a veces he pensado que no es improbable que sea mi segundo yerno.

El obispo no silbó: creemos que pierden el poder de hacerlo al ser consagrados; y que en estos días uno podría encontrar tan fácilmente a un juez corrupto como a un obispo silbador; pero miró como si lo hubiera hecho de no ser por su delantal episcopal.

¡Vaya un cuñado para el arcediano! ¡Vaya una alianza para el recinto de Barchester! ¡Vaya una conexión incluso para el palacio episcopal! El obispo, en su mente sencilla, no tenía duda de que John Bold, si tuviera tanto poder, cerraría todas las catedrales y probablemente todas las iglesias parroquiales; repartiría todos los diezmos entre metodistas, bautistas y otras tribus salvajes; ianiquilaría por completo el sagrado banquillo episcopal y haría los sombreros apuntados y las mangas de linón tan ilegales como los capuces, las sandalias y el sayal! ¡He aquí un hombre agradable para ser iniciado en los cómodos arcanos de los refugios eclesiásticos; uno que dudaba de la integridad de los párrocos y probablemente no creía en la Trinidad!

El señor Harding vio qué efecto había causado su comunicación y casi se arrepintió de la franqueza de su revelación; sin embargo, hizo lo que pudo para moderar la pesadumbre de su amigo y patrón.

—No digo que haya ningún compromiso entre ellos. Si lo hubiera, Eleanor me lo habría dicho; la conozco lo suficiente para estar seguro de que lo habría hecho; pero veo que se quieren; y como

hombre y como padre, no he tenido ninguna objeción que oponer a su intimidad.

—Pero, señor Harding —dijo el obispo—, ¿cómo va usted a oponerse a él si es su yerno?

—No pretendo oponerme a él; es él quien se opone a mí; si hay que hacer algo en defensa, supongo que lo hará Chadwick. Supongo...

—¡Oh!, el arcediano se encargará de eso: aunque el joven fuera dos veces su cuñado, el arcediano nunca dejará de hacer lo que siente que es correcto.

El señor Harding recordó al obispo que el arcediano y el reformador no eran todavía hermanos, y muy probablemente nunca lo serían; le exigió la promesa de que el nombre de Eleanor no sería mencionado en ninguna discusión entre el padre obispo y el hijo arcediano respecto al hospital; y luego se marchó, dejando a su pobre y viejo amigo desconcertado, asombrado y confuso.

CAPÍTULO IV

LOS ASILADOS DE HIRAM

Las partes más interesadas en el movimiento que estaba a punto de poner a Barchester de uñas no fueron las primeras en discutir el fondo de la cuestión, como suele suceder; pero cuando el obispo, el arcediano, el custodio, el administrador y los señores Cox y Cummins estaban todos ocupados en el asunto, cada uno a su manera, no es de suponer que los propios asilados de Hiram fueran espectadores del todo pasivos.

Finney, el procurador, había estado entre ellos, haciendo preguntas ladinas y despertando esperanzas desmedidas, creando un partido hostil al custodio y estableciendo un cuerpo en el campo enemigo, como él gráficamente lo llamaba para sus adentros. Pobres ancianos: sea quien sea el que resulte favorecido o perjudicado por esta investigación, ellos, en cualquier caso, saldrán de ella con toda seguridad escaldados; para ellos solo puede ser un mal absoluto. ¿Cómo puede mejorar su suerte? Tienen todas sus necesidades cubiertas; se les suministra cada comodidad; tienen casas cálidas, buena ropa, dieta abundante y descanso tras una vida de trabajo; y,

por encima de todo, ese tesoro tan inestimable en los años de declive: ¡un amigo verdadero y amable para escuchar sus penas, velar por su enfermedad y administrarles consuelo tanto para este mundo como para el venidero!

John Bold piensa en esto a veces, cuando habla ruidosamente de los derechos de los asilados a quienes ha tomado bajo su protección; pero acalla la sugerencia en su pecho con el altisonante nombre de la justicia: «*Fiat justitia, ruat caelum*». Estos ancianos deberían tener, por derecho, cien libras al año en lugar de un chelín y seis peniques al día, y el custodio debería tener doscientas o trescientas libras en lugar de ochocientas. Lo que es injusto debe estar mal; lo que está mal debe ser corregido; y si él declinaba la tarea, ¿quién más la haría?

—Cada uno de ustedes tiene claramente derecho a cien libras al año por el derecho común —tal había sido el importante susurro hecho por Finney al oído de Abel Handy, y por este retransmitido a sus once hermanos.

No debe esperarse demasiado de la carne y la sangre, ni siquiera de la de los asilados de John Hiram, y la promesa positiva de cien libras anuales a cada uno de los doce ancianos surtió efecto en la mayoría de ellos. El gran Bunce no se dejó seducir y fue mantenido en su ortodoxia por dos partidarios. Abel Handy, que era el líder de los aspirantes a la riqueza, tenía, ay, un seguimiento más fuerte. No menos de cinco de los doce creyeron pronto que sus puntos de vista eran justos, constituyendo con su líder una mitad del hospital. Los otros tres, de mentes volátiles e inestables, vacilaban entre los dos caudillos, ahora seducidos por la esperanza del oro, ahora ansiosos por congraciarse con los poderes que todavía existían.

Se había propuesto dirigir una petición al obispo como visitador, rogando a su señoría que velara por que se hiciera justicia a los destinatarios legales de la Obra Benéfica de John Hiram, y enviar copias de esta petición y de la respuesta que suscitara a todos los principales periódicos de Londres, para obtener así notoriedad para el tema. Se pensó que esto allanaría el camino para ulteriores

procedimientos legales. Habría sido un gran logro contar con las firmas y marcas de los doce legatarios perjudicados; pero esto era imposible: Bunce se habría cortado la mano antes de firmarla. Finney sugirió entonces que, si se lograba que incluso once sancionaran el documento, el único recusante obstinado podría haber sido presentado como incapacitado para juzgar tal cuestión — de hecho, como *non compos mentis*— y la petición se habría tomado como representación del sentir de los hombres. Pero esto no pudo hacerse: los amigos de Bunce eran tan firmes como él mismo, y hasta el momento solo seis cruces adornaban el documento. Resultaba tanto más irritante cuanto que el propio Bunce sabía escribir su nombre de forma legible, y uno de aquellos tres indecisos se había jactado durante años de poseer igual facultad, y poseía, en efecto, una Biblia en la que se enorgullecía de mostrar su nombre escrito por él mismo hacía unos treinta años: «Job Skulpit»; pero se pensó que Job Skulpit, habiendo olvidado su erudición, por esa razón recelaba de la petición, y que los otros indecisos le seguirían allá donde él les guiara. Una petición firmada por la mitad del hospital tendría un efecto muy pobre.

Era en la habitación de Skulpit donde la petición yacía ahora, esperando las firmas adicionales que Abel Handy, con su elocuencia, pudiera obtener para ella. Las seis marcas que ostentaba estaban debidamente certificadas así:

Su

Su

Su

Abel X Handy, Gregy X Moody, Mathew X Spriggs,

marca

marca

marca

etcétera, y los lugares estaban debidamente señalados a lápiz para aquellos hermanos que ahora se esperaba que se unieran; solo para Skulpit se había dejado un espacio en el que su firma auténtica pudiera escribirse con caligrafía clara y de escribano. Handy había traído el documento y lo había extendido sobre la pequeña mesa de pino, y ahora permanecía junto a él, persuasivo y ansioso. Moody le

había seguido con un tintero, dejado allí cuidadosamente por Finney; y Spriggs sostenía en alto, como si fuera una espada, una pluma muy desgastada y negra de tinta que de vez en cuando intentaba meter en la mano renuente de Skulpit.

Con el hombre instruido estaban sus dos cómplices en la indecisión, William Gazy y Jonathan Crumple. Si la petición alguna vez había de ser enviada, ahora era el momento; así lo decía el señor Finney; y grande era la ansiedad por parte de aquellos cuyas cien libras al año, según creían, dependían principalmente del documento en cuestión.

—¡Vernon privado de todo ese dinero —como el codicioso Moody había mascullado a su amigo Handy— por un viejo tonto que dice que sabe escribir su nombre como sus superiores!

—Bueno, Job —dijo Handy, tratando de imprimir a su propio rostro agrio y mal agüero una sonrisa de aprobación en la que fracasó estrepitosamente—; así que ya estás listo, dice el señor Finney; aquí está el sitio, ¿ves? —y puso su enorme dedo marrón sobre el papel sucio—. El nombre o la marca, da lo mismo. Vamos, viejo; si es que vamos a tener el gasto de este dinero, cuanto antes mejor; esa es mi máxima.

—Desde luego —dijo Moody—. Ninguno de nosotros es tan joven; no podemos quedarnos esperando a ese viejo Tripasdegato ni un momento más.

Era así como estos malvados apodaban a nuestro excelente amigo. El apodo lo habría perdonado fácilmente, pero la alusión a la fuente divina de todo su melodioso gozo habría irritado incluso a un hombre como él. Esperemos que nunca conociera el insulto.

—Solo piénsalo, viejo Billy Gazy —dijo Spriggs, que gozaba de mayor juventud que sus hermanos pero que, al caer en un fuego estando borracho, se le había quemado un ojo, una mejilla y casi se le había quemado un brazo y que, por tanto, en cuanto a apariencia personal, no era el más agraciado de los hombres—, cien libras al año, y todo para gastar; solo piénsalo, viejo Billy Gazy; —y soltó una

mueca espantosa que mostraba sus desgracias en toda su extensión.

El viejo Billy Gazy no era muy dado al entusiasmo. Incluso estas perspectivas doradas no le despertaron a hacer nada más que frotar sus pobres ojos lagañosos con el puño de su hábito de asilado y mascullar suavemente: «él no sabía, él no; él no sabía».

—Pero tú lo sabrías, Jonathan —continuó Spriggs, volviéndose al otro amigo de Skulpit, que estaba sentado en un taburete junto a la mesa, mirando vacante a la petición. Jonathan Crumple era un hombre manso y suave que había conocido días mejores; sus medios habían sido malgastados por malos hijos que le habían hecho la vida desgraciada hasta que fue recibido en el hospital, del cual no era miembro desde hacía mucho tiempo. Desde aquel día no había conocido ni pena ni tribulación, y este intento de llenarlo de nuevas esperanzas era, en verdad, una crueldad.

—Cien libras al año es algo bonito, por cierto, vecino Spriggs —dijo él—. Una vez tuve yo casi eso, pero no me hizo ningún bien. —Y dio un suspiro bajo al pensar en los hijos de sus propias entrañas que le habían robado.

—Y las tendrás de nuevo, Joe —dijo Handy—; y tendrás a alguien que te las guarde bien seguras esta vez.

Crumple suspiró de nuevo; había aprendido la impotencia de la riqueza mundana y se habría sentido satisfecho, de no ser tentado, permaneciendo feliz con un chelín y seis peniques al día.

—Vamos, Skulpit —repitió Handy, impacientándose—, no vas a ir con el viejo Bunce a ayudar a ese clérigo a robarnos a todos. Toma la pluma, hombre, y hazte justicia. Bueno —añadió, viendo que Skulpit todavía dudaba—, ver a un hombre que tiene miedo de defenderse es, a mi modo de ver, lo más rastrero que hay.

—Que les den a todos por clérigos, digo yo —gruñó Moody—; imendigos hambrientos que nunca creen tener la tripa llena hasta que lo han robado todo!

—¿Quién va a hacerte daño, hombre? —argumentó Spriggs—. Por muy negro que te miren, no pueden echarte una vez que estás dentro; ino, ni siquiera Tripasdegato con sus Pantorrillas para ayudarle!

Lamento decir que el propio arcediano fue designado por esta alusión grosera a su parte inferior.

—Cien libras al año que ganar y nada que perder —continuó Handy—. ¡Cáspita! Bueno, cómo un hombre puede dudar ante un trozo de queso como ese me supera; pero algunos hombres son timoratos; algunos nacen sin agallas; algunos se acobardan con solo ver la chaqueta y el chaleco de un caballero.

¡Ay, señor Harding, si tan solo hubiera seguido el consejo del arcediano en aquel caso disputado, cuando Joe Mutters era el candidato rival de este ingrato demagogo!

—Miedo a un clérigo —gruñó Moody, con una mirada de inefable desprecio—. Les diré de qué tendría yo miedo: tendría miedo de no sacarles nada más que lo que pudiera tomar por la fuerza y por derecho; eso es de lo que más miedo tendría de cualquier clérigo de todos ellos.

—Pero —dijo Skulpit, a modo de disculpa—, el señor Harding no es tan malo; nos dio dos peniques al día, ¿verdad que lo hizo?

—¡Dos peniques al día! —exclamó Spriggs con desprecio, abriendo de forma pavorosa la roja caverna de su ojo perdido.

—¡Dos peniques al día! —masculló Moody con una maldición—; ¡al cuerno con sus dos peniques!

—¡Dos peniques al día! —exclamó Handy—; ¿y tengo yo que ir, sombrero en mano, y darle las gracias a un tipo por dos peniques al día cuando me debe cien libras al año? No, gracias; eso puede valer para ti, pero no para mí. Vamos, digo, Skulpit, ¿vas a poner tu marca en este papel de aquí o no vas a hacerlo?

Skulpit miró a su alrededor con una indecisión miserable hacia sus dos amigos. —¿Qué te parece, Bill Gazy? —dijo él.

Pero Bill Gazy no podía parecerle nada. Hizo un ruido como el balido de una oveja vieja, que pretendía expresar la agonía de su duda, y volvió a mascullar que «él no sabía».

—Agarra, viejo lisiado —dijo Handy, metiendo la pluma en la mano del pobre Billy—: ahí, así... ¡uf! viejo tonto, lo has emborronado todo... ahí, eso servirá para ti; eso es tan bueno como el mejor nombre que se haya escrito jamás: —y se presumió que un gran manchón de tinta representaba el asentimiento de Billy Gazy.

—Ahora, Jonathan —dijo Handy, volviéndose a Crumple.

—Cien libras al año es algo bonito, por cierto —argumentó de nuevo Crumple—. Bueno, vecino Skulpit, ¿qué va a ser?

—Oh, haz lo que quieras —dijo Skulpit—: haz lo que quieras y me darás el gusto.

Se metió la pluma en la mano de Crumple y se hizo un signo débil, errático y sin sentido, que denotaba la sanción y autoridad que Jonathan Crumple era capaz de transmitir.

—Vamos, Job —dijo Handy, suavizado por el éxito—, no dejes que tengan que decir que el viejo Bunce tiene a un hombre como tú bajo su pulgar; un hombre que siempre mantiene su cabeza en el hospital tan alta como el propio Bunce, aunque a ti nunca te inviten a beber vino, ni a escabullirte y contar mentiras sobre tus superiores como hace él.

Skulpit sostenía la pluma y hacía pequeños floreos con ella en el aire, pero todavía vacilaba.

—Y si te dejas aconsejar por mí —continuó Handy—, no escribirás tu nombre en absoluto, sino que pondrás tu marca como los otros; —la nube empezó a despejarse de la frente de Skulpit—; todos sabemos que puedes hacerlo si quieres, pero quizá no te gustaría parecer engreído, ya sabes.

—Bueno, la marca sería mejor —dijo Skulpit—. Un nombre y el resto marcas no quedaría bien, ¿verdad?

—Lo peor del mundo —dijo Handy—; ahí... ahí: —y encorvándose sobre la petición, el instruido empleado hizo una enorme cruz en el lugar dejado para su firma.

—Esa es la jugada —dijo Handy, guardándose triunfalmente la petición en el bolsillo—; ahora estamos todos en el mismo barco, es decir, los nueve; y en cuanto al viejo Bunce y sus compinches, pueden... —Pero mientras se alejaba cojeando hacia la puerta, con una muleta de un lado y un bastón del otro, se encontró con el propio Bunce.

—Bueno, Handy, ¿y qué puede hacer el viejo Bunce? —dijo el canoso y erguido decano.

Handy masculló algo y se disponía a marcharse; pero fue detenido en el umbral por la enorme figura del recién llegado.

—No has estado haciendo nada bueno aquí, Abel Handy —dijo él —; salta a la vista; y no es mucho bien, creo yo, lo que haces nunca.

—Yo me ocupo de mis asuntos, maestro Bunce —masculló el otro —, y ocúpese usted de los suyos. No le importa a usted nada lo que yo haga; y sus espionajes y fisgoneos aquí no harán ningún bien ni tampoco ningún daño.

—Supongo entonces, Job —continuó Bunce, sin hacer caso de su oponente—, que si la verdad ha de salir, has estampado tu nombre en esa petición suya al fin.

Skulptit miró como si estuviera a punto de hundirse en el suelo de vergüenza.

—¿Qué le importa a usted lo que él firme? —dijo Handy—. Supongo que si todos queremos pedir lo que es nuestro, no necesitamos pedirle permiso a usted primero, señor Bunce, por muy gran hombre que sea; y en cuanto a escabullirse aquí, en la habitación de Job cuando está ocupado y donde no se le quiere...

—He conocido a Job Skulptit, hombre y niño, sesenta años —dijo Bunce, mirando al hombre de quien hablaba—, y eso es desde el día en que nació. Conocí a la madre que lo parió, cuando ella y yo

éramos cositas pequeñas recogiendo margaritas juntos allá en el recinto; y he vivido bajo el mismo techo con él más de diez años; y después de eso puedo entrar en su habitación sin pedir permiso, y sin que sea por escabullirme tampoco.

—Así es, señor Bunce —dijo Skulpit—; así es, a cualquier hora, de día o de noche.

—Y soy libre también de decirle lo que pienso —continuó Bunce, mirando al uno y dirigiéndose al otro—; y le digo ahora que ha hecho una tontería y algo que está mal. Le ha dado la espalda a quien es su mejor amigo y está haciéndoles el juego a otros a quienes él no les importa nada, sea pobre o rico, esté sano o enfermo, vivo o muerto. ¿Cien libras al año? ¿Sois todos tan blandos para pensar que si se van a dar cien libras al año, va a ser a gente como vosotros a quienes les toque? —y señaló a Billy Gazy, Spriggs y Crumple—. ¿Hizo alguno de nosotros algo que valiera la mitad de ese dinero? ¿Fue para hacernos caballeros para lo que nos trajeron aquí, cuando todo el mundo se puso en nuestra contra y ya no podíamos ganarnos el pan de cada día? ¿No sois todos tan ricos a vuestra manera como él a la suya? —y el orador señaló hacia el lado en que vivía el custodio.

—¿No estáis recibiendo todo lo que esperabais, sí, y más de lo que esperabais? ¿No habría dado cada uno de vosotros el miembro más querido de su cuerpo por asegurar aquello que ahora os hace tan ingratos?

—Queremos lo que John Hiram nos dejó —dijo Handy—. Queremos lo que es nuestro por ley; no importa lo que esperáramos. Lo que es nuestro por ley debería ser nuestro, y por mis barbas que lo tendremos.

—¡Ley! —dijo Bunce, con todo el desprecio que fue capaz de invocar—: ¡ley! ¿Conocisteis alguna vez a un hombre pobre que saliera beneficiado por la ley, o por un abogado? ¿Será el señor Finney tan bueno con usted, Job, como lo ha sido ese hombre?

¿Cuidará de usted cuando esté enfermo y le consolará cuando esté afligido? ¿Acaso él...?

—¡No, ni te dará vino de Oporto, viejo, en las frías noches de invierno! Él no hará eso, ¿verdad? —preguntó Handy; y riéndose de la agudeza de su propio ingenio, él y sus colegas se retiraron, llevándose consigo, sin embargo, la ahora poderosa petición.

No sirve de nada lamentarse por la leche derramada; y el señor Bunce solo pudo retirarse a su propia habitación, disgustado ante la fragilidad de la naturaleza humana. Job Skulpt se rascó la cabeza; Jonathan Crumple volvió a comentar que, «por cierto, seguro que cien libras al año era algo muy bonito»; y Billy Gazy volvió a frotarse los ojos y masculló por lo bajo que «él no sabía».

CAPÍTULO V

EL DOCTOR GRANTLY VISITA EL HOSPITAL

Aunque la duda y la vacilación turbaban el descanso de nuestro pobre custodio, ninguna debilidad semejante perplejidad el noble pecho de su yerno. Como el indómito gallo que, preparándose para el combate, afila sus espuelas, sacude sus plumas y yergue su cresta, así dispuso el arcediano sus armas para la guerra que se

avecina, sin recelo y sin miedo. Que estaba plenamente convencido de la justicia de su causa, que nadie lo dude. Muchos hombres pueden librar su batalla con buen ánimo, pero con la conciencia dubitativa. No era este el caso del doctor Grantly. No creía en el Evangelio con más seguridad de la que creía en la sagrada justicia de todas las rentas eclesiásticas. Cuando arrió el hombro para defender los ingresos de los actuales y futuros prebendados de Barchester, estaba animado por un sentimiento de causa santa tan fuerte como el que da valor a un misionero en África, o permite a una hermana de la caridad renunciar a los placeres del mundo por las salas de un hospital. Se disponía a defender el *sanctasanctorum* del contacto de lo profano; a guardar la ciudadela de su iglesia del más desenfrenado de sus enemigos; a vestirse su buena armadura en la mejor de las luchas y asegurar, si era posible, las comodidades de su credo para las futuras generaciones de dignatarios eclesiásticos. Tal obra requería un vigor fuera de lo común; y el arcediano se mostró, por tanto, extraordinariamente vigoroso. Exigía un valor boyante y un corazón feliz en su labor; y el corazón del arcediano era feliz y su valor era boyante. Sabía que no sería capaz de animar a su suegro con sentimientos como los suyos, pero esto no le perturbaba mucho. Prefería cargar solo con el peso de la batalla y no dudaba de que el custodio se entregaría en sus manos con pasiva sumisión.

—Bien, señor Chadwick —dijo, entrando en la oficina del administrador un día o dos después de la firma de la petición conmemorada en el capítulo anterior—: ¿alguna novedad de Cox y Cummins esta mañana?

El señor Chadwick le entregó una carta; el arcediano la leyó, acariciándose la pantorrilla de su pierna derecha, ceñida por la polaina, mientras lo hacía. Los señores Cox y Cummins se limitaban a decir que aún no habían recibido notificación alguna de sus adversarios; que no podían recomendar ningún paso preliminar; pero que, en caso de que los asilados emprendieran realmente alguna acción, sería conveniente consultar a ese muy eminente consejero de la reina, sir Abraham Haphazard.

—Estoy totalmente de acuerdo con ellos —dijo el doctor Grantly, volviendo a doblar la carta—. Estoy perfectamente de acuerdo con ellos. Haphazard es, sin duda, el mejor hombre; un hombre de iglesia de los pies a la cabeza, un conservador sólido y, en todos los aspectos, el mejor hombre que podríamos conseguir; además, está en la Cámara, lo cual es una gran ventaja.

El señor Chadwick estuvo totalmente de acuerdo.

—Recuerde cómo hundió por completo a ese canalla de Horseman sobre los ingresos del obispo de Beverley; cómo les dejó a todos a la deriva en el caso del conde. —Desde que la cuestión de Santa Cruz había sido planteada por el público, un cierto noble lord se había convertido en «el conde», por antonomasia, en la estima del doctor—. Cómo hizo callar a aquel tipo en Rochester. Por supuesto que debemos contar con Haphazard; y le diré una cosa, señor Chadwick, debemos tener cuidado de llegar a tiempo, o la otra parte se nos adelantará.

Con toda su admiración por sir Abraham, el doctor parecía pensar que no era imposible que aquel gran hombre fuera inducido a prestar sus gigantescos poderes al bando de los enemigos de la iglesia. Habiendo zanjado este punto a su satisfacción, el doctor bajó al hospital para enterarse de cómo iban las cosas allí; y mientras cruzaba el sagrado recinto y miraba a los cuervos que graznaban con una reverencia peculiar a su paso, pensó con acrecentada acritud en aquellos cuya impiedad se atrevería a perturbar la hermosa gracia de las instituciones catedralicias.

¿Y quién no ha sentido lo mismo? Creemos que el propio señor Horseman se ablandaría, y el espíritu de sir Benjamin Hall cedería, si esos grandes reformadores se permitieran pasear a la luz de la luna alrededor de las torres de algunas de nuestras antiguas iglesias. ¡Quién no sentiría caridad por un prebendado al recorrer la tranquila longitud de esa larga nave en Winchester, mirando esas casas decentes, ese cuidado trozo de césped, y sintiendo, como se debe sentir, el solemne y ordenado confort del lugar! ¡Quién podría ser duro con un deán mientras deambula por el dulce recinto de

Hereford, y reconoce que en ese espacio, tono y color, diseño y forma, torre solemne y vidriera historiada, están todos al unísono, y todos perfectos! ¡Quién podría yacer bajo el sol en los claustros de Salisbury y contemplar la biblioteca de Jewel y esa aguja inigualable, sin sentir que los obispos, a veces, deberían ser ricos!

El tono de la mente de nuestro arcediano no debe asombrarnos; ha sido el crecimiento de siglos de ascendencia eclesiástica; y aunque algunos hongos desfiguren ahora el árbol, aunque haya mucha madera muerta, ¡por cuántos buenos frutos no tenemos que estar agradecidos! ¿Quién, sin remordimiento, puede derribar las ramas muertas de un viejo roble, ahora inútiles, pero, ¡ah!, todavía tan hermosas, o arrastrar los fragmentos del antiguo bosque, sin sentir que protegieron a las plantas más jóvenes, a las que ahora se les ordena ceder el paso en un tono tan perentorio y tan duro?

El arcediano, con todas sus virtudes, no era hombre de sentimientos delicados; y tras haber hecho sus saludos matinales en el salón del custodio, no tuvo escrúpulos en iniciar un ataque contra el «pestilente» John Bold en presencia de la señorita Harding, aunque acertó al suponer que aquella dama no era indiferente al nombre de su enemigo.

—Nelly, querida, tráeme mis gafas del cuarto de atrás —dijo su padre, ansioso por ahorrarle tanto los rubores como sus sentimientos.

Eleanor trajo las gafas, mientras su padre intentaba, con frases ambiguas, explicar a su demasiado práctico cuñado que sería mejor no decir nada sobre Bold delante de ella, y luego se retiró. No se le había explicado nada sobre Bold y el hospital; pero, con instinto de mujer, sabía que las cosas iban mal.

—Pronto deberemos estar haciendo algo —comenzó el arcediano, limpiándose la frente con un pañuelo grande y de colores vivos, pues se había sentido atareado y había caminado deprisa, y era un día de verano abrasador—. Por supuesto que habrás oído hablar de la petición.

El señor Harding admitió, algo de mala gana, que había oído hablar de ella.

—¡Bien! —el arcediano esperó alguna expresión de opinión, pero al no llegar ninguna, continuó—: Tenemos que estar haciendo algo, ya sabes; no debemos permitir que esta gente nos quite el suelo bajo los pies mientras nos quedamos mirando. —El arcediano, que era un hombre práctico, se permitía el uso de modos de hablar expresivos y cotidianos cuando estaba entre sus íntimos, aunque nadie podía remontarse a un laberinto más intrincado de fraseología refinada cuando la iglesia era el tema y sus hermanos inferiores eran sus oyentes.

El custodio seguía mirando mudamente a su rostro, haciendo las pasadas más ligeras posibles con un arco de violín imaginario y pisando, mientras lo hacía, diversas cuerdas imaginarias con los dedos de su otra mano. Era su consuelo constante en los apuros conversacionales. Mientras estos le mortificaban profundamente, las pasadas eran cortas y lentas, y no se veía trabajar a la mano superior; es más, las cuerdas sobre las que operaba yacían a veces ocultas en el bolsillo del músico, y el instrumento que tocaba estaba debajo de su silla; pero a medida que su espíritu se caldeaba con el tema —a medida que su corazón confiado, mirando al fondo de lo que le inquietaba, veía la salida clara—, se elevaba hacia una melodía más alta, barría las cuerdas invisibles con mano más audaz y, recorriendo velozmente con los dedos los acordes desde su cuello, bajando por su chaleco y subiendo de nuevo hasta su misma oreja, creaba una estrofa extática de música perfecta, audible para él mismo y para santa Cecilia, y no exenta de efecto.

—Estoy totalmente de acuerdo con Cox y Cummins —continuó el arcediano—. Dicen que debemos asegurarnos a sir Abraham Haphazard. No tendré el más mínimo temor dejando el caso en manos de sir Abraham.

El custodio tocó la más lenta y triste de las melodías. No era más que un fúnebre canto en una sola cuerda.

—Creo que sir Abraham no tardará mucho en hacer saber al maestro Bold a qué se atiene. Me parece estar oyendo a sir Abraham interrogándole en el Tribunal de Pleitos Comunes.

El custodio pensó en que sus ingresos fueran discutidos de esa manera, en su vida modesta, sus hábitos diarios y su trabajo fácil; y nada surgió de aquella única cuerda sino un bajo lamento de pena.

—Supongo que habrán enviado esta petición a mi padre.

El custodio no lo sabía; imaginaba que lo harían ese mismo día.

—Lo que no puedo entender es cómo les dejas hacerlo, con el mando que tienes en el lugar, o que deberías tener con un hombre como Bunce. No puedo entender por qué les dejas hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó el custodio.

—¡Pues escuchar a ese tal Bold y a ese otro leguleyo de mala muerte, Finney; y organizar esta petición además! ¿Por qué no le dijiste a Bunce que destruyera la petición?

—Eso difícilmente habría sido prudente —dijo el custodio.

—Prudente; sí, habría sido muy prudente si lo hubieran hecho entre ellos mismos. Supongo que ahora tendré que ir al palacio y responder a esto. Una respuesta muy corta es la que van a recibir, te lo aseguro.

—¿Pero por qué no deberían hacer una petición, doctor?

—¡Por qué no deberían! —respondió el arcediano, con una voz alta y bronca, como si se esperara que todos los hombres del hospital le oyeran a través de las paredes—; ¡por qué no deberían! Ya les haré saber yo por qué no deben; por cierto, custodio, me gustaría decirles unas palabras a todos juntos.

El custodio receló, e incluso por un momento olvidó tocar. De ninguna manera deseaba delegar en su yerno su lugar y autoridad de custodio; había decidido expresamente no interferir en ningún paso que los hombres quisieran dar en el asunto en disputa; estaba ansioso por no acusarles a ellos ni defenderse a sí mismo. Era

consciente de que el arcediano haría todas esas cosas en su nombre, y no de la manera más suave; y sin embargo no sabía cómo rechazar el permiso solicitado.

—Preferiría tanto quedarme al margen en este asunto... —dijo, con voz de disculpa.

—¡Al margen! —dijo el arcediano, hablando todavía con su trompeta de bronce—; ¿deseas arruinarte al margen?

—Bueno, si he de arruinarme, ciertamente.

—Tonterías, custodio; te digo que algo hay que hacer; tenemos que actuar; déjame tocar la campana y avisar a los hombres de que les hablaré en el patio.

El señor Harding no supo cómo resistirse, y se dio la desagradable orden. El patio, como se le llamaba familiarmente, era un pequeño cuadrilátero, abierto por un lado al río y rodeado por los otros por el muro alto del jardín del señor Harding, por un ala de la casa del señor Harding y por el extremo de la hilera de edificios que formaban las residencias de los asilados. Estaba todo enlosado y el centro era de piedra; pequeños canalones de piedra corrían desde las cuatro esquinas de la plaza hasta una rejilla en el centro; y adosado al final de la casa del señor Harding había un conducto con cuatro grifos protegidos de la intemperie, donde los ancianos cogían su agua y, muy generalmente, realizaban su aseo matinal. Era un lugar tranquilo y sombrío, sombreado por los árboles del jardín del custodio. En el lado que daba al río había una hilera de asientos de piedra en los que los ancianos se sentaban a contemplar los pececillos mientras pasaban veloces en la corriente. Al otro lado del río había un prado rico y verde que llegaba hasta la deanalía y se unía a ella, tan poco abierto al público como el propio jardín del deán. Nada, por tanto, podía ser más privado que el patio del hospital; y fue allí donde el arcediano decidió transmitirles su parecer sobre sus procedimientos refractarios.

El criado pronto trajo el aviso de que los hombres estaban reunidos en el patio, y el arcediano, henchido de su propósito, se

levantó para dirigirse a ellos.

—Bien, custodio, por supuesto tú vienes —dijo, viendo que el señor Harding no se preparaba para seguirle.

—Desearía que me excusaras —dijo el señor Harding.

—Por el amor de Dios, no permitamos que haya división en el campamento —replicó el arcediano—: hagamos un esfuerzo largo y un esfuerzo fuerte, pero sobre todo un esfuerzo todos a una; vamos, custodio, vamos; no tengas miedo de tu deber.

El señor Harding tenía miedo; tenía miedo de que le estuvieran llevando a hacer aquello que no era su deber; no era, sin embargo, lo bastante fuerte para resistirse, así que se levantó y siguió a su yerno.

Los ancianos estaban reunidos en grupos en el cuadrilátero —once de ellos al menos, pues el pobre viejo Johnny Bell estaba postrado en cama y no podía venir; sin embargo, había puesto su marca en la petición como uno de los primeros seguidores de Handy. Es cierto que no podía moverse de la cama donde yacía; es cierto que no tenía más amigo en la tierra que los que el hospital contenía; y de ellos el custodio y su hija eran los más constantes y apreciados; es cierto que se le suministraba todo lo que su cuerpo desfalleciente pudiera requerir o lo que su débil apetito pudiera disfrutar; pero aun así su ojo apagado había brillado por un momento ante la idea de poseer cien libras al año «para su propio bolsillo», como Abel Handy había expresado elocuentemente; y el pobre viejo Johnny Bell había puesto ávidamente su marca en la petición.

Cuando aparecieron los dos clérigos, todos se descubrieron la cabeza. Handy fue lento en hacerlo y vaciló; pero la levita y el chaleco negros de los que había hablado con tanta irreverencia en la habitación de Skulpit surtieron su efecto incluso en él, y él también se quitó el sombrero. Bunce, adelantándose a los otros, hizo una profunda reverencia al arcediano y, con afectuosa reverencia, expresó su deseo de que el custodio y la señorita Eleanor estuvieran perfectamente bien; «y la señora del doctor», añadió, volviéndose al

arcediano, «y los niños en Plumstead, y su señoría»; y habiendo pronunciado su discurso, se retiró también entre los demás y ocupó su lugar con el resto en los bancos de piedra.

Mientras el arcediano permanecía en pie para pronunciar su discurso, erguido en medio de aquel pequeño cuadrado, parecía una estatua eclesiástica colocada allí como una personificación adecuada de la iglesia militante en la tierra; su sombrero apuntado, grande, nuevo y bien marcado, un sombrero de hombre de iglesia por los cuatro costados, declaraba su profesión tan claramente como lo hace el ala ancha de un cuáquero; sus cejas pobladas, sus ojos grandes y abiertos y su boca y barbilla firmes expresaban la solidez de su orden; el pecho ancho, ampliamente cubierto de paño fino, decía cuán próspera era su hacienda; una mano metida en el bolsillo evidenciaba el control práctico que nuestra madre iglesia mantiene sobre sus posesiones temporales; y la otra, libre para la acción, estaba lista para luchar si era necesario en su defensa; y, bajo estas, los calzones decorosos y las pulcras polainas negras mostrando tan admirablemente aquella pierna bien torneada, denotaban la decencia, la belleza exterior y la gracia de nuestra institución eclesiástica.

—Bien, hombres —comenzó, cuando se hubo asentado bien en su posición—, quiero deciros unas palabras. Vuestro buen amigo, el custodio aquí presente, y yo mismo, y mi señor el obispo, en cuyo nombre deseo hablaros, sentiríamos todos mucho, verdaderamente mucho, que tuvierais cualquier motivo justo de queja. Cualquier motivo justo de queja por vuestra parte sería remediado de inmediato por el custodio, o por su señoría, o por mí en su nombre, sin necesidad de ninguna petición por vuestra parte. —Aquí el orador se detuvo un momento, esperando que algunos pequeños murmullos de aplauso mostraran que los más débiles de los hombres empezaban a ceder; pero no llegaron tales murmullos. El propio Bunce permanecía incluso con los labios cerrados, mudo y poco satisfactorio—. Sin necesidad de ninguna petición en absoluto —repitió—. Se me ha dicho que habéis dirigido una petición a mi señor. —Hizo una pausa esperando una respuesta de los hombres y,

al cabo de un momento, Handy se armó de valor y dijo: «Sí, así lo hemos hecho».

—Habéis dirigido una petición a mi señor en la que, según se me informa, expresáis la opinión de que no recibís de la finca de Hiram todo lo que se os debe. —Aquí la mayoría de los hombres expresaron su asentimiento—. Bien, ¿qué es lo que pedís? ¿Qué es lo que queréis que no tengáis ya aquí? Qué es lo que...

—Cien libras al año —masculló el viejo Moody, con una voz como si saliera de debajo de la tierra.

—¡Cien libras al año! —exclamó el arcediano militante, desafiando la impudencia de estos reclamantes con una mano extendida y cerrada, mientras con la otra asía fuertemente y aseguraba dentro del bolsillo de su calzón aquel símbolo de la riqueza de la iglesia que sus propias monedas de media corona no representaban mal—. ¡Cien libras al año! Pero, hombres, debéis de estar locos; ¡y habláis del testamento de John Hiram! Cuando John Hiram construyó un hospital para hombres viejos y agotados, trabajadores viejos y agotados, hombres enfermos que ya no pueden trabajar, lisiados, ciegos, postrados en cama y otros por el estilo, ¿creéis que pretendía convertirlos en caballeros? ¿Creéis que John Hiram tenía la intención de dar cien libras al año a hombres solteros y viejos que ganaban quizá dos chelines o media corona al día para ellos y sus familias en lo mejor de su vida? No, hombres, os diré lo que pretendía John Hiram: pretendía que doce pobres trabajadores viejos y agotados, hombres que ya no pudieran mantenerse a sí mismos, que no tuvieran amigos que los mantuvieran, que tuvieran que morir de hambre y perecer miserablemente si no fueran protegidos por la mano de la caridad; pretendía que doce hombres como estos entraran aquí en su pobreza y desdicha, y encontraran dentro de estos muros refugio y alimento antes de su muerte, y un poco de tiempo libre para hacer las paces con Dios. Eso fue lo que pretendía John Hiram: no habéis leído el testamento de John Hiram, y dudo de que esos hombres malvados que os están aconsejando lo

hayan hecho. Yo sí; yo sé cuál era su testamento; y os digo que ese era su testamento, y que esa era su intención.

Ni un sonido salió de los once asilados, mientras permanecían sentados escuchando lo que, según el arcediano, era su estado pretendido. Miraron hoscamente su figura corpulenta, pero no expresaron entonces, de palabra o por signo, el enfado y el disgusto a los que tal lenguaje daría lugar con seguridad.

—Ahora dejadme preguntaros —continuó—: ¿creéis que estáis peor de lo que John Hiram pretendía que estuvierais? ¿No tenéis refugio, alimento y tiempo libre? ¿No tenéis mucho más? ¿No tenéis cada capricho que sois capaces de disfrutar? ¿No tenéis una comida dos veces mejor, una cama dos veces mejor, diez veces más dinero en el bolsillo del que fuisteis capaces de ganar jamás para vosotros antes de tener la suerte de entrar en este lugar? ¡Y ahora enviáis una petición al obispo pidiendo cien libras al año! Os diré una cosa, amigos míos; estáis engañados y hombres malvados que actúan para sus propios fines se burlan de vosotros. Nunca recibiréis ni cien peniques al año más de lo que tenéis ahora: es muy posible que recibáis menos; es muy posible que mi señor el obispo y vuestro custodio hagan cambios...

—No, no, no —interrumpió el señor Harding, que había estado escuchando con una desdicha indescriptible la diatriba de su yerno —; no, amigos míos. Yo no quiero cambios; al menos ningún cambio que os deje peor de lo que estáis ahora mientras vosotros y yo vivamos juntos.

—Dios le bendiga, señor Harding —dijo Bunce; y «Dios le bendiga, señor Harding», «Dios le bendiga, señor; sabemos que usted fue siempre nuestro amigo», fue exclamado por suficientes hombres para que pareciera que el sentimiento era general.

El arcediano había sido interrumpido en su discurso antes de haberlo terminado del todo; pero sintió que no podía reanudarlo con dignidad después de este pequeño estallido, y abrió el camino de vuelta al jardín, seguido por su suegro.

—Bien —dijo, tan pronto como se encontró dentro del fresco refugio del jardín del custodio—; creo que les he hablado con claridad. —Y se limpió el sudor de la frente; pues pronunciar un discurso bajo un sol abrasador de mediodía en verano, con un traje completo de paño negro grueso, es una tarea calurosa.

—Sí, fuiste bastante claro —replicó el custodio, en un tono que no expresaba aprobación.

—Y eso lo es todo —dispuso el otro, que estaba claramente muy satisfecho de sí mismo—; eso lo es todo: con ese tipo de gente uno debe ser claro, o no será comprendido. Ahora bien, creo que me han comprendido; creo que han sabido lo que quería decir.

El custodio asintió. Ciertamente pensaba que habían comprendido hasta el fondo lo que se les había dicho.

—Saben bastante bien qué es lo que pueden esperar de nosotros; saben cómo nos enfrentaremos a cualquier espíritu refractario por su parte; saben que no les tenemos miedo. Y ahora pasaré un momento por casa de Chadwick y le diré lo que he hecho; y luego subiré al palacio y responderé a esa petición suya.

La mente del custodio estaba muy llena; llena casi hasta desbordarse; y de haberlo hecho —si se hubiera permitido decir los pensamientos que se estaban fraguando en su interior—, habría asombrado de verdad al arcediano por la reprobación que habría expresado respecto al procedimiento del que había sido testigo tan involuntario. Pero diferentes sentimientos le mantenían callado; todavía tenía miedo de disentir de su yerno; estaba ansioso más allá de toda medida por evitar incluso una apariencia de ruptura con cualquiera de su orden, y temía dolorosamente tener que llegar a una riña abierta con cualquier persona sobre cualquier tema. Su vida había sido hasta entonces tan tranquila, tan libre de contiendas; sus pequeños problemas tempranos no habían requerido nada más que fortaleza pasiva; su prosperidad subsiguiente nunca le había forzado a cuidados activos, nunca le había puesto en contacto desagradable con nadie. Sentía que daría casi cualquier cosa —mucho más de lo

que sabía que debería dar— por librarse de la tormenta que temía que se avecinaba. Era tan duro que las aguas agradables de su pequeño arroyo fueran perturbadas y enturbiadas por manos rudas; que sus caminos tranquilos se convirtieran en un campo de batalla; que el rincón discreto del mundo que se le había asignado, como por la Providencia, fuera invadido y profanado, y que todo en su interior se volviera miserable e inseguro.

Dinero no tenía para dar; la maña de amontonar guineas nunca le había pertenecido; pero con qué voluntad, con qué necia facilidad, con qué feliz prontitud habría abandonado la mitad de sus ingresos para todo el tiempo venidero si con ello hubiera podido disipar tranquilamente las nubes que se estaban juntando sobre él, si hubiera podido así comprometer el asunto entre el reformador y el conservador, entre su posible yerno, Bold, y su positivo yerno, el arcediano.

Y este compromiso no se habría hecho por ningún motivo prudencial de salvar lo que todavía quedara, pues el señor Harding todavía sentía pocas dudas de que se le dejaría de por vida en posesión tranquila de las cosas buenas que tenía, si decidía conservarlas. No; lo habría hecho por el mero amor a la tranquilidad y por el horror a convertirse en tema de conversación pública. Muy a menudo se había sentido conmovido por la piedad —por ese llanto interior del corazón por las penas ajenas—; pero a nadie había compadecido nunca más que a aquel viejo lord cuya riqueza casi fabulosa, extraída de sus beneficios eclesiásticos, se había convertido en tema de tanto oprobio, de tal desprecio público; aquel miserable Crespo clerical octogenario a quien los hombres no permitían morir en paz, a quien todo el mundo se unía para denigrar y aborrecer. ¿Iba él a sufrir tal destino? ¿Iba su humilde nombre a ser zarandeado en boca de los hombres como el del devorador de los recursos de los pobres, como el de alguien que había birlado de la caridad de otras épocas una riqueza que había sido destinada a socorrer a los viejos y a los enfermos? ¿Iba a ser colgado en la picota de la prensa, a convertirse en un proverbio de opresión, a ser nombrado como ejemplo de la codicia de la iglesia inglesa? ¿Se diría

alguna vez que había robado a aquellos ancianos a quienes tan verdadera y tiernamente amaba en lo más profundo de su corazón? Mientras caminaba lentamente, hora tras hora, bajo aquellos nobles tilos, dando vueltas a estos tristes pensamientos en su interior, llegó a estar casi firme en su resolución de que debía darse algún gran paso para liberarle del riesgo de un destino tan terrible.

Mientras tanto, el arcediano, con mente contenta y espíritu imperturbable, se ocupaba de sus asuntos. Dijo un par de palabras al señor Chadwick y luego, encontrando, como esperaba, la petición en la biblioteca de su padre, escribió una respuesta corta a los hombres, en la que les decía que no tenían males que reparar, sino más bien grandes misericordias por las que estar agradecidos; y tras ver al obispo firmarla, subió a su brougham y regresó a casa con la señora Grantly, a Plumstead Episcopi.

CAPÍTULO VI

LA MERIENDA EN CASA DEL CUSTODIO

Tras muchas y penosas dudas, el señor Harding solo pudo resolverse a una cosa. Determinó que, en cualquier caso, no se daría por ofendido y que no convertiría esta cuestión en motivo de riña ni con Bold ni con los asilados. En cumplimiento de esta resolución, él mismo escribió una nota al señor Bold esa misma tarde, invitándole a reunirse con unos pocos amigos y escuchar algo de música una tarde de la semana siguiente. De no haber prometido esa pequeña fiesta a Eleanor, en su actual estado de ánimo probablemente habría evitado tal regocijo; pero la promesa estaba dada, las invitaciones debían escribirse y, cuando Eleanor consultó a su padre sobre el tema, no le desagradó oírle decir:

—Oh, estaba pensando en Bold, así que se me ocurrió escribirle yo mismo, pero tú debes escribir a su hermana.

Mary Bold era mayor que su hermano y, en el momento de nuestra historia, acababa de cumplir los treinta. No era una mujer joven carente de atractivo, aunque de ningún modo era hermosa. Su gran mérito era la bondad de su carácter. No era muy inteligente, ni

muy animada, ni poseía aparentemente la energía de su hermano; pero se guiaba por un alto principio de lo que estaba bien y lo que estaba mal; su temperamento era dulce y sus faltas eran menos numerosas que sus virtudes. Quienes conocían casualmente a Mary Bold pensaban poco en ella; pero quienes la conocían bien la amaban mucho, y cuanto más tiempo la conocían, más la amaban. Entre quienes más cariño le tenían estaba Eleanor Harding; y aunque Eleanor nunca le había hablado abiertamente de su hermano, cada una comprendía los sentimientos de la otra respecto a él.

El hermano y la hermana estaban sentados juntos cuando trajeron las dos notas.

—Qué extraño —dijo Mary— que envíen dos notas. Bueno, si el señor Harding se vuelve tan formal, es que el mundo va a cambiar.

Su hermano comprendió de inmediato la naturaleza e intención de la ofrenda de paz; pero no le resultó tan fácil comportarse bien en el asunto como al señor Harding. Es mucho menos difícil para la víctima ser generosa que para el opresor. John Bold sentía que no podía ir a la fiesta del custodio; nunca había amado a Eleanor más de lo que la amaba ahora; nunca había sentido con tanta fuerza el ansia de convertirla en su esposa como ahora, cuando tantos obstáculos para lograrlo aparecían a la vista. Y sin embargo, era el padre de ella quien, por así decirlo, despejaba esos mismos obstáculos; aun así, sentía que ya no podía acudir a esa casa como un amigo declarado.

Mientras estaba sentado pensando en estas cosas con la nota en la mano, su hermana esperaba su decisión.

—Bueno —dijo ella—, supongo que debemos escribir respuestas separadas y decir ambos que estaremos encantados de ir.

—Tú irás, por supuesto, Mary —dijo él; a lo que ella asintió de buen grado—. Yo no puedo —continuó él, con semblante serio y sombrío—. Desearía poder, de todo corazón.

—¿Y por qué no, John? —dijo ella. Ella aún no había oído nada del recién descubierto abuso que su hermano se disponía a reformar; al menos nada que lo relacionara con el nombre de su hermano.

Él se quedó pensando un rato hasta que determinó que lo mejor sería contarle de una vez qué era lo que se traía entre manos: tendría que hacerlo tarde o temprano.

—Temo que no puedo ir a casa del señor Harding como amigo, por el momento.

—¡Oh, John! ¿Por qué no? ¡Ah, te has peleado con Eleanor!

—No, en absoluto —dijo él—; no tengo ninguna riña con ella por ahora.

—¿Qué ocurre, John? —dijo ella, mirándole con rostro ansioso y cariñoso, pues sabía bien cuánto del corazón de él estaba en aquella casa en la que decía que ya no podía entrar.

—Verás —dijo él al fin—, he asumido el caso de estos doce ancianos del Hospital de Hiram y, por supuesto, eso me pone en conflicto con el señor Harding. Puede que tenga que oponerme a él, interferir con él... tal vez perjudicarlo.

Mary le miró fijamente durante un tiempo antes de aventurarse a responder, y entonces simplemente le preguntó qué pensaba hacer por los ancianos.

—Bueno, es una larga historia y no sé si podré hacer que la entiendas. John Hiram hizo un testamento y dejó su propiedad en caridad para ciertos ancianos pobres, y los beneficios, en lugar de destinarse al provecho de esos hombres, van a parar principalmente al bolsillo del custodio y del administrador del obispo.

—¿Y pretendes quitarle al señor Harding su parte?

—Aún no sé qué pretendo. Pretendo investigar el asunto. Pretendo ver quién tiene derecho a esa propiedad. Pretendo ver, si puedo, que se haga justicia a los pobres de la ciudad de Barchester en general,

que son, de hecho, los legatarios según el testamento. Pretendo, en resumen, poner el asunto en orden, si puedo.

—¿Y por qué tienes que hacerlo tú, John?

—Podrías hacerle la misma pregunta a cualquier otro —dijo él—; y según eso, el deber de hacer justicia a estos pobres hombres no pertenecería a nadie. ¡Si hemos de actuar bajo ese principio, nunca se protegerá al débil, nunca se combatirá la injusticia y nadie luchará por los pobres! —Y Bold empezó a consolarse en el calor de su propia virtud.

—¿Pero no hay nadie que pueda hacerlo sino tú, que conoces al señor Harding desde hace tanto tiempo? Seguramente, John, como amigo, como amigo joven, tanto más joven que el señor Harding...

—Eso es lógica de mujer de cabo a rabo, Mary. ¿Qué tiene que ver la edad? Otro hombre podría alegar que es demasiado viejo; y en cuanto a su amistad, si la cosa en sí es justa, nunca debe permitirse que los motivos privados interfieran. Porque estime al señor Harding, ¿es esa razón para que descuide un deber que debo a estos ancianos? ¿O debería abandonar una obra que mi conciencia me dice que es buena porque lamento la pérdida de su compañía?

—¿Y Eleanor, John? —dijo la hermana, mirando tímidamente al rostro de su hermano.

—Eleanor, es decir, la señorita Harding, si lo cree oportuno... es decir, si su padre... o más bien, si ella... o, de hecho, él... si lo consideran necesario... pero no hay necesidad ahora de hablar de Eleanor Harding; pero sí diré esto: que si tiene el tipo de espíritu que yo le atribuyo, no me condenará por hacer lo que considero que es un deber. —Y Bold se consoló con el consuelo de un romano.

Mary permaneció en silencio un rato, hasta que al fin su hermano le recordó que debía responder a las notas; ella se levantó, colocó su escritorio ante sí, sacó pluma y papel y escribió lentamente:

Pakenham Villas

Martes por la mañana

Mi querida Eleanor:

Yo...

Y entonces se detuvo y miró a su hermano.

—Bueno, Mary, ¿por qué no lo escribes?

—Oh, John —dijo ella—, querido John, por favor, piénsalo mejor.

—¿Que piense mejor qué? —dijo él.

—Esto del hospital... todo esto sobre el señor Harding... lo que dices de esos ancianos. Nada puede obligarte... ningún deber puede exigirte que te pongas en contra de tu más antiguo, de tu mejor amigo. Oh, John, piensa en Eleanor. Le romperás el corazón, y a ti mismo.

—Tonterías, Mary; el corazón de la señorita Harding está tan seguro como el tuyo.

—Por favor, por favor, por mi bien, John, abandónalo. Sabes cuánto la amas. —Y fue y se arrodilló ante él sobre la alfombra—. Por favor, abandónalo. Vas a hacerte desdichado a ti mismo, y a ella, y a su padre: nos vas a hacer a todos desdichados. ¿Y para qué? Por un sueño de justicia. Nunca harás a esos doce hombres más felices de lo que son ahora.

—No lo entiendes, querida —dijo él, acariciándole el cabello con la mano.

—Sí lo entiendo, John. Entiendo que esto es una quimera... un sueño que se te ha metido en la cabeza. Sé bien que ningún deber puede exigirte que hagas esta locura... esta cosa suicida. Sé que amas a Eleanor Harding con todo tu corazón, y te digo ahora que ella te ama igualmente. Si tuvieras ante ti un deber claro y positivo, yo sería la última en pedirte que lo descuidaras por el amor de ninguna mujer; pero esto...; oh, piénsalo otra vez antes de hacer nada que haga necesario que tú y el señor Harding estéis enemistados.

Él no respondió mientras ella seguía allí arrodillada, apoyada en sus rodillas, pero por su rostro ella pensó que estaba inclinado a ceder.

—Al menos, déjame decir que irás a esta fiesta. Al menos, no rompas con ellos mientras tu mente esté en duda. —Y ella se levantó, esperando concluir su nota como deseaba.

—Mi mente no está en duda —dijo él al fin, levantándose—. Nunca podría volver a respetarme a mí mismo si cediera ahora porque Eleanor Harding sea hermosa. La amo: daría una mano por oírle decir lo que tú has dicho, hablando en su nombre; pero no puedo, por su bien, retroceder en la tarea que he comenzado. Espero que ella pueda en el futuro reconocer y respetar mis motivos, pero no puedo ir ahora como invitado a casa de su padre. —Y el Bruto de Barchester salió para fortalecer su propia resolución mediante meditaciones sobre su propia virtud.

La pobre Mary Bold se sentó y terminó tristemente su nota, diciendo que ella asistiría a la fiesta, pero que su hermano se veía inevitablemente impedido de hacerlo. Temo que no admiró como debiera la abnegación de su singular virtud.

La fiesta transcurrió como suelen hacerlo tales fiestas. Había ancianas gordas, con finos vestidos de seda, y jovencitas esbeltas, con vestidos de gasa de muselina; los caballeros mayores permanecían de pie de espaldas a la chimenea vacía, sin parecer ni mucho menos tan cómodos como se habrían sentido en sus propios sillones en casa; y los caballeros jóvenes, con el cuello algo rígido, se agrupaban cerca de la puerta, sin valor suficiente todavía para atacar a los vestidos de muselina, que esperaban la batalla formados en un semicírculo. El custodio intentó inducir una carga, pero fracasó estrepitosamente al no tener el tacto de un general; su hija hizo lo que pudo para consolar a las fuerzas bajo su mando, que tomaban refrescantes raciones de pastel y té mientras esperaban pacientemente el comienzo del encuentro; pero ella misma, Eleanor, no tenía ánimo para la tarea; el único enemigo cuya lanza le

importaba encontrar no estaba allí, y ella y los demás se sentían algo aburridos.

Por encima de todas las voces se oían los tonos claros y sonoros del arcediano mientras se explayaba ante sus hermanos clérigos sobre el peligro de la iglesia, de los terribles rumores de locas reformas incluso en Oxford y de las condenables herejías del doctor Whiston.

Pronto, sin embargo, sonidos más dulces empezaron a hacerse audibles tímidamente. Se produjeron pequeños movimientos en un rincón notable por los taburetes redondos y los atriles. Se dispusieron velas de cera en los candelabros, se trajeron grandes libros de recovecos ocultos y comenzó la tarea de la velada.

¡Cuántas veces se retorcieron y se volvieron a retorcer aquellas clavijas antes de que nuestro amigo considerara que las había retorcido bastante; cuántos rasgidos discordantes prometieron la armonía venidera! ¡Cuánto se agitó y arrugó la muselina antes de que Eleanor y otra ninfa estuvieran debidamente sentadas al piano; con qué estrechez se apretó aquel alto Apolo contra la pared, con su flauta, tan larga como él mismo, extendiéndose por encima de las cabezas de sus bellas vecinas; en qué pequeño rincón se metió aquel rollizo y florido canónigo menor, y allí, con asombrosa habilidad, encontró sitio para afinar su acostumbrado violín!

Y ahora comienza el estruendo: allá van todos juntos en pleno flujo de armonía, colina arriba y valle abajo, ahora más y más fuerte, luego más y más bajo; ahora fuerte, como incitando a la batalla; luego bajo, como lamentando a los caídos. En todo, a través de todo y sobre todo, se oye el violonchelo. ¡Ah, no en vano se retorcieron y volvieron a retorcer aquellas clavijas! ¡Escuchad, escuchad! Ahora, a solas, el más triste de los instrumentos cuenta su conmovedora historia. Silenciosos y con pavor permanecen el violín, la flauta y el piano para oír las penas de su quejumbroso hermano. Es solo por un momento: antes de que se haya asimilado plenamente la melancolía de esas notas bajas, vuelve de nuevo toda la fuerza de la banda; bajan los pedales, se lanzan veinte dedos recorriendo las notas bajas

con todo el ímpetu de la pasión. Apolo sopla hasta que su rígida corbata no es mejor que una soga, y el canónigo menor trabaja con ambos brazos hasta que cae en un síncope de agotamiento contra la pared.

¿Cómo es que ahora, cuando todo debería ser silencio, cuando la cortesía, si no el gusto, debería obligar a los hombres a escuchar... cómo es que en este momento el cuerpo de levitas negras deja su retiro y comienza las escaramuzas? Uno a uno salen sigilosamente y disparan pequeñas armas tímidamente y sin precisión. ¡Ah, hombres míos, esfuerzos como esos no tomarán ninguna ciudad, por muy abierto que esté el enemigo al asalto! Al fin se hace entrar en juego una artillería más mortífera; lenta pero eficazmente se realiza el avance; las filas de muselina se rompen y caen en la confusión; la formidable formación de sillas cede; la batalla ya no es entre regimientos opuestos, sino cuerpo a cuerpo y pie contra pie con combatientes individuales, como en los gloriosos días de antaño, cuando la lucha era realmente noble. En los rincones y bajo la sombra de las cortinas, detrás de los sofás y medio ocultos por las puertas, en ventanas retiradas y protegidos por tapices colgantes, se dan y se devuelven golpes fatales, incurables, que reparten muerte.

Aparte de esto, surge otro combate, más sobrio y serio. El arcediano está ocupado contra dos prebendados, con la ayuda de un rector rollizo y en todo su esplendor, en todos los peligros y goces del *whist* corto. Con solemne energía observan la baraja mezclada y, expectantes, vigilan el triunfo por venir. ¡Con qué ansiosa meticulosidad disponen sus cartas, celosos de los ojos de los demás! ¿Por qué es tan lento ese enjuto doctor... hombre cadavérico de mandíbula hueca y ojos hundidos, que tan mal cuadra con la riqueza de su madre iglesia? ¡Ah! ¿Por qué tan lento, tú, enjuto doctor? Mirad cómo el arcediano, mudo en su agonía, deposita en el tablero sus cartas y mira al cielo o al techo en busca de apoyo. ¡Escuchad cómo suspira mientras, con los pulgares en el bolsillo del chaleco, parece indicar que el fin de tal tormento aún no está cerca! Vana es la esperanza, si esperanza hay, de perturbar a ese enjuto doctor. Con precisión cuidadosa coloca cada carta, sopesa bien el valor de

cada poderoso as, de cada rey guardado y de cada dama que infunde consuelo; especula sobre la jota y el diez, cuenta todos sus palos y pone precio al conjunto. Al fin se juega una carta, y rápido otras tres caen sobre el tablero. El pequeño doctor vuelve a salir, mientras con ojo brillante su compañero absorbe la baza. Tres veces se ha hecho esto ya, tres veces la fortuna constante ha favorecido a la pareja de prebendados antes de que el arcediano se despierte para la batalla; pero al cuarto asalto clava en tierra a un rey postrado, derribando su corona y cetro, su barba poblada y su ceño fruncido, con un pobre dos.

—Como David a Goliat —dice el arcediano, empujando las cuatro cartas hacia su compañero.

Y luego se juega un triunfo, luego otro triunfo; luego un rey, y luego un as, y luego un diez largo, que derriba del enjuto doctor su única torre de fortaleza restante: su querida reina de triunfos.

—¿Cómo, no tiene segundo trébol? —dice el arcediano a su compañero.

—Solo un trébol —masculla desde lo más profundo de su estómago el rollizo rector, que está allí sentado con la cara roja, silencioso, impasible, cuidadoso, un aliado seguro pero no brillante.

Pero al arcediano no le importan muchos tréboles, ni ninguno. Lanza sus cartas restantes con una velocidad de lo más molesta para sus antagonistas, les empuja unas cuatro cartas como su porción asignada, desliza el resto sobre la mesa hacia el rector de cara roja; exclama «dos por cartas y dos por honores, y la baza de diferencia la última vez», marca un triple bajo el candelabro y ya ha repartido la segunda baraja antes de que el enjuto doctor haya calculado sus pérdidas.

Y así transcurrió la fiesta del custodio, y hombres y mujeres, arreglándose chales y zapatos, declararon lo agradable que había sido; y la señora Goodenough, la esposa del rector de cara roja, estrechando la mano del custodio, declaró que nunca se había divertido tanto; lo que demostraba el poco placer que se permitía en

este mundo, pues había permanecido toda la velada sentada en la misma silla sin ocupación, sin hablar y sin que nadie le hablara. Y Matilda Johnson, cuando permitió que el joven Dickson, el del banco, le abrochara la capa al cuello, pensó que doscientas libras al año y una casita bastarían realmente para la felicidad; además, él seguro que llegaría a ser director algún día. Y Apolo, guardándose la flauta en el bolsillo, sintió que se había desempeñado con honor; y el arcediano hizo tintinear agradablemente sus ganancias; pero el enjuto doctor se marchó sin decir mucho de forma audible, mascullando de vez en cuando mientras se iba: «itreinta y tres puntos! itreinta y tres puntos!».

Y así todos se habían ido, y el señor Harding se quedó solo con su hija.

Lo que pasó entre Eleanor Harding y Mary Bold no hace falta contarlo. Es, en verdad, motivo de agradecimiento que ni el historiador ni el novelista oigan todo lo que dicen sus héroes o heroínas, ipues cómo bastarían tres volúmenes o veinte! En el presente caso, tan poco de este tipo he escuchado que vivo con la esperanza de terminar mi obra antes de las trescientas páginas y de completar esa grata tarea: una novela en un solo volumen; pero algo había pasado entre ellas y, mientras el custodio apagaba las velas de cera y guardaba su instrumento en el estuche, su hija permanecía triste y pensativa junto a la chimenea vacía, decidida a hablar con su padre, pero irresoluta sobre qué decirle.

—Bueno, Eleanor —dijo él—, ¿te vas a la cama?

—Sí —dijo ella, moviéndose—, supongo que sí; pero papá... el señor Bold no estaba aquí esta noche; ¿sabes por qué no?

—Estaba invitado; yo mismo le escribí —dijo el custodio.

—¿Pero sabes por qué no vino, papá?

—Bueno, Eleanor, podría adivinarlo; pero no sirve de nada andar adivinando tales cosas, querida. ¿A qué viene esa mirada tan seria?

—¡Oh, papá, dímelo! —exclamó ella, rodeándole con sus brazos y mirándole a la cara—. ¿Qué es lo que va a hacer? ¿De qué trata todo esto? ¿Hay algún... algún... algún... —no sabía bien qué palabra usar — algún peligro?

—Peligro, querida, ¿qué clase de peligro?

—Peligro para ti, peligro de problemas, de pérdidas y de... Oh, papá, ¿por qué no me has contado todo esto antes?

El señor Harding no era hombre que juzgara duramente a nadie, y mucho menos a la hija a la que amaba ahora más que a cualquier criatura viviente; pero aun así la juzgó mal en este momento. Sabía que ella amaba a John Bold; simpatizaba plenamente con su afecto; día tras día pensaba más en el asunto y, con el tierno cuidado de un padre amoroso, intentaba disponer en su propia mente cómo podrían manejarse las cosas para que el corazón de su hija no fuera el sacrificio de la disputa que probablemente existiría entre él y Bold. Ahora, cuando ella le hablaba por primera vez sobre el tema, era natural que él pensara más en ella que en sí mismo y que imaginara que eran las preocupaciones de ella, y no las de él, las que la inquietaban.

Permaneció en silencio ante ella un rato, mientras ella le miraba al rostro, y luego, besándole la frente, la acomodó en el sofá.

—Dime, Nelly —dijo él (solo la llamaba Nelly en sus momentos más amables, suaves y dulces, y sin embargo todos sus momentos eran amables y dulces)—, dime, Nelly, ¿te gusta el señor Bold... mucho?

Ella se quedó totalmente desconcertada por la pregunta. No diré que se hubiera olvidado de sí misma y de su propio amor al pensar en John Bold y al conversar con Mary: ciertamente no había sido así. Le dolía el corazón al pensar que un hombre al que no podía sino reconocerse a sí misma que amaba, de cuyo aprecio se había sentido tan orgullosa, que un hombre así se volviera contra su padre para arruinarlo. Había sentido herida su vanidad de que el afecto de él por ella no le hubiera impedido seguir tal camino; si realmente le

importara ella, no habría arriesgado su amor con tal atropello. Pero su principal temor había sido por su padre y, cuando hablaba de peligro, se refería al peligro para él y no para ella misma.

Se quedó desconcertada por la pregunta en conjunto:

—¿Que si me gusta, papá?

—Sí, Nelly, ¿te gusta? ¿Por qué no habría de gustarte? Pero esa es una palabra pobre; ¿le amas?

Ella permaneció quieta en sus brazos sin responderle. Ciertamente no se había preparado para una confesión de afecto, teniendo la intención, como tenía, de criticar ella misma a John Bold y de oír a su padre hacerlo también.

—Vamos, amor mío —dijo él—, abramos el corazón: dime tú lo que te concierne a ti y yo te diré lo que me concierne a mí y al hospital.

Y entonces, sin esperar respuesta, le describió lo mejor que pudo la acusación que se hacía sobre el testamento de Hiram; las reclamaciones que los ancianos planteaban; lo que él consideraba los puntos fuertes y débiles de su propia posición; el camino que Bold había tomado y el que presumía que iba a tomar; y luego, poco a poco, sin más preguntas, dio por sentado el hecho del amor de Eleanor y habló de ese amor como de un sentimiento que él de ninguna manera podía desaprobado: se disculpó por Bold, excusó lo que estaba haciendo; es más, le alabó por su energía e intenciones; resaltó sus buenas cualidades y no insistió en ninguna de sus debilidades; luego, recordando a su hija lo tarde que era y consolándola con muchas seguridades que él mismo apenas sentía, la envió a su habitación con los ojos bañados en lágrimas y el corazón henchido.

Cuando el señor Harding se encontró con su hija al desayuno la mañana siguiente, no hubo más discusión sobre el asunto, ni se mencionó el tema entre ellos durante algunos días. Poco después de la fiesta, Mary Bold llamó al hospital, pero había varias personas en el salón en ese momento y, por tanto, no dijo nada sobre su

hermano. Al día siguiente, John Bold se encontró con la señorita Harding en uno de los paseos tranquilos, sombríos y umbrosos del recinto. Estaba ansiosísimo por verla, pero era reacio a llamar a casa del custodio y, en verdad, la había acechado en sus refugios privados.

—Mi hermana me cuenta —dijo él, apresurándose bruscamente con su discurso premeditado—, mi hermana me cuenta que tuvieron una fiesta encantadora la otra noche. Lamenté mucho no poder estar allí.

—Todos lo lamentamos —dijo Eleanor, con digna compostura.

—Creo, señorita Harding, que usted comprende por qué, en este momento... —Y Bold vaciló, masculló, se detuvo, comenzó su explicación de nuevo y volvió a encallarse.

Eleanor no le ayudó lo más mínimo.

—¿Creo que mi hermana se lo explicó, señorita Harding?

—Por favor, no se disculpe, señor Bold; mi padre estará siempre encantado de verle, estoy segura, si desea venir a la casa ahora como antes; nada ha ocurrido para alterar sus sentimientos: de sus propios puntos de vista usted es, por supuesto, el mejor juez.

—Su padre es todo bondad y generosidad; siempre lo fue; pero usted misma, señorita Harding... espero que no me juzgue con dureza porque...

—Señor Bold —dijo ella—, puede estar seguro de una cosa: siempre juzgaré que mi padre tiene razón y a quienes se le oponen los juzgaré como equivocados. Si quienes no le conocen se le oponen, tendré caridad suficiente para creer que están equivocados por un error de juicio; pero si viera que es atacado por quienes deberían conocerle, amarle y reverenciarle, de tales me veré obligada a formarme una opinión diferente.

Y entonces, haciéndole una profunda reverencia, siguió su camino, dejando a su amante en un estado de ánimo nada feliz.

CAPÍTULO VII

EL JUPITER

Aunque Eleanor Harding se alejó de John Bold subida en su pedestal, no debe suponerse que su corazón estuviera tan eufórico como su comportamiento. En primer lugar, sentía una repugnancia natural a perder a su amante; y en segundo, no estaba tan segura de tener razón como pretendía. Su padre le había dicho, y ya repetidamente, que Bold no estaba haciendo nada injusto ni poco generoso; ¿y por qué entonces debía ella reprenderle y rechazarle, cuando se sentía tan incapaz de soportar su pérdida? Pero así es la naturaleza humana, y la naturaleza de las señoritas jóvenes especialmente. Mientras se alejaba de él bajo los olmos sombríos del recinto, su mirada, su tono, cada movimiento y gesto de su cuerpo desmentían su corazón; habría dado el mundo por haberle tomado de la mano, por haber razonado con él, persuadido, lisonjeado, engatusado para que abandonara su proyecto; por haberle vencido con toda su artillería femenina y haber redimido a su padre a costa de sí misma; pero el orgullo no la dejó hacer tal cosa y le dejó sin una mirada de amor ni una palabra de afecto.

Si Bold hubiera estado juzgando a otro amante y a otra dama, podría haber comprendido todo esto tan bien como nosotros; pero en asuntos de amor los hombres no ven con claridad en sus propios asuntos. Dicen que el corazón cobarde nunca ganó a dama hermosa; ¡y me asombra cómo se ganan a las damas hermosas, siendo a menudo tan cobardes los corazones de los hombres! De no ser por la bondad de la naturaleza de ellas que, viendo la debilidad de nuestro valor, de vez en cuando descienden de sus fortalezas inexpugnables y ellas mismas nos ayudan a efectuar su propia derrota, con demasiada frecuencia escaparían invictas, si no ilesas, y libres de cuerpo si no de corazón.

El pobre Bold se retiró completamente cabizbajo; sentía que, en lo que respectaba a Eleanor Harding, su destino estaba sellado a menos que pudiera consentir en abandonar una tarea con la que se había comprometido y que, en verdad, no le resultaría fácil abandonar. Había abogados contratados y la cuestión había sido asumida hasta cierto punto por el público; además, ¿cómo podría una chica de espíritu elevado como Eleanor Harding aprender realmente a amar a un hombre por descuidar un deber que él mismo se había impuesto? ¿Podría permitir que su afecto fuera comprado a costa del propio respeto de él?

En cuanto al resultado de su intento de reforma en el hospital, Bold no tenía motivos hasta ahora para estar descontento con su éxito. Todo Barchester estaba de uñas por el asunto. El obispo, el arcediano, el custodio, el administrador y varios otros aliados clericales celebraban reuniones diarias, discutiendo sus tácticas y preparándose para el gran ataque. Se había consultado a sir Abraham Haphazard, pero su opinión aún no se había recibido: se le habían enviado copias del testamento de Hiram, copias de los diarios de los custodios, copias de los arrendamientos, copias de las cuentas, copias de todo lo que podía ser copiado y de algunas cosas que no; y el caso estaba adquiriendo dimensiones muy respetables. Pero, sobre todo, se había mencionado en el diario *Jupiter*.

Aquel todopoderoso órgano de la prensa, en uno de sus rayos editoriales lanzados contra Santa Cruz, había comentado lo siguiente: «Otro caso, de dimensiones menores en verdad, pero de importancia similar, es probable que pase ahora a la atención pública. Se nos informa de que el custodio o director de un antiguo asilo anejo a la Catedral de Barchester recibe veinticinco veces los ingresos anuales fijados para él por el testamento del fundador, mientras que la suma gastada anualmente en los propósitos absolutos de la caridad ha permanecido siempre fija. En otras palabras, los legatarios según el testamento del fundador no han recibido ventaja alguna del incremento del valor de la propiedad durante los últimos cuatro siglos, habiendo sido tal incremento absorbido por el llamado custodio. Es imposible concebir un caso de mayor injusticia. No es respuesta decir que unos seis o nueve o doce ancianos reciben tantos bienes de este mundo como tales ancianos requieren. ¿Sobre qué fundamento, moral o divino, tradicional o legal, se basa la reclamación del custodio a los cuantiosos ingresos que recibe por no hacer nada? ¡La satisfacción de estos asilados, si satisfechos están, no puede darle derecho alguno a esta riqueza! ¿Se pregunta alguna vez, cuando extiende su palma clerical para recibir la paga de una docena de miembros del clero trabajador, por qué servicio se le remunera así? ¿Plantea su conciencia alguna vez la cuestión de su derecho a tales subsidios? ¿O es posible que el asunto nunca se le presente de esa forma; que haya recibido durante muchos años, y pretenda, si Dios le da vida, recibir durante años venideros estos frutos de la industriosa piedad de siglos pasados, indiferente a cualquier derecho por su parte o a cualquier injusticia hacia otros? Debemos expresar la opinión de que en ningún lugar sino en la Iglesia de Inglaterra, y solo allí entre sus sacerdotes, podría encontrarse tal estado de indiferencia moral».

Debo dejar por el momento que mis lectores imaginen el estado de ánimo del señor Harding tras leer el artículo anterior. Dicen que cada día se venden cuarenta mil ejemplares de *The Jupiter* y que cada ejemplar es leído por cinco personas al menos. Doscientos mil lectores oirían, pues, esta acusación contra él; idoscientos mil

corazones se hincharían de indignación ante la codiciosa injusticia, ante el robo descarado del custodio del Hospital de Barchester! ¿Y cómo iba él a responder a esto? ¿Cómo iba a abrir su corazón más íntimo a esta multitud, a estos miles de hombres educados, refinados, selectos de su propio país; cómo mostrarles que no era un ladrón, ni un sacerdote avaro y perezoso que se peleaba por el oro, sino un hombre retirado y de espíritu humilde, que había tomado inocentemente lo que inocentemente se le había ofrecido?

—Escriba a *The Jupiter* —sugirió el obispo.

—Sí —dijo el arcediano, con más sabiduría mundana que su padre —, sí, y que le sepulten bajo el ridículo; que le zarandeen una y otra vez con desprecio; que le sacudan de aquí para allá como a una rata en boca de un terrier adiestrado. Omitirá usted alguna palabra o letra en su respuesta, y se insistirá machaconamente en la ignorancia del clero catedralicio; cometerá usted algún pequeño error, que será tachado de falsedad, o alguna admisión, que será su propia condena; ise encontrará usted calificado de vulgar, malhumorado, irreverente e iletrado, y hay diez probabilidades contra una de que, siendo clérigo, resulte usted culpable de blasfemia! Un hombre puede tener la mejor de las causas, el mejor de los talentos y el mejor de los humores; puede escribir tan bien como Addison o con tanta fuerza como Junius; pero ni siquiera con todo eso puede responder con éxito cuando es atacado por *The Jupiter*. En tales asuntos es omnipotente. Lo que el zar es en Rusia, o la turba en América, eso es *The Jupiter* en Inglaterra. ¡Responder a un artículo así! No, custodio; haga lo que haga, no haga eso. Sabíamos que esto podía pasar, ya sabe; pero no hace falta que nos caiga encima más de lo necesario.

El artículo de *The Jupiter*, mientras acosaba tanto a nuestro pobre custodio, fue un triunfo inmenso para algunos de la parte contraria. Por mucho que Bold lamentara ver al señor Harding atacado de forma tan personal, aun así le produjo un sentimiento de euforia ver su causa asumida por un defensor tan poderoso; y en cuanto a Finney, el procurador, estaba fuera de sí. ¡Cómo! ¡Estar

comprometido en la misma causa y en el mismo bando que *The Jupiter*! ¡Ver los puntos de vista que él había recomendado secundados, fomentados y defendidos por *The Jupiter*! ¡Tal vez ver su propio nombre mencionado como el del instruido caballero cuyos esfuerzos habían sido tan exitosos en favor de los pobres de Barchester! Podría ser interrogado ante comités de la Cámara de los Comunes, con sabe Dios cuánto al día para sus gastos personales; ¡podría estar ocupado durante años en un pleito así! No tenían fin los gloriosos sueños dorados que este editorial de *The Jupiter* produjo en la mente soñadora de Finney.

Y los viejos asilados también oyeron hablar de este artículo, y tuvieron una idea vislumbrada e indistinta del maravilloso defensor que ahora había asumido su causa. Abel Handy cojeaba de aquí para allá por las habitaciones, repitiendo todo lo que había comprendido de lo que se había impreso, con algunos añadidos de su cosecha que pensaba que deberían haberse incluido. Les contaba cómo *The Jupiter* había declarado que su custodio no era mejor que un ladrón, y que lo que decía *The Jupiter* era reconocido por el mundo entero como verdad. Cómo *The Jupiter* había afirmado que cada uno de ellos —«cada uno de nosotros, Jonathan Crumple, ¡ipiénsalo!»— tenía un derecho claro a cien libras al año; y que si *The Jupiter* lo había dicho, valía más que una sentencia del lord canciller; y luego llevaba de un lado a otro el periódico, suministrado por el señor Finney, el cual, aunque ninguno de ellos sabía leerlo, aun así ofrecía en su mismo tacto y aspecto una corroboración positiva de lo que se les contaba; y Jonathan Crumple meditaba profundamente sobre su riqueza que regresaba; y Job Skulpit veía cuánta razón había tenido al firmar la petición, y lo decía docenas de veces; y Spriggs miraba de reojo con malicia con su único ojo; y Moody, a medida que se acercaba más a la futura edad de oro, odiaba más profundamente que nunca a quienes todavía poseían lo que él tanto codiciaba. Incluso Billy Gazy y el pobre Bell, postrado en cama, se volvieron activos e inquietos, y el gran Bunce permanecía aparte con el ceño fruncido, con una profunda pena asentada en su corazón, pues percibía que venían días malos.

Se había decidido, por consejo del arcediano, que no se dirigiría ninguna queja, explicación o defensa desde el cónclave de Barchester al director de *The Jupiter*; pero hasta el momento esa era la única decisión a la que habían llegado.

Sir Abraham Haphazard estaba profundamente ocupado preparando un proyecto de ley para la mortificación de los papistas, que se llamaría «Ley de Custodia de Conventos», cuyo propósito era permitir a cualquier clérigo protestante mayor de cincuenta años registrar a cualquier monja de la que sospechara que poseía papeles traicioneros o símbolos jesuitas; y como el proyecto iba a tener ciento treinta y siete cláusulas, conteniendo cada cláusula una espina distinta para el costado del papista, y como se sabía que el proyecto sería combatido pulgada a pulgada por cincuenta irlandeses enfurecidos, la construcción debida y el adecuado encaje del mismo consumían mucho tiempo de sir Abraham. El proyecto de ley surtió todo el efecto deseado. Por supuesto, nunca llegó a convertirse en ley; pero dividió tan completamente las filas de los miembros irlandeses, que se habían unido para imponer al ministerio una ley que obligara a todos los hombres a beber whisky irlandés y a todas las mujeres a vestir popelinas irlandesas, que durante el resto de la sesión la Gran Liga de la Popelina y el Whisky fue totalmente inofensiva.

Así sucedió que la opinión de sir Abraham no estuvo disponible de inmediato, y la incertidumbre, la expectativa y el sufrimiento de la gente de Barchester se mantuvieron en un punto muy alto.

CAPÍTULO VIII

PLUMSTEAD EPISCOPI

Se ruega ahora al lector que visite la rectoría de Plumstead Episcopi; y como todavía es muy temprano por la mañana, que suba de nuevo con nosotros al dormitorio del arcediano. La señora de la mansión estaba ante su tocador; sobre el cual no nos detendremos con ojos profanos, sino que pasaremos a una pequeña habitación interior donde el doctor se vestía y guardaba sus botas y sus sermones; y aquí nos situaremos, advirtiendo de antemano que la puerta de la habitación estaba tan abierta que permitía una conversación entre nuestro reverendo Adán y su valiosa Eva.

—Todo es culpa tuya, arcediano —decía esta última—. Te dije desde el principio cómo acabaría esto, y papá no tiene a nadie a quien culpar sino a ti.

—¡Válgame Dios, querida! —dijo el doctor, apareciendo en la puerta de su vestidor con la cara y la cabeza envueltas en la toalla áspera que estaba usando violentamente—; ¿cómo puedes decir eso? Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Ojalá nunca hubieras hecho tanto —dijo la dama, interrumpiéndole—. Si hubieras dejado que John Bold entrara y saliera por allí como a él y a papá les gustaba, él y Eleanor ya estarían casados a estas alturas, y no habríamos oído ni una palabra de todo este asunto.

—Pero, querida...

—Oh, todo eso está muy bien, arcediano; y por supuesto tienes razón; no creo ni por un momento que admitas jamás que pudieras estar equivocado; pero el caso es que te has echado encima a este joven por haberle tratado con desprecio como lo has hecho.

—Pero, amor mío...

—Y todo porque no te gustaba John Bold como cuñado. ¿Cómo va ella a encontrar algo mejor? Papá no tiene un chelín; y aunque Eleanor es bastante mona, no tiene en absoluto un estilo de belleza arrebatador. Estoy segura de que no sé cómo va a hacer nada mejor que casarse con John Bold; ni siquiera igual —añadió la ansiosa hermana, dando el último tirón al cordón de su último zapato.

El doctor Grantly sintió vivamente la injusticia de este ataque; ¿pero qué podía decir? Ciertamente había tratado con desprecio a John Bold; ciertamente se había opuesto a él como cuñado y, hace solo unos meses, la sola idea había excitado su cólera; pero ahora las cosas habían cambiado; John Bold había demostrado su poder y, aunque era tan odioso como siempre para el arcediano, el poder siempre es respetado, y la reverenda dignidad empezaba a pensar que tal alianza podría no haber sido imprudente. No obstante, su lema seguía siendo «nada de rendiciones»; seguiría luchando hasta el final; creía confiadamente en Oxford, en el banquillo de los obispos, en sir Abraham Haphazard y en sí mismo; y solo a solas con su esposa le asaltaban dudas de derrota. Una vez más intentó comunicar esta confianza a la señora Grantly y, por vigésima vez, empezó a hablarle de sir Abraham.

—¡Oh, sir Abraham! —dijo ella, recogiendo todas las llaves de casa en su cesta antes de bajar—; sir Abraham no le conseguirá un

marido a Eleanor; sir Abraham no le conseguirá a papá otros ingresos cuando le hayan echado a cajas destempladas del hospital. Fíjate en lo que te digo, arcediano: mientras tú y sir Abraham estáis luchando, papá perderá su beneficio; ¿y qué harás entonces con él y con Eleanor a tu cargo? Además, ¿quién le va a pagar a sir Abraham? ¿Supongo que no se encargará del caso por nada?

Y así la dama bajó para el culto familiar entre sus hijos y criados, como modelo de esposa buena y prudente.

El doctor Grantly estaba bendecido con una familia feliz y próspera. Había, primero, tres niños, que estaban ahora en casa de vacaciones del colegio. Se llamaban, respectivamente, Charles James, Henry y Samuel. Los dos más pequeños (eran cinco en total) eran niñas; la mayor, Florinda, llevaba el nombre de la esposa del arzobispo de York, de quien era ahijada; y la menor había sido bautizada como Grizzel, por una hermana del arzobispo de Canterbury. Los niños eran todos inteligentes y daban buenas esperanzas de ser capaces de afrontar las preocupaciones y pruebas del mundo; y sin embargo no eran iguales en sus caracteres, y cada uno tenía su personalidad individual y cada uno sus propios admiradores entre los amigos del doctor.

Charles James era un niño exacto y cuidadoso; nunca se comprometía; sabía bien cuánto se esperaba del hijo mayor del arcediano de Barchester y, por tanto, tenía cuidado de no mezclarse demasiado libremente con otros niños. No tenía los grandes talentos de sus hermanos menores, pero los superaba en juicio y propiedad de comportamiento; su falta, si tenía alguna, era una excesiva atención a las palabras en lugar de a las cosas; había un exceso de sutileza en él y, como incluso su padre le decía a veces, le gustaban demasiado las soluciones de compromiso.

El segundo era el hijo favorito del arcediano, y Henry era, en efecto, un niño brillante. La versatilidad de su genio era sorprendente, y los visitantes de Plumstead Episcopi se asombraban a menudo de la forma maravillosa en que, cuando se le pedía, adaptaba su capacidad a ocupaciones aparentemente de lo más

ajenas. Se presentó una vez ante un gran círculo de personas como Lutero el reformador, y les deleitó con la forma perfecta en que asumió el personaje; y antes de tres días volvió a asombrarles representando el papel de un fraile capuchino con una fidelidad absoluta. Por esta última hazaña su padre le dio una guinea de oro, y sus hermanos dijeron que la recompensa había sido prometida de antemano en caso de que la actuación tuviera éxito. También se le envió en un viaje por Devonshire, un regalo que el muchacho estaba ansiosísimo por disfrutar. Sus amigos de allí, sin embargo, no apreciaron sus talentos, y se enviaron a casa tristes informes sobre la perversidad de su carácter. Era un muchacho muy valiente, con agallas hasta la médula.

Pronto se supo, tanto en casa como en varias millas a la redonda de la Catedral de Barchester, y también en Westminster, donde estaba en el colegio, que el joven Henry boxeaba muy bien y nunca se daba por vencido; otros niños pelearían mientras tuvieran una pierna en la que sostenerse, pero él pelearía sin ninguna pierna. Quienes le apoyaban pensaban a veces que estaba aplastado por el peso de los golpes y desfallecido por la pérdida de sangre, y sus amigos intentaban retirarle de la contienda; pero no, Henry nunca cedía, nunca se cansaba de la batalla. El cuadrilátero era el único elemento en el que parecía disfrutar; y mientras otros niños eran felices por el número de sus amigos, él se regocijaba sobre todo en la multitud de sus enemigos. Sus parientes no podían sino admirar su valor, pero a veces se veían obligados a lamentar que se inclinara a ser un abusón; y aquellos que no le tenían tanto afecto como su padre observaban con dolor que, aunque sabía adular a los maestros y a los amigos del arcediano, era imperioso y mandón con los criados y con los pobres.

Pero quizá Samuel era el favorito general; y el querido pequeño Soapy, como se le llamaba familiarmente, era un niño tan encantador como la madre más cariñosa pudiera mimar. Era suave y gentil en sus modales, y atractivo en su habla; el tono de su voz era una melodía y cada acción era una gracia; a diferencia de sus hermanos, era cortés con todos, afable con los humildes y dócil

incluso con la última de las fregonas. Era un niño de grandes promesas, atento a sus libros y que alegraba los corazones de sus maestros. Sus hermanos, sin embargo, no le tenían un afecto especial; se quejaban a su madre de que la amabilidad de Soapy siempre buscaba algo; pensaban que su voz se escuchaba demasiado a menudo en Plumstead Episcopi y evidentemente temían que, al crecer, tendría más peso en la casa que cualquiera de ellos; había, por tanto, una especie de acuerdo entre ellos para ningunear al joven Soapy. Esto, sin embargo, no resultaba tan fácil de hacer; Samuel, aunque joven, era astuto; no podía asumir el decoro rígido de Charles James, ni podía pelear como Henry; pero era un maestro perfecto de sus propias armas y se las ingeniaba, a pesar de ambos, para mantener el lugar que había asumido. Henry declaraba que era una criatura falsa y astuta; y Charles James, aunque siempre hablaba de él como de su querido hermano Samuel, no tardaba en decir algo en su contra cuando se presentaba la ocasión. A decir verdad, Samuel era un niño astuto, e incluso quienes más le amaban no podían sino reconocer que para ser tan joven, era demasiado hábil eligiendo sus palabras y demasiado diestro modulando su voz.

Las dos niñas, Florinda y Grizzel, eran niñas bastante agradables, pero no poseían las fuertes cualidades de fondo de sus hermanos; sus voces no se oían a menudo en Plumstead Episcopi; eran vergonzosas y tímidas por naturaleza, lentas para hablar ante las visitas incluso cuando se les pedía; y aunque se veían muy bien con sus limpios vestidos de muselina blanca y sus cintas rosas, los visitantes del arcediano apenas se fijaban en ellas.

Cualquier asomo de humildad sumisa que pudiera haber aparecido en el andar y el semblante del arcediano durante su coloquio con su esposa en el *sanctum* de sus vestidores se disipó al entrar en su comedor de desayuno con la cabeza erguida y paso potente. En presencia de una tercera persona asumía el papel de señor y dueño; y aquella dama sabia y talentosa conocía demasiado bien al hombre al que su destino para toda la vida estaba unido como para estirar su autoridad más allá del punto en el que pudiera ser soportada. Los

forasteros en Plumstead Episcopi, cuando veían el ceño imperioso con el que ordenaba silencio al gran círculo de visitantes, niños y criados que se reunían por la mañana para oírle leer la palabra de Dios, y observaban con qué docilidad se sentaba aquella esposa detrás de su cesta de llaves con una niña a cada lado mientras captaba aquella mirada de mando; los forasteros, digo, al ver esto, poco podían imaginar que hacía unos quince minutos ella se había mantenido firme contra él, apenas permitiéndole abrir la boca en su propia defensa. ¡Pero tal es el tacto y el talento de las mujeres!

Y ahora observemos el bien amueblado comedor de desayuno de Plumstead Episcopi y el aire confortable de todas las pertenencias de la rectoría. Confortables lo eran ciertamente, pero ni suntuosas ni siquiera grandiosas; de hecho, considerando el dinero que se había gastado allí, el ojo y el gusto podrían haber estado mejor servidos; había un aire de pesadez en las habitaciones que podría haberse evitado sin ningún sacrificio de la propiedad; los colores podrían haber sido mejor elegidos y las luces más perfectamente difundidas; pero quizá al hacerlo el aspecto profundamente clerical del conjunto se habría visto algo empañado; en cualquier caso, no fue sin mucha consideración que se pusieron aquellas alfombras gruesas, oscuras y costosas; que se colgaron aquellos papeles grabados pero sombríos; que se dispusieron aquellas cortinas pesadas de modo que excluyeran a medias la luz del sol; ni estaban allí sin propósito aquellas sillas pasadas de moda, compradas a un precio que excedía con mucho el que ahora se paga por muebles más modernos. El servicio de desayuno sobre la mesa era igualmente costoso e igualmente sencillo; el objetivo aparente había sido gastar dinero sin obtener brillo ni esplendor. El samovar era de plata gruesa y sólida, como lo eran también la tetera, la cafetera, la jarra de la leche y el azucarero; las tazas eran de porcelana de dragón antigua y mate, que valían unas cinco libras la pieza, pero muy despreciables a ojos de los no iniciados. Los tenedores de plata eran tan pesados que resultaban desagradables a la mano, y la cesta del pan tenía un peso realmente formidable para cualquiera que no fuera una persona robusta. El té que se consumía era el mejor, el café el más

negro, la crema la más espesa; había tostadas secas y tostadas con mantequilla, *muffins* y *crumpets*; pan caliente y pan frío, pan blanco y pan moreno, pan casero y pan de panadería, pan de trigo y pan de avena; y si existen otros panes aparte de estos, allí estaban; había huevos en servilletas y trozos crujientes de beicon bajo cubiertas de plata; y había pececillos en una cajita, y riñones a la diablo chisporroteando en un plato de agua caliente; los cuales, por cierto, estaban colocados muy cerca del plato del propio y digno arcediano. Por encima de todo esto, sobre una servilleta blanca como la nieve extendida en el aparador, había un enorme jamón y un enorme lomo de buey; habiendo este último cargado la mesa del comedor la tarde anterior. Tal era la comida ordinaria en Plumstead Episcopi.

Y sin embargo nunca me ha parecido que la rectoría fuera una casa agradable. El hecho de que el hombre no vivirá solo de pan parecía estar algo olvidado; y por muy noble que fuera la apariencia del anfitrión, y por muy dulce y bondadoso que fuera el rostro de la anfitriona, por muy talentosos que fueran los niños y excelentes que fueran las viandas y los vinos, a pesar de estas atracciones, generalmente encontraba la rectoría algo aburrida. Después del desayuno el arcediano se retiraba, por supuesto a sus ocupaciones clericales. La señora Grantly, presumo, inspeccionaba su cocina, aunque tenía una ama de llaves de primera clase con sesenta libras al año; y atendía a las lecciones de Florinda y Grizzel, aunque tenía una excelente institutriz con treinta libras al año; pero en cualquier caso desaparecía, y yo nunca pude hacerme compañero de los niños. Charles James, aunque siempre parecía que había algo en él, nunca parecía tener mucho que decir; y lo que decía siempre se desdecía al minuto siguiente. Me dijo una vez que consideraba el críquet, en general, como un juego de caballeros para los niños, siempre que jugaran sin correr de un lado a otro; y que el *fives* también era un juego decoroso, siempre que quienes lo jugaran nunca se acaloraran. Henry se peleó una vez conmigo por tomar partido por su hermana Grizzel en una disputa entre ellos sobre el mejor modo de usar una regadera para las flores del jardín; y desde aquel día hasta hoy no me ha dirigido la palabra, aunque habla de

mí con bastante frecuencia. Durante media hora más o menos ciertamente me gustaron los discursos suaves de Sammy; pero uno se cansa de la miel, y descubrí que él prefería a los oyentes más admiradores que encontraba en la huerta y en los recintos traseros del establecimiento; además, creo que una vez pillé a Sammy mintiendo.

En conjunto, por tanto, encontré que la rectoría era una casa aburrida, aunque debe admitirse que todo allí era de lo mejor.

Después del desayuno, la mañana de la que escribimos, el arcediano, como de costumbre, se retiró a su estudio, indicando que iba a estar muy ocupado pero que vería al señor Chadwick si llamaba. Al entrar en aquella habitación sagrada, abrió cuidadosamente el portapapeles sobre el que solía componer sus sermones favoritos y extendió en él una hoja de papel en blanco y otra escrita a medias; luego colocó su tintero, miró su pluma y dobló su papel secante; habiendo hecho esto, se levantó de nuevo de su asiento, se puso de espaldas a la chimenea y bostezó cómodamente, estirando enormemente sus enormes brazos y abriendo su corpulento pecho. Luego cruzó la habitación y echó la llave a la puerta; y habiéndose preparado así, se dejó caer en su sillón, sacó de un cajón secreto debajo de su mesa un volumen de Rabelais y empezó a divertirse con las ingeniosas travesuras de Panurgo; y así pasó el arcediano la mañana de aquel día.

Estuvo sin ser molestado en sus estudios durante una hora o dos, cuando llegó un golpe a la puerta y se anunció al señor Chadwick. Rabelais se retiró al cajón secreto, el sillón pareció alejarse a sabiendas y, cuando el arcediano descorrió rápidamente el pestillo, fue descubierto por el administrador trabajando, como de costumbre, para aquella iglesia de la que era un pilar tan útil. El señor Chadwick acababa de llegar de Londres y, por tanto, se sabía que era portador de noticias importantes.

—Tenemos al fin la opinión de sir Abraham —dijo el señor Chadwick mientras se sentaba.

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclamó el arcediano impacientemente.

—Oh, es tan larga como mi brazo —dijo el otro—; no se puede decir en una palabra, pero puede leerla usted —y le entregó una copia, en sabe Dios cuántos folios estirados, de la opinión que el fiscal general se las había ingeniado para apretujar en el reverso y los márgenes del caso tal como se le había presentado originalmente.

—El resultado es —dijo Chadwick— que hay un fallo en su caso y que lo mejor es que no hagamos nada. Proceden contra el señor Harding y contra mí, y sir Abraham sostiene que, según el texto del testamento y los acuerdos posteriores legalmente sancionados, el señor Harding y yo solo somos sirvientes pagados. Los demandados deberían haber sido o bien la Corporación de Barchester, o posiblemente el cabildo de su padre.

—¡Vaya! —dijo el arcediano—; así que el maestro Bold va tras la pista falsa, ¿eh?

—Esa es la opinión de sir Abraham; pero casi cualquier pista sería una pista falsa. Sir Abraham piensa que si hubieran tomado a la corporación o al cabildo, habríamos podido burlarles. El obispo, piensa él, sería el blanco más seguro; pero incluso ahí podríamos alegar que el obispo es solo un visitador y que nunca se ha hecho parte consintiente en el desempeño de otras tareas.

—Eso está clarísimo —dijo el arcediano.

—No tan claro —dijo el otro—. Verá, el testamento dice: «Siendo mi señor el obispo tan amable de velar por que se haga la debida justicia». Ahora bien, puede ser una cuestión si, al aceptar y administrar el patronazgo, su padre no ha aceptado también las otras tareas asignadas. Es dudoso, sin embargo; pero incluso si aciertan con ese clavo —y están lejos de eso todavía—, el punto es tan sutil, como dice sir Abraham, ique les obligaría usted a un gasto de quince mil libras antes de que pudieran llevarlo a una resolución definitiva! ¿Y de dónde va a salir esa suma de dinero?

El arcediano se frotó las manos con deleite; nunca había dudado de la justicia de su caso, pero había empezado a tener cierto temor a un éxito injusto por parte de sus enemigos. Le resultaba delicioso oír así que la causa de ellos estaba rodeada de tales rocas y bajíos; tales causas de naufragio invisibles para el ojo del hombre de tierra, pero bastante visibles para los ojos agudos de los prácticos marinos de la ley. ¡Qué equivocada estaba su esposa al desear que Bold se casara con Eleanor! ¡Bold! ¡Vaya, si fuera lo bastante asno para perseverar, sería un mendigo antes de saber contra quién estaba pleiteando!

—¡Eso es excelente, Chadwick, eso es excelente! Ya le dije que sir Abraham era nuestro hombre —y dejó sobre la mesa la copia de la opinión y la palmeó con cariño.

—No deje que eso se vea, sin embargo, arcediano.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ni por todo el oro del mundo! —dijo el doctor.

—La gente habla, ya sabe, arcediano.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el doctor.

—Porque, si eso trasciende, les enseñaría cómo librar su propia batalla.

—Muy cierto —dijo el doctor.

—Nadie aquí en Barchester debería ver eso más que usted y yo, arcediano.

—No, no, ciertamente nadie más —dijo el arcediano, complacido por la estrechez de la confidencia—; nadie más lo verá.

—La señora Grantly está muy interesada en el asunto, lo sé —dijo el señor Chadwick.

¿Guiñó el ojo el arcediano, o no lo hizo? Me inclino a pensar que no llegó a guiñar; pero que sin un gesto tan, tal vez, indecoroso comunicó al señor Chadwick con el rabillo del ojo la indicación de que, por profundo que fuera el interés de la señora Grantly en el asunto, no le procuraría la lectura de aquel documento; y al mismo

tiempo abrió parcialmente el cajón pequeño arriba mencionado, depositó el papel sobre el volumen de Rabelais y mostró al señor Chadwick la naturaleza de la llave que custodiaba aquellos tesoros ocultos. El cuidadoso administrador se declaró entonces satisfecho. ¡Ah, hombre vanidoso! Podía cerrar bajo llave su Rabelais y otras cosas secretas con toda la habilidad de Bramah o de Chubb; ¿pero dónde podía cerrar la llave que resolvía estos misterios mecánicos? Nos parece probable que el contenido de ningún cajón en aquella casa fuera desconocido para su señora, y creemos, además, que ella tenía derecho a todo ese conocimiento.

—Pero —dijo el señor Chadwick—, debemos, por supuesto, decir a su padre y al señor Harding lo suficiente de la opinión de sir Abraham como para que se queden satisfechos de que el asunto va bien.

—Oh, ciertamente... sí, por supuesto —dijo el doctor.

—Sería mejor que les hiciera saber que sir Abraham opina que no hay caso, en cualquier caso, contra el señor Harding; y que tal como está redactada la demanda en la actualidad, debe fracasar; deben ser desestimados si la llevan adelante; sería mejor que le dijera al señor Harding que sir Abraham opina claramente que él es solo un sirviente y como tal no responsable; o si lo prefiere, veré yo mismo al señor Harding.

—Oh, debo verle yo mañana, y a mi padre también, y les explicaré exactamente esa parte; no se irá antes del almuerzo, señor Chadwick: bueno, si tiene que irse, tiene que irse, pues sé que su tiempo es precioso; —y estrechó la mano del administrador diocesano y le despidió.

El arcediano recurrió de nuevo a su cajón y leyó dos veces la esencia del cerebro de sir Abraham Haphazard, iluminado por la ley y desconcertado por ella. Estaba muy claro que para sir Abraham, la justicia de la reclamación de los ancianos o la justicia de la defensa del señor Harding eran ideas que nunca se le habían presentado. Una victoria legal sobre una parte opuesta era el servicio por el cual

sir Abraham, según imaginaba, iba a ser pagado; y en eso, según su entender, había trabajado diligentemente para lograrlo, y con esperanza probable de éxito. Del intenso deseo que el señor Harding sentía de estar seguro por una autoridad competente de que no estaba perjudicando a ningún hombre, de que tenía derecho en verdadera equidad a sus ingresos, de que podía dormir por la noche sin remordimientos de conciencia, de que no era un ladrón ni un expoliador de los pobres; de que él y todo el mundo pudieran estar convencidos abiertamente de que no era el hombre que *The Jupiter* había descrito; de tales anhelos por parte del señor Harding, sir Abraham era enteramente ignorante; ni, en verdad, podía considerarse parte de su oficio satisfacer tales deseos. No era ese el sistema bajo el cual se libraban sus batallas y se ganaban sus victorias. El éxito era su objetivo, y generalmente tenía éxito. Conquistaba a sus enemigos por la debilidad de ellos más que por la fuerza propia, y se había descubierto que era casi imposible armar un caso en el que sir Abraham, como antagonista, no encontrara una falla.

El arcediano estaba encantado con el rigor del razonamiento. Para hacerle justicia, no era un triunfo egoísta lo que deseaba; él personalmente no perdería nada con la derrota, o al menos lo que pudiera perder no era lo que le impulsaba; pero tampoco era el amor a la justicia lo que le hacía estar tan ansioso, ni siquiera principalmente la solicitud por su suegro. Estaba librando una parte de una batalla interminable contra un enemigo nunca conquistado: el de la iglesia contra sus enemigos.

Sabía que el señor Harding no podría pagar todos los gastos de estas actuaciones: por estas largas opiniones de sir Abraham, estas causas que debían defenderse, estos discursos que debían pronunciarse, estos diversos tribunales a través de los cuales presumía que el caso iba a ser arrastrado. Sabía que él y su padre debían cargar al menos con la parte más pesada de este coste tremendo; pero, para hacer justicia al arcediano, no retrocedió ante ello. Era un hombre al que le gustaba obtener dinero, ávido de grandes ingresos, pero bastante generoso al gastarlos, y era un

triunfo para él prever el éxito de esta medida, aunque pudiera verse obligado a pagarla tan cara él mismo.

CAPÍTULO IX

LA CONFERENCIA

A la mañana siguiente, el arcediano estuvo con su padre muy temprano, y se envió una nota al custodio rogándole que acudiera al palacio. El doctor Grantly, mientras meditaba sobre el asunto recostado en su brougham de camino a Barchester, sentía que sería difícil comunicar su propia satisfacción tanto a su padre como a su suegro. Él quería el éxito para su bando y el descalabro para el de sus enemigos. El obispo quería paz en el asunto; una paz duradera si era posible, pero paz a cualquier precio hasta que los escasos días que le quedaban se hubieran consumido. El señor Harding no solo requería éxito y paz, sino que también exigía quedar justificado ante el mundo.

Sin embargo, era comparativamente fácil tratar con el obispo; y antes de la llegada del otro, el hijo diligente había persuadido a su padre de que todo iba bien; y entonces llegó el custodio.

Era costumbre del señor Harding, siempre que pasaba una mañana en el palacio, sentarse inmediatamente al lado del obispo. Este ocupaba un enorme sillón provisto de candelabros, una mesa

de lectura, un cajón y otros parafernalias, cuya posición nunca se cambiaba, ni en verano ni en invierno; y cuando, como era habitual, el arcediano también estaba allí, se enfrentaba a los dos ancianos, quienes así podían luchar la batalla contra él juntos... y juntos someterse a la derrota, pues tal era su destino constante.

Nuestro custodio ocupó ahora su lugar de siempre, tras haber saludado a su yerno al entrar, y luego preguntó afectuosamente por la salud de su amigo. Había una dulzura en el obispo a la cual el blando afecto mujeril del señor Harding resultaba particularmente grato, y era pintoresco ver cómo los dos suaves y ancianos clérigos se estrechaban la mano, sonreían y se hacían pequeñas señas de cariño.

—Al fin ha llegado la opinión de sir Abraham —comenzó el arcediano.

El señor Harding ya lo sabía y estaba ansiosísimo por conocer el resultado.

—Es totalmente favorable —dijo el obispo, presionando el brazo de su amigo—. Me alegro tanto.

El señor Harding miró al imponente portador de las noticias importantes en busca de la confirmación de tan alegres nuevas.

—Sí —dijo el arcediano—; sir Abraham ha dedicado una atención minuciosa al caso; de hecho, sabía que lo haría... una atención minuciosa; y su opinión es... y en cuanto a que su opinión sobre tal tema sea correcta, nadie que conozca el carácter de sir Abraham puede dudarle... su opinión es que no tienen ni donde caerse muertos.

—¿Pero cómo es eso, arcediano?

—Bueno, en primer lugar... pero usted no es abogado, custodio, y dudo que lo entienda; el meollo de la cuestión es este: según el testamento de Hiram, se han seleccionado dos guardianes pagados para el hospital; la ley dirá que son dos sirvientes pagados, y usted y yo no vamos a pelearnos por el nombre.

—En cualquier caso, yo no lo haré si soy uno de los sirvientes —dijo el señor Harding—. Ya sabe lo que dicen de la rosa...

—Sí, sí —dijo el arcediano, impaciente ante la poesía en un momento así—. Bueno, diremos dos sirvientes pagados; uno para cuidar de los hombres y otro para cuidar del dinero. Usted y Chadwick son esos dos sirvientes, y tanto si a alguno de los dos se le paga demasiado o demasiado poco, más o menos de lo que el fundador dispuso, está claro como la luz del día que nadie puede arremeter contra ninguno de los dos por recibir un estipendio asignado.

—Eso parece claro —dijo el obispo, quien había hecho una mueca visible ante las palabras «sirvientes» y «estipendio», las cuales, sin embargo, no parecían haber causado inquietud alguna al arcediano.

—Clarísimo —dijo él— y muy satisfactorio. De hecho, siendo necesario seleccionar a tales sirvientes para el uso del hospital, el pago que se les dé debe depender de la tasa de remuneración de tales servicios según su valor de mercado en el periodo en cuestión; y quienes gestionan el hospital deben ser los únicos jueces de esto.

—¿Y quién gestiona el hospital? —preguntó el custodio.

—Oh, que lo averigüen ellos; esa es otra cuestión: la demanda se interpone contra usted y contra Chadwick; esa es su defensa, y es una defensa perfecta y completa. Eso lo encuentro muy satisfactorio.

—Bueno —dijo el obispo, mirando inquisitivamente el rostro de su amigo, quien permanecía callado y aparentemente no tan satisfecho.

—Y concluyente —continuó el arcediano—; si lo llevan ante un jurado, que no lo harán, no habrá doce hombres en Inglaterra que tarden cinco minutos en decidir en su contra.

—Pero según eso —dijo el señor Harding—, lo mismo me daría tener mil seiscientas libras al año que ochocientas, si los gestores deciden asignármelas; y como yo soy uno de los gestores, si no el gestor principal, difícilmente puede ser una disposición justa.

—Oh, bueno; todo eso no viene al caso. La cuestión es si este intruso, y un montón de abogados tramposos y disidentes pestilentes, van a interferir en un acuerdo que todo el mundo sabe que es esencialmente justo y útil para la Iglesia. Por favor, no nos pongamos a hilar fino, y menos entre nosotros, o nunca se acabará el pleito ni el gasto.

El señor Harding volvió a quedarse callado un rato, durante el cual el obispo presionó una y otra vez su brazo y le miró a la cara para ver si captaba algún destello de una mente contenta y aliviada; pero no hubo tal destello, y el pobre custodio continuó tocando tristes elegías en instrumentos de cuerda invisibles en toda suerte de posiciones; estaba rumiando en su mente esta opinión de sir Abraham, buscándola con cansancio y anhelo para hallar satisfacción, pero sin encontrar ninguna. Al fin dijo:

—¿Vio usted la opinión, arcediano?

El arcediano dijo que no... es decir, que sí... es decir, que no había visto la opinión en sí; había visto lo que se llamaba una copia, pero no podía decir si era total o parcial; ni podía decir que lo que había visto fueran las *ipsissima verba* del gran hombre; pero lo que había visto contenía exactamente la decisión que había anunciado, y la cual declaraba de nuevo que, para su entender, era extremadamente satisfactoria.

—Me gustaría ver la opinión —dijo el custodio—; quiero decir, una copia de ella.

—Bueno, supongo que podrá si se empeña en ello; pero yo no le veo la utilidad; por supuesto, es esencial que no se conozca su sentido, y por lo tanto no es aconsejable multiplicar las copias.

—¿Por qué no debería conocerse? —preguntó el custodio.

—¡Qué pregunta para un hombre de su edad! —dijo el arcediano, levantando las manos en señal de sorpresa—; pero es propio de usted: un niño no es más inocente que usted en asuntos de negocios. ¿No ve que si les decimos que no cabe ninguna acción contra usted, pero que posiblemente quepa una contra alguna otra

persona o personas, estaremos poniendo armas en sus manos y enseñándoles cómo cortarnos el cuello?

El custodio volvió a quedarse callado y el obispo volvió a mirarle con anhelo.

—Lo único que nos queda por hacer —continuó el arcediano— es permanecer quietos, guardar silencio y dejar que ellos jueguen su partida como quieran.

—Entonces no debemos dar a conocer —dijo el custodio— que hemos consultado al fiscal general y que este nos ha asesorado que el testamento del fundador se está cumpliendo plena y justamente.

—¡Válgame Dios! —dijo el arcediano—, qué extraño es que no quiera ver que todo lo que debemos hacer es no hacer nada. ¿Por qué deberíamos decir nada sobre el testamento del fundador? Estamos en posesión; y sabemos que ellos no están en posición de echarnos; seguramente eso es suficiente por ahora.

El señor Harding se levantó de su asiento y caminó pensativamente de un lado a otro de la biblioteca, mientras el obispo le observaba con pena a cada paso y el arcediano seguía vertiendo sus convicciones de que el asunto estaba en un estado que satisfaría a cualquier mente prudente.

—¿Y *The Jupiter*? —dijo el custodio, deteniéndose de repente.

—¡Oh! *The Jupiter* —respondió el otro—. *The Jupiter* no rompe huesos. Debe usted soportar eso; hay mucho, por supuesto, que es nuestro deber ineludible soportar; aquí no todo pueden ser rosas para nosotros —y el arcediano puso una expresión sumamente moral—; además, el asunto es demasiado trivial, de muy poco interés general para ser mencionado de nuevo en *The Jupiter*, a menos que nosotros removamos el tema. —Y el arcediano volvió a poner una expresión sumamente astuta y de sabiduría mundana.

El custodio continuó su paseo; las palabras duras e hirientes de aquel artículo de periódico, cada una de las cuales le había clavado una espina en lo más profundo de su alma, estaban frescas en su

memoria; lo había leído más de una vez, palabra por palabra, y lo que era peor, imaginaba que era tan conocido por todo el mundo como por él mismo. ¿Iba a ser visto como el sacerdote injusto y codicioso que allí se describía? ¿Iba a ser señalado como el consumidor del pan de los pobres y a no permitírsele medio alguno de refutar tales cargos, de limpiar su nombre mancillado, de quedar inocente ante el mundo, como hasta entonces había estado? ¿Iba a soportar todo esto, a recibir como de costumbre sus ahora odiados ingresos y ser conocido como uno de esos sacerdotes codiciosos que con su rapacidad han traído el descrédito a su Iglesia? ¿Y por qué? ¿Por qué debía soportar todo esto? ¿Por qué debía morir, pues sentía que no podría vivir bajo tal peso de ignominia? Mientras caminaba por la habitación, resolvió en su miseria y entusiasmo que, si se lo permitían, entregaría con gusto su puesto, abandonaría su agradable hogar, dejaría el hospital y viviría pobre, feliz y con un nombre inmaculado con el pequeño resto de sus medios.

Era un hombre algo tímido para hablar de sí mismo, incluso ante quienes mejor le conocían y a quienes más amaba; pero al fin brotó de él, y con una elocuencia algo entrecortada declaró que no podía, que no quería soportar más esta miseria.

—Si se puede demostrar —dijo al fin— que tengo un derecho justo y honesto a esto, como Dios bien sabe que siempre consideré que tenía; si este salario o estipendio es realmente lo que me corresponde, no estoy menos ansioso que otro por conservarlo. Tengo que velar por el bienestar de mi hija. Soy demasiado viejo para prescindir sin dolor de las comodidades a las que estoy acostumbrado; y estoy, como otros, ansioso por demostrar al mundo que he tenido razón y por mantener el lugar que he ocupado; pero no puedo hacerlo a un coste como este. No puedo soportarlo. ¿Podría usted decirme que lo haga? —Y apeló, casi entre lágrimas, al obispo, que había dejado su silla y estaba ahora apoyado en el brazo del custodio, de pie al otro lado de la mesa, frente al arcediano—. ¿Podría usted decirme que me siente allí tranquilo, indiferente y satisfecho, mientras se dicen ruidosamente tales cosas de mí en el mundo?

El obispo podía compadecerle y simpatizar con él, pero no podía aconsejarle; solo pudo decir:

—No, no, no se le pedirá que haga nada que sea doloroso; hará usted exactamente lo que su corazón le diga que es correcto; hará lo que usted mismo crea mejor. Theophilus, no le aconsejes, por favor, no aconsejes al custodio que haga nada que sea doloroso.

Pero el arcediano, aunque no podía simpatizar, sí podía aconsejar; y vio que había llegado el momento en que le correspondía hacerlo de una manera algo perentoria.

—Bueno, mi señor —dijo dirigiéndose a su padre; y cuando llamaba a su padre «mi señor», el buen viejo obispo temblaba en sus zapatos, pues sabía que venían malos tiempos—. Bueno, mi señor, hay dos maneras de dar consejos: hay consejos que pueden ser buenos para el día de hoy; y hay consejos que pueden ser buenos para los días venideros. Yo no puedo rebajarme a dar los primeros si son incompatibles con los otros.

—No, no, no, supongo que no —dijo el obispo, volviendo a sentarse y cubriéndose la cara con las manos.

El señor Harding se sentó de espaldas a la pared del fondo, tocando para sí alguna melodía adecuada para tan calamitosa ocasión, y el arcediano soltó su discurso de pie, de espaldas a la chimenea vacía.

—No es de suponer sino que mucho dolor brotará de esta cuestión innecesariamente planteada. Todos debimos preverlo, y el asunto de ninguna manera ha ido peor de lo que esperábamos; pero será débil, sí, y también malvado, abandonar la causa y reconocernos equivocados porque la indagación sea dolorosa. No es solo por nosotros por quienes debemos velar; hasta cierto punto, el interés de la Iglesia está bajo nuestra custodia. Si se descubriera que, uno tras otro, quienes ocupan beneficios los abandonan siempre que son atacados, ¿no está claro que tales ataques se renovarían hasta que no nos quedara nada? Y que, de verse así abandonada, ¿la Iglesia de Inglaterra caería por tierra por completo? Si esto es cierto para

muchos, lo es para uno. Si usted, acusado como está ahora, renunciara a la custodia y abandonara el beneficio que es su propiedad, con el vano objetivo de demostrarse desinteresado, fracasaría en ese objetivo, infligiría un golpe desesperado a sus hermanos clérigos, animaría a cada disidente cascarrabias de Inglaterra a lanzar un cargo similar contra alguna fuente de ingresos clericales y haría todo lo posible por desalentar a quienes están más ansiosos por defenderle y mantener su posición. No puedo imaginar nada más débil ni más erróneo. No es que usted piense que hay justicia alguna en estos cargos, o que dude de su propio derecho a la custodia: está convencido de su propia honestidad y, sin embargo, cedería ante ellos por cobardía.

—¡Cobardía! —dijo el obispo, protestando. El señor Harding permaneció impasible, mirando a su yerno.

—Bueno; ¿no sería cobardía? ¿No lo haría porque tiene miedo de soportar las cosas malas que se dirán falsamente de él? ¿No sería eso cobardía? Y ahora veamos el alcance del mal que tanto teme. *The Jupiter* publica un artículo que muchísima gente, sin duda, leerá; pero de quienes entienden el tema, ¿cuántos creerán a *The Jupiter*? Todo el mundo sabe cuál es su objetivo: ha emprendido la causa contra lord Guildford y contra el deán de Rochester, y contra media docena de obispos; ¿y no sabe todo el mundo que emprendería cualquier causa de este tipo, correcta o errónea, falsa o verdadera, con justicia o injusticia manifiesta, si al hacerlo pudiera favorecer sus propios puntos de vista? ¿No sabe todo el mundo esto de *The Jupiter*? ¿Quién que realmente le conozca a usted pensará peor de usted por lo que diga *The Jupiter*? ¿Y por qué preocuparse por quienes no le conocen? No diré nada de su propia comodidad, pero sí digo que no podría estar justificado que abandonara, en un arrebató de pasión, pues tal sería, el único sustento que tiene Eleanor; y si lo hiciera, si realmente dejara vacante la custodia y se sometiera a la ruina, ¿de qué le serviría eso? Si no tiene derecho futuro a los ingresos, no ha tenido derecho pasado a ellos; y el mismo hecho de abandonar su posición crearía una demanda de reembolso de aquello que ya ha recibido y gastado.

El pobre custodio gimió mientras permanecía perfectamente quieto, mirando al orador de corazón endurecido que así le atormentaba, y el obispo hizo eco del sonido débilmente tras sus manos; pero al arcediano le importaban poco tales signos de debilidad y completó su exhortación.

—Pero supongamos que el cargo quedara vacante y que sus propios problemas al respecto hubieran terminado; ¿le satisfaría eso? ¿Sus únicas aspiraciones en el asunto se limitan a usted mismo y a su familia? Sé que no es así. Sé que está usted tan ansioso como cualquiera de nosotros por la Iglesia a la que pertenecemos; ¡y qué golpe tan penoso le daría tal acto de apostasía! Se lo debe a la Iglesia de la que es miembro y ministro, soportar esta aflicción, por severa que sea: se lo debe a mi padre, que le instituyó, apoyar sus derechos: se lo debe a quienes le precedieron afirmar la legalidad de su posición; se lo debe a quienes han de venir después de usted, mantener intacto para ellos aquello que recibió intacto de otros; y nos debe a todos la asistencia inquebrantable de una hermandad perfecta en este asunto, de modo que apoyándonos los unos a los otros podamos defender nuestra gran causa sin rubor y sin deshonor.

Y así terminó el arcediano, y permaneció satisfecho de sí mismo, observando el efecto de su elocuencia.

El custodio se sintió, hasta cierto punto, asfixiado; habría dado el mundo por salir al aire libre sin hablar ni fijarse en quienes estaban en la habitación con él; pero esto era imposible. No podía marcharse sin decir algo, y se sentía confundido por la oratoria del arcediano. Había una verdad pesada, insensible e incontestable en lo que había dicho; había tanto sentido común práctico, pero odioso, que no sabía si asentir o disentir. Si fuera necesario que sufriera, sentía que podría soportarlo sin queja y sin cobardía, siempre que estuviera convencido de la justicia de su propia causa. Lo que no podía soportar era ser acusado por otros y no ser absuelto por sí mismo. Dudando, como había empezado a dudar, de la justicia de su propia posición en el hospital, sabía que su propia confianza no se

restauraría porque el señor Bold hubiera errado en alguna forma legal; ni podía satisfacerle escapar porque, a través de alguna ficción legal, quien recibía el mayor beneficio del hospital pudiera ser considerado solo como uno de sus sirvientes.

El discurso del arcediano le había silenciado, estupefacto, aniquilado; cualquier cosa menos satisfecho. Al obispo no le fue mucho mejor. No discernía claramente cómo estaban las cosas, pero vio lo suficiente para saber que había que preparar una batalla; una batalla que destruiría sus pocos consuelos restantes y le llevaría con pena a la tumba. El custodio seguía sentado, y seguía mirando al arcediano, hasta que sus pensamientos se fijaron por completo en los medios para escapar de su posición actual, y se sintió como un pájaro fascinado por la mirada de una serpiente.

—Espero que esté de acuerdo conmigo —dijo al fin el arcediano, rompiendo el pavoroso silencio—; mi señor, espero que esté de acuerdo conmigo.

¡Oh, qué suspiro dio el obispo!

—Mi señor, espero que esté de acuerdo conmigo —repitió de nuevo el tirano despiadado.

—Sí, supongo que sí —gimió el pobre anciano lentamente.

—¿Y usted, custodio?

El señor Harding se vio impulsado a la acción; debía hablar y moverse, así que se levantó y dio una vuelta antes de responder.

—No me presione para obtener una respuesta en este momento; no haré nada a la ligera en el asunto, y de lo que quiera que haga les daré aviso a usted y al obispo.

Y así, sin otra palabra, se despidió, escapando rápidamente a través del salón del palacio y bajando los altos peldaños; no respiró con libertad hasta que se encontró solo bajo los enormes olmos del recinto silencioso. Allí caminó largo tiempo y despacio, pensando en su caso con aire preocupado e intentando en vano refutar el argumento del arcediano. Luego se fue a casa, resuelto a soportarlo

todo —la ignominia, la incertidumbre, el deshonor, la duda de sí mismo y el resentimiento— y a hacer lo que quisieran aquellos que todavía creía que eran los más aptos y capaces para aconsejarle rectamente.

CAPÍTULO X

TRIBULACIÓN

El señor Harding era un hombre más triste de lo que nunca había sido cuando regresó a su propia casa. Se había sentido bastante desdichado en aquella mañana bien recordada en la que se vio obligado a exponer ante su yerno la cuenta del editor por lanzar al mundo su querido libro de música sacra: cuando, tras hacer los pagos que pudo sin ayuda, descubrió que era deudor de más de trescientas libras; pero sus sufrimientos entonces no eran nada comparados con su miseria actual; entonces había obrado mal, y lo sabía, y fue capaz de resolver que no volvería a pecar de la misma manera; pero ahora no podía tomar resolución alguna ni consolarse con promesas de firmeza. Se había visto obligado a pensar que su suerte le había colocado en una posición falsa, y se disponía a mantener esa posición contra la opinión del mundo y contra sus propias convicciones.

Había leído con una piedad que rayaba en el horror las críticas que habían aparecido de vez en cuando contra el conde de Guildford como director de Santa Cruz, y las invectivas que se habían

acumulado sobre los ricos dignatarios diocesanos y los desmesurados pluralistas de sinecuras. Al juzgarlos, los juzgaba con indulgencia; todo el sesgo de su profesión le había enseñado a pensar que eran más víctimas que culpables, y que la animosidad con la que habían sido perseguidos era venenosa e injusta; pero no por ello dejaba de considerar su situación como de lo más miserable. Se le habían puesto los pelos de punta y se le había erizado la piel al leer las cosas que se habían escrito; se había preguntado cómo podían vivir los hombres bajo tal carga de deshonor; cómo podían enfrentarse a sus semejantes mientras sus nombres eran zarandeados de forma tan hiriente y pública; y ahora esta suerte iba a ser la suya... él, aquel hombre tímido y retraído que tanto se había consolado en la oscuridad oculta de su destino, que tanto había disfrutado del calor sin pretensiones de su propio rincón... ahora era arrastrado a la luz cegadora y colgado en la picota ante multitudes feroces. Entró en su propia casa como un hombre cabizbajo y humillado, sin esperanza de superar la desdicha que le embargaba.

Entró en el salón donde estaba su hija; pero no podía hablarle ahora, así que lo dejó y se fue a la biblioteca. No fue lo bastante rápido para escapar a la mirada de Eleanor, ni para evitar que ella viera que estaba perturbado; y al poco rato ella le siguió. Le encontró sentado en su silla de siempre, sin ningún libro abierto ante él, sin la pluma lista en la mano, sin las notas deformes de música borroneada yaciendo ante él como era habitual, sin ninguna de aquellas cuentas del hospital con las que era tan preciso y a la vez tan poco metódico: no estaba haciendo nada, no pensaba en nada, no miraba nada; simplemente estaba sufriendo.

—Déjame, Eleanor, querida —dijo él—; déjame, amor mío, unos minutos, porque estoy ocupado.

Eleanor vio bien cómo estaban las cosas, pero le dejó y se deslizó silenciosamente de vuelta a su salón. Cuando hubo estado sentado un rato así, solo y desocupado, se levantó para caminar de nuevo; podía ordenar mejor sus pensamientos caminando que sentado, y

salía sigilosamente al jardín cuando se encontró con Bunce en el umbral.

—Bueno, Bunce —dijo en un tono que para él era brusco—, ¿qué ocurre? ¿Me necesita?

—Solo venía a preguntar por su reverencia —dijo el viejo asilado, tocándose el sombrero—; y a preguntar por las noticias de Londres —añadió tras una pausa.

El custodio hizo una mueca y se llevó la mano a la frente, sintiéndose desconcertado.

—El procurador Finney ha estado allí esta mañana —continuó Bunce—, y por su aspecto adivino que no está tan complacido como una vez estuvo, y se ha divulgado de alguna manera que el arcediano ha recibido grandes noticias de Londres, y Handy y Moody están ambos negros como demonios. Y espero —dijo el hombre, intentando asumir un tono alegre— que las cosas estén mejorando y que pronto se acabe toda esta bazofia que tanto molesta a su reverencia.

—Bueno, ojalá sea así, Bunce.

—¿Pero qué hay de las noticias, su reverencia? —dijo el viejo, casi susurrando.

El señor Harding siguió caminando y sacudió la cabeza con impaciencia. El pobre Bunce poco sabía cuánto estaba atormentando a su patrón.

—Si hubiera algo que le animara, me alegraría tanto saberlo —dijo con un tono de afecto que el custodio, en toda su miseria, no pudo resistir.

Se detuvo y tomó las dos manos del viejo entre las suyas.

—Amigo mío —dijo—, mi querido y viejo amigo, no hay nada; no hay noticias que me animen; hágase la voluntad de Dios. —Y dos pequeñas lágrimas calientes se escaparon de sus ojos y resbalaron por sus mejillas surcadas.

—Entonces hágase la voluntad de Dios —dijo el otro solemnemente—; pero me dijeron que había buenas noticias de Londres y vine a felicitar a su reverencia; pero hágase la voluntad de Dios.

Y así el custodio volvió a caminar y el asilado, mirándole con anhelo y sin recibir aliento alguno para seguirle, regresó tristemente a su propia morada.

Durante un par de horas el custodio permaneció así en el jardín, ahora caminando, ahora de pie inmóvil sobre el césped, y luego, cuando sus piernas se cansaban, sentándose inconscientemente en los asientos del jardín, y luego caminando de nuevo. Y Eleanor, escondida tras las cortinas de muselina de la ventana, le observaba a través de los árboles mientras ahora aparecía a la vista y luego volvía a quedar oculto por las vueltas del paseo; y así pasó el tiempo hasta las cinco, cuando el custodio regresó sigilosamente a la casa y se preparó para la cena.

Fue una comida penosa. La modosita camarera, mientras servía los platos y los cambiaba, vio que no todo iba bien y estuvo más modosita que nunca: ni el padre ni la hija pudieron comer, y la odiada comida pronto fue retirada, y la botella de oporto colocada sobre la mesa.

—¿Te gustaría que viniera Bunce, papá? —dijo Eleanor, pensando que la compañía del anciano podría aliviar su pena.

—No, querida, gracias, hoy no; pero ¿no vas a salir, Eleanor, en esta tarde tan bonita? No te quedes por mí, amor mío.

—Me parecía que estabas tan triste, papá.

—Triste —dijo él, irritado—; bueno, todo el mundo debe tener su parte de tristeza aquí; yo no estoy más exento que otro. Pero bésame, querida, y vete ahora; si es posible, seré más sociable cuando regreses.

Y Eleanor fue de nuevo desterrada de la pena de su padre. ¡Ah! Su deseo ahora no era encontrarle feliz, sino que se le permitiera

compartir sus penas; no obligarle a ser sociable, sino persuadirle para que fuera confiado.

Se puso el sombrero como se le pidió y fue a ver a Mary Bold; este era ahora su refugio diario, pues John Bold estaba en Londres entre abogados y reformadores de la Iglesia, sumergiéndose profundamente en otras cuestiones aparte de la de la custodia de Barchester; suministrando información a un miembro del Parlamento y cenando con otro; suscribiéndose a fondos para la abolición de los ingresos clericales y secundando en aquella gran reunión nacional en el Crown and Anchor una resolución al efecto de que ningún clérigo de la Iglesia de Inglaterra, fuera quien fuese, tuviera más de mil libras al año ni ninguno menos de doscientas cincuenta. Su discurso en esta ocasión fue breve, pues tenían que hablar quince y la sala estaba alquilada solo por dos horas, al término de las cuales los cuáqueros y el señor Cobden iban a hacer uso de ella para un llamamiento al público en ayuda del emperador de Rusia; pero fue agudo y eficaz; al menos así se lo dijo un compañero con el que ahora vivía mucho y de quien dependía grandemente: un tal Tom Towers, un genio muy destacado y de quien se suponía que tenía un alto empleo en la plantilla de *The Jupiter*.

Así que Eleanor, como era ahora su costumbre, fue a ver a Mary Bold, y Mary la escuchó amablemente mientras la hija hablaba mucho de su padre y, quizá más amable aún, encontró una oyente en Eleanor mientras ella hablaba de su hermano. Mientras tanto el custodio se sentó solo, apoyado en el brazo de su silla; se había servido una copa de vino, pero lo había hecho simplemente por hábito, pues la dejó intacta; allí se quedó mirando la ventana abierta y pensando, si se puede decir que pensara, en la felicidad de su vida pasada. Toda clase de delicias pasadas acudieron a su mente, las cuales en su momento había disfrutado sin considerarlas: sus días fáciles, su ausencia de toda clase de trabajo duro, su hogar agradable y sombrío, aquellos doce viejos vecinos cuyo bienestar hasta ahora había sido la fuente de tantos cuidados agradables, la excelencia de sus hijos, la amistad del querido y viejo obispo, la solemne grandeza de aquellas naves abovedadas a través de las

cuales le gustaba oír resonar su propia voz; y luego aquel amigo de amigos, aquel aliado dilecto que nunca le había abandonado, aquel compañero elocuente que siempre, cuando se le pedía, discurría tan agradable música, aquel violonchelo suyo... ¡ah, qué feliz había sido! Pero ya se había acabado; sus días fáciles y su falta de trabajo habían sido el crimen que trajo sobre él su tribulación; su hogar sombrío ya no era agradable; quizá ya no era suyo; los viejos vecinos, cuyo bienestar tanto había deseado, eran sus enemigos; su hija estaba tan desdichada como él mismo; e incluso el obispo se sentía miserable por su posición. Nunca más podría alzar su voz audazmente como hasta entonces había hecho entre sus hermanos, pues sentía que estaba deshonorado; y temía incluso tocar su arco, pues sabía qué sonido de lamento tan penoso, qué queja tan lastimera produciría.

Seguía sentado en la misma silla y en la misma postura, habiendo apenas movido un miembro durante dos horas, cuando Eleanor regresó para el té y logró llevarle con ella al salón. El té pareció tan falto de consuelo como la cena, aunque el custodio, que no había comido nada en todo el día, devoró el plato lleno de pan con mantequilla, inconsciente de lo que hacía.

Eleanor había decidido obligarle a hablar con ella, pero apenas sabía cómo comenzar: debía esperar a que el samovar se hubiera ido, a que la criada ya no estuviera entrando y saliendo. Al fin todo se hubo ido y la puerta del salón se cerró permanentemente; entonces Eleanor, levantándose y acercándose a su padre, le rodeó el cuello con el brazo y dijo:

—Papá, ¿no me dirás qué es?

—¿Qué es qué, querida?

—Esta nueva pena que te atormenta; sé que eres infeliz, papá.

—¡Nueva pena! No es ninguna nueva pena, querida; todos tenemos nuestras preocupaciones a veces. —Y trató de sonreír, pero fue un fracaso espantoso—. Pero no debería ser un compañero tan aburrido; vamos, escucharemos algo de música.

—No, papá, hoy no; solo te molestaría esta noche. —Y se sentó en sus rodillas, como hacía a veces en sus momentos más alegres, y con el brazo alrededor de su cuello, dijo—: Papá, no te dejaré hasta que hables conmigo; oh, si supieras cuánto bien te haría contármelo todo.

El padre besó a su hija y la estrechó contra su corazón; pero siguió sin decir nada: ile costaba tanto hablar de sus propias penas; era un hombre tan tímido incluso con su propia hija!

—Oh, papá, dime qué es; sé que es sobre el hospital, y lo que están haciendo en Londres, y lo que ha dicho ese periódico tan cruel; pero si hay tal motivo para la pena, estemos apenados juntos; ahora lo somos todo el uno para el otro: querido, querido papá, háblame.

El señor Harding no podía hablar bien ahora, pues las lágrimas calientes corrían por sus mejillas como lluvia de mayo, pero mantuvo a su hija pegada a su corazón y le apretó la mano como podría hacerlo un amante, y ella le besó la frente y sus mejillas húmedas, y se reclinó sobre su pecho, y le consoló como solo una mujer puede hacerlo.

—Hija mía —dijo tan pronto como sus lágrimas le dejaron hablar —, hija mía, ¿por qué has de ser tú también infeliz antes de que sea necesario? Puede llegar a eso, a que debamos dejar este lugar, pero hasta que llegue ese momento, ¿por qué han de nublarse tus días jóvenes?

—¿Y es eso todo, papá? Si eso es todo, dejémoslo y tengamos corazones ligeros en otra parte: si eso es todo, vámonos. Oh, papá, tú y yo podríamos ser felices si solo tuviéramos pan para comer, siempre que nuestros corazones fueran ligeros.

Y el rostro de Eleanor se iluminó de entusiasmo mientras le decía a su padre cómo podía desterrar todas sus preocupaciones; y un destello de alegría cruzó la frente de él cuando esta idea de escape se presentó de nuevo, y volvió a imaginar por un momento que podía despreciar los ingresos que el mundo le envidiaba; que podía

desmentir a aquel empuñador del tomahawk que se había atrevido a escribir tales cosas de él en *The Jupiter*, que podía dejar a sir Abraham, y al arcediano, y a Bold y al resto de ellos con su pleito entre ellos, y lavarse las manos por completo de un asunto que tantas penas despertaba. ¡Ah, qué felicidad podría haber en la distancia, con Eleanor y él en alguna pequeña cabaña, y nada de su antigua grandeza excepto su música! Sí, saldrían con sus libros de música y sus instrumentos y, sacudiéndose el polvo de los pies al marcharse, dejarían aquel lugar ingrato. Nunca un pobre clérigo suspiró por un beneficio cálido con más ansia de lo que nuestro custodio lo hacía ahora por librarse del suyo.

—Abandónalo, papá —dijo ella de nuevo, saltando de sus rodillas y poniéndose de pie ante él, mirándole audazmente a la cara—; abandónalo, papá.

Oh, fue triste ver cómo aquel destello momentáneo de alegría se desvanecía; cómo la mirada de esperanza se dispersaba de aquel rostro apenado al volver a su memoria el recuerdo del arcediano, y reflexionar que no podía moverse de su ahora odiado puesto. Estaba como un hombre atado con hierro, encadenado con diamante: no era en ningún aspecto un agente libre; no tenía elección. «¡Abandónalo!». ¡Oh, si tan solo pudiera: qué camino tan fácil sería ese para salir de todos sus problemas!

—Papá, no dudes sobre ello —continuó ella, pensando que su vacilación surgía de su renuencia a abandonar un hogar tan cómodo—; ¿es por mi causa por lo que te quedarías aquí? ¿Crees que no puedo ser feliz sin un coche de ponis y un salón elegante? Papá, nunca podré ser feliz aquí mientras haya una duda sobre tu honor al quedarte; pero podría estar alegre todo el día en la más minúscula y pequeña cabaña si pudiera verte entrar y salir con el corazón ligero. ¡Oh, papá, tu cara dice tanto! Aunque no quieras hablarme con tu voz, sé cómo te va cada vez que te miro.

¡Cómo volvió a estrecharla contra su corazón con una presión casi espasmódica! ¡Cómo la besó mientras las lágrimas caían como lluvia de sus viejos ojos! ¡Cómo la bendijo y la llamó por cien nombres

suaves y dulces que ahora acudían nuevos a sus labios! ¡Cómo se reprendió a sí mismo por haber sido infeliz con tal tesoro en su casa, tal joya en su pecho, con tan dulce flor en el jardín escogido de su corazón! Y entonces se abrieron las compuertas de su lengua y, al fin, con un detalle de circunstancias sin reservas, le contó todo lo que deseaba y todo lo que no podía hacer. Repitió aquellos argumentos del arcediano, no estando de acuerdo en su verdad, pero explicando su incapacidad para escapar de ellos; cómo se le había declarado que estaba obligado a permanecer donde estaba por los intereses de su orden, por gratitud al obispo, por los deseos de sus amigos, por un sentido del deber que, aunque no podía entenderlo, se veía obligado a reconocer. Le contó cómo se le había acusado de cobardía y, aunque no era hombre de dar importancia a tal cargo ante el mundo, ahora en la plena franqueza de su corazón le explicó que tal acusación le resultaba penosa; que sí pensaba que sería poco viril desertar de su puesto simplemente para escapar de sus sufrimientos actuales y que, por lo tanto, debía soportar lo mejor que pudiera la miseria que se le preparaba.

¿Y encontró ella tediosos estos detalles? Oh, no; ella le animó a explayarse en cada sentimiento que expresaba, hasta que él dejó al desnudo ante ella los rincones más íntimos de su corazón. Hablaron juntos del arcediano, como dos niños podrían hacerlo de un maestro de escuela severo e impopular, pero respetado, y del obispo como de un padre tan bondadoso como el que más, pero impotente contra un pedagogo omnipotente.

Y luego, cuando hubieron discutido todo esto, cuando el padre se lo hubo contado todo a la hija, ella no podía ser menos confiada de lo que él había sido; y al mencionarse el nombre de John Bold entre ellos, ella confesó lo bien que había aprendido a amarle... «le había amado una vez», dijo, «pero no quería, no podía hacerlo ahora... no, incluso si su palabra hubiera estado comprometida con él, se habría retractado; si hubiera jurado amarle como su esposa, le habría descartado y no se habría sentido perjura cuando él demostró ser el enemigo de su padre».

Pero el custodio declaró que Bold no era enemigo suyo y alentó su amor; y la reprendió suavemente, mientras la besaba, por la severa resolución que había tomado de rechazarle; y luego le habló de días más felices cuando sus pruebas hubieran pasado; y declaró que su joven corazón no sería desgarrado para complacer ni a sacerdote ni a prelado, ni a deán ni a arcediano. No, ni aunque todo Oxford se convocara y se pusiera de acuerdo sobre la necesidad del sacrificio.

Y así se consolaron grandemente el uno al otro; ¡y en qué pena no dará consuelo tal mutua confianza! Y con una última expresión de tierno amor se despidieron y se fueron comparativamente felices a sus habitaciones.

CAPÍTULO XI

IFIGENIA

Cuando Eleanor apoyó la cabeza en la almohada aquella noche, su mente estaba ansiosamente concentrada en algún plan por el cual pudiera sacar a su padre de su miseria; y, en su entusiasmo de buen corazón, se decidió por el sacrificio personal como el medio a adoptar. ¿No era un Agamenón tan bueno digno de una Ifigenia? Ella misma imploraría personalmente a John Bold que desistiera de su empresa; le explicaría las penas de su padre, la cruel miseria de su posición; le diría cómo su padre moriría si fuera arrastrado así ante el público y expuesto a tan inmerecida ignominia; apelaría a su antigua amistad, a su generosidad, a su hombría, a su misericordia; si fuera necesario, se arrodillaría ante él por el favor que le pediría; pero antes de hacer esto la idea del amor debía ser desterrada. No debía haber tratos en el asunto. A su misericordia, a su generosidad podía apelar; pero como doncella pura, hasta ahora ni siquiera solicitada, no podía apelar a su amor, ni bajo tales circunstancias podía permitir que él lo hiciera. Por supuesto, ante tal provocación él declarararía su pasión; eso era de esperar; había habido suficiente entre ellos para dar tal hecho por seguro; pero era igualmente cierto

que debía ser rechazado. Ella no podía ser entendida como si dijera: «Libera a mi padre y yo soy la recompensa». No habría sacrificio en eso... no así había salvado la hija de Jefté a su padre... no así podría ella mostrar a aquel padre, el más amable y querido, cuánto era capaz de soportar por su bien. No; a una sola resolución debía estar ligada su alma entera; y así resolviéndolo, sintió que podía hacer su gran petición a Bold con tanta seguridad en sí misma como podría haberlo hecho ante su abuelo.

Y ahora confieso que tengo temores por mi heroína; no en cuanto al resultado de su misión... ni lo más mínimo por eso; en cuanto al éxito pleno de su generoso plan y el resultado último de tal proyecto, nadie versado en la naturaleza humana y en las novelas puede tener duda alguna; sino en cuanto a la cantidad de simpatía que pueda recibir de las de su propio sexo. Las chicas de menos de veinte años y las ancianas de más de sesenta le harán justicia; pues en el corazón femenino los suaves manantiales del dulce romance vuelven a abrirse después de muchos años, y vuelven a brotar con aguas puras como en los días de juventud, y refrescan grandemente el camino que desciende hacia la tumba. Pero temo que la mayoría de las que están entre estas dos eras no aprueben el plan de Eleanor. Temo que las solteras de treinta y cinco declaren que no puede haber probabilidad alguna de que un proyecto tan absurdo se lleve a cabo; que las mujeres jóvenes de rodillas ante sus amantes seguro que reciben besos, y que no se pondrían en tal posición si no lo esperaran; que Eleanor va a ver a Bold solo porque las circunstancias impiden que Bold vaya a verla a ella; que es ciertamente una tontita o una pequeña intrigante, pero que con toda probabilidad está pensando mucho más en sí misma que en su padre.

Queridas damas, tienen razón en su apreciación de las circunstancias, pero están muy equivocadas en cuanto al carácter de la señorita Harding. La señorita Harding era mucho más joven que ustedes y no podía, por tanto, saber, como pueden saber ustedes, a qué peligros podría exponerla tal encuentro. Puede que la besen; creo muy probable que así sea; pero doy mi palabra solemne y mi

seguridad positiva de que la remota idea de tal catástrofe nunca se le ocurrió mientras tomaba la gran resolución a la que ahora se alude.

Y luego durmió; y luego se levantó refrescada; y se encontró con su padre con su abrazo más cariñoso y sus sonrisas más amorosas; y en conjunto su desayuno no fue de ningún modo tan *triste* como lo había sido su cena del día anterior; y luego, poniendo alguna excusa ante su padre por dejarle tan pronto, partió para el comienzo de sus operaciones.

Sabía que John Bold estaba en Londres y que, por lo tanto, la escena misma no podía representarse hoy; pero también sabía que pronto estaría en casa, probablemente al día siguiente, y era necesario concertar con su hermana Mary algún pequeño plan para encontrarse con él. Cuando llegó a la casa, entró, como de costumbre, en el cuarto de estar de la mañana, y se sobresaltó al percibir, por un bastón, un abrigo y varios paquetes que había por allí, que Bold debía de haber regresado ya.

—John ha vuelto tan de repente —dijo Mary entrando en la habitación—; ha estado viajando toda la noche.

—Entonces vendré en otro momento —dijo Eleanor, a punto de emprender la retirada en su repentina consternación.

—Ha salido ahora, y no volverá en las próximas dos horas —dijo la otra—; está con ese horrible Finney; solo ha venido a verle y regresa en el tren del correo esta noche.

«Regresa en el tren del correo esta noche», pensó Eleanor para sí mientras se esforzaba por armarse de valor; «se marcha de nuevo esta noche; entonces debe ser ahora o nunca»; y volvió a sentarse, habiéndose levantado para irse. Habría deseado que el trance pudiera haberse pospuesto: estaba plenamente decidida a llevar a cabo la acción, pero no estaba decidida a hacerlo este mismo día; y ahora se sentía desasosegada, perdida y en dificultades.

—Mary —comenzó—, debo ver a tu hermano antes de que se marche.

—Oh, sí, por supuesto —dijo la otra—; sé que estará encantado de verte. —Y trató de tratarlo como algo natural, pero no por ello estaba menos sorprendida; pues Mary y Eleanor habían hablado a diario sobre John Bold y su conducta, y su amor, y Mary insistía en llamar a Eleanor su hermana, y la reñía por no llamar a Bold por su nombre de pila; y Eleanor confesaba a medias su amor, pero como doncella modesta protestaba contra tales familiaridades incluso con el nombre de su amante; y así hablaban hora tras hora, y Mary Bold, que era mucho mayor, esperaba con feliz confianza el día en que Eleanor no se avergonzara de llamarla su hermana. Estaba, sin embargo, plenamente segura de que justo en este momento Eleanor tendría muchas más probabilidades de evitar a su hermano que de buscarle.

—Mary, debo ver a tu hermano ahora, hoy, y pedirle un gran favor. —Y habló con un aire solemne, nada habitual en ella; y luego siguió y abrió ante su amiga todo su plan, su bien sopesado proyecto para salvar a su padre de una pena que, según dijo, si duraba, le llevaría a la tumba—. Pero, Mary —continuó—, ahora debes, ya sabes, dejar de bromear sobre mí y el señor Bold; ahora no debes decir nada más sobre eso; no me avergüenza pedir este favor a tu hermano, pero cuando lo haya hecho, nunca podrá haber nada más entre nosotros. —Y esto lo dijo con un aire serio y solemne, digno de la hija de Jefté o de la misma Ifigenia.

Estaba bastante claro que Mary Bold no seguía el argumento. Que Eleanor Harding apelara, en nombre de su padre, a los mejores sentimientos de Bold le parecía a Mary algo muy natural; le parecía muy natural que él cediera, vencido por tales lágrimas filiales y por tanta belleza; pero, a su entender, resultaba al menos igualmente natural que habiendo cedido, John rodeara con el brazo la cintura de su amada y dijera: «Ahora que hemos arreglado eso, íseamos marido y mujer y todo acabará felizmente!». Por qué su buena naturaleza no iba a ser recompensada, cuando tal recompensa no perjudicaría a nadie, Mary, que tenía más sentido común que romanticismo, no podía entenderlo; y así lo dijo.

Eleanor, sin embargo, se mantuvo firme e hizo un discurso bastante elocuente para sostener su propio punto de vista sobre la cuestión: no podía rebajarse, dijo, a pedir tal favor en otros términos que los propuestos. Mary podría, quizá, pensar que era una exaltada, pero ella tenía sus propias ideas y no podía someterse a sacrificar su amor propio.

—Pero estoy segura de que le amas, ¿no es así? —suplicó Mary—. Y estoy segura de que él te ama más que a nada en el mundo.

Eleanor iba a hacer otro discurso, pero una lágrima acudió a cada ojo y no pudo; así que fingió sonarse la nariz y caminó hacia la ventana, e hizo una pequeña llamada interna a su propio valor, y sintiéndose algo confortada, dijo sentenciosamente:

—Mary, esto son tonterías.

—Pero le amas —dijo Mary, que había seguido a su amiga a la ventana y ahora hablaba con los brazos estrechamente envueltos alrededor de la cintura de la otra—. Le amas con todo tu corazón... sabes que es así; te desafío a que lo niegues.

—Yo... —comenzó Eleanor, volviéndose bruscamente para refutar el cargo; pero la falsedad pretendida se le atascó en la garganta y nunca llegó a pronunciarse. No podía negar su amor, así que se entregó de lleno a las lágrimas y se reclinó sobre el pecho de su amiga y sollozó allí, y protestó que, amor o no amor, eso no cambiaría nada en su resolución, y llamó a Mary mil veces la chica más cruel y le hizo jurar secreto con cien juramentos, y terminó declarando que la chica que pudiera traicionar el amor de su amiga, incluso ante un hermano, sería una traidora tan negra como un soldado de una guarnición que abriera las puertas de la ciudad al enemigo.

Mientras estaban todavía discutiendo el asunto, Bold regresó y Eleanor se vio obligada a una acción repentina: o cumplía su plan o lo abandonaba; y habiéndose deslizado en el dormitorio de su amiga mientras el caballero cerraba la puerta del recibidor, se lavó las

marcas de las lágrimas de los ojos y resolvió en su interior seguir adelante con ello.

—Dile que estoy aquí —dijo ella— y que voy a entrar; y fíjate bien, haz lo que haz, no nos dejes solos.

Así que Mary informó a su hermano, con un aire algo sombrío, que la señorita Harding estaba en la habitación de al lado y que venía a hablar con él.

Eleanor estaba ciertamente pensando más en su padre que en sí misma mientras se arreglaba el cabello ante el espejo y eliminaba los rastros de pena de su rostro; y sin embargo faltaría a la verdad si dijera que no estaba ansiosa por aparecer bien ante su amante: ¿por qué si no era tan diligente con aquel mechón rebelde que se resistía a su mano, y alisaba con tanto afán sus cintas arrugadas? ¿Por qué si no humedecía sus ojos para disipar la rojez y se mordía sus bonitos labios para devolverles el color? Por supuesto que estaba ansiosa por lucir lo mejor posible, pues al fin y al cabo no era más que un ángel mortal. Pero aunque hubiera sido inmortal, aunque hubiera regresado volando al cuarto de estar sobre las alas de un querubín, no podría haber tenido un corazón más fiel ni un deseo más sincero de salvar a su padre a cualquier coste para ella misma.

John Bold no se había encontrado con ella desde el día en que ella le dejó despechada en el recinto de la catedral. Desde entonces todo su tiempo se había ocupado en promover la causa contra el padre de ella, y no sin éxito. Había pensado a menudo en ella y había dado vueltas en su mente a cien proyectos para mostrarle cuán desinteresado era su amor. Le escribiría y le suplicaría que no permitiera que el cumplimiento de un deber público le perjudicara ante sus ojos; le escribiría al señor Harding, le explicaría todos sus puntos de vista y reclamaría audazmente a la hija del custodio, alegando que las circunstancias adversas entre ellos no tenían por qué ser un obstáculo para su antigua amistad, ni para un vínculo más estrecho; se arrojaría de rodillas ante su amada; esperaría y se casaría con la hija cuando el padre hubiera perdido su hogar y sus ingresos; abandonaría el pleito y se iría a Australia, con ella por

supuesto, dejando a *The Jupiter* y al señor Finney que completaran el caso entre ellos. A veces, al despertarse por la mañana febril e impaciente, se volaría los sesos y acabaría con todas sus preocupaciones... pero esta idea solía ser consecuencia de una cena imprudente disfrutada en compañía de Tom Towers.

¡Qué hermosa le pareció Eleanor mientras entraba lentamente en la habitación! No en vano se habían tomado todos aquellos pequeños cuidados. Aunque su hermana, la esposa del arcediano, había hablado con desdén de sus encantos, Eleanor era muy hermosa cuando se la veía adecuadamente. La suya no era de esas caras impasibles que tienen la belleza de un busto de mármol; rasgos finamente cincelados, perfectos en cada línea, fieles a las reglas de la simetría, tan encantadores para un extraño como para un amigo, invariables a menos que la enfermedad o la edad les afecten. No tenía un brillo deslumbrante de belleza, ni una blancura nacarada, ni un clavel radiante. No tenía el contorno majestuoso que cautiva la atención, exige asombro instantáneo y luego decepciona por la frialdad de sus encantos. Uno podría cruzarse con Eleanor Harding en la calle sin fijarse en ella, pero difícilmente podría pasar una velada con ella sin perder el corazón. Nunca le había parecido más encantadora a su amante que en este momento. Su rostro estaba animado aunque estaba serio, y sus ojos oscuros, grandes y brillantes relucían con una energía ansiosa; su mano temblaba cuando tomó la de él, y apenas pudo pronunciar su nombre cuando se dirigió a él. Bold deseó con todo su corazón que el proyecto australiano estuviera en vías de realizarse y que él y Eleanor estuvieran ya lejos juntos, para no oír hablar nunca más del pleito.

Empezó a hablar, preguntó por la salud de ella... dijo algo sobre que Londres era muy aburrido y más sobre que Barchester era muy agradable; declaró que el tiempo era muy caluroso y luego preguntó por el señor Harding.

—Mi padre no está muy bien —dijo Eleanor.

John Bold lo sintió mucho... muchísimo: esperaba que no fuera nada serio y puso la cara inexpresivamente solemne que la gente

suele usar en tales ocasiones.

—Quiero hablarle especialmente sobre mi padre, señor Bold; de hecho, estoy aquí ahora a propósito para hacerlo. Papá es muy infeliz, muy infeliz de verdad, con este asunto del hospital: usted le compadecería, señor Bold, si pudiera ver lo desdichado que le ha hecho.

—¡Oh, señorita Harding!

—En verdad lo haría; cualquiera le compadecería; pero un amigo, un viejo amigo como es usted... en verdad lo haría. Es un hombre cambiado; su alegría se ha ido toda, y su dulce carácter, y su tono de voz amable y feliz; apenas le conocería si le viera, señor Bold, está tan cambiado; y... y... si esto sigue adelante, morirá. —Aquí Eleanor tuvo que recurrir a su pañuelo, y también lo hicieron sus oyentes; pero ella se armó de valor y siguió con su relato—. Se le romperá el corazón y morirá. Estoy segura, señor Bold, de que no fue usted quien escribió aquellas cosas tan crueles en el periódico...

John Bold protestó ávidamente que no fue él, pero su corazón le remordió por su íntima alianza con Tom Towers.

—No, estoy segura de que no fue usted; y papá no lo ha pensado por un momento; usted no sería tan cruel... pero casi le ha matado. Papá no puede soportar pensar que la gente hable así de él, y que todo el mundo le oiga hablar así: le han llamado codicioso y deshonesto, y dicen que está robando a los ancianos y llevándose el dinero del hospital por nada.

—Yo nunca he dicho eso, señorita Harding. Yo...

—No —continuó Eleanor, interrumpiéndole, pues estaba ahora en pleno flujo de su elocuencia—; no, estoy segura de que no; pero otros lo han dicho; y si esto sigue adelante, si se escriben tales cosas otra vez, matará a papá. ¡Oh, señor Bold, si supiera usted el estado en que se encuentra! Mire, a papá no le importa mucho el dinero.

Ambos oyentes, hermano y hermana, asintieron a esto y declararon por propio conocimiento que ningún hombre vivía menos apegado al vil lucro que el custodio.

—¡Oh, es tan amable por su parte decir eso, Mary, y por la suya también, señor Bold! No podría soportar que la gente pensara injustamente de papá. ¿Sabe usted que él entregaría el hospital por completo, solo que no puede? El arcediano dice que sería cobarde, y que estaría desertando de su orden y perjudicando a la Iglesia. Pase lo que pase, papá no hará eso: dejaría el lugar mañana mismo de buena gana, y entregaría su casa, y los ingresos y todo, si el arcediano...

Eleanor iba a decir «se lo permitiera», pero se detuvo antes de comprometer la dignidad de su padre; y dando un largo suspiro, añadió:

—¡Oh, tanto desearía que lo hiciera!

—Nadie que conozca al señor Harding personalmente le acusa ni por un momento —dijo Bold.

—Es él quien tiene que cargar con el castigo; es él quien sufre —dijo Eleanor—; ¿y para qué? ¿Qué ha hecho él mal? ¿Cómo ha merecido esta persecución? ¡Él, que nunca tuvo un pensamiento cruel en su vida, él, que nunca dijo una palabra cruel! —Y aquí se quebró, y la violencia de sus sollozos detuvo su habla.

Bold, por quinta o sexta vez, declaró que ni él ni ninguno de sus amigos imputaban culpa alguna personalmente al señor Harding.

—¿Entonces por qué debe ser perseguido? —exclamó Eleanor a través de sus lágrimas, olvidando en su impaciencia que su intención había sido humillarse como una suplicante ante John Bold—. ¿Por qué debe ser señalado para el desprecio y el deshonor? ¿Por qué debe hacerse tan desdichado? ¡Oh, señor Bold! —y se volvió hacia él como si la escena de la genuflexión estuviera a punto de comenzar—. ¡Oh, señor Bold, por qué empezó usted todo esto! ¡Usted, a quien todos nosotros tanto... tanto... apreciábamos!

A decir verdad, el castigo del reformador ciertamente le había llegado, pues su situación actual no era envidiable; no tenía más remedio que excusarse con tópicos sobre el deber público, los cuales no vale la pena repetir en absoluto, y reiterar su elogio al carácter del señor Harding. Su posición era ciertamente cruel: si cualquier caballero le hubiera llamado en nombre del señor Harding, podría por supuesto haberse negado a entrar en el tema; ¿pero cómo podía hacerlo con una chica hermosa, con la hija del hombre al que había perjudicado, con su propia amada?

Mientras tanto, Eleanor se recobró y volvió a convocar sus energías.

—Señor Bold —dijo ella—, he venido aquí a implorarle que abandone este procedimiento. —Él se levantó de su asiento y se mostró afligido más allá de toda medida—. A implorarle que lo abandone, a implorarle que perdone a mi padre, que perdone o bien su vida o bien su razón, pues una u otra pagará el precio si esto sigue adelante. Sé cuánto estoy pidiendo y qué poco derecho tengo a pedir nada; pero creo que me escuchará ya que es por mi padre. ¡Oh, señor Bold, por favor, por favor, haga esto por nosotros; por favor, no lleve a la desesperación a un hombre que le ha amado tanto!

No se arrodilló absolutamente ante él, pero le siguió mientras él se movía de su silla y puso sus manos suaves suplicantes sobre el brazo de él. ¡Ah, en cualquier otro momento cuán exquisitamente valioso habría sido aquel contacto! Pero ahora él estaba angustiado, estupefacto y acobardado. ¿Qué podía decirle a aquella dulce suplicante; cómo explicarle que el asunto estaba ya probablemente fuera de su control; cómo decirle que no podía calmar la tormenta que él mismo había desatado?

—Seguro, seguro, John, que no puedes rechazárselo —dijo su hermana.

—Le daría mi alma —dijo él— si eso le sirviera de algo.

—Oh, señor Bold —dijo Eleanor—, no hable así; no pido nada para mí; y lo que pido para mi padre no puede perjudicarle a usted concederlo.

—Le daría mi alma si eso le sirviera de algo —dijo Bold, dirigiéndose todavía a su hermana—; todo lo que tengo es suyo si ella quiere aceptarlo; mi casa, mi corazón, mi todo; cada esperanza de mi pecho está centrada en ella; sus sonrisas son para mí más dulces que el sol y cuando la veo en pena como está ahora, cada nervio de mi cuerpo sufre. Ningún hombre puede amar mejor de lo que yo la amo a ella.

—No, no, no —exclamó Eleanor—; no puede haber charla de amor entre nosotros. ¿Protegerá usted a mi padre del mal que ha traído sobre él?

—¡Oh, Eleanor, haré cualquier cosa; déjeme decirle cuánto la amo!

—¡No, no, no! —casi gritó ella—. Esto es poco caballeroso por su parte, señor Bold. ¿Va usted, va usted, va usted a dejar a mi padre morir en paz en su hogar tranquilo? —Y asiéndole por el brazo y la mano, le siguió a través de la habitación hacia la puerta—. No le dejaré hasta que me lo prometa; me agarraré a usted en la calle; me arrodillaré ante usted delante de todo el mundo. Me prometerá esto, me prometerá esto, me...

Y se aferró a él con tenacidad fija y reiteró su resolución con pasión histórica.

—Háblale, John; respóndele —dijo Mary, desconcertada por la inesperada vehemencia del comportamiento de Eleanor—; no puedes tener la crueldad de rechazárselo.

—Prométamelo, prométamelo —decía Eleanor—; diga que mi padre está a salvo; una palabra bastará. Sé cuán sincero es usted; diga una palabra y le dejaré marchar.

Seguía sujetándole y le miraba ansiosamente a la cara, con el cabello despeinado y los ojos enrojecidos. No tenía ahora pensamiento alguno para sí misma, ningún cuidado por su

apariencia; y sin embargo él pensó que nunca la había visto ni la mitad de hermosa; estaba asombrado ante la intensidad de su belleza y apenas podía creer que fuera ella a quien se había atrevido a amar.

—Prométamelo —dijo ella—; no le dejaré hasta que me lo haya prometido.

—Lo haré —dijo él al fin—; lo hago... todo lo que pueda hacer, lo haré.

—¡Entonces que Dios Todopoderoso le bendiga por siempre jamás! —dijo Eleanor; y cayendo de rodillas con la cara en el regazo de Mary, lloró y sollozó como una niña: su fuerza la había llevado a través de la tarea asignada, pero ahora estaba casi agotada.

Al cabo de un rato se recobró en parte y se levantó para irse, y se habría ido si Bold no le hubiera hecho comprender que era necesario para él explicarle hasta qué punto estaba en su mano poner fin a los procedimientos que se habían tomado contra el señor Harding. De haber hablado de cualquier otro tema, ella habría desaparecido, pero de ese estaba obligada a escucharle; y ahora comenzó el peligro de su posición. Mientras tenía un papel activo que representar, mientras se aferraba a él como una suplicante, le resultaba bastante fácil rechazar su amor ofrecido y desechar sus palabras cariñosas; pero ahora... ahora que él había cedido y hablaba con ella con calma y amabilidad sobre el bienestar de su padre, le resultaba bastante difícil hacerlo. Entonces Mary Bold la ayudó; pero ahora estaba totalmente del lado de su hermano. Mary dijo poco, pero cada palabra que decía daba un golpe directo y mortal. Lo primero que hizo fue hacer sitio para su hermano entre ella y Eleanor en el sofá: como el sofá era bastante grande para tres, Eleanor no pudo resentirse por ello, ni pudo mostrar sospecha ocupando otro asiento; pero sintió que era un proceder de lo más cruel. Y luego Mary hablaba como si ellos tres estuvieran unidos por algún vínculo íntimo y peculiar; como si en el futuro siempre fueran a desear juntos, planear juntos y actuar juntos; y Eleanor no podía contradecir esto;

no podía hacer otro discurso y decir: «¡El señor Bold y yo somos extraños, Mary, y siempre vamos a seguir siéndolo!».

Él le explicó que, aunque indudablemente el procedimiento contra el hospital había comenzado únicamente por él, otros muchos estaban ahora interesados en el asunto, algunos de los cuales eran mucho más influyentes que él mismo; que era a él solo, sin embargo, a quien los abogados miraban en busca de instrucciones para sus actuaciones y, más importante todavía, para el pago de sus minutas; y prometió que de inmediato les daría aviso de que era su intención abandonar la causa. Pensaba, dijo, que no era probable que se tomara ningún paso activo después de que él se hubiera apartado del asunto, aunque era posible que todavía se hiciera alguna alusión pasajera al hospital en el diario *Jupiter*. Prometió, no obstante, que usaría su mejor influencia para evitar que se hiciera ninguna otra alusión personal al señor Harding. Sugirió entonces que esa misma tarde iría a caballo a ver al doctor Grantly para informarle de sus intenciones cambiadas sobre el tema y, con esta idea, pospuso su regreso inmediato a Londres.

Todo esto era muy agradable, y Eleanor disfrutó de una suerte de triunfo al sentir que había alcanzado el objetivo por el cual había buscado esta entrevista; pero todavía el papel de Ifigenia debía representarse hasta el final. Los dioses habían oído su plegaria, concedido su petición, ¿y no iban a tener su sacrificio prometido? Eleanor no era chica que fuera a defraudarlos deliberadamente; así que, tan pronto como pudo hacerlo decorosamente, se levantó para buscar su sombrero.

—¿Se va usted tan pronto? —dijo Bold, quien media hora antes habría dado cien libras por estar en Londres y ella todavía en Barchester.

—¡Oh, sí! —dijo ella—. Le estoy muy agradecida; papá sentirá que esto es muy amable de su parte. —No apreciaba del todo todos los sentimientos de su padre—. Por supuesto debo decírselo, y diré que usted verá al arcediano.

—¿Pero no puedo decir una palabra para mí mismo? —dijo Bold.

—Te traeré tu sombrero, Eleanor —dijo Mary, en el acto de salir de la habitación.

—Mary, Mary —dijo ella, levantándose y agarrándola por el vestido —; no te vayas, yo misma cogeré mi sombrero.

Pero Mary, la traidora, se mantuvo firme junto a la puerta y no permitió tal retirada. ¡Pobre Ifigenia!

Y con una andanada de amor apasionado, John Bold vertió los sentimientos de su corazón, jurando, como suelen hacer los hombres, algunas verdades y muchas falsedades; y Eleanor repetía con cada matiz de vehemencia el «no, no, no» que tanto efecto había tenido hacía poco tiempo; ¡pero ahora, ay!, su fuerza se había ido. Por muy vehemente que fuera, su vehemencia no era respetada; todos sus «no, no, no» se encontraban con contraafirmaciones y al fin fueron vencidos. El suelo le fue arrebatado por todos lados. Se vio presionada a decir si su padre se opondría; si ella misma sentía alguna aversión (¡aversión! ¡Dios la ayude, pobre chica! La palabra casi la hizo saltar a sus brazos); cualquier otra preferencia (esta la desmintió ruidosamente); si era imposible que ella le amara (Eleanor no pudo decir que fuera imposible); y así al fin, demolidas todas sus defensas, barridas todas sus barreras de doncella, capituló, o más bien salió con los honores de la guerra, vencida evidentemente, palpablemente vencida, pero todavía sin verse reducida a la necesidad de confesarlo.

Y así el altar en la orilla de la moderna Áulide no humeó con sacrificio alguno.

CAPÍTULO XII

LA VISITA DEL SEÑOR BOLD A PLUMSTEAD

Si se cumplió o no al pie de la letra la maliciosa predicción hecha por ciertas damas al comienzo del capítulo anterior, no estoy en condiciones de afirmarlo. Eleanor, sin embargo, ciertamente se sintió burlada al regresar a casa con todas sus noticias para su padre. Ciertamente había salido victoriosa, ciertamente había logrado su objetivo, ciertamente no era infeliz y, sin embargo, no se sentía triunfante. Todo marcharía sobre ruedas ahora. Eleanor no era en absoluto adicta a la escuela lidia del romance; de ningún modo rechazaba a su amante porque entrara por la puerta con el nombre de Absolute, en lugar de sacarla por una ventana bajo el nombre de Beverley; y, sin embargo, sentía que la habían embaucado, y apenas podía pensar en Mary Bold con caridad fraternal. «Realmente creí que podía confiar en Mary», se decía a sí misma una y otra vez. «¡Oh, que se haya atrevido a mantenerme en la habitación cuando intentaba salir!». Eleanor, no obstante, sintió que la suerte estaba echada y que ya no le quedaba más por hacer que añadir al presupuesto de noticias preparado para su padre que John Bold era su prometido aceptado.

La dejaremos, sin embargo, ahora en su camino, y acompañaremos a John Bold a Plumstead Episcopi, advirtiéndole simplemente que Eleanor, al llegar a casa, no encontrará las cosas tan fáciles como esperaba cariñosamente; habían llegado dos mensajeros, uno para su padre y otro para el arcediano, y cada uno de ellos era muy opuesto a su modo tranquilo de resolver todas sus dificultades: el uno en forma de un número de *The Jupiter*, y el otro en la de una opinión adicional de sir Abraham Haphazard.

John Bold montó en su caballo y partió hacia Plumstead Episcopi; no con brío y espuela ansiosa, como cabalgan los hombres cuando están satisfechos de sus propias intenciones, sino lenta, modesta y pensativamente, y algo temeroso de la entrevista venidera. De vez en cuando recurría a la escena que acababa de terminar, se apoyaba en el recuerdo del silencio que otorga el consentimiento y se regocijaba como un amante feliz. Pero incluso este sentimiento no estaba exento de un matiz de remordimiento. ¿No se había mostrado infantilmente débil al ceder así el propósito de muchas horas de pensamiento ante las lágrimas de una muchacha bonita? ¿Cómo iba a enfrentarse a su abogado? ¿Cómo iba a retractarse de un asunto en el que su nombre ya estaba tan públicamente implicado? ¡Qué, oh, qué le diría a Tom Towers! Mientras meditaba estas cosas penosas, llegó a la verja que conducía a las tierras del arcediano y, por primera vez en su vida, se encontró dentro de los sagrados recintos.

Todos los hijos del doctor estaban juntos en la pendiente del césped, cerca del camino, cuando Bold llegó a la puerta principal. Estaban allí manteniendo un elevado debate sobre asuntos evidentemente de profundo interés en Plumstead Episcopi, y las voces de los niños se habían oído antes de que se cerrara la puerta de la entrada.

Florinda y Grizzel, asustadas ante la vista de un enemigo tan conocido de la familia, huyeron a la primera aparición del jinete y corrieron aterrorizadas a los brazos de su madre; no era para ellas, tiernas ramas, el resentir injurias o, como miembros de una iglesia

militante, el ponerse la armadura contra sus enemigos. Pero los niños se mantuvieron firmes como héroes y exigieron audazmente saber qué asunto traía al intruso.

—¿Desea ver a alguien aquí, señor? —dijo Henry, con mirada desafiante y un tono hostil que decía claramente que, en cualquier caso, nadie allí deseaba ver a la persona a la que se dirigía; y mientras hablaba, blandía en alto su regadera de jardín, sosteniéndola por el caño, listo para descalabrar a cualquiera.

—Henry —dijo Charles James lentamente y con cierta dignidad de dicción—, el señor Bold, por supuesto, no habría venido sin querer ver a alguien; si el señor Bold tiene un motivo apropiado para querer ver a alguna persona aquí, por supuesto tiene derecho a venir.

Pero Samuel se acercó ligeramente a la cabeza del caballo y ofreció sus servicios. —Oh, señor Bold —dijo—, papá, estoy seguro, se alegrará de verle; supongo que quiere ver a papá. ¿Quiere que le sujete el caballo? ¡Oh, qué caballo tan bonito! —y volvió la cabeza y guiñó un ojo con gracia a sus hermanos—. Papá ha oído muy buenas noticias sobre el viejo hospital hoy. ¡Sabemos que se alegrará de oírlas, porque es usted tan amigo del abuelo Harding y está tan enamorado de la tía Nelly!

—¿Cómo estáis, muchachos? —dijo Bold, desmontando—. Quiero ver a vuestro padre, si está en casa.

—¡Muchachos! —dijo Henry, girando sobre sus talones y dirigiéndose a su hermano, pero lo bastante alto como para que Bold lo oyera—. ¡Muchachos, nada menos! Si nosotros somos muchachos, ¿cómo se llama él a sí mismo?

Charles James no se dignó decir nada más, sino que se caló el sombrero con mucha precisión y dejó al visitante al cuidado de su hermano menor.

Samuel se quedó hasta que llegó el criado, charlando y acariciando al caballo; pero tan pronto como Bold desapareció por la puerta principal, metió una vara bajo la cola del animal para que coceara si era posible.

El reformador de la iglesia pronto se encontró *tête-à-tête* con el arcediano en esa misma habitación, en ese *sanctum sanctorum* de la rectoría que ya nos ha sido presentado. Al entrar, oyó el clic de cierta cerradura de patente, pero no le causó sorpresa alguna; el digno clérigo estaba sin duda ocultando a ojos profanos su último y muy estudiado sermón; pues el arcediano, aunque predicaba poco, era famoso por sus sermones. Ninguna habitación, pensó Bold, podía haber sido más apropiada para una dignidad de la iglesia; cada pared estaba cargada de teología; sobre cada estantería estaban impresos en pequeñas letras de oro los nombres de aquellos grandes teólogos cuyas obras estaban alineadas debajo: comenzando por los padres de la Iglesia en el debido orden cronológico, se encontraban los preciosos trabajos de los siervos elegidos de la iglesia hasta el último panfleto escrito en oposición a la consagración del doctor Hampden; y alzándose por encima de esto se veían los bustos de los más grandes entre los grandes: Crisóstomo, san Agustín, Tomás Becket, el cardenal Wolsey, el arzobispo Laud y el doctor Philpotts.

Estaban allí todos los accesorios que podían hacer agradable el estudio y dar descanso al cerebro fatigado: sillas hechas para aliviar cada miembro y músculo; atriles y escritorios adaptados a cada postura; lámparas y velas mecánicamente dispuestas para arrojar su luz sobre cualquier punto favorecido, según deseara el estudiante; una multitud de periódicos para entretener los pocos momentos de ocio que pudieran robarse a las labores del día; y luego, desde la ventana, una vista a través de una frondosa perspectiva a lo largo de la cual corría un ancho camino verde desde la rectoría hasta la iglesia, al final del cual se veía la hermosa y vieja torre de tinte leonado con todos sus pináculos y parapetos abigarrados. Pocas iglesias parroquiales en Inglaterra están en mejor estado de conservación, o merecen tanto estarlo, que la de Plumstead Episcopi; y sin embargo está construida en un estilo defectuoso: el cuerpo de la iglesia es bajo, tan bajo que el tejado de plomo casi plano sería visible desde el camposanto si no fuera por el parapeto tallado con el que está rodeado. Tiene forma de cruz, aunque los

transeptos son irregulares, siendo uno más grande que el otro; y la torre es demasiado alta en proporción a la iglesia. Pero el color del edificio es perfecto; es ese gris amarillento rico que no se encuentra en ningún otro lugar más que en el sur y el oeste de Inglaterra, y que es una característica tan fuerte de la mayoría de nuestras casas antiguas de arquitectura Tudor. El trabajo de piedra también es hermoso; los parteluces de las ventanas y la gruesa tracería de la mano de obra gótica son tan ricos como la fantasía pueda desear; y aunque al contemplar tal estructura uno sabe por regla que los antiguos sacerdotes que la construyeron la construyeron mal, uno no puede resolverse a desear que la hubieran hecho de otra manera a como es.

Cuando Bold fue introducido en la biblioteca, encontró a su dueño de pie, de espaldas a la chimenea vacía, listo para recibirle, y no pudo sino percibir que aquella frente expansiva estaba eufórica por el triunfo, y que aquellos labios carnosos y pesados mostraban con más prominencia de lo habitual una apariencia de éxito arrogante.

—Bien, señor Bold —dijo él—; bien, ¿qué puedo hacer por usted? Muy feliz, puedo asegurarle, de hacer cualquier cosa por un amigo de mi suegro.

—Espero que disculpe mi visita, doctor Grantly.

—Ciertamente, ciertamente —dijo el arcediano—; puedo asegurarle que no es necesaria ninguna disculpa del señor Bold; solo dígame qué puedo hacer por él.

El doctor Grantly estaba de pie y no pidió a Bold que se sentara, por lo que este tuvo que contar su historia de pie, apoyado en la mesa, con el sombrero en la mano. Se las ingenió, sin embargo, para contarla; y como el arcediano nunca le interrumpió ni siquiera le animó con una sola palabra, no tardó mucho en llegar al final.

—Y bien, señor Bold, debo entender, creo, que desea usted abandonar este ataque contra el señor Harding.

—Oh, doctor Grantly, no ha habido ningún ataque, puedo asegurarle...

—Bueno, bueno, no nos pelearémos por las palabras; yo lo llamaría un ataque; la mayoría de los hombres llamaría así al esfuerzo por quitarle a un hombre cada chelín de los ingresos que tiene para vivir; pero no será un ataque, si no le gusta; desea usted abandonar este... este juegucito de chaquete que ha empezado a jugar.

—Tengo la intención de poner fin a los procedimientos legales que he comenzado.

—Comprendo —dijo el arcediano—. Ya ha tenido bastante; bueno, no puedo decir que me sorprenda; llevar adelante un pleito perdido en el que uno no tiene nada que ganar pero sí todo que pagar no es agradable.

Bold se puso muy rojo de cara. —Malinterpreta usted mis motivos —dijo—; pero, sin embargo, eso tiene poca importancia. No he venido a molestarle con mis motivos, sino a comunicarle un hecho. Buenos días, doctor Grantly.

—Un momento, un momento —dijo el otro—. No aprecio exactamente el gusto que le indujo a hacerme ninguna comunicación personal sobre el tema; pero me atrevo a decir que me equivoco, me atrevo a decir que su juicio es el mejor de los dos; pero como me ha hecho el honor... como me ha forzado, por así decirlo, a una cierta cantidad de conversación sobre un tema que mejor habría sido, tal vez, dejar a nuestros abogados, me disculpará si le pido que escuche mi respuesta a su comunicación.

—No tengo ninguna prisa, doctor Grantly.

—Pues yo sí, señor Bold; mi tiempo no es exactamente tiempo de ocio y, por lo tanto, si le place, iremos al grano de inmediato: ¿va usted a abandonar este pleito? —y esperó una respuesta.

—Sí, doctor Grantly, así es.

—Habiendo expuesto a un caballero que fue uno de los amigos más íntimos de su padre a toda la ignominia e insolencia que la prensa pudiera amontonar sobre su nombre, habiendo declarado de

forma algo ostentosa que era su deber como hombre de elevada virtud pública proteger a esos pobres viejos tontos a los que ha embaucado allí en el hospital, ahora descubre usted que el juego cuesta más de lo que vale, y así se decide a acabar con él. Una resolución prudente, señor Bold; pero es una lástima que haya tardado tanto en tomarla. ¿Se le ha ocurrido que quizá nosotros no queramos ahora renunciar? ¿Que podamos encontrar necesario castigar el daño que nos ha hecho? ¿Es usted consciente, señor, de que hemos incurrido en gastos enormes para resistir este intento inicuo suyo?

El rostro de Bold estaba ahora furiosamente rojo y casi aplastó el sombrero entre sus manos; pero no dijo nada.

—Hemos encontrado necesario emplear el mejor asesoramiento que el dinero pudiera procurar. ¿Es usted consciente, señor, de cuál puede ser el coste probable de asegurar los servicios del fiscal general?

—En absoluto, doctor Grantly.

—Me atrevo a decir que no, señor. Cuando puso usted temerariamente este asunto en manos de su amigo el señor Finney, cuyos honorarios de seis chelines y ocho peniques o de trece chelines y cuatro peniques pueden, probablemente, no sumar una gran suma, se mostró usted indiferente ante el coste y el sufrimiento que tal procedimiento pudiera acarrear a otros; ¿pero es usted consciente, señor, de que estos costes aplastantes deben salir ahora de su propio bolsillo?

—Cualquier demanda de tal naturaleza que el abogado del señor Harding tenga que hacer será sin duda dirigida a mi abogado.

—«¡El abogado del señor Harding y mi abogado!» ¿Vino usted aquí simplemente para remitirme a los abogados? ¡Palabra de honor que creo que el honor de su visita podría habérsenos ahorrado! Y ahora, señor, le diré cuál es mi opinión: mi opinión es que no le permitiremos retirar este asunto de los tribunales.

—Puede usted hacer lo que le plazca, doctor Grantly; buenos días.

—Escúcheme hasta el final, señor —dijo el arcediano—; tengo aquí en mis manos la última opinión dada en este asunto por sir Abraham Haphazard. Me atrevo a decir que ya ha oído hablar de esto; me atrevo a decir que ha tenido algo que ver con su visita de hoy.

—No sé nada en absoluto de sir Abraham Haphazard ni de su opinión.

—Sea como fuere, aquí está; declara de la forma más explícita que, bajo ninguna fase del asunto en absoluto, tiene usted donde apoyarse; que el señor Harding está tan seguro en su hospital como lo estoy yo aquí en mi rectoría; que nunca se hizo un intento más fútil de destruir a un hombre que este que ha hecho usted para arruinar al señor Harding. Aquí —y golpeó el papel sobre la mesa— tengo esta opinión del primer abogado del país; ¡y en estas circunstancias espera usted que le haga una profunda reverencia por su amable oferta de liberar al señor Harding de los lazos de su red! Señor, su red no es lo bastante fuerte para sujetarle; señor, su red se ha hecho pedazos, y usted lo sabía bastante bien antes de que yo se lo dijera; y ahora, señor, le desearé los buenos días, porque estoy ocupado.

Bold se asfixiaba ahora de rabia. Había dejado que el arcediano siguiera hablando porque no sabía con qué palabras interrumpirle; pero ahora que había sido tan desafiado e insultado, no podía abandonar la habitación sin alguna respuesta.

—Doctor Grantly —comenzó.

—No tengo nada más que decir ni que oír —dijo el arcediano—. Me haré el honor de pedir su caballo. —Y tocó la campana.

—Vine aquí, doctor Grantly, con los sentimientos más cálidos y amables...

—Oh, por supuesto que lo hizo; nadie lo duda.

—Con los sentimientos más amables; y han sido groseramente ultrajados por su trato.

—Por supuesto que lo han sido; yo no he elegido ver a mi suegro arruinado; ¡qué ultraje ha sido ese para sus sentimientos!

—Llegará el momento, doctor Grantly, en que comprenderá por qué le he visitado hoy.

—Sin duda, sin duda. ¿Está ahí el caballo del señor Bold? Muy bien; abran la puerta principal. Buenos días, señor Bold —y el doctor entró majestuosamente en su propio salón, cerrando la puerta tras de sí y haciendo que fuera totalmente imposible que John Bold dijera una palabra más.

Al montar en su caballo, cosa que se vio obligado a hacer sintiéndose como un perro expulsado de una cocina, fue de nuevo saludado por el pequeño Sammy.

—Adiós, señor Bold; espero que tengamos el placer de volver a verle dentro de poco; estoy seguro de que papá siempre se alegrará de verle.

Aquel fue ciertamente el momento más amargo en la vida de John Bold. Ni siquiera el recuerdo de su amor correspondido podía consolarle; es más, al pensar en Eleanor sintió que era ese mismo amor el que le había llevado a tal trance. ¡Haber sido así insultado y ser incapaz de responder! ¡Haber renunciado a tanto ante la petición de una muchacha y luego ver sus motivos tan malinterpretados! ¡Haber cometido un error tan craso como esta visita suya a casa del arcediano! Mordió el extremo de su fusta hasta penetrar el cuerno del que estaba hecha; golpeó al pobre animal en su ira y luego se enfureció doblemente consigo mismo por su pasión inútil. ¡Había sido tan completamente derrotado, tan palpablemente vencido! ¿Y qué iba a hacer? No podía continuar su acción después de comprometerse a abandonarla; ni había venganza alguna en ello: ¡era el mismo paso al que su enemigo había intentado incitarle!

Lanzó las riendas al criado que acudió a recoger su caballo y subió apresuradamente a su salón, donde su hermana Mary estaba sentada.

—Si hay un demonio —dijo él—, un verdadero demonio aquí en la tierra, ese es el doctor Grantly. —No se dignó darle más información, sino que, agarrando de nuevo su sombrero, salió apresuradamente y partió hacia Londres sin decir una palabra más a nadie.

CAPÍTULO XIII

LA DECISIÓN DEL CUSTODIO

El encuentro entre Eleanor y su padre no fue tan tormentoso como el descrito en el capítulo anterior, pero apenas fue más exitoso. A su regreso de casa de Bold, encontró a su padre en un estado extraño. No estaba triste y silencioso como lo había estado en aquel día memorable en que su yerno le sermoneó sobre todo lo que debía a su orden; ni estaba en su estado de ánimo tranquilo habitual. Cuando Eleanor llegó al hospital, él caminaba de un lado a otro por el césped, y ella pronto vio que estaba muy excitado.

—Me voy a Londres, querida —dijo él tan pronto como la vio.

—¡A Londres, papá!

—Sí, querida, a Londres; haré que este asunto se arregle de alguna manera; hay cosas, Eleanor, que no puedo soportar.

—Oh, papá, ¿qué ocurre? —dijo ella, llevándole del brazo hacia la casa—. Traía muy buenas noticias para ti, y ahora me haces temer que llego demasiado tarde. —Y entonces, antes de que él pudiera comunicarle qué había causado aquel propósito repentino o pudiera

señalar el fatal papel que yacía sobre la mesa, ella le dijo que el pleito había terminado, que Bold le había encargado asegurar a su padre en su nombre que sería abandonado, que no había más motivo para la desdicha, que todo el asunto podía considerarse como si nunca se hubiera discutido. No le dijo con qué vehemencia decidida había obtenido aquella concesión a su favor, ni mencionó el precio que ella debía pagar por ella.

El custodio no se mostró especialmente complacido ante esta noticia y Eleanor, aunque no había trabajado para recibir agradecimientos y no estaba de ningún modo dispuesta a magnificar sus propios buenos oficios, se sintió herida por la manera en que su noticia fue recibida.

—El señor Bold puede actuar como crea oportuno, amor mío — dijo él—; si el señor Bold piensa que se ha equivocado, por supuesto interrumpirá lo que está haciendo; pero eso no puede cambiar mi propósito.

—¡Oh, papá! —exclamó ella, casi llorando de disgusto—. Pensé que te habrías sentido tan feliz; pensé que todo estaría bien ahora.

—El señor Bold —continuó él— ha puesto a gente importante a trabajar; tan importante que dudo que estén ahora bajo su control. Lee eso, querida. —El custodio, doblando un número de *The Jupiter*, señaló el artículo concreto que ella debía leer. Fue hacia el último de los tres editoriales, que generalmente se suministran a diario para el sostén de la nación, hacia donde el señor Harding dirigió su atención. Repartía algunos golpes pesados a varios clérigos delincuentes; a familias que recibían sus decenas de miles anuales por no hacer nada; a hombres que, como decía el artículo, nadaban en una riqueza que ni habían ganado ni heredado, y que era de hecho robada al clero más pobre. Nombraba a algunos hijos de obispos y nietos de arzobispos; hombres grandes en su género, que habían redimido su deshonor a los ojos de muchos por la enormidad de su botín; y luego, habiéndose ocupado de estos leviatanes, descendía hasta el señor Harding.

Aludimos hace algunas semanas a un ejemplo de injusticia similar, aunque a escala más humilde, en el que el custodio o director de un asilo en Barchester ha pasado a poseer los ingresos de la mayor parte de toda la institución. Por qué un asilo ha de tener un custodio es algo que no pretendemos explicar, ni podemos decir qué necesidad especial pueden tener doce ancianos de los servicios de un clérigo aparte, dado que tienen doce asientos reservados para ellos en la Catedral de Barchester. Pero sea como fuere, llámese el caballero custodio o precentor, o como quiera, sea extremadamente escrupuloso en exigir deberes religiosos a sus doce dependientes o extremadamente negligente en lo que respecta a los servicios de la catedral, parece palpablemente claro que no puede tener derecho a ninguna porción de las rentas del hospital excepto aquella que el fundador destinó para él; y es igualmente claro que el fundador no pretendía que las tres quintas partes de su caridad fueran así consumidas.

El caso es ciertamente insignificante después de las decenas de miles de las que nos hemos estado ocupando, pues los ingresos del custodio no son después de todo más que unas pobres ochocientas libras al año: ochocientas libras al año no es un beneficio magnífico por sí mismo, y el custodio puede, por lo que sabemos, valer mucho más para la iglesia; pero si es así, que la iglesia le pague con fondos justamente a su propia disposición.

Aludimos a la cuestión del asilo de Barchester en el presente momento porque entendemos que se ha presentado un alegato que será peculiarmente repugnante para las mentes de los clérigos ingleses. Se ha emprendido una acción contra el señor custodio Harding, en nombre de los asilados, por un caballero que actúa únicamente por motivos públicos, y se va a argumentar que el señor Harding no toma nada más que lo que recibió como sirviente del hospital, y que él mismo no es responsable de la cantidad de estipendio que se le da por su trabajo. Tal alegato sería sin duda justo si alguien cuestionara el jornal diario de un albañil empleado en el edificio, o los honorarios de la mujer de la limpieza que lo asea; pero no podemos envidiar el sentimiento de un clérigo de la

Iglesia de Inglaterra que pudiera permitir que tal argumento fuera puesto en su boca.

Si se presenta este alegato, confiamos en que el señor Harding sea obligado como testigo a declarar la naturaleza de su empleo; la cantidad de trabajo que realiza; los ingresos que recibe; y la fuente de donde obtuvo su nombramiento. No creemos que reciba mucha simpatía pública para compensar la molestia de tal interrogatorio.

Al leer Eleanor el artículo, su rostro se encendió de indignación y, cuando terminó, casi temió levantar la vista hacia su padre.

—Bien, querida —dijo él—, ¿qué piensas de eso? ¿Vale la pena ser custodio a ese precio?

—¡Oh, papá; querido papá!

—El señor Bold no puede borrar eso, querida; el señor Bold no puede decir que eso no deba ser leído por cada clérigo en Oxford; es más, por cada caballero del país —y luego caminó de un lado a otro de la habitación, mientras Eleanor, en mudo desespero, le seguía con la mirada—. Y te diré una cosa, querida —continuó, hablando ahora con mucha calma y de una manera forzada muy impropia de él—, el señor Bold no puede rebatir la verdad de cada palabra de ese artículo que acabas de leer... ni puedo hacerlo yo. —Eleanor le miró fijamente, como si apenas comprendiera las palabras que él decía—. Ni puedo hacerlo yo, Eleanor: eso es lo peor de todo, o lo sería si no hubiera remedio. He pensado mucho en todo esto desde que estuvimos juntos anoche —y vino y se sentó a su lado, y la rodeó con el brazo por la cintura como había hecho entonces—. He pensado mucho en lo que ha dicho el arcediano y en lo que dice este periódico; y realmente creo que no tengo derecho a estar aquí.

—¿Ningún derecho a ser custodio del hospital, papá?

—Ningún derecho a ser custodio con ochocientas libras al año; ningún derecho a ser custodio con una casa como esta; ningún derecho a gastar en lujos dinero que fue destinado a la caridad. El señor Bold puede hacer lo que le plazca con su pleito, pero espero que no lo abandone por mi causa.

¡Pobre Eleanor! Esto fue duro para ella. ¿Fue para esto para lo que había tomado su gran resolución? ¡Para esto para lo que había dejado de lado su comportamiento tranquilo y asumido los desvaríos de una heroína de tragedia! Uno puede trabajar y no por los agradecimientos, pero aun así sentirse herido al no recibirlos; y así fue con Eleanor: uno puede ser desinteresado en sus buenas acciones y, sin embargo, sentirse descontento porque no son reconocidas. La caridad puede darse con la mano izquierda de forma tan privada que la mano derecha no lo sepa y, sin embargo, la mano izquierda puede lamentar sentir que no tiene recompensa inmediata. Eleanor no había deseado cargar a su padre con un peso de obligación y, sin embargo, había esperado con ilusión el gran placer de saber que le había liberado de sus penas: ahora tales esperanzas se habían acabado por completo; todo lo que había hecho no servía de nada; se había humillado ante Bold en vano; el mal estaba totalmente fuera de su poder para curarlo!

Había pensado también cuán suavemente le susurraría a su padre todo lo que su amante le había dicho sobre ella misma, y cuán imposible le había resultado rechazarle: y luego había anticipado el beso bondadoso de su padre y su estrecho abrazo al dar su aprobación a su amor. ¡Ay! No podía decir nada de esto ahora. Al hablar del señor Bold, su padre le dejaba a un lado como a alguien cuyos pensamientos, dichos y actos no podían tener importancia alguna. Querido lector, ¿se ha sentido usted alguna vez ninguneado? ¿Se ha encontrado alguna vez, cuando pensaba mucho en su propia importancia, repentinamente reducido a una nulidad? Tal fue el sentimiento de Eleanor ahora.

—No presentarán este alegato en mi nombre —continuó el custodio—. Sea cual sea la verdad del asunto, eso al menos no es cierto; y el hombre que escribió ese artículo tiene razón al decir que tal alegato es repugnante para una mente honesta. Iré a Londres, querida, y veré a estos abogados yo mismo, y si no se puede hacer una mejor excusa para mí que esa, el hospital y yo nos separaremos.

—¿Pero y el arcediano, papá?

—No puedo evitarlo, querida; hay cosas que un hombre no puede soportar: yo no puedo soportar eso —y puso la mano sobre el periódico.

—¿Pero irá el arcediano contigo?

A decir verdad, el señor Harding había decidido adelantarse al arcediano. Era consciente de que no podía dar ningún paso sin informar a su temido yerno, pero había resuelto que enviaría una nota a Plumstead Episcopi detallando sus planes, pero que el mensajero no saldría de Barchester hasta que él mismo hubiera partido para Londres; de modo que pudiera llevar un día de ventaja al doctor, quien, no tenía duda, le seguiría. En ese día, si tenía suerte, podría arreglarlo todo; podría explicar a sir Abraham que él, como custodio, no querría tener nada más que ver con la defensa que se iba a preparar; podría enviar su renuncia oficial a su amigo el obispo y hacer así pública toda la transacción, de modo que ni siquiera el doctor pudiera deshacer lo que él hubiera hecho. Sabía demasiado bien la fuerza del doctor y su propia debilidad para suponer que podría hacer esto si ambos llegaban juntos a Londres; de hecho, nunca sería capaz de llegar a Londres si el doctor supiera de su viaje con tiempo para impedirlo.

—No, creo que no —dijo—. Creo que partiré antes de que el arcediano pudiera estar listo; saldré mañana temprano por la mañana.

—Eso será lo mejor, papá —dijo Eleanor, demostrando que apreciaba la treta de su padre.

—Por qué sí, amor mío. El caso es que deseo hacer todo esto antes de que el arcediano pueda... pueda interferir. Hay mucha verdad en todo lo que dice; argumenta muy bien y no siempre puedo responderle; pero hay un viejo dicho, Nelly: «¡Cada cual sabe dónde le aprieta el zapato!». Dirá que me falta valor moral, y fuerza de carácter, y poder de resistencia, y todo es verdad; pero estoy seguro de que no debo permanecer aquí si no tengo nada mejor que

presentar que un sofisma: así que, Nelly, tendremos que dejar este bonito lugar.

El rostro de Eleanor se iluminó mientras aseguraba a su padre cuán cordialmente estaba de acuerdo con él.

—Cierto, amor mío —dijo él, ahora de nuevo bastante feliz y tranquilo en su manera—. ¿De qué nos sirve este lugar o todo el dinero si se va a hablar mal de nosotros?

—¡Oh, papá, estoy tan contenta!

—¡Mi querida niña! Me costó un disgusto al principio, Nelly, pensar que perderías tu bonito salón, y tus ponis, y tu jardín: el jardín será lo peor de todo; pero hay un jardín en Crabtree, un jardín muy bonito.

Crabtree Parva era el nombre del pequeño beneficio que el señor Harding había ocupado como canónigo menor, y que todavía le pertenecía. Solo valía unas ochenta libras al año, y una casa pequeña y tierras, todo lo cual estaba ahora entregado al coadjutor del señor Harding; pero era a las tierras de Crabtree a donde el señor Harding pensaba retirarse. Esta parroquia no debe confundirse con aquel otro beneficio, Crabtree Canonorum, como se le llama. Crabtree Canonorum es algo muy bueno; solo hay doscientos feligreses; hay cuatrocientas acres de tierras; y los diezmos grandes y pequeños, que van ambos al rector, valen cuatrocientas libras al año más. Crabtree Canonorum es de libre designación del deán y el cabildo, y en este momento lo posee el Honorable y Reverendo doctor Vesey Stanhope, quien también ocupa el puesto prebendal de Goosegorge en el Cabildo de Barchester, y ostenta la rectoría unida de Eiderdown y Stogpingum, o Stoke Pinguim, como debería escribirse. Este es el mismo doctor Vesey Stanhope cuya hospitalaria villa en el lago de Como es tan conocida para la *élite* de los viajeros ingleses, y cuya colección de mariposas de Lombardía se supone que es única.

—Sí —dijo el custodio, meditando—, hay un jardín muy bonito en Crabtree; pero sentiré molestar al pobre Smith.

Smith era el coadjutor de Crabtree, un caballero que mantenía a una esposa y a media docena de hijos con los ingresos derivados de su profesión.

Eleanor aseguró a su padre que, por lo que a ella respectaba, podía dejar su casa y sus ponis sin un solo pesar. Estaba simplemente tan feliz de que él se fuera... se fuera a donde escaparía de todo este espantoso torbellino.

—Pero nos llevaremos la música, querida.

Y así siguieron planeando su futura felicidad y tramando cómo lo organizarían todo sin la interposición del arcediano, y al fin volvieron a tener confidencias, y entonces el custodio le agradeció lo que había hecho, y Eleanor, reclinada sobre el hombro de su padre, encontró por fin la oportunidad de contar su secreto: y el padre dio su bendición a su hija, y dijo que el hombre al que ella amaba era honesto, bueno y de buen corazón, y de recto pensar en lo fundamental —alguien que solo necesitaba una buena esposa para enderezarle del todo—: «un hombre, amor mío —terminó diciendo—, en quien creo firmemente que puedo confiar mi tesoro con seguridad».

—¿Pero qué dirá el doctor Grantly?

—Bueno, querida, no se puede evitar; ya estaremos fuera, en Crabtree, para entonces.

Y Eleanor subió corriendo a preparar la ropa de su padre para el viaje; y el custodio regresó a su jardín para dar su último adiós a cada árbol, y arbusto, y rincón sombreado que tan bien conocía.

CAPÍTULO XIV

EL MONTE OLIMPO

Desdichado de espíritu, gimiendo bajo el sentimiento del insulto, condenándose a sí mismo y descontento en todos los sentidos, Bold regresó a su alojamiento en Londres. Por mal que le hubiera ido en su entrevista con el arcediano, no por ello dejaba de tener la necesidad de cumplir su promesa a Eleanor; y se entregó a su tarea ingrata con el corazón apesadumbrado.

Los abogados a los que había contratado en Londres recibieron sus instrucciones con sorpresa y evidente recelo; sin embargo, solo pudieron obedecer y mascullar algo de su pesar porque costes tan pesados solo fueran a recaer sobre su propio cliente, especialmente cuando no faltaba nada más que perseverancia para cargarlos a la parte contraria. Bold dejó el despacho que últimamente tanto había frecuentado, sacudiéndose el polvo de los pies; y antes de que bajara las escaleras, ya se había dado el edicto para la preparación de la minuta.

Pensó a continuación en los periódicos. El caso había sido asumido por más de uno; y era muy consciente de que la nota tónica había

sido dada por *The Jupiter*. Había tenido mucha intimidad con Tom Towers y a menudo había discutido con él los asuntos del hospital. Bold no podía decir que los artículos de aquel periódico hubieran sido escritos a instigación suya. Ni siquiera sabía, como un hecho, que hubieran sido escritos por su amigo. Tom Towers nunca había dicho que tal punto de vista del caso, o tal bando en la disputa, fuera a ser tomado por el periódico con el que estaba relacionado. Muy discreto en tales asuntos era Tom Towers, y nada dispuesto a hablar a la ligera de los asuntos de aquella máquina poderosa de la que era su alto privilegio mover en secreto alguna parte. No obstante, Bold creía que a él se debían aquellas palabras terribles que habían causado tal pánico en Barchester, y se consideraba obligado a evitar su repetición. Con este fin se dirigió desde el despacho de los abogados a aquel laboratorio donde, con asombrosa química, Tom Towers componía rayos para la destrucción de todo lo que es malvado y para el fomento de todo lo que es bueno, en este y otros hemisferios.

¿Quién no ha oído hablar del monte Olimpo, aquella morada elevada de todos los poderes de la imprenta, aquel asiento favorecido de la gran diosa Pica, aquella maravillosa habitación de dioses y demonios, desde donde, con incesante zumbido de vapor y flujo inagotable de tinta de Castalia, surgen cincuenta mil edictos nocturnos para el gobierno de una nación sometida?

El terciopelo y los dorados no hacen un trono, ni el oro y las joyas un cetro. Es un trono porque el más exaltado se sienta allí, y un cetro porque el más poderoso lo empuña. Así sucede con el monte Olimpo. Si un extraño se abriera camino hasta allí en el aburrido mediodía, o durante las horas de sueño de la tarde silenciosa, no encontraría ningún templo reconocido de poder y belleza, ninguna fane adecuada para el gran Tronador, ni soberbias fachadas y techos columnados para sostener la dignidad de este más grande de los potentados terrenales. Al ojo exterior y no iniciado, el monte Olimpo es un lugar algo humilde, sin distinción, sin adornos, es más, casi mezquino. Se alza solo, por así decirlo, en una ciudad poderosa, cerca de la multitud más densa de hombres, pero sin participar ni

del ruido ni del gentío; un lugar pequeño, apartado y lúgubre, habitado, diría uno, por gente del todo falta de ambición con las rentas más baratas. «¿Es esto el monte Olimpo?», pregunta el extraño incrédulo. «¿Es de estos edificios pequeños, oscuros y lúgubres de donde proceden esas leyes infalibles que los gabinetes son llamados a obedecer; por las cuales los obispos han de guiarse, los lores y los comunes ser controlados, los jueces instruidos en la ley, los generales en la estrategia, los almirantes en las tácticas navales y las vendedoras de naranjas en la gestión de sus carretillas?». «Sí, amigo mío, de estos muros. De aquí surgen las únicas bulas infalibles conocidas para la guía de las almas y los cuerpos británicos. Este pequeño patio es el Vaticano de Inglaterra. Aquí reina un papa, autonombado, autoconsagrado, sí, y lo que es mucho más extraño, ¡auto-creyente!; un papa a quien, si no puedes obedecerle, te aconsejaría que desobedecieras de la forma más silenciosa posible; un papa que hasta ahora no teme a ningún Lutero; un papa que gestiona su propia inquisición, que castiga a los incrédulos como ningún inquisidor de España más hábil soñó jamás con hacer; uno que puede excomulgar de forma minuciosa, pavorosa, radical; ponerte fuera del ámbito de la caridad de los hombres; hacerte odioso para tus amigos más queridos, ¡y convertirte en un monstruo para ser señalado con el dedo!». ¡Oh cielos! ¡Y esto es el monte Olimpo!

Es un hecho asombroso para los mortales ordinarios que *The Jupiter* nunca se equivoca. Con qué cuidado infinito, con qué trabajo incesante, no nos esforzamos por reunir para nuestro gran consejo nacional a los hombres más aptos para componerlo. ¡Y cómo fracasamos! El Parlamento siempre se equivoca: ¡mira *The Jupiter* y verás cuán fútiles son sus reuniones, qué vana su asamblea, qué innecesario todo su problema! ¡Con qué orgullo contemplamos a nuestros ministros principales, los grandes servidores del Estado, los oligarcas de la nación en cuya sabiduría nos apoyamos, a quienes miramos en busca de guía en nuestras dificultades! ¿Pero qué son ellos comparados con los escritores de *The Jupiter*? Celebran consejos juntos y con pensamiento ansioso elaboran penosamente el

bien de su país; pero cuando todo está hecho, *The Jupiter* declara que todo es nada. ¿Por qué deberíamos mirar a lord John Russell?; ¿por qué deberíamos prestar atención a Palmerston y Gladstone cuando Tom Towers sin esfuerzo alguno puede ponernos en el camino recto? Mira a nuestros generales, qué fallos cometen; a nuestros almirantes, cuán inactivos se muestran. Lo que el dinero, la honestidad y la ciencia pueden hacer, se hace; y sin embargo cuán mal son reunidas nuestras tropas, alimentadas, transportadas, vestidas, armadas y dirigidas. Los más excelentes de nuestros hombres de bien hacen lo que pueden para dotar a nuestros barcos, con la ayuda de todos los accesorios externos posibles; pero en vano. Todo, todo está mal, ¡ay, ay! Tom Towers, y solo él, lo sabe todo al respecto. ¿Por qué, oh por qué, ministros terrenales, por qué no habéis seguido más de cerca a este mensajero enviado por el cielo que está entre nosotros?

¿No sería mejor para nosotros en nuestra ignorancia que confiáramos todas las cosas a *The Jupiter*? ¿No sería sabio por nuestra parte abandonar las charlas inútiles, el pensamiento ocioso y el trabajo infructuoso? ¡Fuera las mayorías en la Cámara de los Comunes, los veredictos de los tribunales dados después de mucho retraso, las leyes dudosas y los intentos falibles de la humanidad! ¿Acaso *The Jupiter*, saliendo a diario con cincuenta mil impresiones llenas de decisión infalible sobre cada tema mortal, no deja todos los asuntos suficientemente zanjados? ¿No está aquí Tom Towers, capaz de guiarnos y dispuesto? Sí, en verdad, capaz y dispuesto a guiar a todos los hombres en todas las cosas, siempre que sea obedecido como un autócrata debe ser obedecido: con sumisión indubitable. Que los ministros ingratos no busquen otros colegas que aquellos que Tom Towers pueda aprobar; que la Iglesia y el Estado, la ley y la medicina, el comercio y la agricultura, las artes de la guerra y las artes de la paz, todos escuchen y obedezcan, y todo se hará perfecto. ¿No tiene Tom Towers un ojo que todo lo ve? Desde las minas de Australia hasta las de California, alrededor de todo el globo habitable, ¿acaso no conoce, vigila y relata los hechos de todo el mundo? Desde un obispado en Nueva Zelanda hasta un

desafortunado director de un paso del Noroeste, ¿acaso no es él el único juez apto de la capacidad? Desde las alcantarillas de Londres hasta el ferrocarril central de la India, desde los palacios de San Petersburgo hasta las cabañas de Connaught, nada puede escapársele. Los británicos no tienen más que leer, obedecer y ser bendecidos. Nadie sino los tontos dudan de la sabiduría de *The Jupiter*; nadie sino los locos disputan sus hechos.

Ninguna religión establecida ha estado nunca sin sus incrédulos, incluso en el país donde está más firmemente arraigada; ningún credo ha estado sin burladores; ninguna iglesia ha prosperado tanto como para liberarse enteramente de la disidencia. ¡Hay quienes dudan de *The Jupiter*! Viven y respiran el aire superior, caminando por aquí ilesos, aunque despreciados; hombres nacidos de madres británicas y amamantados con leche inglesa, ique no tienen reparos en decir que el monte Olimpo tiene su precio, que Tom Towers puede ser comprado con oro!

Tal es el monte Olimpo, el portavoz de toda la sabiduría de este gran país. Probablemente pueda decirse que ningún lugar en este siglo XIX es más digno de atención. Ningún mandato del Tesoro armado con las firmas de todo el Gobierno tiene la mitad del poder de una de esas amplias hojas que vuelan desde aquí tan abundantemente, armadas sin firma alguna. Un gran hombre, un poderoso par —digamos un noble duque— se retira a descansar temido y honrado por todos sus compatriotas, sin miedo él mismo; si no un hombre bueno, al menos un hombre poderoso; demasiado poderoso para que le importe mucho lo que los hombres digan sobre su falta de virtud. Se levanta por la mañana degradado, mezquino y desdichado; un objeto del desprecio de los hombres, ansioso solo por retirarse tan rápido como pueda a alguna oscuridad alemana, alguna privacidad italiana inadvertida, o de hecho, a cualquier lugar fuera de la vista. ¿Qué ha causado este cambio pavoroso? ¿Qué le ha afligido tanto? Ha aparecido un artículo en *The Jupiter*; unas cincuenta líneas de una columna estrecha han destruido toda la ecuanimidad de su excelencia y le han desterrado para siempre del mundo. Nadie sabe quién escribió las palabras amargas; los clubes

hablan confusamente del asunto, susurrándose unos a otros este y aquel nombre; mientras Tom Towers camina tranquilamente por Pall Mall, con su abrigo abotonado contra el viento del este, como si fuera un hombre mortal y no un dios repartiendo rayos desde el monte Olimpo.

No fue al monte Olimpo a donde nuestro amigo Bold se dirigió. Había deambulado antes de ahora alrededor de aquel lugar solitario, pensando cuán grande cosa era escribir artículos para *The Jupiter*; considerando en su interior si por algún esfuerzo de los poderes de su interior podría alguna vez llegar a tal distinción; preguntándose cómo recibiría Tom Towers cualquier pequeña ofrenda humilde de sus talentos; calculando que el propio Tom Towers debía de haber tenido una vez un principio, debía de haber dudado una vez de su propio éxito. Towers no pudo haber nacido escritor de *The Jupiter*. Con tales ideas, medio ambiciosas y medio asustadas, Bold había contemplado el taller de aspecto silencioso de los dioses; pero nunca todavía, por palabra o signo, había intentado influir en la más mínima palabra de su amigo infalible. En tal propósito estaba ahora resuelto; y no sin mucha palpitación interna se dirigió a la morada tranquila de la sabiduría, donde Tom Towers se encontraba por las mañanas inhalando ambrosía y sorbiendo néctar en forma de tostadas y té.

No muy alejada del monte Olimpo, pero algo más cerca de las regiones benditas del Oeste, está la morada más favorecida de Temis. Bañadas por la marea rica que ahora pasa de las torres de César a los salones de elocuencia de Barry; y de nuevo de vuelta, con nuevas ofrendas del tributo de una ciudad, de los palacios de los pares al mercado de los mercaderes, se alzan aquellas paredes tranquilas que la Ley se ha deleitado en honrar con su presencia. ¡Qué mundo dentro de otro mundo es el Temple! ¡Qué tranquilos son sus «paseos enmarañados», como alguien los ha llamado últimamente, y sin embargo cuán cerca de la concurrencia más densa de la humanidad! ¡Qué gravemente respetuosos sus callejones sobrios, aunque separados por un solo paso de la profanidad del Strand y la baja iniquidad de Fleet Street! El viejo

Saint Dunstan, con sus golpeadores de campanas, ha sido retirado; las tiendas antiguas con sus fachadas llenas de historia agradable están pasando una a una; la propia barrera ha de irse —su destino ha sido pronunciado por *The Jupiter*—; el rumor nos habla de algún edificio enorme que va a aparecer en estas latitudes dedicado a la ley, subversivo para los tribunales de Westminster y antagonista de los Rolls y el Lincoln's Inn; pero nada amenaza todavía la belleza silenciosa del Temple: es el patio medieval de la metrópoli.

Aquí, en el punto más selecto de este terreno escogido, se alza una hilera elevada de despachos, mirando oblicuamente al Támesis mancillado; ante las ventanas, el césped de los jardines del Temple se extiende con aquel verdor tenue pero delicioso tan refrescante para los ojos de los londinenses. Si estuvieras condenado a vivir dentro del humo más denso de Londres, dirías seguramente que ese sería tu lugar elegido. Sí, usted, usted a quien ahora me dirijo, mi querido amigo soltero de mediana edad, en ningún lugar puede estar tan bien domiciliado como aquí. Nadie aquí le preguntará si está fuera o en casa; solo o con amigos; aquí ningún sabatario investigará sus domingos, ninguna casera censuradora escrutará su botella vacía, ningún vecino valetudinario se quejará de las horas tardías. Si ama los libros, ¿a qué lugar son los libros tan adecuados? Todo el lugar huele a tipografía. Si desea adorar a la diosa de Pafos, las arboledas de Chipre no son más taciturnas que las del Temple. El ingenio y el vino están siempre aquí, y siempre juntos; las juergas del Temple son como las de la Grecia refinada, donde el más salvaje adorador de Baco nunca olvidó la dignidad del dios al que adoraba. ¿Dónde puede el retiro ser tan completo como aquí? ¿Dónde puede estar tan seguro de todos los placeres de la sociedad?

Era aquí donde vivía Tom Towers, y cultivaba con éxito eminente a la décima Musa que ahora gobierna la prensa periódica. Pero no se suponga que sus despachos fueran tales, o tan faltos de confort, como son frecuentemente las moradas lúgubres de los aspirantes a la abogacía. Cuatro sillas, una estantería de madera de pino a medio llenar con cortinillas de bayeta verde sucia, una vieja mesa de oficina cubierta de papeles polvorientos que no se mueven una vez

en seis meses, y una mesa de juego más vieja con patas desvencijadas, para todos los usos diarios; un hornillo para la preparación de langostas y café, y un aparato para cocinar tostadas y chuletas de cordero; tales utensilios y lujos no bastaban para el bienestar de Tom Towers. Disfrutaba de cuatro habitaciones en el primer piso, cada una de las cuales estaba amueblada, si no con el esplendor, probablemente con más que la comodidad de Stafford House. Cada adición que la ciencia y el arte han hecho últimamente a los lujos de la vida moderna se encontraba allí. La habitación en la que solía sentarse estaba rodeada de estanterías de libros cuidadosamente llenas; ni había allí un volumen que no tuviera derecho a su lugar en tal colección, tanto por su valor intrínseco como por su esplendor exterior: una bonita escalera portátil en un rincón de la habitación mostraba que incluso los de los estantes más altos estaban destinados al uso. La habitación contenía solo dos obras de arte: la una, un admirable busto de sir Robert Peel, por Power, declaraba la política individual de nuestro amigo; y la otra, una figura singularmente larga de una devota femenina, por Millais, decía con igual claridad la escuela de arte a la que era adicto. Este cuadro no estaba colgado, como suelen estar los cuadros, contra la pared; no había ni una pulgada de pared vacante para tal propósito: tenía un soporte o atril erigido para su propia acomodación; y allí en su pedestal, enmarcada y acristalada, permanecía la dama devota mirando intensamente a un lirio como ninguna dama miró nunca antes.

Nuestros artistas modernos, a los que llamamos prerrafaelitas, se han deleitado en volver atrás, no solo al acabado y a la manera peculiar, sino también a los temas de los pintores antiguos. Es imposible darles demasiada alabanza por la perseverancia elaborada con la que han igualado las perfecciones minuciosas de los maestros de los que toman su inspiración: nada probablemente puede exceder la pintura de algunos de estos cuadros de los últimos días. Es, sin embargo, singular en qué fallos caen en lo que respecta a sus temas: no están del todo contentos con tomar los grupos antiguos habituales —un Sebastián con sus flechas, una Lucía con sus ojos en

un plato, un Lorenzo con unas parrillas, o la Virgen con dos niños—. Pero no son de ningún modo felices en su cambio. Como regla, ninguna figura debería ser dibujada en una posición que sea imposible suponer que ninguna figura deba mantener. La resistencia paciente de san Sebastián, el éxtasis salvaje de san Juan en el desierto, el amor maternal de la Virgen, son sentimientos naturalmente retratados por una postura fija; pero la dama con la espalda rígida y el cuello doblado que mira a su flor, y sigue mirando de hora en hora, nos da una idea de dolor sin gracia, y de abstracción sin causa.

Era fácil, desde sus habitaciones, ver que Tom Towers era un sibarita, aunque de ningún modo uno ocioso. Se demoraba sobre su última taza de té, rodeado por un océano de periódicos por el cual había estado nadando, cuando la tarjeta de John Bold fue traída por su joven criado. Este joven criado nunca sabía que su señor estaba en casa, aunque a menudo sabía que no lo estaba, y así Tom Towers nunca era invadido sino por su propio consentimiento. En esta ocasión, tras dar dos vueltas a la tarjeta entre sus dedos, indicó a su duende asistente que era visible; y la puerta interior fue descorrida, y nuestro amigo anunciado.

He dicho antes que el de *The Jupiter* y John Bold eran íntimos. No había una gran diferencia en sus edades, pues Towers estaba todavía considerablemente por debajo de los cuarenta; y cuando Bold había estado asistiendo a los hospitales de Londres, Towers, que no era entonces el gran hombre en el que se había convertido después, había estado mucho con él. Entonces habían discutido a menudo juntos los objetos de su ambición y sus perspectivas futuras; entonces Tom Towers luchaba duramente por mantenerse, como un abogado sin pleitos, mediante la taquigrafía para cualquiera de los periódicos que quisieran contratarle; entonces no se había atrevido a soñar con escribir editoriales para *The Jupiter*, ni con examinar la conducta de los ministros del Gabinete. Las cosas habían alterado desde aquel tiempo: el abogado sin pleitos seguía sin pleitos, pero ahora despreciaba los pleitos: si hubiera podido estar seguro de un puesto de juez, difícilmente habría dejado su

carrera actual. Es cierto que no vestía armiño, ni llevaba marcas exteriores de respeto de un mundo; ipero con qué carga de importancia interna estaba cargado! Es cierto que su nombre no aparecía en grandes mayúsculas; en ninguna pared se leía escrito con tiza «Tom Towers para siempre»; «Libertad de Prensa y Tom Towers»; ¿pero qué miembro del Parlamento tenía la mitad de su poder? Es cierto que en provincias lejanas los hombres no hablaban a diario de Tom Towers, pero leían *The Jupiter* y reconocían que sin *The Jupiter* la vida no valía la pena. Este tipo de gloria oculta pero todavía consciente se adaptaba a la naturaleza del hombre. Le gustaba sentarse en silencio en un rincón de su club y escuchar la charla ruidosa de los políticos, y pensar cómo estaban todos en su poder; cómo podría herir al más ruidoso de ellos, si valiera la pena levantar su pluma para tal propósito. Le gustaba vigilar a los grandes hombres de los que escribía a diario, y lisonjearse de que era más grande que cualquiera de ellos. Cada uno de ellos era responsable ante su país, cada uno de ellos debía responder si se le preguntaba, cada uno de ellos debía soportar el abuso con buen humor y la insolencia sin cólera. ¿Pero ante quién era él, Tom Towers, responsable? Nadie podía insultarle; nadie podía investigar sobre él. Podía pronunciar palabras fulminantes y nadie podía responderle: los ministros le cortejaban, aunque quizá no conocieran su nombre; los obispos le temían; los jueces dudaban de sus propios veredictos a menos que él los confirmara; y los generales, en sus consejos de guerra, no consideraban más profundamente lo que el enemigo haría que lo que *The Jupiter* diría. Tom Towers nunca presumía de *The Jupiter*, apenas nombraba el periódico incluso ante los más íntimos de sus amigos; ni siquiera deseaba que se hablara de él como conectado con él; pero no por ello valoraba menos sus privilegios, ni pensaba menos en su propia importancia. Es probable que Tom Towers se considerara el hombre más poderoso de Europa; y así caminaba de día en día, esforzándose estudiosamente por parecer un hombre, pero sabiendo dentro de su pecho que era un dios.

CAPÍTULO XV

TOM TOWERS, EL DOCTOR ANTICANT Y EL SEÑOR SENTIMENT

—¡Ah, Bold! ¿Cómo estás? ¿No has desayunado?

—Oh, sí, hace horas. ¿Y tú cómo estás?

Cuando un esquimal se encuentra con otro, ¿acaso, como regla invariable, preguntan el uno por la salud del otro? ¿Es inherente a toda la naturaleza humana el hacer esta pregunta obligada? ¿Acaso algún lector de este relato se encontró alguna vez con algún amigo o conocido sin hacer alguna pregunta de ese tipo, y acaso alguien escuchó alguna vez la respuesta? A veces un preguntador estudiosamente cortés mostrará tanto pensamiento en el asunto como para responder él mismo, declarando que si te hubiera mirado no habría necesitado preguntar; pretendiendo con ello significar que eres una personificación absoluta de la salud: pero tales personas son solo aquellas que premeditan pequeños efectos.

—Supongo que estarás ocupado —preguntó Bold.

—Bueno, sí, algo; o debería decir más bien que no. Si tengo una hora de ocio en el día, es esta.

—Quiero preguntarte si puedes hacerme un favor en cierto asunto.

Towers comprendió en un momento, por el tono de voz de su amigo, que el cierto asunto se refería al periódico. Sonrió y asintió con la cabeza, pero no hizo ninguna promesa.

—Conoces este pleito en el que he estado ocupado —dijo Bold.

Tom Towers indicó que estaba al corriente de la acción que estaba pendiente sobre el hospital.

—Bueno, lo he abandonado.

Tom Towers simplemente levantó las cejas, metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y esperó a que su amigo procediera.

—Sí, lo he dejado. No necesito molestarte con toda la historia; pero el hecho es que la conducta del señor Harding... el señor Harding es el...

—Oh, sí, el director del lugar; el hombre que se lleva todo el dinero y no hace nada —dijo Tom Towers, interrumpiéndole.

—Bueno, no sé sobre eso; pero su conducta en el asunto ha sido tan excelente, tan poco egoísta, tan abierta, que no puedo proceder en el asunto en su detrimento. —El corazón de Bold le remordió por Eleanor al decir esto; y sin embargo sintió que lo que decía no era incierto—. Creo que no debería hacerse nada ahora hasta que la custodia quede vacante.

—Y sea de nuevo ocupada —dijo Towers—, como ciertamente lo sería antes de que nadie oyera hablar de la vacante; y la misma objeción existiría de nuevo. Es una vieja historia esa de los derechos adquiridos del titular; pero supón que el titular solo tiene un agravio adquirido, y que los pobres de la ciudad tienen un derecho adquirido, si solo supieran cómo llegar a él: ¿no es algo así el caso aquí?

Bold no pudo negarlo, pero pensó que era uno de esos casos que requerían una gran cantidad de gestión antes de que se pudiera hacer cualquier bien real. Era una lástima que no hubiera considerado esto antes de meterse en la boca del león, en forma de un despacho de abogados.

—Te costará una buena cantidad, me temo —dijo Towers.

—Unos pocos cientos —dijo Bold—, tal vez trescientas libras; no puedo evitarlo y estoy preparado para ello.

—Eso es filosófico. Es bastante refrescante oír a un hombre hablando de sus cientos de una manera tan puramente indiferente. Pero siento que estés abandonando el asunto. Perjudica a un hombre el comenzar una cosa de este tipo y no llevarla hasta el final. ¿Has visto esto? —y lanzó un pequeño panfleto a través de la mesa, que estaba casi húmedo por la prensa.

Bold no lo había visto ni oído hablar de él; pero estaba bien familiarizado con el autor, un caballero cuyos panfletos, condenatorios de todas las cosas en estos días modernos, habían sido muy comentados últimamente.

El doctor Pessimist Anticant era un escocés que había pasado gran parte de sus primeros días en Alemania; había estudiado allí con mucho provecho y había aprendido a mirar con sutileza alemana en la raíz de las cosas, y a examinar por sí mismo su valor intrínseco y su falta de valor. Ningún hombre se resolvió nunca más valientemente que él a no aceptar como bueno nada que fuera malvado; a no desterrar de él como malvado nada que fuera bueno. Es una lástima que no hubiera reconocido el hecho de que en este mundo ningún bien es puro, y que hay poco mal que no tenga en sí alguna semilla de lo que es bueno.

Al regresar de Alemania, había asombrado al público lector por el vigor de sus pensamientos, expuestos en el lenguaje más pintoresco. «No puede escribir en inglés», decían los críticos. «No importa», decía el público; «podemos leer lo que escribe, y eso sin bostezar». Y así el doctor Pessimist Anticant se hizo popular. La

popularidad le echó a perder para todo uso real posterior, como ha hecho con muchos otros. Mientras, con cierta timidez, limitó sus objeciones a las locuras o deficiencias ocasionales de la humanidad; mientras ridiculizó la energía del hidalgo dedicado a la matanza de perdices, o el error de algún noble patrón que convirtió a un poeta en un aforador de barriles de cerveza, todo estuvo bien; nos alegraba que se nos dijeran nuestras faltas y mirar hacia adelante al milenio venidero, cuando todos los hombres, habiendo estudiado suficientemente las obras del doctor Anticant, se harían veraces y enérgicos. Pero el doctor se equivocó con los signos de los tiempos y las mentes de los hombres, se instituyó a sí mismo en censor de las cosas en general, y comenzó la gran tarea de reprobar todo y a todos, sin más promesa de ningún milenio en absoluto. Esto no fue tan bien; y, a decir verdad, nuestro autor no tuvo éxito en su empresa. Sus teorías eran todas hermosas, y el código de moral que nos enseñaba ciertamente una mejora en las prácticas de la época. Todos nosotros podíamos, y muchos lo hicimos, aprender mucho del doctor mientras él decidió permanecer vago, misterioso y nublado: pero cuando se hizo práctico, el encanto se fue.

Su alusión al poeta y a las perdices fue recibida muy bien. «¡Oh, mi pobre hermano!», decía, «¡perdices sacrificadas a veintenas por cada escopeta, y poetas aforando barriles de cerveza, con sesenta libras al año, en Dumfries, no son los signos de una gran era!; tal vez de la era más pequeña posible de la que se haya escrito todavía. Cualesquiera que sean las economías que persigamos, políticas u otras, veamos de inmediato que esta es la más loca de las antieconómicas: ¡perdices matadas por nuestros magnates de la tierra a, digamos, una guinea por cabeza, para ser vendidas en Leadenhall a un chelín y nueve peniques, con un furtivo en el calabozo por cada cincuenta aves!; nuestro poeta, hacedor, creador, aforando cerveza, y eso mal, sin ocio para hacer o crear, solo un poco de ocio para beber, y tales ocupaciones de barril de cerveza! ¡Verdaderamente, un corte de troncos con navajas finas mientras nos afeitamos la barbilla tan incómodamente con cuchillos oxidados! Oh, mi economista político, maestro de la oferta y la demanda,

división del trabajo y alta presión... oh, mi amigo de voz alta, dime, si tanto hay en ti, ¿cuál es la demanda de poetas en estos reinos de la reina Victoria, y cuál la oferta otorgada?».

Esto estaba muy bien: esto nos daba alguna esperanza. Podríamos hacerlo mejor con nuestro próximo poeta, cuando tuviéramos uno; y aunque las perdices no fueran abandonadas, algo podría tal vez hacerse en cuanto a los furtivos. No estábamos dispuestos, sin embargo, a tomar lecciones de política de un profesor tan brumoso; y cuando vino a decirnos que los héroes de Westminster eran nada, empezamos a pensar que ya había escrito bastante. Su ataque a los maletines de despacho no se pensó que tuviera mucho de interés; pero como es corto, al doctor se le permitirá de nuevo hablar de sus sentimientos.

¿Acaso la máxima ingenuidad en la gestión de la burocracia puede servir de algo a hombres que yacen jadeantes... podemos decir, casi muertos?; ¿acaso los maletines de despacho con tanto forro de terciopelo y la patente de Chubb pueden ser de consuelo para un pueblo *in extremis*? Yo también, con tantos otros, con lengua seca, invocaré el nombre de lord John Russell; o, hermano mío, siguiendo tu consejo, el de lord Aberdeen; o, primo mío, el de lord Derby, siguiendo el tuyo; siendo, con mi lengua seca, indiferente a tales asuntos. Todo es lo mismo. ¡Oh, Derby! ¡Oh, Gladstone! ¡Oh, Palmerston! ¡Oh, lord John! Cada uno viene corriendo con cara serena y maletín de despacho. ¡Médicos vanos! ¡Aunque hubiera huestes de tales, ningún maletín de despacho curará este trastorno! ¿Qué? ¿Hay otros nombres nuevos de doctores, discípulos que no han cargado sus almas con burocracia? Bueno, llamemos de nuevo. ¡Oh, Disraeli, gran opositor, hombre de ceño amargo!; u, ¡oh, Molesworth, gran reformador, tú que prometes la Utopía! Vienen; cada uno con esa cara serena, y cada uno... ¡ay de mí! ¡ay de mi país!... ¡cada uno con un maletín de despacho!

¡Oh, la serenidad de Downing Street!

Mis hermanos, cuando la esperanza había terminado en el campo de batalla, cuando no quedaba ni la más mínima oportunidad de

victoria, el antiguo romano podía ocultar su cara dentro de su toga y morir con gracia. ¿Podemos usted y yo hacerlo ahora? Si es así, sería lo mejor para nosotros; si no, oh mis hermanos, debemos morir con deshonor, pues esperanza de vida y victoria no veo ninguna que nos quede en este mundo de abajo. ¡Yo por mi parte no puedo confiar mucho en la cara serena y el maletín de despacho!

Podría haber verdad en esto, podría haber profundidad de razonamiento; pero los ingleses no vieron suficiente en el argumento como para inducirlos a retirar su confianza de los actuales arreglos del Gobierno, y el panfleto mensual del doctor Anticant sobre la decadencia del mundo no recibió tanta atención como sus obras anteriores. No se limitó a la política en estas publicaciones, sino que vagó a sus anchas sobre todos los asuntos de interés público, y encontró todo malo. Según él nadie era veraz, y no solo nadie, sino nada; un hombre no podía quitarse el sombrero ante una dama sin contar una mentira; la dama mentiría de nuevo al sonreír. Los volantes de la camisa del caballero estarían preñados de engaño, y los de la dama llenos de falsedad. ¿Hubo alguna vez algo más severo que aquel ataque suyo sobre los sombreros de paja, o los anatemas con los que intentó quitar el polvo de las pelucas de los obispos?

El panfleto que Tom Towers empujó ahora a través de la mesa se titulaba «Caridad moderna», y estaba escrito con la vista puesta en demostrar cuánto en el camino de la caridad hacían nuestros predecesores... qué poco hacía la época presente; y terminaba con una comparación entre los tiempos antiguos y los modernos, muy poco en crédito de estos últimos.

—Mira esto —dijo Towers, levantándose y volviendo las páginas del panfleto, y señalando un pasaje cerca del final—. A tu amigo el custodio, que es tan poco egoísta, no le gustará eso, me temo.

Bold leyó lo siguiente:

¡Cielos, qué espectáculo! Veamos con los ojos bien abiertos al hombre piadoso de hace cuatro siglos, al hombre de los siglos

oscuros; veamos cómo hace su obra divina y, de nuevo, cómo hace la suya el hombre piadoso de estos últimos días.

¿Diremos que el primero es alguien que camina penosamente a través del mundo, atendiendo, como hombre prudente, a su trabajo mundano, prosperando en él como un hombre diligente prosperará, pero siempre con un ojo puesto en aquel tesoro mejor donde los ladrones no se cuelan? ¿No hay mucha nobleza en ese anciano que, apoyado en su bastón de roble, camina por la calle Mayor de su ciudad natal y recibe de todos un saludo cortés y el reconocimiento de su valía? Un noble anciano, mis augustos habitantes de Belgrave Square y vecindarios similares... un anciano muy noble, aunque no estuviera empleado en nada mejor que en el cardado de lana al por mayor.

Este cardado de lana, sin embargo, reportaba en aquellos días mucho beneficio, de modo que nuestro antiguo amigo, al morir, fue declarado, en cualquier jerga que entonces prevaleciera, como alguien que había dejado una gran herencia. Para los hijos e hijas hubo sustento amplio con la debida industria; para los amigos y parientes algún alivio para la pena por esta gran pérdida; para los dependientes ancianos consuelo en los años de declive. Esto fue mucho para un solo anciano en aquel oscuro siglo XV. Pero esto no fue todo: las generaciones venideras de pobres cardadores de lana bendecirían el nombre de este rico; y un hospital sería fundado y dotado con su riqueza para la alimentación de aquellos del oficio que ya no pudieran, por el diligente cardado, alimentarse debidamente a sí mismos.

Fue así como un anciano en el siglo XV hizo su obra divina lo mejor que pudo, y no innoblemente, según me parece.

Tomaremos ahora a nuestro hombre piadoso de los últimos días. Ya no será un cardador de lana, pues tales ya no son hombres de nota. Supondremos que es uno de los mejores entre los buenos, alguien a quien no le han faltado oportunidades. Nuestro antiguo amigo era, después de todo, un iletrado; nuestro amigo moderno

será un hombre educado en todo conocimiento decoroso; será, en resumen, ese ser bendito: ¡un clérigo de la Iglesia de Inglaterra!

¿Y ahora, de qué manera más perfecta consigue que se haga su obra divina y se entregue en este mundo de abajo? ¡Cielos! De la manera más extraña. ¡Oh, hermano mío! De una manera que no se puede creer en absoluto, sino por el testimonio más minucioso de la vista. Lo hace por la magnitud de su apetito... por el poder de su garganta; su única ocupación es tragarse el pan preparado con tanto cuidado ansioso para estos empobrecidos cardadores de lana... eso, y cantar con indiferencia a través de su nariz una vez a la semana algún salmo más o menos largo... cuanto más corto mejor, estaríamos inclinados a decir.

¡Oh, mis civilizados amigos!... grandes británicos que nunca serán esclavos, hombres avanzados a un estado infinito de libertad y conocimiento del bien y del mal... decidme, ¿qué monumento decoroso erigiréis a un clérigo de la Iglesia de Inglaterra altamente educado?

Bold ciertamente pensó que a su amigo no le gustaría aquello: no podía concebir nada que le gustara menos que esto. ¡A qué mundo de afán y problemas había dado lugar él, Bold, por su indiscreto ataque al hospital!

—Ya ves —dijo Towers— que este asunto ha sido muy comentado, y el público está contigo. Siento que abandones el asunto. ¿Has visto el primer número de «El Asilo»?

No; Bold no había visto «El Asilo». Había visto anuncios de la nueva novela del señor Popular Sentiment con ese nombre, pero no la había relacionado de ninguna manera con el Hospital de Barchester, y nunca había pensado ni un momento en el tema.

—Es un ataque directo a todo el sistema —dijo Towers—. Servirá de mucho para acabar con Rochester, y Barchester, y Dulwich, y Santa Cruz, y todos esos semilleros de peculado. Está muy claro que Sentiment ha estado en Barchester y ha preparado toda la historia

allí; de hecho, pensé que debía haberlo sacado todo de ti; está muy bien hecho, como verás: sus primeros números siempre lo están.

Bold declaró que el señor Sentiment no había sacado nada de él, y que estaba profundamente afligido al descubrir que el caso se había vuelto tan notorio.

—El fuego ha ido demasiado lejos para ser apagado —dijo Towers—; el edificio debe caer ahora; y como las vigas están todas podridas, bueno, me inclinaría a decir que cuanto antes mejor. Esperaba verte obtener algún *éclat* en el asunto.

Esto fue todo hiel para Bold. Había hecho lo suficiente para hacer a su amigo el custodio desdichado de por vida, y luego se había retirado justo cuando el éxito de su proyecto era suficiente para hacer de la cuestión una de interés real. ¡Qué débilmente había gestionado su negocio! Ya había hecho el daño, y se detuvo justo cuando el bien que tenía en vista iba a ser comenzado. ¡Cuán encantador habría sido haber empleado toda su energía en tal causa... haber sido respaldado por *The Jupiter* y haber tenido el apoyo literario de dos de los autores más populares del día! La idea abría una vista al mismísimo mundo en el que él deseaba vivir. ¿A qué no podría haber dado lugar? ¿Qué amistades encantadoras, qué elogios públicos, qué banquetes atenienses y rico sabor de sal ática?

Esto, sin embargo, estaba ahora más allá de toda esperanza. Se había comprometido a abandonar la causa; y aunque hubiera podido olvidar el compromiso, ya era demasiado tarde para retroceder. Estaba ahora, en este momento, sentado en la habitación de Tom Towers con el objeto de desaconsejar cualquier otro artículo en *The Jupiter*, y, por mucho que le disgustara la tarea, su petición a tal efecto debía ser hecha.

—No podía continuarlo —dijo él— porque descubrí que estaba equivocado.

Tom Towers se encogió de hombros. ¡Cómo podía un hombre con éxito estar equivocado! —En ese caso —dijo él—, por supuesto debes abandonarlo.

—Y he venido esta mañana a pedirte que también tú lo abandones —dijo Bold.

—A pedirme a mí —dijo Tom Towers, con la más plácida de las sonrisas, y una mirada consumada de sorpresa gentil, como si Tom Towers fuera muy consciente de que él de todos los hombres era el último en entrometerse en tales asuntos.

—Sí —dijo Bold, casi temblando de vacilación—. *The Jupiter*, ya sabes, ha tomado el asunto muy fuertemente. El señor Harding ha sentido profundamente lo que se ha dicho; y pensé que si podía explicarte que él personalmente no ha tenido la culpa, estos artículos podrían ser interrumpidos.

¡Cuán calmadamente impasible era la cara de Tom Towers mientras se hacía esta pequeña proposición! Si Bold se hubiera dirigido a los postes de la puerta en el monte Olimpo, habrían mostrado el mismo signo externo de asentimiento o disentimiento. Su quietud era bastante admirable; su discreción ciertamente más que humana.

—Mi querido amigo —dijo él, cuando Bold hubo terminado de hablar—, realmente no puedo responder por *The Jupiter*.

—Pero si vieras que estos artículos son injustos, creo que intentarías ponerles fin. Por supuesto nadie duda que podrías, si quisieras.

—Nadie y todo el mundo son siempre muy amables, pero desafortunadamente están generalmente muy equivocados.

—Vamos, vamos, Towers —dijo Bold, armándose de valor, y recordando que por el bien de Eleanor estaba obligado a hacer su mejor esfuerzo—; no tengo ninguna duda en mi propia mente de que tú mismo escribiste los artículos, y muy bien escritos estuvieron: será un gran favor si en el futuro te abstienes de cualquier alusión personal al pobre Harding.

—Mi querido Bold —dijo Tom Towers—, tengo un aprecio sincero por ti. Te conozco desde hace muchos años y valoro tu amistad;

espero que me permitas explicarte, sin ofensa, que nadie que esté conectado con la prensa pública puede con propiedad escuchar interferencias.

—¡Interferencia! —dijo Bold—, yo no quiero interferir.

—Ah, pero, mi querido amigo, lo haces; ¿qué otra cosa es? Crees que soy capaz de mantener ciertos comentarios fuera de un periódico. Tu información es probablemente incorrecta, como lo es la mayoría de los chismes públicos sobre tales temas; pero, en cualquier caso, crees que tengo tal poder, y me pides que lo use: bien, eso es interferencia.

—Bueno, si eliges llamarlo así.

—Y ahora supón por un momento que yo tuviera este poder, y lo usara como desearas: ¿no está claro que sería un gran abuso? Ciertos hombres están empleados en escribir para la prensa pública; y si son inducidos o bien a escribir o a abstenerse de escribir por motivos privados, seguramente la prensa pública pronto sería de poco valor. Mira la valía reconocida de diferentes periódicos, y verás si no depende principalmente de la seguridad que el público siente de que tal periódico es, o no es, independiente. Aludiste a *The Jupiter*: seguramente no puedes sino ver que el peso de *The Jupiter* es demasiado grande para ser movido por cualquier petición privada, incluso aunque se hiciera a una persona mucho más influyente que yo: no tienes más que pensar en esto, y verás que tengo razón.

La discreción de Tom Towers era infinita: no había forma de contradecir lo que decía, ni de argumentar contra tales proposiciones. Tomó un terreno tan elevado que no había forma de subir a él. «El público es defraudado», decía él, «siempre que se permite que las consideraciones privadas tengan peso». Muy cierto, tú, el más grande oráculo de mediados del siglo XIX, tú, sentencioso proclamador de la pureza de la prensa; el público es defraudado cuando se le engaña a propósito. ¡Pobre público! ¡Cuántas veces es engañado! ¡Contra qué mundo de fraude tiene que luchar!

Bold se despidió, y salió de la habitación tan rápido como pudo, denunciando interiormente a su amigo Tom Towers como un pedante y un impostor. «Sé que escribió esos artículos», se decía Bold a sí mismo. «Sé que obtuvo su información de mí. Estaba bastante dispuesto a tomar mi palabra por ley divina cuando se adaptaba a sus propios puntos de vista, y a presentar al señor Harding ante el público como un impostor basándose solo en mi conversación casual; ¡pero cuando le ofrezco evidencia real opuesta a sus propios puntos de vista, me dice que los motivos privados son perjudiciales para la justicia pública! ¡Al cuerno con su arrogancia! ¿Qué es cualquier cuestión pública sino una conglomeración de intereses privados? ¿Qué es cualquier artículo de periódico sino una expresión de los puntos de vista tomados por un bando? ¡La verdad! ¡Hace falta una era para averiguar la verdad de cualquier cuestión! ¡La idea de Tom Towers hablando de motivos públicos y de pureza de propósito! Vaya, no le daría ni un momento de inquietud cambiar su política mañana, si el periódico lo requiriera».

Tales eran las exclamaciones internas de John Bold mientras se abría paso fuera del laberinto tranquilo del Temple; y sin embargo no había posición de poder mundano tan codiciada en la ambición de Bold como la que ostentaba el hombre en el que estaba pensando. Era la inexpugnabilidad del lugar lo que hacía que Bold estuviera tan enfadado con el poseedor de él, y era la misma cualidad la que lo hacía parecer tan deseable.

Pasando al Strand, vio en el escaparate de una librería el anuncio del primer número de «El Asilo»; así que compró un ejemplar y, apresurándose de vuelta a su alojamiento, procedió a averiguar qué tenía que decir el señor Popular Sentiment al público sobre el tema que últimamente había ocupado tanto de su propia atención.

En tiempos antiguos se lograban grandes objetivos mediante un gran trabajo. Cuando los males debían ser reformados, los reformadores emprendían su pesada tarea con decoro grave y argumento laborioso. Se ocupaba una era en probar un agravio, y se imprimían investigaciones filosóficas en páginas de folio que llevaba

una vida escribir y una eternidad leer. Avanzamos ahora con un paso más ligero, y más rápido: se descubre que el ridículo es más convincente que el argumento, las agonías imaginarias conmueven más que las penas verdaderas, y las novelas mensuales convencen allí donde los doctos cuartos fallan al hacerlo. Si el mundo ha de ser enderezado, el trabajo se hará mediante entregas de a chelín.

De todos tales reformadores, el señor Sentiment es el más poderoso. Es increíble el número de prácticas malvadas que ha eliminado: es de temer que pronto le falten temas, y que cuando haya hecho que las clases trabajadoras se sientan cómodas, y haya conseguido que la cerveza amarga se ponga en botellas de pinta de tamaño adecuado, ya no le quede nada más por hacer. El señor Sentiment es ciertamente un hombre muy poderoso, y quizá no menos por el hecho de que su gente pobre buena es tan muy buena; su gente rica dura tan muy dura; y los genuinamente honestos tan muy honestos. La cursilería en estos días no se desperdicia si se introduce en los lugares adecuados. Las pareas divinas ya no interesan, aunque posean cada virtud; pero un campesino modelo o un héroe manufacturero immaculado puede hablar tanta tontería como una de las heroínas de la señora Radcliffe, y aun así ser escuchado. Quizá, sin embargo, la gran atracción del señor Sentiment esté en sus personajes de segundo orden. Si sus héroes y heroínas caminan sobre zancos, como los héroes y heroínas temo que siempre deben hacerlo, sus satélites acompañantes son tan naturales como si uno se los encontrara en la calle: caminan y hablan como hombres y mujeres, y viven entre nuestros amigos una vida ruidosa y animada; sí, viven, y vivirán hasta que los nombres de su oficio sean olvidados en los suyos propios, y Buckett y la señora Gamp sean las únicas palabras que nos queden para significar un oficial de la policía de investigación o una enfermera de partos.

«El Asilo» se abría con una escena en la casa de un clérigo. Cada lujo que podía ser comprado con riqueza era descrito como estando allí: todas las apariencias de indulgencia doméstica que generalmente se encuentran entre los más autoindulgentes de los

ricos estaban amontonadas en esta morada. Aquí se introducía al lector al demonio del libro, el Mefistófeles del drama. ¿Qué historia se escribió alguna vez sin un demonio? ¿Qué novela, qué historia, qué obra de cualquier tipo, qué mundo, sería perfecto sin principios existentes tanto del bien como del mal? El demonio de «El Asilo» era el dueño clerical de esta morada confortable. Era un hombre bien entrado en años, pero todavía fuerte para hacer el mal: era alguien que miraba con crueldad con un ojo caliente, apasionado y enrojecido; que tenía una enorme nariz roja con un carbunclo, labios gruesos y una gran barbilla doble y fofa que se hinchaba en sustancia sólida, como la cresta de un pavo, cuando la ira repentina le inspiraba: tenía una frente caliente, surcada y baja, de la cual unos pocos pelos entrecanos no habían sido todavía frotados por la fricción de su pañuelo: vestía un pañuelo blanco suelto y sin almidonar, ropas negras sueltas y mal hechas, y enormes zapatos sueltos, adaptados a muchos callos y varios juanetes: su voz ronca contaba historias de mucho vino de Oporto diario, y su lenguaje no era tan decoroso como correspondía a un clérigo. Tal era el director del «Asilo» del señor Sentiment. Era viudo, pero en ese momento estaba acompañado por dos hijas y un coadjutor delgado y algo insípido. Una de las jóvenes estaba dedicada a su padre y al mundo de la moda, y ella por supuesto era la favorita; la otra era igualmente adicta al puseyismo y al coadjutor.

El segundo capítulo, por supuesto, presentaba al lector a los internos más especiales del hospital. Aquí se descubrían ocho ancianos; y se daba a entender que cuatro vacantes permanecían sin llenar por la maldad perversa del caballero clerical de la doble barbilla. El estado de estos ocho indigentes era conmovedoramente pavoroso: seis peniques y un cuarto al día habían sido suficientes para su dieta cuando el asilo fue fundado; y a seis peniques y un cuarto al día estaban todavía condenados a morir de hambre, aunque la comida era cuatro veces más cara y el dinero cuatro veces más abundante. Era estremecedor descubrir cómo la conversación de estos ocho ancianos muertos de hambre en su dormitorio avergonzaba a la de la familia del clérigo en su rico salón. Las

palabras absolutas que pronunciaban no estaban quizá dichas en el inglés más puro, y podría ser difícil distinguir por su dialecto a qué parte del país pertenecían; la belleza del sentimiento, sin embargo, compensaba ampliamente la imperfección del lenguaje; y era realmente una lástima que estos ocho ancianos no pudieran ser enviados por todo el país como misioneros morales, en lugar de estar reclusos y muriéndose de hambre en aquel miserable asilo.

Bold terminó el número; y al dejarlo a un lado, pensó que aquello al menos no tenía aplicación directa al señor Harding, y que el colorido absurdamente fuerte del cuadro inhabilitaría la obra para hacer tanto el bien como el mal. Se equivocaba. El artista que pinta para el millón debe usar colores llamativos, como nadie sabía mejor que el señor Sentiment cuando describió a los habitantes de su asilo; y la reforma radical que ahora ha barrido tales establecimientos ha debido más a los veinte números de la novela del señor Sentiment que a todas las quejas verdaderas que han escapado del público durante el último medio siglo.

CAPÍTULO XVI

UN LARGO DÍA EN LONDRES

El custodio tuvo que hacer uso de todos sus muy moderados poderes de intriga para dar esquinazo a su yerno y salir de Barchester sin ser detenido en el camino. Ningún colegial huyó jamás de la escuela con más precaución y más temor a ser descubierto; ningún convicto, deslizándose por el muro de una prisión, temió ver al carcelero con más intensidad de la que el señor Harding temió ver a su yerno mientras se dirigía en el coche de ponis hacia la estación de ferrocarril, la mañana de su huida a Londres.

La noche antes de partir escribió una nota al arcediano, explicándole que al día siguiente emprendería un viaje; que era su intención ver al fiscal general si era posible, y decidir sus planes futuros de acuerdo con lo que oyera de aquel caballero; se disculpaba por no haber dado al doctor Grantly un aviso más temprano alegando que su resolución había sido muy repentina; y habiendo confiado esta nota a Eleanor, con el perfecto aunque no

expresado entendimiento de que debía enviarse a Plumstead Episcopi sin prisas, emprendió la partida.

También preparó y llevó consigo una nota para sir Abraham Haphazard, en la que exponía su nombre, explicando que era el demandado en el caso de «La Reina en nombre de los Cardadores de Lana de Barchester contra los Síndicos del testamento del difunto John Hiram» —pues así se denominaba el pleito—, y rogaba al ilustre y docto caballero que le concediera diez minutos de audiencia a cualquier hora del día siguiente. El señor Harding calculaba que por ese día estaba a salvo; su yerno, no le cabía duda, llegaría a la ciudad en un tren temprano, pero no lo suficiente para alcanzar al prófugo antes de que este hubiera escapado de su hotel después del desayuno; y si lograba ver al abogado ese mismo día, el hecho podría estar consumado antes de que el arcediano pudiera interferir.

A su llegada a la ciudad, el custodio se dirigió, como era su costumbre, al Chapter Hotel and Coffee House, cerca de San Pablo. Sus visitas a Londres últimamente no habían sido frecuentes; pero en aquellos días felices en que la «Música eclesiástica de Harding» estaba en prensa, había estado allí a menudo; y como la editorial estaba en Paternoster Row y la imprenta en Fleet Street, el Chapter Hotel resultaba conveniente. Era una casa tranquila, sombría y clerical, adecuada para un hombre como el custodio, y por ello siguió frecuentándola después. De haberlo osado, en esta ocasión habría ido a otra parte para despistar más al arcediano; pero no sabía qué medidas violentas podría tomar su yerno para recuperarlo si no se le encontraba en su refugio habitual, y no consideró prudente convertirse en objeto de una cacería por todo Londres.

Llegado a su posada, encargó la cena y salió hacia el despacho del fiscal general. Allí supo que sir Abraham estaba en el tribunal y que probablemente no regresaría aquel día. Iría directamente del tribunal a la Cámara; todas las citas se hacían, por norma, en el despacho; el pasante no podía de ninguna manera prometer una entrevista para el día siguiente; por el contrario, dijo que tal entrevista era, a su juicio, imposible; pero que sir Abraham estaría ciertamente en la

Cámara durante la noche, donde tal vez se le pudiera extraer una respuesta.

A la Cámara fue el señor Harding y dejó su nota, al no encontrar allí a sir Abraham. Añadió una súplica de lo más lastimera pidiendo que se le favoreciera con una respuesta esa misma noche, por la cual regresaría. Luego volvió tristemente al Chapter Coffee House, digiriendo sus grandes pensamientos, como mejor podía, en un estruendoso ómnibus, encajonado entre una anciana empapada por la lluvia y un oficial vidriero que regresaba de su trabajo con las herramientas en el regazo. En melancólica soledad dio cuenta de su chuleta de cordero y su pinta de oporto. ¿Qué hay en este mundo más melancólico que una cena así? Una cena, aunque se coma a solas, en un hotel de provincias puede ser digna de cierta energía; el camarero, si es usted conocido, se desvivirá por usted; el dueño le hará una reverencia y tal vez le sirva el pescado él mismo; si llama, le atienden, y hay algo de vida en ello. Una cena en una casa de comidas londinense también es bastante animada, aunque no tenga otro atractivo. Hay mucho ruido y agitación, y el rápido torbellino de voces y el traqueteo de los platos dispersan la tristeza. Pero una cena solitaria en una posada londinense vieja, respetable, sombría y sólida, donde nada hace ruido excepto los zapatos chirriantes del viejo camarero; donde un plato se va lentamente y otro viene lentamente sin un sonido; donde los dos o tres clientes preferirían derribarse unos a otros antes que hablar; donde los criados susurran y toda la casa se altera si se da una orden por encima del tono de voz... ¿qué puede haber más melancólico que una chuleta de cordero y una pinta de oporto en un lugar así?

Tras pasar por este trance, el señor Harding subió a otro ómnibus y regresó a la Cámara. Sí, sir Abraham estaba allí, y se encontraba en ese momento de pie, luchando con ardor por la cláusula ciento siete de la Ley de Custodia de Conventos. Se le había entregado la nota del señor Harding; y si el señor Harding quería esperar unas dos o tres horas, se le podría preguntar a sir Abraham si había alguna respuesta. La Cámara no estaba llena y tal vez el señor

Harding pudiera obtener entrada en la Galería de Forasteros, acceso que, con la ayuda de cinco chelines, el señor Harding logró efectuar.

Este proyecto de ley de sir Abraham había sido leído por segunda vez y pasado a comisión. Ya se habían discutido ciento seis cláusulas, que habían ocupado solo cuatro mañanas y cinco sesiones nocturnas; nueve de las ciento seis cláusulas habían sido aprobadas, cincuenta y cinco retiradas por consentimiento, catorce habían sido alteradas hasta significar lo contrario de la propuesta original, once habían sido pospuestas para posterior consideración y diecisiete habían sido rechazadas directamente. La ciento siete ordenaba el registro corporal de las monjas en busca de símbolos jesuíticos por parte de clérigos ancianos, y se consideraba el verdadero pilar de todo el proyecto. Nunca había existido la intención de aprobar una ley como la propuesta, pero el Gobierno no pensaba abandonarla hasta que su objetivo se cumpliera plenamente con la discusión de esta cláusula. Se sabía que los miembros irlandeses protestantes insistirían en ella con terrible vehemencia, y que los católicos la denunciarían con igual fuerza; y se consideraba, con razón, que no sería posible ninguna unión posterior entre los partidos tras semejante batalla. Los inocentes irlandeses cayeron en la trampa como siempre hacen, y el whisky y las popelinas se convirtieron en un excedente sin valor en el mercado.

Un caballero de cara rubicunda y buena cabellera, del sur de Irlanda, había logrado captar la atención del presidente para cuando el señor Harding llegó a la galería, y estaba denunciando el sacrilegio propuesto, con todo el rostro encendido por un fino frenesí teatral.

—¿Y este es un país cristiano? —decía él. (Fuertes vítores; vítores de réplica desde los bancos ministeriales. «Hay dudas sobre eso», dijo una voz desde los bancos de abajo). —No, no puede ser un país cristiano aquel en el que el jefe de la abogacía, el asesor legal (fuertes risas y vítores)... sí, digo el asesor legal de la corona (grandes vítores y risas)... puede levantarse en su asiento en esta cámara (prolongados vítores y risas) e intentar legalizar asaltos

indacentes sobre los cuerpos de damas religiosas. (Vítorens ensordecedores y risas que se prolongaron hasta que el honorable miembro volvió a sentarse).

Cuando el señor Harding hubo escuchado esto y mucho más del mismo estilo durante unas tres horas, regresó a la puerta de la Cámara y recibió de vuelta del ujier su propia nota, con las siguientes palabras garabateadas a lápiz en el reverso:

«Mañana, 10 p. m. —mi despacho. —A. H.»

Había tenido éxito hasta ese punto; pero las 10 p. m.: ¡vaya hora había nombrado sir Abraham para una entrevista legal! El señor Harding estaba perfectamente seguro de que mucho antes de eso el doctor Grantly estaría en Londres. El doctor Grantly no podía saber, sin embargo, que se había concertado esta entrevista, ni podría saberlo a menos que lograra dar con sir Abraham antes de esa hora; y como esto era muy improbable, el señor Harding decidió salir de su hotel temprano, dejando simplemente dicho que cenaría fuera, y a menos que la suerte le fuera muy adversa, aún podría evitar al arcediano hasta su regreso del despacho del fiscal general.

Desayunó a las nueve y consultó por vigésima vez su guía Bradshaw para ver a qué hora más temprana podría llegar el doctor Grantly desde Barchester. Mientras examinaba las columnas, se quedó casi petrificado al reflexionar que ¡tal vez el arcediano subiera en el tren correo nocturno! El corazón se le encogió ante la horrible idea y por un momento se sintió arrastrado de vuelta a Barchester sin haber logrado ninguna parte de su objetivo. Luego recordó que, de haberlo hecho el doctor Grantly, habría estado en el hotel buscándole hacía ya mucho tiempo.

—Camarero —dijo tímidamente.

El camarero se acercó, chirriando sus zapatos pero sin voz.

—¿Llegó aquí algún caballero... un clérigo, en el tren correo nocturno?

—No, señor, ninguno —susurró el camarero, acercando la boca casi al oído del custodio.

El señor Harding se tranquilizó.

—Camarero —dijo de nuevo, y el camarero volvió a acercarse chirriando—. Si alguien pregunta por mí, voy a cenar fuera y regresaré sobre las once de la noche.

El camarero asintió, pero esta vez no se dignó dar respuesta alguna; y el señor Harding, tomando su sombrero, salió para pasar un largo día de la mejor manera posible, en algún lugar fuera de la vista del arcediano.

El Bradshaw le había dicho veinte veces que el doctor Grantly no podría estar en la estación de Paddington hasta las 2 p. m., y nuestro pobre amigo podría, por tanto, haber confiado en el refugio del hotel por unas horas más con perfecta seguridad; pero estaba nervioso. No había forma de saber qué medidas podría tomar el arcediano para su captura: un mensaje por telégrafo eléctrico podría pedir al dueño del hotel que le pusiera vigilancia; alguna carta podría llegar que se viera incapaz de desobedecer; en cualquier caso, no podía sentirse seguro en ningún lugar en el que el arcediano esperara encontrarle; y a las 10 a. m. partió para pasar doce horas en Londres.

El señor Harding tenía amigos en la ciudad si hubiera querido buscarlos; pero sentía que no estaba de humor para visitas ordinarias, y ahora no deseaba consultar con nadie el gran paso que había decidido dar. Como le había dicho a su hija, nadie sabe dónde aprieta el zapato sino quien lo lleva. Hay algunos puntos en los que ningún hombre puede contentarse con seguir el consejo de otro... algunos temas en los que un hombre solo puede consultar a su propia conciencia. Nuestro custodio se había convencido de que era bueno para él, a cualquier precio, librarse de este agravio; su hija era la única persona cuya conformidad le parecía necesaria, y ella había concurrido con él de todo corazón. Bajo tales circunstancias no consultaría a nadie más, si podía evitarlo, hasta que el consejo fuera

inútil. Si el arcediano le atrapaba, en efecto, habría muchos consejos y mucha consulta de un tipo que no se podría evitar; pero esperaba cosas mejores; y como sentía que no podía conversar ahora sobre temas indiferentes, resolvió no ver a nadie hasta después de su entrevista con el fiscal general.

Decidió buscar refugio en la abadía de Westminster, así que fue allí de nuevo en un ómnibus y, al encontrar que las puertas no estaban abiertas para el servicio de mañana, pagó sus dos peniques y entró como un turista. Se le ocurrió que no tenía un lugar de descanso definido para el día, y que estaría absolutamente agotado antes de su entrevista si intentaba caminar de un lado a otro desde las 10 a. m. hasta las 10 p. m., así que se sentó en un escalón de piedra y contempló la figura de William Pitt, que parece como si acabara de entrar en la iglesia por primera vez en su vida y no estuviera nada complacido de encontrarse allí.

Llevaba unos veinte minutos sentado sin ser molestado cuando el sacristán le preguntó si no le gustaría dar una vuelta. El señor Harding no quería caminar por ninguna parte y se negó, limitándose a observar que estaba esperando el servicio de mañana. El sacristán, viendo que era clérigo, le dijo que las puertas del coro estaban ahora abiertas y le indicó un asiento. Este era un gran punto ganado; el arcediano ciertamente no iría al servicio de mañana en la abadía de Westminster, aunque estuviera en Londres; y aquí el custodio podía descansar tranquilamente y, cuando llegara el momento, rezar sus oraciones debidamente.

Anhelaba levantarse de su asiento y examinar los libros de música de los coristas, y la copia de las letanías por las que se cantaba el servicio, para ver hasta qué punto los pequeños detalles en Westminster correspondían con los de Barchester, y si creía que su propia voz llenaría bien la iglesia desde el asiento del precentor de Westminster. Sin embargo, habría impropiedad en tal entrometimiento, y permaneció perfectamente quieto, mirando hacia el noble techo y protegiéndose contra las fatigas venideras del día.

Poco a poco entraron dos o tres personas; la mismísima anciana húmeda que casi le había borrado en el ómnibus, o alguna otra igual; un par de jovencitas con los velos bajados y cruces doradas visibles en sus devocionarios; un anciano con muletas; un grupo que estaba viendo la abadía y pensó que bien podrían oír el servicio por sus dos peniques, ya que se presentaba la ocasión; y una mujer joven con su libro de oraciones envuelto en el pañuelo, que entró corriendo tarde y, en su entrada apresurada, tropezó con uno de los bancos y hizo tal ruido que todos, incluso el canónigo menor que oficiaba, se sobresaltaron, y ella misma se asustó tanto por el eco de su propia catástrofe que el pánico casi le provocó un síncope.

El señor Harding no se sintió muy edificado por la forma del servicio. El canónigo menor en cuestión entró deprisa, algo tarde, con un sobrepelliz que no estaba en el mejor orden, y fue seguido por una docena de coristas, que tampoco estaban tan pulcros como podrían haber estado: todos se apretujaron en sus lugares con paso rápido y apresurado, y el servicio comenzó pronto. Comenzó pronto y terminó pronto, pues no hubo música, y no se perdió tiempo innecesariamente en el canto. En conjunto, el señor Harding opinaba que las cosas se gestionaban mejor en Barchester, aunque incluso allí sabía que había margen de mejora.

Se nos plantea la duda de si algún clérigo puede celebrar el servicio de nuestra iglesia con decoro, mañana tras mañana, en un edificio inmenso, rodeado de no más de una docena de oyentes. Los mejores actores no pueden actuar bien ante bancos vacíos y aunque existe, por supuesto, un motivo más elevado en un caso que en el otro, aun así ni el mejor de los clérigos puede evitar ser influido por su audiencia; y esperar que un deber se cumpla bien bajo tales circunstancias sería exigir a la naturaleza humana un poder más que humano.

Cuando las dos damas con las cruces doradas, el anciano con su muleta y la camarera todavía palpitante se iban, el señor Harding se vio obligado a irse también. El sacristán se interpuso en su camino, le miró y miró a la puerta, y así se marchó. Pero regresó de nuevo a

los pocos minutos y volvió a entrar con otros dos peniques. No había otro refugio tan bueno para él.

Mientras caminaba lentamente por la nave, y luego por un pasillo, y otra vez por la nave y por el otro pasillo, intentó pensar con gravedad en el paso que estaba a punto de dar. Iba a renunciar voluntariamente a ochocientas libras al año; y condenarse a vivir el resto de su vida con unas ciento cincuenta. Sabía que hasta ahora no había logrado asimilar este hecho como debería. ¿Podría mantener su propia independencia y mantener a su hija con ciento cincuenta libras al año sin ser una carga para nadie? Su yerno era rico, pero nada podría inducirle a apoyarse en su yerno tras actuar, como pretendía hacer, en oposición directa al consejo de este. El obispo era rico, pero él estaba a punto de tirar el mejor regalo del obispo, y de una manera que perjudicaba materialmente el patronazgo del donante: no podía esperar ni aceptar nada más del obispo. No habría solo falta de mérito, sino deshonra manifiesta, en renunciar a su custodia si no estaba preparado para enfrentarse al mundo sin ella. Sí, de ahora en adelante debía limitar todos sus deseos humanos para sí mismo y para su hija a la pobre extensión de unos ingresos tan limitados. Sabía que no había pensado lo suficiente en esto, que se había dejado llevar por el entusiasmo y que hasta el momento no se había representado la plena realidad de su posición.

Pensaba sobre todo en su hija, naturalmente. Era cierto que ella estaba comprometida, y conocía lo suficiente a su futuro yerno para estar seguro de que sus propias circunstancias alteradas no supondrían ningún obstáculo para tal matrimonio; es más, estaba seguro de que el propio hecho de su pobreza induciría a Bold a presionar el asunto con más ansia; pero le desagradaba contar con Bold en esta emergencia, provocada, como había sido, por obra suya. No le gustaba decirse a sí mismo: «Bold me ha echado de mi casa e ingresos y, por tanto, debe aliviarme de mi hija»; prefería contar con Eleanor como la compañera de su pobreza y exilio, como la partícipe de sus escasos ingresos.

Hacía tiempo que se había dispuesto alguna provisión modesta para su hija. Su vida estaba asegurada por tres mil libras, y esta suma sería para Eleanor. El arcediano, desde hacía algunos años, pagaba la prima y se había asegurado mediante la posesión inmediata de una pequeña propiedad que debía haber pasado a la señora Grantly tras la muerte de su padre. Este asunto, por tanto, se había quitado de las manos del custodio hacía mucho, como de hecho todas las transacciones comerciales de su familia, y su ansiedad se limitaba, por tanto, a sus propios ingresos vitalicios.

Sí. Ciento cincuenta anuales era muy poco, pero aun así podría bastar; ¿pero cómo iba a cantar las letanías en la catedral los domingos por la mañana y hacer el servicio en Crabtree Parva? Es cierto que la iglesia de Crabtree no estaba a ni una milla y media de la catedral; pero no podía estar en dos sitios a la vez. Crabtree era una aldea pequeña y el servicio de tarde podría bastar, pero aun así esto iba en contra de su conciencia; no era justo que sus parroquianos se vieran privados de ninguno de sus privilegios a causa de su pobreza. Podría, es cierto, hacer algunos arreglos para el servicio de entre semana en la catedral; pero había cantado las letanías en Barchester durante tanto tiempo, y tenía el sentimiento consciente de que lo hacía tan bien, que no estaba dispuesto a renunciar a ese deber.

Pensando en tales cosas, dando vueltas en su mente a la vez a deseos pequeños y deberes graves, pero sin vacilar ni un momento en cuanto a la necesidad de dejar el hospital, el señor Harding caminó de un lado a otro de la abadía, o permaneció sentado meditando en el mismo escalón de piedra, hora tras hora. Un sacristán se iba y otro venía, pero no le molestaban; de vez en cuando se acercaban y le miraban, pero lo hacían con una mirada reverencial y, en conjunto, el señor Harding encontró su retiro bien escogido. Sobre las cuatro su comodidad se vio perturbada por un enemigo en forma de hambre. Era necesario que cenara, y estaba claro que no podía cenar en la abadía: así que dejó su santuario no de muy buena gana y se dirigió a las inmediaciones del Strand a buscar alimento.

Sus ojos se habían acostumbrado tanto a la penumbra de la iglesia que se sintió deslumbrado al salir a la plena luz del día, y se sintió confundido y avergonzado de sí mismo, como si la gente se le quedara mirando. Se apresuró, todavía temiendo al arcediano, hasta llegar a Charing Cross, y entonces recordó que en uno de sus pasos por el Strand había visto las palabras «Chuletas y Bistecs» en un cartel en el escaparate de una tienda. Recordaba la tienda distintamente; estaba al lado de una maletería y había una tabaquería al otro lado. No podía ir a su hotel a cenar, que para él hasta entonces era el único modo conocido de cenar en Londres por cuenta propia; y, por tanto, se tomaría un bistec en la tienda del Strand. El arcediano Grantly ciertamente no iría a un lugar así a cenar.

Encontró la casa fácilmente, tal como la había observado, entre los baúles y los cigarros. Se sintió algo intimidado por la enorme cantidad de pescado que vio en el escaparate. Había barriles de ostras, hecatombes de langostas, unos cuantos cangrejos de aspecto tremendo y una tina llena de salmón en escabeche; no obstante, al no ser consciente de ninguna conexión entre el marisco y la iniquidad, entró y preguntó modestamente a una mujer desaliñada, que estaba sacando ostras de un gran depósito de agua, si podía tomar una chuleta de cordero y una patata.

La mujer pareció algo sorprendida, pero respondió afirmativamente, y una muchacha desaliñada le condujo a una sala trasera alargada, llena de compartimentos para acomodar a grupos, en uno de los cuales tomó asiento. En un lugar más miserablemente desolado no podría haberse encontrado: la habitación olía a pescado, serrín y humo de tabaco rancio, con un ligero rastro de gas escapado; todo era tosco, sucio y de mala reputación; el mantel que le pusieron era abominable; los cuchillos y tenedores estaban golpeados, mellados y mugrientos; y todo estaba impregnado de pescado. Tenía un consuelo, sin embargo: estaba completamente solo; no había nadie allí para contemplar su consternación; ni era probable que nadie viniera a hacerlo. Era una casa de cenas nocturnas de Londres. Sobre la una de la madrugada el lugar estaría

bastante animado, pero en el momento presente su reclusión era tan profunda como lo había sido en la abadía.

En aproximadamente media hora la chica desaliñada, aún no vestida para sus labores nocturnas, le trajo su chuleta y sus patatas, y el señor Harding pidió una pinta de jerez. Tenía la idea, generalizada hace unos años y que aún no se ha borrado del todo de la mente de los hombres, de que encargar una comida en cualquier tipo de posada sin encargar también una pinta de vino en beneficio del dueño era una especie de fraude... no castigable, por cierto, por ley, pero no por ello menos abominable. El señor Harding recordaba su pobreza venidera y de buena gana se habría ahorrado la media corona, pero pensó que no tenía alternativa; y pronto fue puesto en posesión de una mezcla horrible traída de la taberna vecina. Su chuleta y patatas, sin embargo, eran comestibles y, habiendo superado como mejor pudo el asco creado por los cuchillos y tenedores, se las arregló para tragar su comida. No fue muy molestado: un joven de cara pálida y ojos acuosos como de pescado, con el sombrero ominosamente ladeado, entró y se le quedó mirando, y preguntó a la chica, de forma bastante audible: «Quién era ese viejo gallo»; pero la molestia no pasó de ahí y el custodio quedó sentado en su banco de madera en paz, esforzándose por distinguir los diferentes aromas que surgían de langostas, ostras y salmones.

Por poco que supiera el señor Harding de los usos de Londres, sintió que de algún modo había seleccionado una casa de comidas poco recomendable y que era mejor marcharse. Apenas eran las cinco; ¿cómo iba a pasar el tiempo hasta las diez? ¡Cinco horas miserables! Ya estaba cansado y era imposible que siguiera caminando tanto tiempo. Pensó en subir a un ómnibus e ir hasta Fulham por el mero hecho de volver en otro: esto, sin embargo, sería una tarea pesada y, mientras pagaba su cuenta a la mujer de la tienda, le preguntó si había algún lugar cerca donde pudiera tomar una taza de café. Aunque regentaba una casa de cenas de marisco, fue muy civil y le indicó el salón de fumadores al otro lado de la calle.

El señor Harding no tenía una noción mucho más correcta de un salón de fumadores que de una casa de comidas londinense, pero estaba desesperadamente necesitado de descanso y fue como se le indicó. Pensó que debía de haberse equivocado cuando se encontró en una tabaquería, pero el hombre tras el mostrador vio inmediatamente que era un forastero y comprendió lo que quería.

—Un chelín, señor... gracias, señor... ¿un puro, señor?... vale para café, señor; solo tiene que llamar al camarero. Por esas escaleras, si hace el favor, señor. Mejor llévese el puro, señor; siempre puede dárselo a un amigo, ya sabe. Bueno, señor, gracias, señor; ya que es usted tan amable, me lo fumaré yo mismo.

Y así el señor Harding ascendió al salón, con su vale para el café pero sin el puro. El lugar parecía mucho más adecuado a sus necesidades que la habitación en la que había cenado: había, es cierto, un fuerte olor a tabaco al que no estaba acostumbrado; pero tras el marisco, el tabaco no parecía desagradable. Había cantidades de libros y largas filas de sofás. ¿Qué podía ser más lujoso que un sofá, un libro y una taza de café? Un viejo camarero se le acercó con un par de revistas y un periódico de la tarde. ¿Se había visto nunca nada tan atento? ¿Querría una taza de café o preferiría sorbete? ¡Sorbete! ¿Estaba acaso en un diván oriental, con el ligero añadido de todos los periódicos de Londres? Tenía, sin embargo, la idea de que el sorbete debía beberse sentado con las piernas cruzadas y, como no se sentía con ánimos para ello, pidió el café.

El café llegó y fue intachable. ¡Vaya, aquel salón era un paraíso! El atento viejo camarero le sugirió una partida de ajedrez: aunque era jugador de ajedrez no se sentía capaz, así que rehusó y, poniendo sus cansadas piernas sobre el sofá, sorbió pausadamente su café y pasó las páginas de su *Blackwood*. Habría estado así ocupado durante una hora, pues el viejo camarero le incitó a una segunda taza de café, cuando un reloj musical empezó a tocar. El señor Harding cerró entonces su revista, manteniendo el lugar con el dedo, y se quedó escuchando con los ojos cerrados. Pronto el reloj pareció convertirse en un violonchelo, con acompañamientos de piano, y el

señor Harding empezó a imaginar que el viejo camarero era el obispo de Barchester; se sintió indeciblemente horrorizado de que el obispo le hubiera traído el café con sus propias manos; luego el doctor Grantly entró con una cesta llena de langostas, que no hubo forma de que dejara abajo en la cocina; y luego el custodio no acababa de entender por qué tanta gente fumaba en el salón del obispo; y así se quedó profundamente dormido, y sus sueños se alejaron hacia su sitio acostumbrado en la Catedral de Barchester y hacia los doce ancianos que tan pronto iba a dejar para siempre.

Estaba fatigado y durmió profundamente durante algún tiempo. Alguna parada repentina en el reloj musical le despertó al fin, y dio un respingo, sorprendido de encontrar la habitación llena: estaba casi vacía cuando comenzó su siesta. Con nerviosa ansiedad sacó su reloj y vio que eran las nueve y media. Agarró su sombrero y, bajando las escaleras a toda prisa, partió a paso rápido hacia Lincoln's Inn.

Todavía faltaban veinte minutos para las diez cuando el custodio se encontró al pie de la escalera de sir Abraham, así que caminó pausadamente por la tranquila posada para refrescarse. Era una hermosa noche de finales de agosto. Se había recuperado de su fatiga; el sueño y el café le habían refrescado, y se sorprendió al descubrir que estaba disfrutando absolutamente cuando el reloj de la posada dio las diez. Apenas se había apagado el sonido cuando llamó a la puerta de sir Abraham y fue informado por el pasante que le recibió que el gran hombre estaría con él de inmediato.

CAPÍTULO XVII

SIR ABRAHAM HAPHAZARD

El señor Harding fue conducido a un cómodo cuarto de estar interior, que se parecía más a la biblioteca de un caballero que al despacho de un abogado, y allí esperó a sir Abraham. No le hicieron esperar mucho: en diez o quince minutos oyó un estrépito de voces hablando rápido en el pasillo, y entonces entró el fiscal general.

—Siento mucho hacerle esperar, señor custodio —dijo sir Abraham, estrechándole la mano—; y siento también nombrar una hora tan desagradable; pero su aviso fue corto y como usted dijo hoy mismo, nombré la primera hora que no estuviera ocupada.

El señor Harding le aseguró que era consciente de que era él quien debía disculparse.

Sir Abraham era un hombre alto y delgado, con el pelo prematuramente canoso pero sin ningún otro signo de vejez; tenía una ligera inclinación, en el cuello más que en la espalda, adquirida por su hábito constante de inclinarse hacia adelante mientras se dirigía a sus diversos públicos. Tendría unos cincuenta años y habría

parecido joven para su edad si el trabajo constante no hubiera endurecido sus facciones dándole la apariencia de una máquina con mente. Su rostro estaba lleno de intelecto, pero desprovisto de expresión natural. Se diría que era un hombre para usar y luego despachar; un hombre al que buscar en grandes emergencias, pero mal adaptado para servicios ordinarios; un hombre a quien pediría que defendiera su propiedad, pero a quien lamentaría confiarle su amor. Era brillante como un diamante, y tan cortante, y también tan inexpresivo. Conocía a todo aquel a quien conocer era un honor, pero carecía de amigos; no quería ninguno, sin embargo, y no conocía el significado de la palabra más que en su sentido parlamentario. ¡Un amigo! ¿No se había bastado siempre a sí mismo y, ahora a los cincuenta, era probable que confiara en otro? Estaba casado, en efecto, y tenía hijos, ¿pero qué tiempo tenía para la suave ociosidad de la felicidad conyugal? Sus días de trabajo o periodos de sesiones estaban ocupados desde su hora de levantarse hasta la hora tardía en que se iba a descansar, e incluso sus vacaciones estaban más llenas de labor que los días más ajetreados de otros hombres. Nunca reñía con su esposa, pero nunca hablaba con ella; nunca tenía tiempo para hablar, estaba tan absorbido hablando en público. Ella, pobre señora, no era infeliz; tenía todo lo que el dinero podía darle, probablemente llegaría a ser ponesa y realmente pensaba que sir Abraham era el mejor de los maridos.

Sir Abraham era un hombre de ingenio y destacaba entre los más brillantes en las cenas de los próceres políticos: de hecho, siempre destacaba; ya fuera en sociedad, en la Cámara de los Comunes o en los tribunales de justicia, de él salían coruscaciones; destellos brillantes, como de acero al rojo vivo, pero sin calor; ningún corazón frío fue jamás reconfortado por el calor de su parte, ninguna alma infeliz dejó nunca una porción de su carga a su puerta.

Para él solo el éxito era digno de elogio, y no conocía a nadie tan exitoso como él. Nadie le había impulsado; ningún amigo poderoso le había empujado en su camino al poder. No; era fiscal general y, con toda probabilidad humana, sería lord canciller por la pura fuerza de su propia industria y su propio talento. ¿Quién más en todo el

mundo subió tan alto con tan poca ayuda? ¡Un primer ministro, nada menos! ¿Quién había sido primer ministro sin amigos poderosos? ¡Un arzobispo! Sí, el hijo o nieto de un gran noble, o probablemente su tutor. Pero él, sir Abraham, no había tenido a ningún poderoso lord a su espalda; su padre había sido un boticario rural, su madre la hija de un granjero. ¿Por qué debería respetar a nadie sino a sí mismo? Y así brilla por el mundo, el más brillante entre los brillantes; y cuando su brillo se apague y se reúna con sus antepasados, ningún ojo se nublará con una lágrima, ningún corazón llorará por su amigo perdido.

—Y bien, señor custodio —dijo sir Abraham—, todos nuestros problemas con este pleito han terminado.

El señor Harding dijo que así lo esperaba, pero que no comprendía en absoluto qué quería decir sir Abraham. Sir Abraham, con toda su agudeza, no había podido mirar en su corazón y leer sus intenciones.

—Todo ha terminado. No necesita preocuparse más por ello; por supuesto ellos deben pagar las costas y el gasto absoluto para usted y para el doctor Grantly será insignificante... quiero decir, comparado con lo que podría haber sido de haber continuado.

—Temo que no le comprendo del todo, sir Abraham.

—¿No sabe que sus abogados nos han notificado que retiran la demanda?

El señor Harding explicó al abogado que no sabía nada de esto, aunque había oído de forma indirecta que se había hablado de tal intención; y al fin logró también que sir Abraham comprendiera que ni siquiera esto le satisfacía. El fiscal general se puso en pie, metió las manos en los bolsillos de sus calzones y levantó las cejas mientras el señor Harding procedía a detallar el agravio del que ahora deseaba librarse.

—Sé que no tengo derecho a molestarle personalmente con este asunto, pero como es de vital importancia para mí, como toda mi

felicidad está en juego, pensé que podría aventurarme a buscar su consejo.

Sir Abraham hizo una inclinación y declaró que sus clientes tenían derecho al mejor consejo que pudiera darles; particularmente un cliente tan respetable en todos los sentidos como el custodio del Hospital de Barchester.

—Una palabra hablada, sir Abraham, es a menudo de más valor que volúmenes de consejos escritos. La verdad es que no estoy satisfecho con este asunto tal como se encuentra en la actualidad. Veo... no puedo evitar ver que los asuntos del hospital no están organizados según el testamento del fundador.

—Ninguna de esas instituciones lo está, señor Harding, ni pueden estarlo; las circunstancias alteradas en las que vivimos no lo permiten.

—Muy cierto... eso es muy cierto; pero no veo que esas circunstancias alteradas me den derecho a ochocientas libras al año. No sé si alguna vez leí el testamento de John Hiram pero, si lo leyera ahora, no podría entenderlo. Lo que quiero que usted me diga, sir Abraham, es esto: ¿tengo yo, como custodio, derecho legal y claro a los beneficios de la propiedad, tras el debido mantenimiento de los doce asilados?

Sir Abraham declaró que no podía decir exactamente con esas palabras que el señor Harding tuviera derecho legal a, etc., etc., etc., y terminó expresando la firme opinión de que sería una locura plantear cualquier otra cuestión sobre el asunto, ya que el pleito iba a ser... más aún, estaba abandonado. El señor Harding, sentado en su silla, empezó a tocar una melodía lenta en un violonchelo imaginario.

—No, mi querido señor —continuó el fiscal general—, no hay más base para ninguna cuestión; no veo que tenga usted el poder de plantearla.

—Puedo renunciar —dijo el señor Harding, tocando lentamente con su mano derecha como si el arco estuviera bajo la silla en la que

estaba sentado.

—¡Cómo! ¿Abandonarlo todo? —dijo el fiscal general, mirando con absoluto asombro a su cliente.

—¿Vio usted aquellos artículos en *The Jupiter*? —preguntó el señor Harding piadosamente, apelando a la simpatía del abogado.

Sir Abraham dijo que los había visto. Este pobre clérigo, acobardado ante tal acto de extrema debilidad por un artículo de periódico, era para sir Abraham un objeto tan despreciable que apenas sabía cómo hablarle como a un ser racional.

—¿No sería mejor que esperara —dijo él— hasta que el doctor Grantly esté en la ciudad con usted? ¿No sería mejor posponer cualquier paso serio hasta que pueda consultar con él?

El señor Harding declaró con vehemencia que no podía esperar, y sir Abraham empezó a dudar seriamente de su cordura.

—Por supuesto —dijo este último—, si tiene usted medios privados suficientes para sus necesidades, y si esto...

—No tengo ni un penique, sir Abraham —dijo el custodio.

—¡Santo Dios! Pero, señor Harding, ¿cómo piensa vivir?

El señor Harding procedió a explicar al hombre de leyes que pensaba conservar su precentoría... eso eran ochenta libras al año; y también que pensaba retirarse a su propio pequeño beneficio de Crabtree, que eran otras ochenta libras. Que, por cierto, los deberes de ambos eran difícilmente compatibles; pero que tal vez podría efectuar un intercambio. Y entonces, recordando que al fiscal general difícilmente le interesaría oír cómo se divide el servicio de una iglesia catedralicia entre los canónigos menores, interrumpió sus explicaciones.

Sir Abraham escuchaba con asombro compasivo.

—Realmente creo, señor Harding, que sería mejor que esperara al arcediano. Este es un paso muy serio... uno para el cual, en mi opinión, no existe la menor necesidad; y, ya que me ha hecho el

honor de pedirme consejo, debo suplicarle que no haga nada sin la aprobación de sus amigos. Un hombre nunca es el mejor juez de su propia posición.

—Un hombre es el mejor juez de lo que siente. Preferiría mendigar mi pan hasta mi muerte que leer otro artículo como los dos que han aparecido y sentir, como siento, que el escritor tiene la verdad de su parte.

—¿No tiene usted una hija, señor Harding... una hija soltera?

—La tengo —dijo él, poniéndose ahora en pie también, pero siguiendo con su violín con la mano tras la espalda—. La tengo, sir Abraham; y ella y yo estamos completamente de acuerdo en este tema.

—Perdone, señor Harding, si lo que digo parece impertinente; pero seguramente es usted quien debería ser prudente por cuenta de ella. Ella es joven y no sabe lo que significa vivir con unos ingresos de ciento sesenta libras al año. Por ella abandone esta idea. Créame, es puro quijotismo.

El custodio caminó hacia la ventana y luego volvió a su silla; y luego, irresoluto sobre qué decir, dio otra vuelta hacia la ventana. El fiscal general estaba siendo realmente muy paciente, pero empezaba a pensar que la entrevista había durado bastante.

—Pero si estos ingresos no son justamente míos, ¿qué importa si ella y yo tenemos ambos que mendigar? —dijo el custodio al fin, con brusquedad y en una voz tan diferente de la que había usado hasta entonces que sir Abraham se sobresaltó—. Si es así, sería mejor mendigar.

—Mi querido señor, nadie cuestiona ahora su justicia.

—Sí, sir Abraham, uno sí la cuestiona... el más importante de todos los testigos contra mí... la cuestiono yo mismo. Mi Dios sabe si amo o no a mi hija; pero preferiría que ella y yo mendigáramos los dos antes que ella viviera con comodidades gracias a un dinero que es verdaderamente propiedad de los pobres. Puede parecerle

extraño, sir Abraham, me resulta extraño a mí mismo, que haya estado diez años en ese hogar feliz y no haya pensado en estas cosas hasta que me las han metido tan rudamente en los oídos. No puedo presumir de mi conciencia, cuando ha necesitado la violencia de un periódico público para despertarla; pero ahora que está despierta, debo obedecerla. Cuando vine aquí no sabía que el pleito había sido retirado por el señor Bold, y mi objetivo era rogarle que abandonara mi defensa. Como no hay acción, no puede haber defensa; pero en cualquier caso es mejor que sepa que a partir de mañana dejaré de ser el custodio del hospital. Mis amigos y yo discrepamos en este tema, sir Abraham, y eso aumenta mucho mi pesar; pero no se puede evitar.

Y, al terminar lo que tenía que decir, tocó una melodía como nunca antes había honrado el despacho de ningún fiscal general. Estaba de pie, enfrentándose gallardamente a sir Abraham, y su brazo derecho pasaba con barridos audaces y rápidos ante él, como si estuviera abrazando algún instrumento enorme que le permitiera estar así erguido; y con los dedos de su mano izquierda pisaba, con velocidad preternatural, una multitud de cuerdas que iban desde lo alto de su cuello hasta el bajo de la solapa de su abrigo. Sir Abraham escuchaba y miraba con asombro. Como nunca antes había visto al señor Harding, el significado de estas gesticulaciones salvajes se le escapaba; pero percibió que el caballero que hacía unos minutos se mostraba tan sumiso que era incapaz de hablar sin vacilación, estaba ahora apasionado... es más, casi violento.

—Consúltelo con la almohada, señor Harding, y mañana...

—He hecho más que consultarlo con la almohada —dijo el custodio—; me he quedado en vela por ello, y eso noche tras noche. Descubrí que no podía dormir con ello: ahora espero hacerlo.

El fiscal general no tuvo respuesta para esto; así que expresó el deseo de que cualquier arreglo que se hiciera finalmente fuera satisfactorio; y el señor Harding se retiró, agradeciendo al gran hombre su amable atención.

El señor Harding quedó suficientemente satisfecho con la entrevista como para sentir un destello de consuelo mientras bajaba a la pequeña y antigua plaza de Lincoln's Inn. Era una noche tranquila, clara y hermosa, y a la luz de la luna, incluso la capilla de Lincoln's Inn y la sombría hilera de despachos que rodean el cuadrilátero se veían bien. Se detuvo un momento para recoger sus pensamientos y reflexionar sobre lo que había hecho y estaba a punto de hacer. Sabía que el fiscal general le consideraba poco menos que un tonto, pero eso no le importaba; él y el fiscal general no tenían mucho en común; sabía también que otros, que sí le importaban, pensarían lo mismo; pero Eleanor, estaba seguro, se regocijaría de lo que había hecho, y el obispo, confiaba, simpatizaría con él.

Entretanto tenía que enfrentarse al arcediano, así que caminó lentamente por Chancery Lane y a lo largo de Fleet Street, sintiendo la certeza de que su tarea para la noche aún no había terminado. Cuando llegó al hotel tocó el timbre con suavidad y con el corazón palpitante; casi anhelaba escapar a la vuelta de la esquina y retrasar la tormenta que se avecinaba con un paseo más por el camposanto de San Pablo, pero oyó los lentos zapatos chirriantes del viejo camarero acercándose y se mantuvo firme valerosamente.

CAPÍTULO XVIII

EL CUSTODIO ES MUY OBSTINADO

—El doctor Grantly está aquí, señor —saludó sus oídos antes de que la puerta estuviera bien abierta—, y la señora Grantly. Tienen un cuarto de estar arriba y le están esperando.

Había algo en el tono de voz del hombre que parecía indicar que incluso él veía al custodio como a un colegial fugitivo, recién recapturado por su tutor, y que compadecía al culpable aunque no podía sino horrorizarse ante el crimen.

El custodio intentó parecer despreocupado al decir: «¡Ah, de veras! Subiré de inmediato»; pero fracasó estrepitosamente. Hubo, tal vez, un rayo de consuelo en la presencia de su hija casada; es decir, de consuelo comparativo, viendo que su yerno estaba allí; ipero cuánto habría preferido que ambos estuvieran a salvo en Plumstead Episcopi! No obstante, subió las escaleras, con el camarero precediéndole lentamente; y al abrirse la puerta se descubrió al arcediano de pie en medio de la habitación, erguido, en efecto, como de costumbre, ipero oh, cuán apenado!; y en el sofá descolorido tras él se recostaba su paciente esposa.

—Papá, pensé que no volverías nunca —dijo la dama—; son las doce.

—Sí, querida —dijo el custodio—. El fiscal general fijó las diez para mi encuentro; es cierto que las diez es tarde, ¿pero qué podía hacer yo? Los grandes hombres hacen su voluntad. —Y dio un beso a su hija, estrechó la mano del doctor y volvió a intentar parecer despreocupado.

—¿Y has estado absolutamente con el fiscal general? —preguntó el arcediano.

El señor Harding indicó que sí.

—¡Santo Dios, qué desgracia! —Y el arcediano levantó sus manos enormes de la manera en que sus amigos están tan acostumbrados a verle expresar desaprobación y asombro—. ¿Qué pensará sir Abraham de esto? ¿No sabías que no es costumbre que los clientes vayan directamente a su abogado defensor?

—¿No lo es? —preguntó el custodio inocentemente—. Bueno, en cualquier caso, ya lo he hecho. A sir Abraham no pareció extrañarle tanto.

El arcediano dio un suspiro que habría movido un navío de guerra.

—¿Pero, papá, qué le dijiste a sir Abraham? —preguntó la dama.

—Le pedí que me explicara el testamento de John Hiram. No pudo explicármelo de la única manera que me habría satisfecho, así que renuncié a la custodia.

—¡Renunciaste! —dijo el arcediano, con voz solemne, triste y baja, pero lo bastante audible; una especie de susurro que Macready habría envidiado y que las galerías habrían aplaudido con un par de ovaciones—. ¡Renunciaste! ¡Santo Dios! —Y la dignidad de la iglesia se dejó caer horrorizado en un sillón de crin.

—Al menos le dije a sir Abraham que renunciaría; y por supuesto debo hacerlo ahora.

—En absoluto —dijo el arcediano, captando un rayo de esperanza—. Nada de lo que digas de esa manera a tu propio abogado puede ser de ningún modo vinculante para ti; por supuesto estabas allí para pedirle consejo. Estoy seguro de que sir Abraham no te aconsejó tal paso.

El señor Harding no pudo decir que lo hubiera hecho.

—Estoy seguro de que te desaconsejó hacerlo —continuó el reverendo interrogador.

El señor Harding no pudo negarlo.

—Estoy seguro de que sir Abraham debió de aconsejarte que consultaras con tus amigos.

Ante esta proposición el señor Harding también se vio obligado a asentir.

—Entonces tu amenaza de dimisión no equivale a nada, y estamos exactamente donde estábamos antes.

El señor Harding estaba ahora de pie sobre la alfombra, moviéndose inquieto de un pie a otro. No dio ninguna respuesta clara a la última proposición del arcediano, pues su mente estaba principalmente ocupada en pensar cómo podría escapar a la cama. Que su dimisión era algo finalmente decidido, un hecho casi consumado, no era en su mente materia de duda alguna; conocía su propia debilidad; sabía cuán propenso era a ser guiado; pero no era tan débil como para ceder ahora, para retroceder de la posición a la que su conciencia le había empujado, tras haber venido a Londres a propósito para declarar su determinación: no dudaba en lo más mínimo de su resolución, pero dudaba grandemente de su poder para defenderla ante su yerno.

—Debes de estar muy cansada, Susan —dijo él—: ¿no te gustaría irte a la cama?

Pero Susan no quería irse hasta que se fuera su marido. Tenía la idea de que a su papá podrían intimidarle si ella no estaba: no estaba cansada en absoluto, o al menos eso dijo. El arcediano

recorría la habitación, expresando, mediante ciertos movimientos de cabeza, su opinión sobre la absoluta insensatez de su suegro.

—¿Por qué? —dijo al fin, y los ángeles podrían haberse ruborizado ante el reproche expresado en su tono y énfasis—. ¿Por qué te fuiste de Barchester tan de repente? ¿Por qué diste tal paso sin avisarnos, después de lo que había pasado en el palacio?

El custodio bajó la cabeza y no respondió: no podía rebajarse a decir que no había tenido la intención de dar esquinazo a su yerno; y como no tenía el valor de confesarlo, no dijo nada.

—Papá ha sido demasiado para ti —dijo la dama.

El arcediano dio otra vuelta y volvió a exclamar: «¡Santo Dios!», esta vez en un susurro muy bajo, pero todavía audible.

—Creo que me iré a la cama —dijo el custodio, tomando una palmatoria.

—En cualquier caso, me prometerás no dar ningún paso más sin consultarnos —dijo el arcediano.

El señor Harding no respondió, sino que procedió lentamente a encender su vela.

—Por supuesto —continuó el otro—, una declaración como la que le hiciste a sir Abraham no significa nada. Vamos, custodio, prométeme esto. Todo el asunto, como ves, ya está arreglado, y eso con muy poco problema o gasto. Bold se ha visto obligado a abandonar su acción, y todo lo que tienes que hacer es permanecer tranquilo en el hospital.

El señor Harding seguía sin responder, pero miraba dócilmente a la cara de su yerno. El arcediano pensaba que conocía a su suegro, pero se equivocaba; pensaba que ya había convencido a un hombre vacilante para que retirara su promesa.

—Vamos —dijo—, prométele a Susan abandonar esta idea de renunciar a la custodia.

El custodio miró a su hija, pensando probablemente en ese momento que si Eleanor estaba contenta con él, no necesitaba preocuparse tanto por su otra hija, y dijo:

—Estoy seguro de que Susan no me pedirá que rompa mi palabra, ni que haga lo que sé que está mal.

—Papá —dijo ella—, sería una locura por tu parte renunciar a tu beneficio. ¿De qué vais a vivir?

—Dios, que alimenta a los polluelos de los cuervos, cuidará también de mí —dijo el señor Harding, con una sonrisa, como temiendo ofender al hacer su referencia a las escrituras demasiado solemne.

—¡Bah! —dijo el arcediano, dándose la vuelta rápidamente—. Si los cuervos se empeñaran en rechazar el alimento preparado para ellos, no serían alimentados.

A un clérigo generalmente le desagrada que le rebatan un argumento con alguna cita bíblica; se siente tan ofendido como un médico cuando una anciana le recomienda que tome alguna dosis favorita, o como un abogado cuando un profano intenta ganarle con un tecnicismo.

—Tendré el beneficio de Crabtree —sugirió modestamente el custodio.

—¡Ochenta libras al año! —se mofó el arcediano.

—Y la precentoría —dijo el suegro.

—Va unida a la custodia —dijo el yerno.

El señor Harding estaba preparado para discutir este punto y empezó a hacerlo, pero el doctor Grantly le detuvo.

—Mi querido custodio —dijo—, esto es todo tonterías. Ochenta libras o ciento sesenta marcan muy poca diferencia. No puedes vivir de eso... no puedes arruinar las perspectivas de Eleanor para siempre. De hecho, no puedes renunciar; el obispo no lo aceptaría; todo el asunto está zanjado. Lo que ahora quiero hacer es evitar

cualquier cotilleo inconveniente... cualquier otro artículo de periódico.

—Eso es lo que yo quiero también —dijo el custodio.

—Y para evitar eso —continuó el otro—, no debemos dejar que trascienda ninguna charla de dimisión.

—Pero yo dimitiré —dijo el custodio, muy, muy dócilmente.

—¡Santo Dios! Susan, querida, ¿qué puedo decirle?

—Pero, papá —dijo la señora Grantly, levantándose y pasando su brazo por el de su padre—, ¿qué va a hacer Eleanor si tiras tus ingresos?

Una lágrima caliente asomó a cada uno de los ojos del custodio mientras miraba a su hija casada. ¿Por qué una hermana que era tan rica había de predecir pobreza para la otra? Alguna idea así rondaba su mente, pero no le dio voz. Luego pensó en el pelícano alimentando a sus crías con la sangre de su propio pecho, pero tampoco dio voz a eso; y luego en Eleanor esperándole en casa, esperando para felicitarle por el fin de todos sus problemas.

—Piensa en Eleanor, papá —dijo la señora Grantly.

—Pienso en ella —dijo su padre.

—¿Y no harás esta cosa temeraria? —La dama estaba realmente conmovida más allá de su calma habitual.

—Nunca puede ser temerario hacer lo correcto —dijo él—. Ciertamente renunciaré a esta custodia.

—Entonces, señor Harding, no hay nada ante usted más que la ruina —dijo el arcediano, ahora movido más allá de todo aguante—. La ruina tanto para usted como para Eleanor. ¿Cómo piensa pagar los gastos monstruosos de esta acción?

La señora Grantly sugirió que, como la acción había sido abandonada, las costas no serían pesadas.

—Ciertamente lo serán, querida —continuó él—. Uno no puede tener al fiscal general a las doce de la noche por nada; pero por supuesto tu padre no ha pensado en esto.

—Venderé mis muebles —dijo el custodio.

—¡Muebles! —exclamó el otro con el desprecio más potente.

—Vamos, arcediano —dijo la dama—, no hace falta que nos preocupemos por eso ahora. Sabes que nunca esperaste que papá pagara las costas.

—Tal absurdo es suficiente para provocar a Job —dijo el arcediano, marchando rápidamente de un lado a otro de la habitación—. Tu padre es como un niño. ¡Ochocientas libras al año!... ochocientas ochenta con la casa... sin nada que hacer. El sitio ideal para él. ¡Y tirar eso porque algún canalla escribe un artículo en un periódico! Bien; yo he cumplido con mi deber. Si elige arruinar a su hija, yo no puedo evitarlo. —Y se detuvo ante la chimenea y se miró en un espejo descolorido que estaba sobre la repisa.

Hubo una pausa de aproximadamente un minuto y entonces el custodio, viendo que no venía nada más, encendió su vela y dijo tranquilamente:

—Buenas noches.

—Buenas noches, papá —dijo la dama.

Y así se retiró el custodio; pero, al cerrar la puerta tras de sí, oyó la conocida exclamación —más lenta, más baja, más solemne, más ponderosa que nunca—: «¡Santo Dios!».

CAPÍTULO XIX

EL CUSTODIO RENUNCIA

El grupo se reunió a la mañana siguiente para el desayuno; y fue un asunto muy sombrío, muy diferente de los desayunos en Plumstead Episcopi. Había tres lonchas finas, pequeñas y secas de beicon, cada una de una pulgada de largo, servidas bajo una enorme y vieja campana de plata; había cuatro trozos triangulares de tostadas secas y cuatro trozos cuadrados de tostadas con mantequilla; había una hogaza de pan y un poco de mantequilla de aspecto aceitoso; y en el aparador estaban los restos de una paletilla de cordero fría. El arcediano, sin embargo, no había subido desde su rectoría hasta el camposanto de San Pablo para disfrutar, y por lo tanto nada se dijo de la escasa comida. Los invitados estaban tan apenados como las viandas; apenas se pronunció palabra alguna a la mesa. El arcediano masticaba su tostada en un silencio ominoso, dando vueltas a pensamientos amargos en su profunda mente. El custodio intentó hablar con su hija, y ella intentó responderle; pero ambos fracasaron. No había sentimientos en común entre ellos en ese momento. El custodio solo pensaba en regresar a Barchester, y calculaba si el arcediano esperarían que él le aguardara; y la señora

Grantly se preparaba para un gran ataque que debía lanzar contra su padre, tal como acordó con su marido durante su confidencia de alcoba de aquella mañana.

Cuando el camarero hubo salido de la habitación con el chirrido de sus zapatos tras recoger la última de las tazas de té, el arcediano se levantó y fue hacia la ventana como para admirar la vista. La habitación daba a un pasaje estrecho que corre desde el camposanto de San Pablo hasta Paternoster Row; y el doctor Grantly leyó pacientemente los nombres de los tres tenderos cuyas puertas estaban a la vista. El custodio permaneció sentado a la mesa y examinó el dibujo del mantel; y la señora Grantly, sentándose en el sofá, empezó a tejer.

Al cabo de un rato, el custodio sacó su guía Bradshaw del bolsillo y comenzó a consultarla laboriosamente. Había un tren para Barchester a las 10:00 a. m. Eso estaba fuera de toda cuestión, pues eran casi las diez ya. Otro a las 3:00 p. m.; otro, el tren correo nocturno, a las 9:00 p. m. El tren de las tres le llevaría a casa para la hora del té, y le vendría muy bien.

—Querida —dijo—, creo que volveré a casa hoy a las tres. Llegaré a las ocho y media. No creo que haya nada que me retenga en Londres.

—El arcediano y yo regresamos en el tren temprano de mañana, papá; ¿no quieres esperar y volver con nosotros?

—Es que Eleanor me esperará esta noche; y tengo tanto que hacer; y...

—¡Mucho que hacer! —dijo el arcediano *sotto voce*; pero el custodio le oyó.

—Sería mejor que nos esperaras, papá.

—¡Gracias, hija! Creo que iré esta tarde. —Hasta el animal más manso se revuelve cuando se le hostiga demasiado, e incluso el señor Harding empezaba a luchar por salirse con la suya.

—Supongo que no estarás de vuelta antes de las tres —dijo la dama, dirigiéndose a su marido.

—Yo debo marcharme de aquí a las dos —dijo el custodio.

—Totalmente fuera de cuestión —dijo el arcediano, respondiendo a su mujer y siguiendo con la lectura de los nombres de los tenderos —; no supongo que esté de vuelta antes de las cinco.

Hubo otra larga pausa, durante la cual el señor Harding continuó estudiando su Bradshaw.

—Debo ir a ver a Cox y Cummins —dijo el arcediano al fin.

—Ah, a Cox y Cummins —dijo el custodio. Le resultaba indiferente a dónde fuera su yerno. Los nombres de Cox y Cummins ya no tenían interés para sus oídos. ¿Qué tenía él que ver con Cox y Cummins a estas alturas, habiendo ya sentenciado su pleito finalmente en un tribunal de conciencia, un juicio sin posibilidad de apelación plenamente registrado, y el asunto zanjado de tal modo que todos los abogados de Londres no podrían alterarlo? El arcediano podía ir a Cox y Cummins, podía permanecer allí todo el día en ansiosa discusión; pero lo que allí se dijera ya no era materia de interés para él, que tan pronto iba a dejar a un lado el nombre de custodio del Hospital de Barchester.

El arcediano tomó su reluciente y nuevo sombrero clerical, se puso sus guantes negros nuevos y clericales, y se mostró imponente, respetable, decoroso y opulento: un clérigo consumado de la Iglesia de Inglaterra en cada ápice de su ser.

—Supongo que le veré en Barchester pasado mañana —dijo.

El custodio supuso que así sería.

—Debo suplicarle una vez más que no dé ningún paso más hasta que vea a mi padre; si nada me debe a mí —y el arcediano miró como si pensara que se le debía mucho—, al menos se lo debe a mi padre. —Y, sin esperar respuesta, el doctor Grantly emprendió su camino hacia Cox y Cummins.

La señora Grantly esperó hasta que se oyó la última pisada de su marido al salir del patio hacia el camposanto de San Pablo, y entonces comenzó su tarea de intentar convencer a su padre.

—Papá —empezó ella—, este es un asunto de lo más serio.

—Ciertamente lo es —dijo el custodio, tocando el timbre.

—Siento enormemente la angustia mental que debes de haber soportado.

—Estoy seguro de que sí, querida. —Y ordenó al camarero que le trajera pluma, tinta y papel.

—¿Vas a escribir, papá?

—Sí, querida; voy a escribir mi renuncia al obispo.

—Por favor, por favor, papá, aplázalo hasta nuestro regreso; por favor, aplázalo hasta que hayas visto al obispo; ¡querido papá! ¡Por mi bien, por el de Eleanor!

—Es por tu bien y el de Eleanor por lo que hago esto. Espero, al menos, que mis hijos nunca tengan que avergonzarse de su padre.

—¿Cómo puedes hablar de vergüenza, papá? —y se detuvo mientras el camarero entraba chirriando con el papel y luego volvía a salir lentamente con el mismo chirrido—. ¿Cómo puedes hablar de vergüenza? Ya sabes lo que piensan todos tus amigos sobre esta cuestión.

El custodio extendió su papel sobre la mesa, colocándolo sobre el exiguo secante que el hotel proporcionaba, y se sentó a escribir.

—¿No me concederás una petición, papá? —continuó su hija—. ¿No te negarás a retrasar tu carta dos cortos días? Dos días no pueden marcar ninguna diferencia.

—Querida —dijo él con candidez—, si esperara hasta llegar a Barchester, tal vez me lo impedirían.

—¿Pero seguramente no querrás ofender al obispo? —dijo ella.

—¡Dios me libre! El obispo no es propenso a ofenderse, y me conoce demasiado bien para tomar a mal nada de lo que yo me vea obligado a hacer.

—Pero, papá...

—Susan —dijo él—, mi decisión sobre este tema está tomada; no es sin mucha repugnancia que actúo en oposición al consejo de hombres como sir Abraham Haphazard y el arcediano; pero en este asunto no puedo aceptar consejos, no puedo alterar la resolución a la que he llegado.

—Pero dos días, papá...

—No; ni puedo retrasarlo. Puedes aumentar mi actual desdicha presionándome, pero no puedes cambiar mi propósito; será un consuelo para mí si dejas descansar el asunto. —Y, mojando su pluma en el tintero, fijó sus ojos intensamente en el papel.

Había algo en su manera de ser que enseñó a su hija a percibir que hablaba en serio; ella en un tiempo había gobernado soberana en casa de su padre, pero sabía que había momentos en los que, por muy dulce y dócil que fuera él, se saldría con la suya, y la presente era una ocasión de esa clase. Volvió, por tanto, a su labor de punto, y muy poco después abandonó la habitación.

El custodio tenía ahora libertad para redactar su carta y, como era característica del hombre, se dará íntegramente. La carta oficial, que una vez escrita le pareció demasiado formalmente fría para ser enviada sola a tan querido amigo, iba acompañada de una nota privada; y ambas se insertan aquí. La carta de renuncia decía así:

Chapter Hotel, St. Paul's,

Londres,

agosto de 18—

Mi señor obispo:

Con el mayor dolor me siento obligado a presentar ante las manos de su señoría la renuncia a la custodia del hospital de Barchester,

que tan amablemente me confirió hace ahora casi doce años.

No necesito explicar las circunstancias que han hecho que este paso me parezca necesario. Es usted consciente de que ha surgido una cuestión sobre el derecho del custodio a los ingresos que han sido asignados al cargo; me ha parecido que este derecho no está bien fundamentado, y dudo en incurrir en el riesgo de percibir unos ingresos sobre los que mi reclamación legal parece dudosa.

El cargo de precentor de la catedral está, como su señoría sabe, unido al de custodio; es decir, el precentor ha sido durante muchos años el custodio del hospital; no hay, sin embargo, nada que haga necesaria la unión de ambos cargos y, a menos que usted o el deán y el cabildo se opongan a tal disposición, desearía conservar la precentoría. Los ingresos de este cargo me serán ahora necesarios; de hecho, no sé por qué debería avergonzarme de decir que tendría dificultades para mantenerme sin ellos.

Su señoría, y aquellos otros a quienes desee consultar sobre el asunto, verán de inmediato que mi renuncia a la custodia no tiene por qué ofrecer el más mínimo impedimento para que sea ocupada por otra persona. Todos aquellos a quienes he consultado en el asunto consideran que estoy equivocado; tengo muy poco más que una convicción interna y sin guía propia para llevarme a este paso, y me dolería, en verdad, descubrir que se arroja algún descrédito sobre el beneficio que su bondad me otorgó por el hecho de mi renuncia. Yo, al menos por mi parte, consideraré a cualquier sucesor que usted pueda nombrar como alguien que disfruta de una situación clerical de la máxima respetabilidad, y a la cual el nombramiento de su señoría da un derecho inalienable.

No puedo terminar esta carta oficial sin agradecer de nuevo a su señoría toda su gran bondad, y quedo de usted como

el más obediente servidor de su señoría,

Septimus Harding,

Custodio del Hospital de Barchester y Precentor de la Catedral.

Luego escribió la siguiente nota privada:

Mi querido obispo:

No puedo enviarle la carta oficial adjunta sin una expresión de agradecimiento por toda su bondad más cálida de lo que convendría a un documento que puede, hasta cierto punto, hacerse público. Usted, lo sé, comprenderá el sentimiento y, tal vez, compadecerá la debilidad que me hace renunciar al hospital. No estoy hecho de un calibre lo bastante fuerte como para resistir un ataque público. Si estuviera convencido de que piso terreno perfectamente firme, de que estaba ciertamente justificado al percibir ochocientas libras al año bajo el testamento de Hiram, me sentiría obligado por el deber a mantener la posición, por inasumible que fuera la naturaleza del asalto; pero, como no siento esta convicción, no puedo creer que usted piense que obro mal en lo que estoy haciendo.

Tuve en un tiempo la idea de conservar solo una parte moderada de los ingresos; tal vez trescientas libras al año, y de remitir el resto a los administradores; pero se me ocurrió, y creo que con razón, que al hacerlo colocaría a mis sucesores en una posición envidiosa y perjudicaría grandemente su patronazgo.

Mi querido amigo, envíeme unas líneas para decirme que no me culpa por lo que hago, y que el vicario oficiante de Crabtree Parva será lo mismo para usted que el custodio del hospital.

Estoy muy ansioso por la precentoría: el arcediano piensa que debe ir con la custodia; yo creo que no y que, teniéndola, no puedo ser expulsado. Me guiaré, no obstante, por usted y el deán. Ninguna otra tarea me sentará tan bien, ni estará tanto dentro de mi capacidad de desempeño adecuado.

Le agradezco de corazón el beneficio al que ahora renuncio, y toda su bondad, y soy, querido obispo, ahora como siempre,

suyo afectuosamente,

Septimus Harding.

Londres, agosto de 18—

Habiendo escrito estas cartas y hecho una copia de la primera para beneficio del arcediano, el señor Harding —a quien debemos dejar de llamar el custodio, habiéndose él designado así por última vez— descubrió que eran casi las dos y que debía prepararse para su viaje. Sí, desde este momento nunca volvió a admitir el nombre por el cual había sido tan familiarmente conocido y del cual, a decir verdad, se había regocijado. El amor por los títulos es común a todos los hombres, y un vicario o un *fellow* se siente tan complacido al convertirse en «señor arcediano» o «señor rector» como un teniente al obtener su capitanía, o un fabricante de velas de la ciudad al convertirse en «sir John» con ocasión de la visita de la Reina a un nuevo puente. Pero custodio ya no lo era, y el nombre de precentor, aunque el cargo le fuera tan querido, no confiere en sí mismo suficiente distinción; nuestro amigo, por lo tanto, volvió a ser el señor Harding.

La señora Grantly había salido; no tenía, por tanto, a nadie que le retrasara con más súplicas para posponer su viaje; pronto preparó su maleta, pagó su cuenta y, dejando una nota para su hija en la que metió la copia de su carta oficial, subió a un coche de alquiler y se dirigió a la estación con algo de triunfo en el corazón.

¿Acaso no tenía motivos para el triunfo? ¿No había tenido un éxito supremo? ¿No había mantenido por primera vez en su vida su propio propósito frente al de su yerno, y combatido virilmente contra grandes adversidades... contra la esposa del arcediano además de contra el arcediano mismo? ¿No había ganado una gran victoria, y no era propio que subiera a su coche con triunfo?

No le había dicho a Eleanor cuándo regresaría, pero ella estaba al acecho en cada tren en el que él pudiera llegar, y el coche de ponis estaba en la estación de Barchester cuando el tren se detuvo en el andén.

—Hija mía —dijo él, sentándose a su lado mientras ella dirigía su pequeño vehículo a un lado del camino para dejar paso al estruendoso ómnibus al pasar de la estación a la ciudad—, espero

que seas capaz de sentir el debido grado de respeto por el vicario de Crabtree.

—Querido papá —dijo ella—, estoy tan contenta.

Hubo un gran consuelo al regresar a casa, a aquella casa agradable, aunque tuviera que dejarla tan pronto, y al discutir con su hija todo lo que había hecho y todo lo que tenía que hacer. Llevaría algún tiempo mudarse de una casa a otra; el coadjutor de Crabtree no podía ser cesado en menos de seis meses, a menos que se pudiera hacer otra provisión para él; y luego los muebles: la mayor parte de ellos debía venderse para pagar a sir Abraham Haphazard por haberse quedado levantado hasta las doce de la noche.

El señor Harding era extrañamente ignorante en cuanto a las minutas de los abogados; no tenía ni idea, de veinte libras a dos mil, de la suma en la que estaba endeudado por la asistencia legal. Es cierto que él mismo no había llamado a ningún abogado; es cierto que no había sido parte consintiente en la contratación ni de Cox y Cummins ni de sir Abraham; nunca se le había consultado sobre tales asuntos; el arcediano lo había gestionado todo él mismo, sin sospechar ni por un momento que el señor Harding se encargaría de terminar el asunto a su manera. Si las minutas de los abogados hubieran sido de diez mil libras, el señor Harding no habría podido evitarlo; pero no estaba por ello dispuesto a disputar su propia responsabilidad. La cuestión nunca se le ocurrió; pero sí se le ocurrió que tenía muy poco dinero en el banco, que no podría percibir nada más del hospital y que la venta de los muebles era su único recurso.

—No todos, papá —dijo Eleanor suplicante.

—No todos, querida —dijo él—; es decir, si podemos evitarlo. Debemos tener algunos en Crabtree... pero solo podrán ser unos pocos; debemos ponerle buena cara, Nelly; no es fácil bajar de la opulencia a la pobreza.

Y así planearon su futuro modo de vida; el padre consolándose con el pensamiento de que su hija pronto se vería libre de ella, y ella

resolviendo que su padre pronto tendría en la propia casa de ella un medio rápido de escape de la soledad de la vicaría de Crabtree.

Cuando el arcediano dejó a su mujer y a su suegro en el Chapter Coffee House para ir a ver a los señores Cox y Cummins, no tenía una idea muy definida de lo que tenía que hacer al llegar allí. Los caballeros, cuando están en pleitos o de algún modo ocupados en asuntos que requieren asistencia legal, son muy propensos a ir a ver a sus abogados sin mucha necesidad absoluta; los caballeros, al hacerlo, suelen describir tal asistencia como algo totalmente obligatorio y muy desagradable. Los abogados, por otro lado, no ven en absoluto la necesidad, aunque están totalmente de acuerdo en cuanto a la naturaleza desagradable de la visita; los caballeros, cuando están así ocupados, suelen quedarse algo desconcertados al no encontrar nada que decir a sus doctos amigos; generalmente hablan un poco de política, un poco del tiempo, hacen algunas pocas preguntas tontas sobre su pleito, y luego se retiran, habiendo pasado media hora en una pequeña y lúgubre sala de espera en compañía de algún pasante auxiliar y diez minutos con los socios de la firma; el negocio ha terminado entonces para el cual el caballero ha subido a Londres, probablemente una distancia de ciento cincuenta millas. Ciertamente va al teatro, y cena en el club de su amigo, y tiene la libertad de soltero y el recreo de soltero por tres o cuatro días; y probablemente no podría alegar el deseo de tales gratificaciones como razón ante su esposa para un viaje a Londres. Señoras casadas, cuando vuestros maridos descubran que están positivamente obligados a visitar a sus asesores legales, la naturaleza del deber a realizar es generalmente de esta descripción.

El arcediano no habría soñado con dejar Londres sin ir a ver a Cox y Cummins; y sin embargo no tenía nada que decirles. La partida estaba terminada; veía claramente que el señor Harding en este asunto no se iba a mover; su único negocio restante en este capítulo era pagar la factura y acabar con ello; y creo que puede darse por sentado que, sea cual sea la causa que lleve a un caballero al despacho de un abogado, nunca va allí para pagar su cuenta.

El doctor Grantly, sin embargo, a ojos de los señores Cox y Cummins, representaba los asuntos espirituales de la diócesis de Barchester, como el señor Chadwick representaba los temporales, y era, por lo tanto, un hombre demasiado importante para pasar por la media hora en la sala de los pasantes. No será necesario que escuchemos las notas de dolor con las que el arcediano lamentó ante el señor Cox la debilidad de su suegro y el fin de todas sus esperanzas de triunfo; ni necesitamos repetir las diversas exclamaciones de sorpresa con que fue recibida la lúgubre noticia. No ocurrió ninguna tragedia, aunque el señor Cox, un hombre bajo y algo taurino de cuello, estuvo muy cerca de un ataque de apoplejía cuando intentó eyacular por primera vez aquella palabra fatal: irenunciar!

Una y otra vez intentó el señor Cox recalcar al arcediano la propiedad de insistir ante el señor custodio sobre la locura del acto que estaba a punto de realizar.

—¡Ochocientas libras al año! —decía el señor Cox.

—¡Y nada en absoluto que hacer! —añadía el señor Cummins, que se había unido a la conferencia.

—Sin fortuna privada, creo —decía el señor Cox.

—Ni un chelín —decía el señor Cummins en voz muy baja, sacudiendo la cabeza.

—Nunca he oído un caso semejante en toda mi experiencia —decía el señor Cox.

—Ochocientas libras al año, y una casa tan bonita como la que cualquier caballero pudiera desear para colgar su sombrero —decía el señor Cummins.

—Y una hija soltera, según creo —decía el señor Cox, con mucha seriedad moral en su tono.

El arcediano solo suspiraba a medida que se profería cada lamento por separado, y sacudía la cabeza, indicando que la insensatez de algunas personas superaba toda creencia.

—Le diré lo que podría hacer —dijo el señor Cummins, animándose—. Le diré cómo podría salvarlo: que haga un intercambio.

—¿Un intercambio con qué? —preguntó el arcediano.

—Un intercambio por un beneficio. Está Quiverful, el de Puddingdale; tiene doce hijos y estaría encantado de obtener el hospital. Ciertamente Puddingdale son solo cuatrocientas libras, pero eso sería salvar algo de la quema: el señor Harding tendría un coadjutor y aún conservaría trescientas o trescientas cincuenta.

El arcediano aguzó los oídos y escuchó; realmente pensó que el plan podría funcionar.

—Los periódicos —continuó el señor Cummins— podrían arremeter contra Quiverful cada día durante los próximos seis meses sin que a él le importara.

El arcediano tomó su sombrero y regresó a su hotel, pensando profundamente en el asunto. En cualquier caso sondearía a Quiverful. Un hombre con doce hijos haría mucho por doblar sus ingresos.

CAPÍTULO XX

DESPEDIDA

A la mañana siguiente del regreso del señor Harding a casa, recibió una nota del obispo llena de afecto, condolencias y elogios. «Por favor, ven a verme de inmediato —escribía el obispo— para que veamos qué es mejor hacer; en cuanto al hospital, no diré una palabra para disuadirte; pero no me gusta que te vayas a Crabtree: en cualquier caso, ven a verme de inmediato».

El señor Harding fue a verle de inmediato; y larga y confidencial fue la consulta entre los dos viejos amigos. Allí estuvieron sentados juntos todo el santo día, tramando cómo aventajar al arcediano y llevar a cabo pequeños planes propios que sabían que serían combatidos por todo el peso de la autoridad de este.

La primera idea del obispo fue que el señor Harding, si se le dejaba solo, ciertamente moriría de hambre... no en el sentido figurado en el que tantas de nuestras damas y caballeros mueren de hambre con ingresos de cien a quinientas libras al año; no que se vería privado de levitas, vino de Oporto y dinero de bolsillo; sino que positivamente perecería de inanición por falta de pan.

«¿Cómo va a vivir un hombre cuando renuncia a todos sus ingresos?», se decía el obispo a sí mismo. Y entonces el bondadoso hombrecillo empezó a considerar cómo podría rescatarse mejor a su amigo de una muerte tan horrible y penosa.

Su primera propuesta al señor Harding fue que vivieran juntos en el palacio. Él, el obispo, aseguró positivamente al señor Harding que necesitaba otro capellán residente... no un capellán joven de trabajo, sino un capellán estable de mediana edad; uno que cenara y bebiera una copa de vino con él, hablara sobre el arcediano y atizara el fuego. El obispo no nombró positivamente todas estas tareas, pero dio a entender al señor Harding que tal sería la naturaleza del servicio requerido.

No fue sin mucha dificultad que el señor Harding hizo ver a su amigo que esto no le convenía; que no podía renunciar al beneficio del obispo y luego venir a vivir a expensas de la mesa del obispo; que no podía permitir que la gente dijera de él que resultaba fácil abandonar sus propios ingresos ya que era capaz de vivir a costa de los de otra persona. Logró, sin embargo, explicar que el plan no funcionaría, y entonces el obispo sacó otro que tenía guardado en la manga. Él, el obispo, había dejado en su testamento ciertos dineros a las dos hijas del señor Harding, imaginando que el señor Harding no necesitaría tal ayuda durante su propia vida. Este legado ascendía a tres mil libras para cada una, libres de impuestos; y ahora lo presionaba como un regalo para su amigo.

—Las niñas, ya sabes —decía él—, lo tendrán igual cuando tú faltes... y no lo querrán antes; y en cuanto a los intereses durante mi vida, no vale la pena ni hablar de ello. Tengo más que suficiente.

Con mucha dificultad y pesar sincero, el señor Harding rechazó también esta oferta. No; su deseo era mantenerse a sí mismo, por pobremente que fuera, no ser mantenido por la caridad de nadie. Fue difícil hacérselo entender al obispo; fue difícil hacerle comprender que el único favor real que podía conferir era la continuación de su amistad independiente; pero al fin incluso esto se logró. «En cualquier caso —pensó el obispo— vendrá a cenar

conmigo de vez en cuando, y si se está muriendo de hambre de verdad, lo veré».

Respecto a la precentoría, el obispo opinaba claramente que podía ostentarse sin la otra situación, una opinión de la que nadie discrepó; y por lo tanto pronto quedó zanjado entre todas las partes interesadas que el señor Harding seguiría siendo el precentor de la catedral.

Al día siguiente del regreso del señor Harding, el arcediano llegó a Plumstead lleno del plan del señor Cummins sobre Puddingdale y el señor Quiverful. A la mañana siguiente se dirigió a Puddingdale y obtuvo el pleno consentimiento del desdichado Príamo clerical, que se esforzaba por alimentar a su pobre Hécuba y a una docena de Héctores con los escasos beneficios de su reino eclesiástico. El señor Quiverful no tenía dudas sobre los derechos legales del custodio; su conciencia estaría totalmente tranquila al aceptar los ingresos; y en cuanto a *The Jupiter*, rogaba asegurar al arcediano que le resultaban del todo indiferentes las emanaciones de la parte profana de la prensa periódica.

Habiendo tenido éxito hasta ese punto, sondeó a continuación al obispo; pero aquí se vio sorprendido por una resistencia de lo más inesperada. El obispo no pensaba que aquello funcionara. «¿No funcionar, por qué no?», y viendo que su padre no cedía, repitió la pregunta de forma más severa: «¿Por qué no, mi señor?».

Su señoría se mostró muy infeliz y se revolvió en su silla, pero aun así no cedió; pensaba que Puddingdale no le sentaría bien al señor Harding; estaba demasiado lejos de Barchester.

—¡Oh! Por supuesto que tendrá un coadjutor.

El obispo también pensaba que el señor Quiverful no serviría para el hospital; tal intercambio no se vería bien en un momento así; y, cuando se le presionó más, declaró que no creía que el señor Harding aceptara Puddingdale bajo ninguna circunstancia.

—¿De qué va a vivir? —demandó el arcediano.

El obispo, con lágrimas en los ojos, declaró que no tenía la más mínima concepción de cómo se iba a sustentar la vida en su interior en absoluto.

El arcediano dejó entonces a su padre y bajó al hospital; pero el señor Harding no quiso ni oír hablar del plan de Puddingdale. A sus ojos no tenía atractivo alguno; olía a simonía y era probable que atrajera sobre él críticas más duras y merecidas que cualquiera de las que ya había recibido: declinó positivamente convertirse en vicario de Puddingdale bajo cualquier circunstancia.

El arcediano montó en cólera, habló con altanería y se mostró aún más soberbio; dijo algo sobre la dependencia y la mendicidad, habló del deber que todo hombre tenía de ganarse el pan, hizo alusiones pasajeras a las locuras de la juventud y a la terquedad de la vejez, como si el señor Harding estuviera aquejado de ambas, y terminó declarando que había acabado. Sentía que no había dejado piedra por mover para organizar los asuntos sobre la base mejor y más fácil; que, de hecho, los había organizado de tal modo que ya no había necesidad de ninguna ansiedad en el asunto. ¿Y cómo se le había pagado? Su consejo había sido sistemáticamente rechazado; había sido no solo menospreciado, sino objeto de desconfianza y evitado; él y sus medidas habían sido totalmente desechados, al igual que sir Abraham, quien tenía razones para saber que estaba muy dolido por lo ocurrido. Ahora encontraba que resultaba inútil interferir más y que debía retirarse. Si se requería alguna ayuda adicional de su parte, probablemente se le llamaría y volvería a estar encantado de presentarse. Y así dejó el hospital, y no ha vuelto a entrar en él desde aquel día hasta hoy.

Y aquí debemos despedirnos del arcediano Grantly. Tememos que se le represente en estas páginas como alguien peor de lo que es; pero nos hemos ocupado de sus debilidades, y no de sus virtudes. Solo hemos visto el lado flaco del hombre y nos ha faltado la oportunidad de presentarle en su terreno fuerte. Que es un hombre algo demasiado apegado a su propia voluntad, y no lo suficientemente escrupuloso en su manera de lograrla, sus mejores

amigos no pueden negarlo. Que es un fanático en favor no tanto de sus doctrinas como de su hábito, es también cierto; y es verdad que la posesión de unos grandes ingresos es un deseo que anida cerca de su corazón. No obstante, el arcediano es un caballero y un hombre de conciencia; gasta su dinero con liberalidad y hace el trabajo que tiene que hacer con lo mejor de su capacidad; mejora el tono de la sociedad de aquellos entre quienes vive. Sus aspiraciones son de un tipo sano, si no del más elevado. Aunque nunca es un hombre austero, defiende la propiedad de conducta tanto con el ejemplo como con el precepto. Es generoso con los pobres y hospitalario con los ricos; en materia de religión es sincero y, sin embargo, no es un fariseo; habla en serio y, sin embargo, no es un fanático. En conjunto, el arcediano de Barchester es un hombre que hace más bien que mal... un hombre que merece ser fomentado y apoyado, aunque quizá también controlado; y es para nosotros motivo de pesar que el curso de nuestro relato haya requerido que veamos más de su debilidad que de su fuerza.

El señor Harding no se permitió descanso hasta que todo estuvo preparado para su partida del hospital. Puede que sea conveniente mencionar que no se vio empujado a la dura necesidad de vender todos sus muebles: había tenido la firme intención de hacerlo, pero pronto se le hizo saber que las reclamaciones de los señores Cox y Cummins no hacían obligatorio tal paso. El arcediano había pensado que era sabio hacer uso de la amenaza de la minuta del abogado para asustar a su suegro y obligarle a ceder; pero no tenía intención de cargar al señor Harding con unas costas que no se habían incurrido en absoluto exclusivamente para su beneficio. La cuantía de la factura se añadió a la cuenta diocesana y fue, de hecho, pagada del bolsillo del obispo sin que su señoría tuviera conciencia de ello. Gran parte de sus muebles decidió venderlos, al no tener otro medio de disponer de ellos; y los ponis y el carruaje fueron transferidos, por contrato privado, para el uso de una anciana soltera de la ciudad.

Para su uso presente, el señor Harding tomó una habitación en Barchester, y allí fueron trasladados los artículos que necesitaba para

el uso diario: su música, libros e instrumentos, su propio sillón y el sofá favorito de Eleanor; su mesita de té y su mueble licorero, y también el escaso pero todavía suficiente contenido de su bodega. La señora Grantly había deseado mucho que su hermana residiera en Plumstead hasta que la casa de su padre en Crabtree estuviera lista para ella; pero la propia Eleanor se resistió fuertemente a esta propuesta. En vano se le insistió en que una dama en una habitación alquilada costaba más que un caballero; y que, bajo las actuales circunstancias de su padre, tal gasto debía evitarse. Eleanor no había presionado a su padre para que dejara el hospital con el fin de vivir ella en la Rectoría de Plumstead y él solo en sus habitaciones de Barchester; ni pensaba Eleanor que estuviera tratando a cierto caballero de forma muy justa si se trasladaba a la casa en la que él tendría menos deseos de entrar de toda la provincia. Así que consiguió un pequeño dormitorio para ella detrás del cuarto de estar, justo encima de la pequeña salita trasera del farmacéutico con quien se iban a alojar. Había algo de sabor a sen suavizado por menta en el lugar; pero, en conjunto, las habitaciones estaban limpias y eran cómodas.

Se había fijado el día para la migración del ex custodio y todo Barchester estaba en un estado de agitación sobre el tema. La opinión estaba muy dividida en cuanto a la propiedad de la conducta del señor Harding. La parte mercantil de la comunidad, el alcalde y la corporación, y el consejo, también la mayoría de las damas, hablaban ruidosamente en su alabanza. Nada podía ser más noble, nada más generoso, nada más íntegro. Pero la clase alta era de una forma de pensar diferente... especialmente los abogados y los clérigos. Decían que tal conducta era muy débil y falta de dignidad; que el señor Harding evidenciaba una lamentable falta de *esprit de corps*, así como de valor; y que tal abdicación debía hacer mucho daño y podía hacer poco bien.

La noche antes de marcharse, convocó a todos los asilados en su sala para despedirse de ellos. Con Bunce había estado en comunicación frecuente desde su regreso de Londres, y se había esforzado mucho en explicar al anciano la causa de su renuncia sin

perjudicar en modo alguno la posición de su sucesor. A los otros también los había visto con más o menos frecuencia; y había oído de la mayoría de ellos por separado alguna expresión de pesar por su marcha; pero había pospuesto su despedida hasta la última noche.

Ordenó entonces a la criada que pusiera vino y copas sobre la mesa; e hizo disponer las sillas alrededor de la sala; y envió a Bunce a ver a cada uno de los hombres para pedirles que vinieran a despedirse de su antiguo custodio. Pronto se oyó el ruido de los pies ancianos arrastrándose sobre la grava y en el pequeño vestíbulo, y los once hombres que fueron capaces de dejar sus habitaciones se reunieron.

—Entren, amigos míos, entren —dijo el custodio; todavía era custodio entonces—. Entren y siéntense. —Y tomó la mano de Abel Handy, que era el más cercano a él, y condujo al quejumbroso cojo hacia una silla. Los otros le siguieron lenta y tímidamente: los enfermos, los cojos y los ciegos: ipobres desdichados que habían sido tan felices de haberlo sabido! Ahora sus rostros ancianos estaban cubiertos de vergüenza, y cada palabra amable de su señor era un ascua de fuego ardiendo sobre sus cabezas.

Cuando les llegó la noticia de que el señor Harding iba a dejar el hospital por primera vez, fue recibida con una especie de triunfo; su marcha era, por así decirlo, un prelude del éxito. Él había admitido su falta de derecho al dinero sobre el cual ellos estaban disputando; y como no le pertenecía a él, por supuesto les pertenecía a ellos. Las cien libras al año para cada uno de ellos se estaban convirtiendo realmente en una realidad; y Abel Handy era un héroe, y Bunce un sicofante de poco corazón, digno ni de honor ni de compañerismo. Pero otras noticias pronto se abrieron camino en las habitaciones de los ancianos. Se les notificó primero que los ingresos abandonados por el señor Harding no irían a parar a ellos; y estos informes fueron confirmados por el procurador Finney. Se les informó entonces que el puesto del señor Harding sería ocupado de inmediato por otro. Que el nuevo custodio no podría ser un hombre más amable lo sabían todos; que sería uno menos amistoso lo sospechaban la

mayoría; y entonces llegó la amarga información de que, desde el momento de la partida del señor Harding, los dos peniques al día, su propio regalo peculiar, debían por necesidad ser retirados.

¡Y este iba a ser el fin de toda su lucha poderosa... de su pelea por sus derechos... de su petición, y sus debates, y sus esperanzas! ¡Iban a cambiar al mejor de los señores por uno posiblemente malo, y a perder dos peniques al día cada hombre! No; por desafortunado que esto fuera, no era lo peor, ni mucho menos lo peor, como se verá dentro de un momento.

—Siéntense, siéntense, amigos míos —dijo el custodio—; quiero decirles unas palabras y brindar por su salud antes de dejarles. Ven aquí, Moody, aquí tienes una silla; ven, Jonathan Crumple. —Y poco a poco consiguió que los hombres se sentaran. No era de extrañar que se mostraran reacios y con el corazón encogido, habiendo devuelto tanta bondad con tan profunda ingratitud. El último de todos ellos fue Bunce y, con semblante apenado y paso lento, ocupó su asiento habitual cerca de la chimenea.

Cuando todos estuvieron en sus lugares, el señor Harding se levantó para dirigirse a ellos; y luego, encontrándose no muy a gusto de pie, volvió a sentarse.

—Mis queridos y viejos amigos —dijo él—, todos saben que voy a dejarles.

Hubo una suerte de murmullo que recorrió la habitación, con la intención, quizá, de expresar pesar por su marcha; pero no fue más que un murmullo, y podría haber significado eso o cualquier otra cosa.

—Ha habido últimamente algún malentendido entre nosotros. Han pensado, creo yo, que no recibían todo aquello a lo que tenían derecho, y que los fondos del hospital no han sido debidamente dispuestos. Por lo que a mí respecta, no puedo decir cuál debería ser la disposición de estos dineros, ni cómo deberían gestionarse, y por lo tanto he pensado que lo mejor era marcharme.

—Nunca quisimos echar a su reverencia de aquí —dijo Handy.

—No, en verdad, su reverencia —dijo Skulpit—. Nunca pensamos que llegaría a esto. Cuando firmé la petición... es decir, no la firmé, porque...

—Deja hablar a su reverencia, ¿no puedes? —dijo Moody.

—No —continuó el señor Harding—; estoy seguro de que no deseaban echarme; pero pensé que lo mejor era dejarles. No soy muy diestro en pleitos, como todos pueden suponer; y cuando pareció necesario que nuestro modo de vida tranquilo y habitual se viera perturbado, pensé que era mejor irme. No estoy ni enfadado ni ofendido con ningún hombre en el hospital.

Aquí Bunce emitió una especie de gemido, expresando muy claramente su desacuerdo.

—No estoy ni enfadado ni disgustado con ningún hombre en el hospital —repitió el señor Harding con énfasis—. Si algún hombre se ha equivocado —y no digo que nadie lo haya hecho—, ha errado por un mal consejo. En este país todos tienen derecho a buscar sus propios derechos, y ustedes no han hecho más. Mientras sus intereses y los míos estaban en conflicto, no podía darles consejo alguno sobre este tema; pero la conexión entre nosotros ha cesado; mis ingresos ya no pueden depender de lo que ustedes hagan y por lo tanto, al dejarles, me aventuro a ofrecerles mi consejo.

Los hombres declararon todos que a partir de entonces se guiarían enteramente por la opinión del señor Harding en sus asuntos.

—Algún caballero probablemente ocupará mi lugar aquí muy pronto, y les aconsejo encarecidamente que estén preparados para recibirle con espíritu amable y que no planteen más cuestiones entre ustedes sobre la cuantía de sus ingresos. Si lograran disminuir lo que él ha de recibir, no aumentarían su propia asignación. El excedente no iría para ustedes; sus necesidades están adecuadamente cubiertas, y su posición difícilmente podría mejorar.

—Dios bendiga a su reverencia, lo sabemos —dijo Spriggs.

—Es todo verdad, su reverencia —dijo Skulpit—. Lo vemos todo ahora.

—Sí, señor Harding —dijo Bunce, abriendo la boca por primera vez —; creo que sí lo entienden ahora, ahora que han echado de debajo del mismo techo que ellos a un señor como el que ninguno de ellos volverá a conocer jamás... ahora que es probable que sientan una gran falta de un amigo.

—Vamos, vamos, Bunce —dijo el señor Harding, sonándose la nariz y maniobrando para limpiarse los ojos al mismo tiempo.

—Oh, en cuanto a eso —dijo Handy—, ninguno de nosotros quiso nunca hacerle daño al señor Harding; si se va ahora, no es por nosotros; y no veo por qué el señor Bunce habla contra nosotros de esa manera.

—Se han arruinado ustedes mismos, y me han arruinado a mí también, y por eso hablo —dijo Bunce.

—Tonterías, Bunce —dijo el señor Harding—; no hay nadie arruinado en absoluto. Espero que me dejen marchar siendo todos amigos; espero que todos beban una copa de vino en sentimiento de amistad conmigo y los unos con los otros. Tendrán un buen amigo, no lo dudo, en su nuevo custodio; y si alguna vez necesitan cualquier otro, bueno, después de todo no me voy tan lejos como para no verles a veces. —Y luego, habiendo terminado su discurso, el señor Harding llenó todas las copas, y él mismo entregó una copa a cada uno de los hombres a su alrededor, y alzando la suya dijo—: ¡Que Dios les bendiga a todos! Tienen mis deseos más sinceros por su bienestar. Espero que vivan contentos y mueran confiando en el Señor Jesucristo, y agradecidos a Dios Todopoderoso por las cosas buenas que les ha dado. ¡Dios les bendiga, amigos míos! —y el señor Harding bebió su vino.

Otro murmullo, algo más articulado que el primero, pasó por el círculo, y esta vez pretendía implicar una bendición para el señor Harding. Tuvo, sin embargo, muy poca cordialidad. ¡Pobres viejos! ¿Cómo podían ser cordiales con sus conciencias doloridas y sus

rostros avergonzados? ¿Cómo podían pedir a Dios que le bendijera con voces sinceras y una verdadera bendición sabiendo, como sabían, que su vil cábala le había echado de su hogar feliz y le enviaba en su vejez a buscar refugio bajo un techo extraño? Hicieron lo que pudieron, no obstante; bebieron su vino y se retiraron.

Al salir por la puerta del vestíbulo, el señor Harding estrechó la mano de cada uno de los hombres y les dirigió una palabra amable sobre sus casos y dolencias individuales; y así partieron, respondiendo a sus preguntas con las menos palabras posibles, y se retiraron a sus guaridas, una tripulación arrepentida y apenada.

Todos excepto Bunce, que aún permaneció para dar su propio adiós.

—Está el pobre viejo Bell —dijo el señor Harding—; no debo irme sin decirle una palabra; ven conmigo, Bunce, y trae el vino contigo. —Y así pasaron a las casitas de los hombres, y encontraron al anciano apuntalado como de costumbre en su cama.

—He venido a decirte adiós, Bell —dijo el señor Harding hablando alto, pues el viejo estaba sordo.

—¿Y se va usted entonces de verdad? —preguntó Bell.

—Así es, y te he traído una copa de vino; para que podamos separarnos como amigos, tal como vivimos, ya sabes.

El anciano tomó la copa ofrecida con sus manos temblorosas y bebió ávidamente.

—¡Dios te bendiga, Bell! —dijo el señor Harding—; adiós, viejo amigo.

—¿Y entonces se va usted de verdad? —preguntó de nuevo el hombre.

—Así es, Bell.

La pobre criatura postrada en cama aún mantenía la mano del señor Harding en la suya, y el custodio pensó que había encontrado algo parecido a calor de sentimiento en aquel de todos sus súbditos

de quien menos se podía esperar; pues el pobre viejo Bell casi había sobrevivido a todos los sentimientos humanos.

—Y su reverencia —dijo él, y luego hizo una pausa mientras su vieja cabeza paralizada temblaba horriblemente, y sus mejillas arrugadas se hundían más dentro de sus mandíbulas, y su ojo vidrioso relucía con una luz momentánea—; y su reverencia, ¿cobraremos las cien libras al año entonces?

¡Con qué dulzura intentó el señor Harding extinguir la falsa esperanza de dinero que tan miserablemente se había despertado para perturbar la quietud del moribundo! Una semana más y se despojaría de su envoltura mortal; en una corta semana Dios recuperaría su alma y la apartaría para su destino irrevocable; siete tediosos días y noches más de insensata inactividad y todo habría terminado para el pobre Bell en este mundo; ¡y sin embargo, con sus últimas palabras audibles, estaba exigiendo sus derechos monetarios y afirmándose como el heredero adecuado de la generosidad de John Hiram! ¡No recaiga sobre él, pobre pecador como era, la carga de tal pecado!

El señor Harding regresó a su sala, meditando con el corazón enfermo sobre lo que había visto, y Bunce con él. No describiremos la partida de estos dos hombres buenos, pues hombres buenos eran. Fue en vano que el ex custodio intentara consolar el corazón del viejo asilado; el pobre viejo Bunce sentía que sus días de consuelo habían pasado. El hospital había sido para él un hogar feliz, pero ya no podría serlo. Había tenido honor allí, y amistad; había reconocido a su señor, y había sido reconocido; todas sus necesidades, tanto del alma como del cuerpo, habían sido satisfechas, y había sido un hombre feliz. Lloró amargamente al despedirse de su amigo, y las lágrimas de un anciano son amargas.

—Todo ha terminado para mí en este mundo —dijo mientras daba el último apretón a la mano del señor Harding—. Ahora tengo que perdonar a quienes me han dañado... y morir.

Y así el viejo salió, y entonces el señor Harding dio rienda suelta a su dolor y él también lloró en voz alta.

Capítulo XXI

Conclusión

Nuestro relato ha terminado ya, y solo nos queda recoger los hilos dispersos de nuestra pequeña historia y atarlos en un nudo decoroso. Esto no será una tarea laboriosa, ni para el autor ni para sus lectores; no tenemos que tratar con muchos personajes ni con acontecimientos agitados y, de no ser por la costumbre de la cosa, podríamos dejar a la imaginación de todos los interesados concebir cómo se organizaron los asuntos en Barchester.

A la mañana siguiente del día al que se aludió por última vez, el señor Harding, a una hora temprana, salió del hospital con su hija del brazo y se sentó tranquilamente a desayunar en su alojamiento sobre la farmacia. No hubo ostentación en su partida; nadie, ni siquiera Bunce, estaba allí para presenciarse; si hubiera caminado hacia la botica así de temprano para comprar un trozo de apósito o una caja de pastillas, no podría haberlo hecho con menos apariencia de un movimiento importante. Había una lágrima en el ojo de Eleanor al pasar por el gran portal y sobre el puente; pero el señor Harding caminaba con paso elástico y entró en su nueva morada con rostro agradable.

—Ahora, querida —dijo él—, lo tienes todo listo, y puedes hacer el té aquí tan bien como en la sala del hospital. —Así que Eleanor se quitó el sombrero e hizo el té. De esta manera el ex custodio del Hospital de Barchester llevó a cabo su mudanza y cambió de residencia.

No pasó mucho tiempo antes de que el arcediano llevara a su padre a discutir el tema de un nuevo custodio. Por supuesto, él consideraba que el nombramiento era cosa suya, y tenía en vista tres o cuatro candidatos adecuados, dado que el plan del señor Cummins respecto al beneficio de Puddingdale no pudo llevarse a

cabo. ¿Cómo puedo describir el asombro que le confundió cuando su padre declaró que no nombraría sucesor al señor Harding?

—Si podemos lograr que el asunto se arregle, el señor Harding regresará —dijo el obispo—; y si no podemos, estará mal poner a cualquier otro caballero en una posición tan cruel.

Fue en vano que el arcediano argumentara y sermoneara, e incluso amenazara; en vano llamó «mi señor» a su pobre padre con su manera más severa; en vano sus «¡santo Dios!» fueron eyaculados en un tono que habría podido conmover a todo un sínodo, cuanto más a un obispo débil y anciano. Nada pudo inducir a su padre a cubrir la vacante causada por la renuncia del señor Harding. Incluso John Bold habría compadecido los sentimientos con los que el arcediano regresó a Plumstead: la iglesia estaba cayendo, es más, ya estaba en ruinas; sus dignatarios estaban cediendo sin lucha ante los golpes de sus antagonistas; ¡y uno de sus obispos más respetados, su propio padre —el hombre considerado por todo el mundo como alguien que en tales asuntos estaba bajo su control, el del doctor Grantly—, había decidido positivamente capitular y reconocerse vencido!

¿Y cómo le fue al hospital bajo esta resolución de su visitador? Mal, ciertamente. Hace ya algunos años que el señor Harding lo dejó, y la casa del custodio sigue sin inquilino. El viejo Bell ha muerto, y Billy Gazy; el tuerto Spriggs ha bebido hasta morir, y otros tres de los doce han sido recogidos en el polvo del camposanto. ¡Se han ido seis, y las seis vacantes permanecen sin cubrir! Sí, seis han muerto sin ningún amigo amable que consolara sus últimos momentos, sin ningún vecino rico que administrara consuelos y aliviara las punzadas de la muerte. El señor Harding, por cierto, no les abandonó; de él recibieron tal consuelo como el que un moribundo puede recibir de su pastor cristiano; pero fue la amabilidad ocasional de un extraño la que les atendió, y no la presencia constante de un señor, un vecino y un amigo.

Ni los que se quedaron estaban mejor que los que murieron. Surgieron disensiones entre ellos, y disputas por la preeminencia; y

entonces empezaron a comprender que pronto uno de ellos sería el último... algún desdichado ser estaría allí solo en aquel hospital ahora falto de confort... el miserable relicto de lo que una vez había sido tan bueno y tan cómodo.

El edificio del hospital en sí no se ha dejado caer en ruinas. El señor Chadwick, que aún mantiene su administración y paga las rentas acumuladas en una cuenta abierta en un banco para tal propósito, se encarga de ello; pero todo el lugar se ha vuelto desordenado y feo. El jardín del custodio es un desierto miserable, la entrada y los caminos están cubiertos de maleza, los macizos de flores están desnudos, y el césped sin segar es ahora una masa de hierba larga y húmeda y musgo malsano. La belleza del lugar se ha ido; sus atractivos se han marchitado. ¡Ay! Hace muy pocos años era el rincón más bonito de Barchester, y ahora es una deshonra para la ciudad.

El señor Harding no se fue a Crabtree Parva. Se hizo un arreglo que respetaba el hogar del señor Smith y su feliz familia, y puso al señor Harding en posesión de un pequeño beneficio dentro de los muros de la ciudad. Es la parroquia más pequeña posible, que contiene una parte del Recinto de la Catedral y unas pocas casas viejas contiguas. La iglesia es un singular y pequeño edificio gótico, encaramado sobre un portal por el que se entra al Recinto, y se accede por un tramo de escalones de piedra que baja bajo el arco de la puerta. No es más grande que una habitación normal —tal vez veintisiete pies de largo por dieciocho de ancho—, pero aun así es una iglesia perfecta. Contiene un viejo púlpito tallado y un atril, un altar minúsculo bajo una ventana llena de viejo vidrio de color oscuro, una pila bautismal, media docena de bancos y quizá una docena de asientos para los pobres; y también una sacristía. El techo es de pendiente pronunciada, y de viejo roble negro, y las tres vigas grandes que lo sostienen bajan hasta las paredes laterales y terminan en rostros grotescamente tallados... dos demonios y un ángel en un lado, dos ángeles y un demonio en el otro. Tal es la iglesia de San Cutberto en Barchester, de la cual el señor Harding se

convirtió en rector, con unos ingresos netos de setenta y cinco libras al año.

Aquí celebra el servicio de tarde cada domingo, y administra el Sacramento una vez cada tres meses. Su audiencia no es grande; y, de haberlo sido, no habría podido acomodarla: pero vienen los suficientes para llenar sus seis bancos, y en el asiento delantero de los dedicados a los pobres se ve siempre a nuestro viejo amigo el señor Bunce, decentemente ataviado con su hábito de asilado.

El señor Harding sigue siendo precentor de Barchester; y es muy raro el caso de que aquellos que asisten al servicio del domingo por la mañana pierdan la gratificación de oírle cantar la Letanía, como ningún otro hombre en Inglaterra puede hacerlo. No es un hombre descontento ni infeliz; aún habita las habitaciones a las que fue al dejar el hospital, pero ahora las tiene para él solo. Tres meses después de aquel tiempo Eleanor se convirtió en la señora Bold y, por supuesto, se trasladó a casa de su marido.

Hubo algunas dificultades que superar con ocasión del matrimonio. El arcediano, que no pudo superar tan pronto su dolor, no se dejó persuadir para honrar la ceremonia con su presencia, pero permitió que su esposa e hijos estuvieran allí. El matrimonio tuvo lugar en la catedral, y el propio obispo ofició. Fue la última ocasión en que lo hizo; y, aunque aún vive, no es probable que vuelva a hacerlo jamás.

Poco después del matrimonio, tal vez seis meses, cuando los honores nupciales de Eleanor se estaban desvaneciendo y la gente empezaba a llamarla señora Bold sin chismorreos, el arcediano consintió en encontrarse con John Bold en una cena, y desde aquel tiempo se han hecho casi amigos. El arcediano cree firmemente que su cuñado era, como soltero, un infiel, un incrédulo en las grandes verdades de nuestra religión; pero que el matrimonio le ha abierto los ojos, como lo ha hecho con los de otros. Y Bold está igualmente inclinado a pensar que el tiempo ha suavizado las asperezas del carácter del arcediano. Amigos como son, no suelen volver a menudo a la contienda del hospital.

El señor Harding, decimos, no es un hombre infeliz: conserva su alojamiento, pero le sirve de poco, excepto por ser el único rincón en la tierra que llama suyo. Su tiempo lo pasa principalmente en casa de su hija o en el palacio; nunca se le deja solo, ni siquiera si deseara estarlo; y antes de cumplirse el año del matrimonio de Eleanor su determinación de vivir en su propio alojamiento se había roto y abandonado hasta el punto de que consintió en que su violonchelo fuera trasladado permanentemente a casa de su hija.

Un día sí y otro no se le trae un mensaje del obispo. «Los cumplidos del obispo, y su señoría no está muy bien hoy, y espera que el señor Harding cene con él». Este boletín sobre la salud del anciano es un mito; pues aunque tiene más de ochenta años nunca está enfermo, y probablemente morirá algún día como se apaga una chispa, gradualmente y sin lucha. El señor Harding cena con él muy a menudo, lo que significa ir al palacio a las tres y quedarse hasta las diez; y siempre que no lo hace, el obispo se queja, y dice que el vino de oporto está acorchado, y protesta porque nadie le atiende, y se va a la cama disgustado una hora antes de tiempo.

Pasó mucho tiempo antes de que la gente de Barchester olvidara llamar al señor Harding por su largo y conocido nombre de custodio. Se había vuelto tan habitual decir «señor custodio», que no se dejó fácilmente.

—No, no —dice él siempre cuando se le dirige así—, custodio ahora no, solo precentor.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB